





**CARTOGRAFÍA DE LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS:
TEJIDOS DE LA MEMORIA**

Saúl Sosnowski, Cartografía de las letras hispanoamericanas: tejidos de la memoria. - 1a ed. - Villa María: Eduvim, 2015.

226 p.; 198x139 cm. - (Poliedros)

ISBN 978-987-699-189-6

1. Crítica Literaria.

CDD 801.95

© 2015. Editorial Universitaria Villa María
Chile 253 – (5900) Villa María,
Córdoba, Argentina
Tel.: +54 (353) 4539145
www.eduvim.com.ar

© 2015. Saúl Sosnowski

Editor: Alejo Carbonell

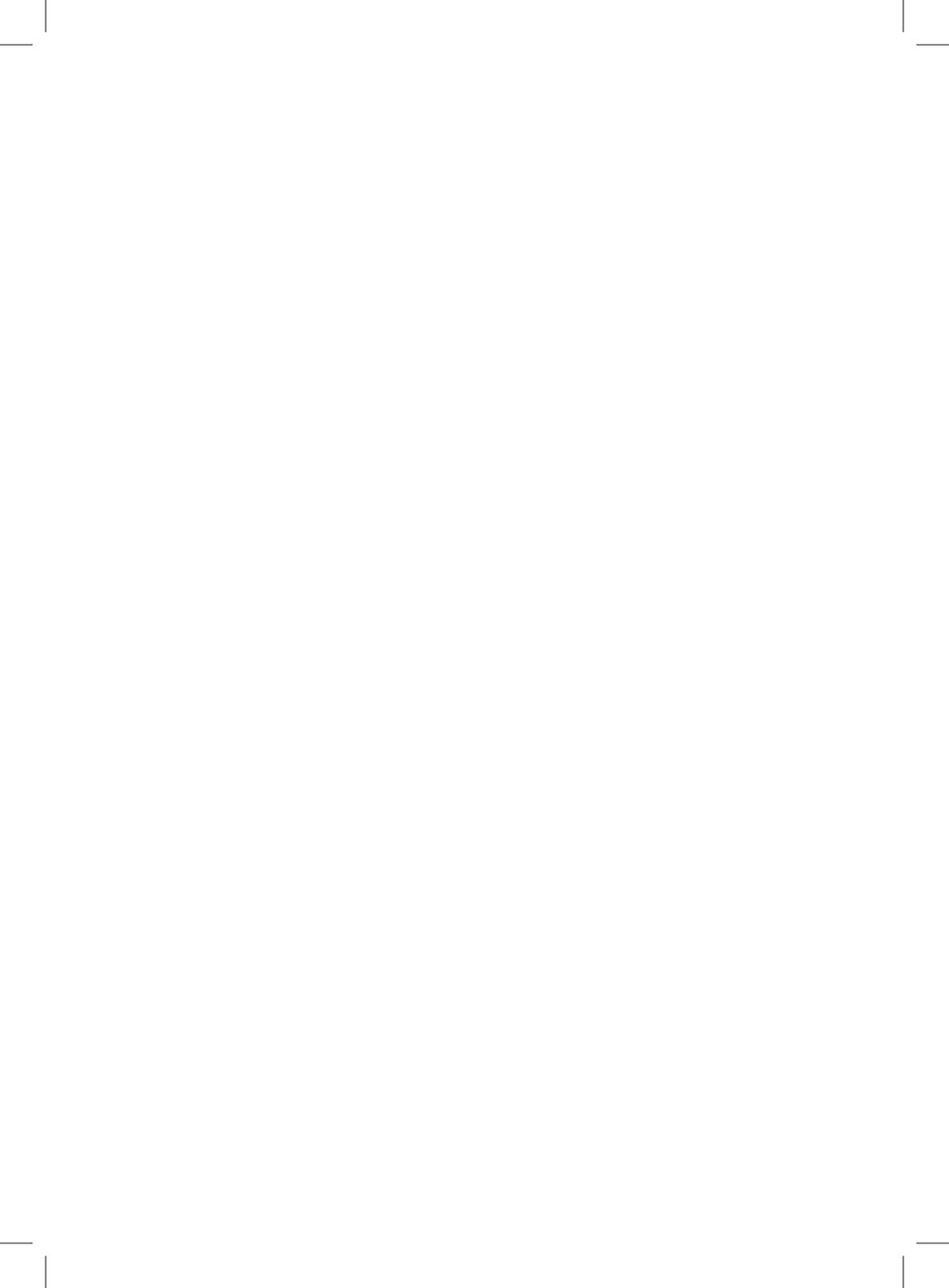
Diseño de tapa y maquetación: Silvina Gribaudo



La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por **EDUVIM** incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*





Cartografía de las letras hispanoamericanas: tejidos de la memoria

Saúl Sosnowski

*Serie Zona de Crítica
Directora: Roxana Patiño*



Periplo

La generosa invitación de EDUVIM de publicar una selección de artículos escritos a lo largo de ya varias décadas me condujo a un emprendimiento casi arqueológico y, a la vez, a repensar las diversas etapas que hemos estado recorriendo desde los '70, años que aún seguían bajo el fulgor y el desafío de las obras mayores del *boom*. El ejercicio de las letras, de la lectura crítica, se suma a una serie de interrogantes que considero saludables al emprender esta revisión.

Instalados frente a un texto literario, ¿qué dispositivos utilizamos para entenderlo, gozarlo y asimilarlo al sistema que condiciona nuestra propia formación crítica? A medida que se acumulan las lecturas y las distorsiones propias de la práctica crítica junto a las mutaciones ancladas en diversas propuestas teóricas, ¿qué mapa generamos de la literatura hispanoamericana? Y ya que de cartografía se trata, ¿cuáles son los puntos que elegimos para trazarlo y proponer múltiples rutas y accesos?

Los ensayos que he seleccionado para este volumen marcan diferentes instancias de lectura pero comparten el lugar de origen. Alguna vez respondí a la pregunta sobre dónde vivo con estas palabras que apuntan a mis señas de identidad (por lo menos a algunas de ellas). Dije entonces: “Resido en Estados Unidos pero vivo en Buenos Aires”. Se hablaba entonces de “posicionamiento”. Y bien: mi mirada siempre ha estado puesta en Latinoamérica, si bien estos textos han sido escritos en la Universidad de Maryland, un centro académico que visto frente al sitio de las letras que me siguen ocupando, puede ser

considerado como periferia, aun cuando múltiples programas y actividades que allí realizamos le confieren un aura que trasciende puestos fronterizos.

Una de mis primeras aproximaciones a las letras americanas se dio leyendo textos de Cortázar desde una perspectiva mítica. Esa veta luego cedió paso al sentido que proponía en torno a la historia que se estaba volcando sobre páginas y calles. Varios de los ensayos que recojo en este volumen se ocupan de cómo hemos leído las letras americanas desde diferentes perspectivas críticas –un modo de historizar una praxis académica que va de la asepsia a la búsqueda de sentido de hechos que se deslizan por las rejillas de la incompreensión y de lo inaceptable.

De la lectura crítica como política interpretativa he cruzado otras vías (ausentes aquí las lúdicas) para llegar a las políticas de la memoria y el olvido. Son páginas que reflejan una época: mi época, mi lugar, mis tiempos, lo que es un modo de decir que me hago responsable de mi modo de leer. Son pasos que siguen diseñando el mapa de las letras y de sus intersticios. Apuntan, asimismo, a una memoria que quisiera creer perdurable.

Índice

I. Cartografía y crítica de las letras hispanoamericanas	13
<i>Escenarios y funciones</i>	18
<i>La novela latinoamericana en escena</i>	44
<i>Pasos y pautas de la crítica literaria latinoamericana</i>	79
<i>La revisión del canon</i>	98
<i>Otra apertura y coda</i>	112
II. Cábala, fantasía, ideología: apostillas diacríticas	117
III. Políticas de la memoria y el olvido	131
IV. Voces y diferencias: un espacio compartido para las letras americanas	149
V. Cortázar crítico: la razón del deseo	171
VI. El lugar de la memoria	203



Cartografía y crítica de las letras hispanoamericanas*

Sólo la memoria histórica podrá dictaminar si las últimas décadas de este milenio han de merecer la atención de algún futuro. Pero como a éstas, y a la suma de otras imprecisiones del calendario se reduce toda nuestra historia, cabe esperar que el lector sepa disculpar la impaciencia ante esa lejanía y el querer dar cuenta de un ejercicio de las letras en tierras que aún conjugan todas sus edades. Alguien, que ciertamente perdurará, nos ha enseñado que vivimos, como siempre, en el fin de los tiempos. Si también es cierto que sólo nos han sido legadas las transiciones, diseñar (o tan siquiera perfilar) las formas que han caracterizado a una amplia franja cultural de estas etapas resulta no sólo legítimo sino también útil.

La producción crítica hispanoamericana crece aceleradamente a partir de los años 60 y adquiere un singular valor dramático cuando se lo compara con lo publicado desde los inicios de la crítica en la región hasta mediados del siglo XX. Como lo demuestran años pródigos en transformaciones, todo mapa reproduce el íntimo sentido de lo provisorio. El que surge de la lectura de estos materiales no es ajeno a ese sentir. Respondiendo a algunas propuestas narrativas recientes, su

* “Cartografía y crítica de las letras hispanoamericanas”, publicado como introducción a los 4 tomos de *Lectura crítica de la literatura americana*. Selección, prólogo y notas, pp. IX-XCI. Caracas, Biblioteca Ayacucho, Vol. I: *Inventarios, invenciones y revisiones*, 1996; Vol. II: *La formación de las culturas nacionales*, 1996; Vol. III: *Vanguardias y tomas de posesión*, 1997; Vol. IV: *Actualidades fundacionales*, 1997.

diseño hace explícitos criterios de selección y valoración. Pone en juego, además, un régimen de opciones que no renuncia ni al gusto ni a la predilección por las páginas que sustentan el poder de la palabra y de su mundo; un régimen que, por otro lado, tampoco renuncia a la responsabilidad y al diálogo como ingredientes propios de todo sistema interpretativo.

El relevamiento de la crítica literaria hispanoamericana arroja un balance sumamente positivo como resultado de los valiosos adelantos que se han producido en las últimas décadas. Para facilitar el análisis de sus propuestas, y para poder contemplar sus repercusiones tanto en los recintos universitarios como en la más amplia esfera de lo social –uno de los propósitos de este proyecto– ha sido necesario deslindar las aproximaciones utilizadas en centenares de artículos, notas y libros publicados en su gran mayoría en las Américas y en Europa. Si bien parecería que las historias nacionales –algunas de ellas sorprendentemente voluminosas– lograron agotar el repertorio de sus respectivos países, es importante destacar que es recién a partir de los años 60 que el análisis de la producción latinoamericana se acelerará en proporciones inéditas hasta entonces.¹ Como lo verifican las bibliografías anuales de

¹ Los trabajos más recientes generalmente se han distanciado de modelos críticos aliados a proyectos oligárquicos y al culto de la hispanidad. Un ejemplo paradigmático de esa tendencia es la voluminosa *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas (ocho tomos publicados entre 1917 y 1922).

En cuanto a las historias literarias, la Library of Congress [Washington, DC] genera bajo “Latin American Literature-History” 989 fichas bibliográficas, que incluyen programas oficiales, historias analíticas, panoramas nacionales y continentales. En esta última categoría, una de las más utilizadas ha sido la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert, 2 vols., México, FCE, 1a. ed., vol. I: 1954; vol. II: 1961 (hay ediciones posteriores). Entre otras también hay que recordar: Fernando Alegría, *Historia de la novela hispanoamericana*, México, de Andrea, 1965; Jean Franco, *Introducción a la literatura hispanoamericana*, Caracas, Monte Ávila, 1970 (1a. ed. en inglés, 1969), e *Historia de la literatura hispanoamericana a partir de la independencia*, Barcelona, Seix Barral, 1975; Cedomil Goić, *Historia de la novela hispanoamericana*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1980; Cedomil Goić, comp., *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, Barcelona,

PMLA (*Publications of the Modern Language Association*), del *Hispanic American Periodicals Index* y, con un escrutinio mayor, el *Handbook of Latin American Studies*, no ha cejado el ritmo febril de las publicaciones. Este fenómeno, íntimamente ligado a factores literarios y socio-políticos, ha coincidido con reflexiones teóricas que han redimensionado toda aproximación al texto literario y a sus mecanismos de producción.

La confluencia de estos elementos puede ser vista en un conglomerado heterogéneo que reformula para esta mitad del siglo XX la historia de las literaturas hispanoamericanas. Su lectura permitirá no sólo constatar aproximaciones múltiples a textos literarios, sino derivar versiones igualmente múltiples de las tradiciones literarias. Doble inflexión, entonces, que por un lado singulariza y recorta textos parciales, y por otro los aglutina en un gran texto definido por la contemporaneidad lanzada hacia el pasado.

En 1979 presenté en la reunión de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) un balance de la crítica literaria hispanoamericana.² Asumiendo plenamente el lugar desde el que

Crítica, Vol. I: Época colonial, 1988; Vol. II: Del romanticismo al modernismo, 1991; Vol. III: Época contemporánea, 1988; Luis Íñigo Madrigal, coord., *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, vol. I: Época Colonial, 1982; vol. II: Del neoclasicismo al modernismo, 1987; Luis Alberto Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*, Madrid, Gredos, 2a. ed. corregida y aumentada, 1968. Un trabajo pionero fue realizado por Arturo Torres Rioseco, *Historia de la literatura iberoamericana*, Nueva York, Las Américas, 1965 (1a. ed. en inglés, 1942); una obra fundacional: Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, FCE, 1949. Para este registro es importante el trabajo realizado por Beatriz González Stephan, *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1985.

² Publicado como "Spanish-American Literary Criticism: The State of the Art", en Christopher Mitchell, ed., *Changing Perspectives in Latin American Studies Insights from Six Disciplines*, Stanford, CA, Stanford University Press, 1988, pp. 164-82, 217-25. Versión castellana, "Sobre la crítica de la literatura hispanoamericana: Balance y perspectivas", en *Cuadernos hispanoamericanos*, 443 (mayo 1987), pp. 143-59. En esa ocasión cité como algunos antecedentes, entre otros, los siguientes trabajos: "La crítica literaria, hoy", *Texto crítico*, III, 6 (1977), pp. 6-36 (respondieron Enrique Anderson Imbert, Antonio Cornejo Polar, José Pedro

trabajo, es decir, el de una universidad estadounidense, ese primer trabajo me llevó a replantear una serie de interrogantes sobre los parámetros desde los cuales se piensa la función crítica y se enuncian sus múltiples y conflictivas variantes. Además de señalar las condiciones impuestas por estos espacios, particularmente circunscriptos al mundo universitario, me propuse marcar algunos de los cambios producidos en las últimas décadas sobre la base de una selección de textos que representan instancias de reflexión, de apertura y de interrogación de los diseños que organizan las letras y que, en su conjunto, refieren la visión múltiple de la(s) historia(s) literaria(s) de la región. El haberme resignado al hecho que la objetividad *absoluta* no es patrimonio de la raza humana me ha permitido guardar una

Díaz, Roberto Fernández Retamar, Margo Glantz, Domingo Miliani, José Miguel Oviedo y Saúl Sosnowski); Hugo Achugar, “Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana”, *Casa de las Américas*, XIX, 110 (1978), pp. 3-18; Jean Franco, “Trends and Priorities for Research on Latin America in the 1980s (Latin American Literature)”, *The Wilson Center Working Papers*, n° 111 (1981), pp. 25-35, publicado como “Tendencias y prioridades de los estudios literarios latinoamericanos”, en *Escritura*, VI, 11 (1981), pp. 7-20 y en *Ideologies and Literature*, IV, 16 (1983), pp. 107-20, en un número especial dedicado a “Problemas para la crítica sociohistórica de la literatura: Un estado de las artes”. En esa misma publicación cabe notar las miradas alternativas en “Para una redefinición culturalista de la crítica literaria latinoamericana”, de Hernán Vidal (pp. 121-32), y “Crítica de una crisis: Los estudios literarios hispanoamericanos”, de René Jara (pp. 330-52). A ellos agrego ahora un esfuerzo anterior: Joseph Sommers, “Research in Latin American Literature: The State of the Art; A Round Table”, *Latin American Research Review*, VI, 2 (1971), pp. 85-124, que contó con la participación de Fernando Alegría, José Juan Arrom, Carlos Blanco Aguinaga, Frank Dauster, Fred Ellison, Ricardo Gullón, Juan Loveluck, Seymour Menton, Allen Phillips, Ivan A. Schulman y Joseph Sommers. También: Guillermo Sucre, “La nueva crítica”, en César Fernández Moreno, comp., *América Latina en su literatura*, México / París, Siglo XXI / UNESCO, 1972, pp. 259-75; Enrico Mario Santí, “Historia e historia literaria en América Latina”, *La Torre*, XXXII, 126 (1984), pp. 101-12; el excelente número monográfico dedicado a la revisión de la crítica (1973-1988) de la *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XVI, 31-32 (1990), y Grínor Rojo, “Práctica de la literatura, historia de la literatura y modernidad literaria en América Latina”, en su *Crítica del exilio. Ensayos sobre literatura latinoamericana actual*, Santiago, Pehuén, 1990, pp. 13-52.

cautelosa distancia ante ciertas manifestaciones críticas para no tergiversar por el lado de la simpatía esta muestra de la producción contemporánea. Tal distancia no cancela el hecho que toda lectura recompone y organiza los textos en un orden personal que no oculta afinidades y que se historiza en la suma global de estas páginas. Por ello he elaborado una serie de paradigmas para dar cuenta de la multiplicidad de aproximaciones críticas desarrolladas en las últimas décadas y para proponer desde esta misma selección la posibilidad de leer una visión plural y actualizada de nuestras letras. Que ello sea posible sirve como claro testimonio de la amplitud y vitalidad de la crítica, inclusive de la expresa problematización de su propio quehacer, así como una prueba más del poder y reconocimiento internacional que ha merecido el objeto de su estudio.

El énfasis de este trabajo está puesto en la crítica académica que generalmente se asume como disciplina organizada en torno a una serie de principios formales y que, en casos extremos, ha llegado a considerarse independiente de la historia y aun de la propia literatura con la que dialoga. Para llevar a cabo este balance se han compulsado libros y revistas académicas de América Latina, EE.UU. y Europa; salvo algunas excepciones, no se han incluido suplementos literarios, semanarios o mensuarios a los que contribuyen algunos de los intelectuales mayores de los países latinoamericanos. Algunas de estas contribuciones –como las memorables notas en *Sur* [Buenos Aires] o las columnas que definieron el impacto de *Marcha* [Montevideo], como las páginas ejemplares de José Emilio Pacheco en *Proceso*, o de Carlos Monsiváis en *Nexos*, por citar dos notables ejemplos mexicanos, así como las notas que en su momento publicaron José Miguel Oviedo en *El Comercio* [Lima] o Tomás Eloy Martínez en *La Nación* y *Primera Plana* [Buenos Aires]– suelen ejercer un rápido impacto en el circuito inmediato de sus lectores; sin embargo, su vida es efímera a menos que sean recopiladas en volúmenes que aseguren su mayor difusión y disponibilidad. Por otro lado, tales publicaciones responden –por

encima (o por debajo) de las condiciones propias de diversos regímenes políticos– a espacios culturales ajenos a aquéllos en los que se inserta y dinamiza la crítica académica. Se podría argüir, inclusive, que los suplementos literarios han llegado a formar parte del ocio intelectual que en los fines de semana desglosa la novedad en compartimentos bien diferenciados. Para algunos lectores, la separación del diario en diferentes cuerpos hace que el suplemento sea aún más descartable; para quienes de algún modo frecuentan la literatura, tal división cumple con una anticipada sed de actualización. En algunos casos particularmente exitosos –valgan como ejemplos del mundo angloparlante el *Times Literary Supplement* de Londres y el *New York Review of Books*– el suplemento puede llegar a adquirir su propia independencia como órgano de opinión y difusión y a crear un espacio singularmente propicio para que desde sus páginas se diriman controversias estéticas e ideológicas, y que se incurriera en zonas que los puristas hallarán un tanto distantes de todo requerimiento cultural.

Escenarios y funciones

Un acertado lugar común se impone como punto de partida de estas consideraciones. Me refiero a la conjunción nada fortuita de “política” y “literatura” que ha servido como detonante fundamental para que la mirada internacional se deslice hacia América Latina. El triunfo de la Revolución cubana y la publicación en los años 60 de una constelación de novelas magistrales –algunas de las cuales plantearon precisamente la proyección de la ficción hacia la historia y su inserción y posible injerencia en la política– anticiparon para América Latina un lugar de excepción y de singular fluidez histórica frente a lo pronosticado para otros escenarios culturales. El auge internacional de la literatura hispanoamericana motivó que se des-centrara el eje de la literatura occidental: transoceánica-

mente el aleph se instaló en tierras americanas y así repitió en una escala mayor la experiencia del Modernismo frente a España. El territorio originariamente colonizado por potencias europeas –y que sigue uncido a diversos patrones de dependencia ante países desarrollados que esgrimen estrategias cada vez más transparentes– había iniciado desde las letras una nueva etapa subversiva. El mundo americano ofrecía alternativas al agotamiento; anunciaba aventuras y futuros ante experiencias que se perfilaban agotadas; sugería las oscilaciones propias de “tradición y ruptura”; planteaba una heterogeneidad incompatible con las reducciones y encasillamientos que definen a los manuales de literatura, y ofrecía la posibilidad de volver a utilizar “nuevo”, “innovador”, “novedad”, sin que estos términos remitieran al último *gadget* de la tecnología.

Con toda la connotación y el impacto de una súbita irrupción, el *boom* logró franquear para siempre el acceso de obras latinoamericanas al escenario internacional. Para un reducido núcleo de narradores imbuidos por una genuina sensación de plenitud, *boom* es un término aglutinante que apunta a la sinonimia de sus éxitos. Ajeno a toda categoría estética y, a la vez, sin aclarar el motivo de sus logros, su sonoridad y el hábil manejo de la mercadotecnia bastaron para hacerlo equivalente al éxito y a la fama. Particularmente en EE.UU., la rápida consagración de Gabriel García Márquez (1927-[2014]), Carlos Fuentes (1928-[2012]), Julio Cortázar (1914-1984) y Mario Vargas Llosa (1936) –para centrarnos sólo en los indiscutibles integrantes del *boom*– y, a través de ellos, de algunos de sus mayores exponentes, impulsó la necesaria actualización de los estudios literarios. El entusiasmo por sus obras también produjo una desmesurada fijación en la actualidad en desmedro de una obligada concentración en la tradición literaria de la región. La amplia cobertura de un “mundo nuevo” y la utilización de “nueva narrativa hispanoamericana” para representar autores de diferentes países y edades –dato que en sí desafiaba

el encasillamiento generacional³ también contribuyó a la homogeneización de América Latina. Si por un lado es comprensible que la mercadotecnia requiera un envase mayor para la distribución de su nueva línea de productos –máxime cuando cada ingrediente ofrece facetas disímiles de su entorno– no lo es menos que los rótulos tengan que ser dismantelados para dar cuenta de la heterogeneidad latinoamericana. Dicho de otro modo: la homogeneización puede ser una estrategia propicia para un reconocimiento inmediato, pero conduce indefectiblemente a conclusiones erróneas si no le sigue un análisis pormenorizado de la diversidad regional.

El triunfo de la Revolución cubana, indudable divisoria de aguas de la historia cultural latinoamericana, también ejerció un impacto notable de otro signo al generar la incorporación de numerosos exiliados de las capas medias cubanas al mundo académico estadounidense. El énfasis en algunos epígonos de su exilio, tales como Guillermo Cabrera Infante (1922-[2005]) y Severo Sarduy (1937-[1993]), refleja –al margen de sus indiscutibles méritos literarios y de la pronunciada diferencia en sus respectivas posiciones frente a la revolución– la puesta en escena de una opción política que ha sido retomada con escritores que pasaron al exilio en los años 70 y 80. Esta misma postura se registra aun en casos tan disímiles como los que ofrecen las obras de Alejo Carpentier (1904-1980) y José Lezama Lima (1910-1976), sin siquiera aludir al campo de batalla al que han sido remitidas copiosas citas y versos de José Martí (1853-1895).

³ Para una actualización del “método generacional”, véanse las opiniones de Cédomicil Goić, José Juan Arrom, Enrique Anderson Imbert, Luis Leal, José Olivio Jiménez, Luis Mario Schneider y Jaime Concha, a través de las entrevistas realizadas por Miguel Ángel Giella, Peter Roster y Leandro Urbina, en “Crítica hispanoamericana: La cuestión del método generacional”, *Hispanamérica*, IX, 27 (1980), pp. 47-67. Incluye una bibliografía selecta de estos críticos.

El fascismo que rigió las tierras del sur, particularmente a partir de 1973, llevaría al exilio americano, europeo y estadounidense, a escritores y profesores que han fortalecido la pluralidad de los estudios latinoamericanos. Instalados en otros países, la emigración forzada ha contribuido con su sola presencia a testimoniar la carga histórica de las palabras. Uno de los efectos a largo plazo que se inicia con la condición misma del exilio –a pesar de los procesos de re-democratización iniciados a mediados de los años 80– se verifica en la permanencia en el exterior de muchos profesionales. Razones personales, condiciones económicas y la disponibilidad de recursos para la investigación, son algunos de los elementos que han fomentado una mayor integración de proyectos conjuntos entre académicos radicados en el exterior y en América Latina.⁴ Dicha integración se constata en otro indicio: en la vasta zona cubierta por la rúbrica “literatura / sociedad”, que remite el análisis del texto a las condiciones de producción, la nómina de publicaciones refleja un manifiesto cruce de fronteras. Más que cualquier otra aproximación, ésta subraya la “latinoamericanización” de sus lecturas –fenómeno cuya contrapartida es la circulación de análisis semióticos. Esto no implica que se privilegie el sitio geográfico de la publicación ni que se cuestione la pertenencia nacional del crítico a partir de su lugar de

⁴ Las condiciones de trabajo en América Latina son ampliamente conocidas y no exigen mayor elaboración en este contexto. A la percepción de que muchos de nuestros países viven un clima de incertidumbre, que siempre parecen estar al borde del abismo (y algunos, en efecto, lo están), se suman la fracturación o abandono de formas institucionales que hacen a los sentidos cohesivos de la nación; grados inéditos de corrupción; economías informales y otras altamente especulativas y una producción no canalizada a través de un desarrollo social dirigido; ‘la invasión’ desde el interior de los grandes centros urbanos lo cual, a su vez, agrava el problema habitacional y económico-social, junto a una pauperización general de sectores que alguna vez pertenecieron a las capas medias... Al mismo tiempo se da la resistencia al deterioro mediante organizaciones populares como alternativa a núcleos y partidos tradicionales que ya no ofrecen solución alguna y la celebración de las *formas* de la democracia sin que por lo general se pase a la construcción de una cultura política para afianzar las instituciones y las prácticas democráticas.

residencia. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en términos generales, en América Latina, aun los “críticos académicos” –posiblemente más sensibles al hecho de que hacer crítica también es hacer política cultural– también escriben para un público más amplio. Sin adoptar una actitud prescriptiva ni un régimen de exclusiones, me permito subrayar la importancia de los análisis literarios cuya lucidez contribuye a percibir con mayor claridad ese segmento de realidad que permanece instalado más allá de toda traducción estética.

Las relaciones dinámicas de este campo intelectual se caracterizan por una intensa fluidez que permite calibrar los diversos grados de compromiso del crítico ante el mundo y frente al régimen que permite, tolera o promueve sus desplazamientos. Las relaciones internas del mercado académico responden a distintas condiciones institucionales y, por lo tanto, no pueden ser homogeneizadas ni dentro ni fuera de las fronteras latinoamericanas. Estas relaciones son las que determinan, siquiera en un primer eslabón formativo, la selección de proyectos de investigación. Éstos con frecuencia se encaminan hacia el reiterado culto de los consagrados y, generalmente, hacia territorios exentos de aristas ideológicas. En países sometidos a regímenes dictatoriales, el poder de las decisiones ha respondido a fuerzas coercitivas que afectaron la fluidez de todo discurso. Bajo los sistemas autoritarios, cuando el interrogante explícito podía ser atravesado por el silenciamiento, las propuestas estructuralistas ofrecieron el amparo de la teorización y la firmeza metodológica de sus modelos, aun cuando la duda sobre sus alcances ya había comenzado a minar sus fundamentos. Para algunos críticos, la modelización teórica fue, asimismo, expresión del fervor anti-histórico que sirvió para intentar un alejamiento, siquiera metafórico, de lo cotidiano. Sin embargo, en general no se trata de un total vuelco hacia esta tesitura en críticos que no la sostuvieron antes de los golpes militares. En tales condiciones, y al margen del encanto de una rigurosa arquitectura, la reducción al tamaño de la página, al mínimo y

fragmentario detalle, a la intensidad de un momento, pueden ser vistos como refugio ante el colapso del orden externo.

En casos tan singulares como las diversas etapas recorridas por el proceso revolucionario cubano, por Chile durante el gobierno de Allende y por Nicaragua durante el período sandinista, los críticos –al igual que otros intelectuales y artistas que compartían la ideología imperante– participaron activamente en la formulación e implementación de políticas culturales. Fueron testigo, asimismo, de la transformación de sus respectivas prácticas. Bajo los regímenes dictatoriales que uniformaron el Cono Sur (Brasil en 1964, Chile y Uruguay en 1973, Argentina en 1976 y Paraguay desde mucho antes) se redujo el espacio público con la consiguiente restricción, cuando no el desmantelamiento, de las instituciones educativas.⁵ La censura oficial y la autocensura ejercieron un control riguroso sobre zonas de investigación a ser abordadas explícitamente. Por su parte, los gobiernos de facto hicieron uso de áreas tendientes a proyectar una imagen oficial de apertura y a decorar una retórica que no cesaba de proclamar que toda imposición de autoridad se hacía en nombre de los valores occidentales y cristianos –con su correlato de patria, familia y propiedad– y de un eventual retorno a una democracia depurada y legítima. Uno de los resultados de este clima fue el encogimiento de la atención prestada a la literatura contemporánea y un cuidadoso tamizado de textos que aluden al entorno inmediato; otro fue el repliegue exegético sobre el texto. Entre quienes estaban inscriptos en una línea de análisis socio-histórico se registró un retorno hacia instancias de la historia cuya recuperación permitía hablar del presente. Por razones obvias, los mecanismos

⁵ Una respuesta eficaz fue la creación de talleres y cursos paralelos a las carreras universitarias que sirvieron para cubrir tanto las necesidades educativas de los estudiantes como las económicas de profesores cesanteados; fueron, además, resguardo y sostén de una tradición crítica. En otros países americanos, la creación de talleres literarios respondió a otras necesidades y creó, particularmente en provincia, zonas alternativas de creación y análisis.

de representación fueron muchos más fluidos en condiciones de exilio. Fuera de fronteras abundaron los planteos sobre la función social del escritor y de la literatura, preocupación fácilmente comprensible ante la derrota sufrida en los años 70. El exilio y la emigración, por otro lado, ejercieron una marcada latinoamericanización de la reflexión crítica en los países que acogieron a los exiliados.⁶

⁶ La bibliografía sobre los exilios más recientes es demasiado abundante para consignarla en este espacio. Por la diversidad de opiniones y reacciones de los participantes en reuniones realizadas en la Universidad de Maryland me permito citar los volúmenes que prologué y compilé bajo los títulos *Represión y reconstrucción de una cultura: El caso argentino*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988, y *Represión, exilio y democracia: La cultura uruguaya*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1987. El libro argentino incluye textos de Osvaldo Bayer, José Pablo Feinmann, Luis Gregorich, Tulio Halperín Donghi, Liliana Heker, Noé Jitrik, Santiago Kovadloff, Jorge Lafforgue, Tomás Eloy Martínez, Juan [Carlos] Martini, Mónica Peralta Ramos, León Rozitchner, Beatriz Sarlo e Hipólito Solari Yrigoyen. En la reunión sobre Uruguay participaron Hugo Achugar, Álvaro Barros Lémex, Amanda Berenguer, Lisa Block de Behar, Hiber Conteris, Juan Corradi, Joan R. Dassin, José Pedro Díaz, Eduardo Galeano, Edy Kaufman, Leo Masliah, Carina Perelli, Teresa Porzecanski, Juan Rial, Mauricio Rosencof, Jorge Ruffinelli, Bernardo Subercaseaux, Martín Weinstein y Rubén Yáñez. [La reunión sobre Chile, recogida en *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile* (Santiago, FCE, 1993), que compilé con Garretón y Subercaseaux, contó con la participación de Enrique Barros, Soledad Bianchi, Alfonso Calderón, Eduardo Carrasco, Jaime Concha, Cristián Cox, Ramón Díaz Eterovic, Jorge Edwards, Diamela Eltit, Manuel Antonio Garretón, María de la Luz Hurtado, Milan Ivelic, Giselle Munizaga, Sonia Montecino, Nelly Richard, Grínor Rojo, Agustín Squella, Bernardo Subercaseaux, Eugenio Tironi, Rodrigo Torres, Luisa Ulibarri y Adriana Valdés. *Brasil: O trânsito da memória* (São Paulo, Editora da Universidade de São Paulo, 1994), coordinado con Jorge Schwartz, incluye ensayos de Joaquim Alves de Aguiar, Ivan Ángelo, Jean-Claude Bernardet, Carlos Eduardo Lins da Silva, Ignacio de Loyola Brandao, Fabio Lucas, Ana Maria Machado, Sergio Miceli, Yan Michalski, Walnice Nogueira Galvao, Nélica Piñón, Muniz Sodré, Maria da Conceicao Tavares y Gilberto Velho. *Hacia una cultura para la democracia en el Paraguay* (Asunción, Dirección de Cultura, Municipalidad de Asunción y Centro de Documentación y Estudios, 1994), compilado con Line Bareiro y Ticio Escobar, incluye textos de Benjamín Arditi, Line Bareiro, Juan Andrés Cardozo, Carlos Colombino, Ramiro Domínguez, Ticio Escobar, Gerardo Fogel, Bartomeu Meliá, Lorena Ocampos, Marcial Riquelme, Domingo Rivarola, Augusto Roa Bastos, Guido Rodríguez Alcalá, José Carlos Rodríguez, Gloria Rubín, Osvaldo Salerno, Raúl

La restauración de instituciones democráticas, por otra parte, no ha cancelado el clima de incertidumbre, que se suma a otros cuestionamientos sobre el perfil y alcance de la crítica, ni ha mejorado sensiblemente los medios que propician la investigación. Mientras tanto, en otras zonas, diversas opciones se han acomodado con mayor soltura a las menos dramáticas condiciones de mercado. En EE.UU., por ejemplo, y al margen de resultados puntuales, la investigación aséptica (como elisión de la política) o la concentración en problemas teóricos (como si hablar de teoría garantizara la des-ideologización del sujeto o su existencia al margen de la historia), así como una opción de signo distinto, puede condicionar y afectar la supervivencia laboral en el ámbito universitario. Y esto se produce precisamente en el espacio que se fortalece a través del disenso.

Cabe añadir que, en gran medida, las fragmentaciones de la literatura responden a la parcialización de los estudios literarios y a una especialización excesiva en autores o literaturas nacionales que suelen hacer más difícil una visión de conjunto. Este cuadro se agrava tanto por la reiteración en los consagrados, como por la selección de temas aislados y marginales que ni siquiera son incorporados al corpus analítico general para derivar de allí su verdadero sentido. En otras palabras, ubicados en este tipo de relaciones (y dejando de lado los requisitos formales de las cátedras universitarias), la recomposición analítica de un texto literario no responde a una demanda social. Por un lado se manifiestan en cierta crítica la urgencia vital, la pasión y el compromiso ético propios del espacio que habita el crítico, o hacia el cual se dirige desde cualquier lugar, y que lo impulsan a dirimir propuestas que no son sólo articulaciones de papel. Por otro lado, y en otras instancias, también se da el triste recuento del número de páginas impresas como cuota

Sapena Brugada y Diana Serafini.] Están en prensa los trabajos realizados sobre Brasil (1988) y sobre Chile (1991). Ver también Karl Kohut y Andrea Pagni, eds., *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*, Frankfurt-am-Main, Klaus Dieter Vervuert, 1989.

de ingreso y clave de paso al siguiente escalafón. Si el ascenso es la única meta, las apostillas a lo remanido y las palabras sin riesgo podrán bastar, aun cuando disten de cumplir con un genuino propósito crítico. Conviene recordar, sin embargo, que tal ejercicio nada tiene de inocente puesto que su práctica sustenta al sector que considera que la lectura de un texto sólo posee validez científica cuando colinda con la asepsia y exorciza de su cuerpo a la historia y la política. Desde una distancia acotada, la exaltación teórica que prescinde de los textos no es ajena a este sentir; esto se puede verificar, dicho sea de paso, por la euforia ante textos que omiten su anclaje y así posibilitan una función modélica que aspira a ser universal. Sin embargo, para otros críticos, y creo que para la mayoría de los lectores, la literatura se lee en y desde lo puntual: *en* la historia y *en* la sociedad. La literatura no es una mera entelequia sino parte de la composición de lugar, de la historia que se articula por medio de las mediatizaciones que le son propias a través de la literatura. Es fundamental señalar, entonces, desde qué marco se compagina toda lectura crítica y recordar que toda práctica crítica comprometida con el yo pone en escena el cuerpo del crítico y el lugar que ocupa, el que desea ocupar, el que le es asignado o del cual se apropia en el sistema literario.

Uno de los problemas centrales en la definición de una aproximación crítica se da al formular si la autoridad última reside en el texto o si ésta se articula a partir de las relaciones, siempre en estado de flujo, entre el texto y un marco referencial, en el cual, por cierto, también está inscripto el lector. Toda crítica –también la que se pronuncia exenta de su alcance– evidentemente encarna una opción ideológica. La “lectura ideológica” no se limita a elaborar las relaciones de contexto de una obra literaria; también tiene a su cargo el reconocimiento de la ideología que porta como resultado del contexto del cual emerge y los posibles grados de corrección que pudieran llegar a manifestarse en ella. Las lecturas que se expresan como desinteresadas de cualquier posición política, o como ideológicamente asépticas, no por ello

dejan de portar una ineludible carga ideológica. Y precisamente por ello sirven para llamar la atención sobre la naturaleza del lenguaje que analizan para que desde la manipulación de la lengua se pueda elaborar una lectura política.

Jugar con la lengua, después de todo, como tan bien lo ilustran notables páginas de Borges –“El idioma analítico de John Wilkins” y “La escritura del dios”,⁷ entre tantos otros textos– es elaborar el diseño del mundo; es decir, arrojarlo de lleno sobre la realidad. Que la teoría ya no se discute con el mismo ahínco de hace unos años responde al hecho de que ha sido asimilada en diversos grados a los estudios literarios; por ello, la estridencia propia del advenedizo se hace menos necesaria. La creciente convicción en la necesidad de revisar el posicionamiento del acto crítico ha contribuido a la expansión de los estudios culturales y a una rearticulación del “texto en sociedad”. Por esta misma dinámica también son comprensibles el rescate de la Escuela de Frankfurt y la influencia cada vez mayor del pensamiento de Walter Benjamin, las alusiones a Adorno y, en otros circuitos, la incidencia de Habermas.

Pensar que la crítica literaria puede afectar decisivamente el curso de la historia presupone un acto de confianza en el poder de la palabra. Su desmesura no es del todo ajena a la que caracterizan algunas propuestas revolucionarias de los textos que analiza. Al considerar el impacto político de diferentes propuestas críticas se impone deslindar entre aquellas que cumplen con metas políticas inmediatas –la feminista, por ejemplo– y aquellas otras que subvierten más sutilmente el orden establecido. Esto equivale a contemplar el valor subversivo de los textos de Borges que cuestionan desde un sutil punto de vista filosófico las bases sobre las que se asientan el orden y la tradición cultural de occidente, con páginas que abogan explícitamente por la destrucción material de las fuerzas que representan ese orden

⁷ “El idioma analítico de John Wilkins” se halla en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1960, pp. 139-44; “La escritura del Dios”, en *El Aleph*, Buenos Aires, Losada, 1949, pp. 117-23.

(Borges y Arlt, por ejemplo). Estas opciones ni son incompatibles ni se excluyen mutuamente; responden, más bien, a programas políticos y a momentos históricos diferentes.⁸

En parte por esa misma “despolitización”, en países beneficiados por urgencias menores que las que caracterizan a gran parte de Latinoamérica, los espacios académicos han podido amparar múltiples opciones y servir como foros singularmente propicios para la investigación y para un diálogo que logró superar distancias planetarias. Han podido, asimismo, prescindir de una excesiva concentración en la literatura nacional ya que tal especificidad como sistema de exclusión frente a otras expresiones nacionales carece de sentido desde la periferia – siendo “periferia” el lugar que le corresponde a todo centro establecido fuera de América Latina. Desde una perspectiva latinoamericana, y a pesar de un exacerbado interés por lo producido dentro de los respectivos países, cuando no provincias o ciudades, la comunidad de intereses es comprendida mediante afinidades culturales por encima de matices diferenciales y distanciamientos ideológicos. Desde fuera, sin embargo, la visión homogeneizadora de lo latinoamericano ejerce un claro mecanismo de apropiación que mina precisamente las variantes de sus zonas culturales y su complejidad histórica. La ponderada unidad latinoamericana corre así el peligro de ser utilizada como mecanismo de reducción con la consiguiente distorsión de sus particularidades. Por ello, una vez logrado el reconocimiento de un *corpus*, por lo menos para el campo cultural se impone la necesidad de llamar la atención sobre el ilusorio término unificador “América Latina” y sus variantes hispanas.

Más que bajo una sola versión orgánica, la historia cultural latinoamericana se perfila como ilación dinámica de segmentos parciales, y su mapa literario como un multicolor manto de re-

⁸ Una visión contestataria de la relación política-teoría literaria en YOUNG, R., “The Politics of ‘The Politics of Literary Theory’”, *Oxford Literary Review*, 10 (1988), pp. 132-57.

tazos. Por lo tanto, más que en un esfuerzo por homogeneizar, el énfasis debe estar puesto en la heterogeneidad de sus literaturas, en la verificación de que diferentes sistemas podrán o no confluir en determinados espacios, y en la posible ordenación de sistemas (¿sería acaso válido o útil un modelo de jerarquización?) acordes con sus respectivas áreas de desarrollo e influencia. No puede ser de otro modo dada la conjunción y mezcla de visiones de mundo radicalmente distintas, de etnias y razas diferentes; dada la diversidad de lenguas que enuncian culturas milenarias con otras que se afianzan en conquistas e inmigraciones más recientes; así como de cultos a la escritura y, junto a ella, a la recuperación oral de la memoria, de complejos procesos de transculturación regional, nacional e internacional.

La integración del análisis literario con la reflexión sobre problemas de identidad es particularmente acuciante en zonas con fuertes componentes indígenas (notablemente la región andina) y de origen africano (Brasil y el Caribe multilingüe como casos paradigmáticos), así como en regiones caracterizadas por procesos inmigratorios aluvionales (Río de la Plata). Al considerar raza y etnia como factores en la formación de la identidad nacional y, por consiguiente, de la identidad literaria, se pone en juego la constitución de literaturas híbridas. Desde su diferencia, desde su misma conformación americana –es decir, *mestiza*– éstas elaboran la transformación de una tradición que a pesar del culto mayoritario a la hispanidad siempre ha desafiado toda noción inquisitorial de pureza. En diferentes momentos del siglo XIX, por ejemplo, la necesidad primordialmente política de afianzar lo “nuestro”, o sea, de fortalecer el poder criollo frente al cada vez más distante legado colonial, tuvo como corolario la imposición cultural de “lo nacional”. En algunas latitudes ello exigió el rescate parcelado del indígena; en otras, llevó a la exaltación del gaucho a través de un discurso criollista articulado como contraposición

a versiones 'foráneas' de lo nacional.⁹ No obstante algún fugaz amago monárquico para hallar a los descendientes de cetros americanos, resultará difícil identificar casos en que toda la herencia colonial haya sido rechazada en aras de un retorno a eras previas al contacto con el mundo europeo. Lejos ya de tales esquematismos, considero importante tener en cuenta que al enarbolar la identidad como estandarte –más que su debido reconocimiento y respeto– entran en juego factores etnocéntricos a los cuales no es ajeno el sentir perjudicado, tanto por la exaltación de una cultura dominante europea / estadounidense como por el ensalzamiento acrítico y la defensa de las fuerzas nativas.

Como lo han rememorado insistentemente algunas actividades efectuadas con motivo del quinto centenario del arribo de Colón a tierras americanas, el encuentro de culturas jamás se ha dado en términos de paridad sino como proceso de destrucción y apropiación de pueblos y culturas. Por parte del conquistado, de toda minoría renuente a su total asimilación, la incorporación de lo foráneo se produce mediante la transformación y adaptación de las fuerzas dominantes al orden social y cultural pre-existente.¹⁰ Esta dinámica, con sus correspondientes matices y ajustes históricos, se reproducirá con la importación de productos y modelos extranjeros que abarcan desde la industria y la tecnología avanzada al énfasis intelectual en algunos enclaves críticos de la posmodernidad.

Dado que los diversos estadios de desarrollo regional no están sincronizados, las fluctuaciones que se producen a partir

⁹ Un caso específico en Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

¹⁰ Una versión mexicana de esta dinámica en el discutido e ineludible ensayo de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Cuadernos Americanos, 1950. Cf. LEÓN-PORTILLA, M., *Mesoamerica 1492 and 1992*, College Park, MD, University of Maryland-1992 Working Papers Series, 1988. El quinto centenario ha promovido una importante serie de publicaciones que incluyen la recuperación de zonas de culturas amerindias que habían permanecido marginadas o ajenas a los análisis literario-culturales, así como el resurgimiento de los estudios coloniales.

del encuentro de culturas subrayan aún más la heterogeneidad americana y los mecanismos de transculturación, cuyas expresiones literarias ya han sido lúcidamente estudiadas por Ángel Rama.¹¹ En “Problemas historiográficos de nuestras literaturas: Discurso literario y modernidad”, Ana Pizarro indicó:

La literatura en nuestro continente da cuenta de una cultura heterogénea y fragmentada que no podría tener otra forma de comportamiento que la de la heterogeneidad y la fragmentación de la sociedad que la produce: ‘nuestra cultura –dice García Canclini– se ha hecho todo el tiempo a mitad de camino entre los residuos heterogéneos y las innovaciones truncas’. Esta específica situación entre tradición y modernidad de cuya dialéctica surgen las secuencias superpuestas que construyen el espesor de nuestro discurso literario –o tal vez deberíamos decir de nuestros discursos– es la propia de las zonas literarias periféricas, las zonas en proceso de construcción de identidad, las que emergen de formaciones históricas coloniales y viven los avatares histórico-sociales de su condición.¹²

Las expresiones de la heterogeneidad responden, a su vez, a la xenofobia propia de una sociedad, o de un sector elitista, que se asume homogéneo y que, por lo tanto, repele toda mácula diferencial como intromisión en la pureza. Al adoptar la función de portaestandartes de la cultura nacional, dicho sector rechaza la noción misma de heterogeneidad ya que ésta es una fuerza contestataria. Un ejemplo, entre muchos, de búsqueda de una cultura representativa de lo nacional y contestataria frente a la línea dominante se dio en 1962 en el Ecuador con

¹¹ Sobre este último aspecto es fundamental el estudio de Ángel Rama, *La transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982. Junto a la modernidad, la transculturación ha sido uno de los ejes mayores que atravesaron la producción crítica de Rama. Cf. *La ciudad letrada*, Hanover, NH, Ediciones del Norte, 1984. Es sumamente enriquecedor el cotejo de los planteos de Rama con los análisis de José Luis Romero, *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

¹² En *Filología*, XXII, 2 (1987), p. 153. La referencia a Néstor García Canclini remite a su “Antropología versus sociología. ¿Un debate entre tradición y modernidad?”, *David y Goliath*, XVII, 52 (1987), p. 44.

el lanzamiento de los tzántzicos.¹³ Ante la aplanadora visión de una homogeneidad inexistente, la historia suscita la incorporación de prácticas y discursos heterogéneos como único medio para iniciar su esquiva definición; más aún, como el mecanismo más apropiado para abordar el encuentro y la eventual conjunción de todas las fuerzas que hacen a la constitución de las literaturas americanas.

Esta sugerencia programática –alentada en otros términos por Alejo Carpentier en *Los pasos perdidos* (1953)– exige una versión más generosa de la expresión americana que aquella que opta por una máxima reducción de la producción literaria para impulsar una imagen sectorialmente privilegiada de nuestras letras; o que aquella otra que habiendo erigido un mínimo recinto cree haber impuesto un castillo a nuestra compartida realidad. Exige, asimismo, que se subrayen la diversidad, los constantes desfasajes, la imposibilidad de articular al unísono procesos regionales y manifestaciones locales; que se sintonicen la asincronía de sus desarrollos, para entonces reflejar una imagen menos pulida, más escabrosa quizá, pero más fidedigna de su historia y de su expresión literaria.

La identificación de discursos heterogéneos no impide la especialización ni la concentración en una de sus múltiples manifestaciones; supone, sin embargo, una mayor disponibilidad para considerar los mecanismos de producción de la literatura. Además, frente a la omnipotencia de ciertas proclamas sobre los alcances de la crítica (mejor dicho, ante críticos con veleidades de omnipotencia), corresponde proponer una fuerte dosis de humildad. La suma de estos elementos apunta el juego de mediaciones adicionales al que debe atender la práctica literaria.

¹³ Cf. VINUEZA, H., “Tzantzismo y vanguardia”, *La bufanda del sol* [Quito], 1 (1972), pp. 3-10, y el testimonio de Ulises Estrella, “Los Tzántzicos: Poesía de la indignación”, *Hispanamérica*, I, 3 (1973), pp. 81-5. Sobre la función encubridora y el sometimiento de muchos escritores ecuatorianos a “la maquinaria de colonización”, lo cual también implicaba una capacidad casi redentora del intelectual que asumía su verdadera función política, ver CUEVA, A., *Entre la ira y la esperanza*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1981 (1a. ed., 1967), p. 23.

Por un lado, las relaciones internas al texto –área que ha recibido una máxima atención teórica durante los años 60 y 70–; por otro, la incorporación del lector a la ecuación de la producción literaria. Ya instalados en otro nivel, también debe atender al papel que todos los participantes, incluido el crítico, juegan en el sistema y a las relaciones del sistema literario con otras instancias discursivas. Este régimen de consideraciones, escalonado y a la vez simultáneo, presupone que la literatura es vista como producción social y que, por consiguiente, su radio de influencia y acción se extiende fuera de los límites impuestos por toda crítica inmanentista.

Sin pasar aún al campo de las tácitas o expresas pugnas ideológicas, es útil recordar que la adhesión a diferentes escuelas teóricas, así como la adopción de diversas modulaciones críticas, determina una divergencia radical en el régimen de interrogantes en torno al texto literario. Las consecuencias de tal adopción exceden los márgenes literarios puesto que al atravesar la descripción e interpretación del texto, la lectura remite explícitamente a la materialidad latinoamericana.

La literatura es, en múltiples acepciones, “recreativa” (“re-creativa”), pero no por ello deja de entablar una función normativa. Todo texto manipula y apropia realidades para luego conferirle sentido a su mundo originario. Tal circuito significa, entonces, que si por lo menos una de sus variantes concibe a la literatura como forma que organiza la experiencia social, su sentido último se proyectará sobre esa misma realidad mediatizada en el texto. Por ello, sin menoscabar ninguno de los registros generados por la obra literaria, importa rescatar esta dimensión para comprender la seriedad y repercusión de algunas propuestas teóricas, así como la magnitud de las discusiones sobre los propósitos de la crítica literaria. Si bien su primer énfasis está puesto en el “texto” –en este caso entendido tanto como “obra” o como “campo metodológico” tendiente a constituir una teoría científica– su lectura última será urdida sobre la base de su posible impacto institucional y social. El

carácter profundamente subversivo de la literatura radica precisamente en que inquisiciones y dudas sobre el sistema literario que ha heredado y que re-crea en su propia elaboración, también ejercen un impacto sobre el orden social –fenómeno que tendería a explicar las persecuciones ejercidas por regímenes dictatoriales contra escritores y artistas. Esta dinámica se reproduce en casos ejemplares con la crítica cuando ésta se propone transformar su propia actividad y su objeto de estudio; también, cuando no reprime sus alcances limitándose sólo a la dilucidación de una obra o al montaje del sistema literario.

Cuando aceptamos que la literatura no es sólo juego, se alteran radicalmente el sentido, la magnitud y el alcance del acto interpretativo. En su elaboración seguirán siendo primordiales los interrogantes sobre el discurso literario, pero no se excluirán de su predio, por ejemplo, la búsqueda de las razones últimas que han motivado el reconocimiento internacional de algunas variantes de la expresión latinoamericana, ni los mecanismos políticos que impulsan, condicionan y son condicionados por la práctica literaria. Por ello resulta imprescindible analizar los diversos órdenes institucionales dentro de los cuales se expresa esta crítica así como las diferentes modalidades afectadas por estos órdenes. Sólo así se comprenderán plenamente la dimensión y el sentido de lo leído y asimilado, y sólo así se tendrá una clara conciencia de la versión de la literatura latinoamericana y, a través de ella, de América Latina, que se promulga mediante una cuidadosa selección de textos. De este modo, al identificar los paradigmas de un sistema literario y al marcar los espacios conflictivos que requieren mayor precisión, la crítica acepta el derecho a esbozar su propia capacidad anticipatoria.

Estos llamados de atención pueden parecer desmesurados ante la ‘mera’ selección de algunas lecturas, así como ante el diseño de un programa universitario u otro proyecto de alcance nacional. Sin embargo, no es descabellado aceptar que la palabra, tanto la pronunciada desde el sitio del poder como

aquella que es disparada con propósitos contestatarios, desencadena dispositivos que pueden llegar a regir el destino de los hombres. No hay proceso de selección casual o inocente; toda opción –aun la que se pronuncia más ajena y desinteresada– implica una visión de mundo que de múltiples maneras recibe, modifica e incide en la esfera pública. Los regímenes autoritarios así lo han reconocido y venerado mediante prohibiciones y ejecuciones sumarias.

En EE.UU., las aproximaciones críticas que cabían bajo la rúbrica “literatura y política” o bajo la más apta cobertura de una “aproximación culturalista” –y que hoy pueden aparecer glosadas como “estudios culturales”– deben ser vistas frente a los análisis que esgrimen criterios “estetizantes” para avanzar su propia ideologización conservadora del mundo americano. En América Latina, esta “disyuntiva” se remonta a los primeros planteos de la crítica latinoamericana. La misma actividad política nacional e internacional desplegada por muchos escritores latinoamericanos, así como la más circunscripta de la política cultural, ha sido un patrón normal de sus vidas.¹⁴ Por ello, articular y fundamentar argumentos literarios sobre una base política, o apelar a categorías marxistas, no debería ser sorprendente ni mucho menos motivo de alarma.¹⁵ Hacer política –como en diferentes contextos lo demostraron ejemplar e insuperablemente Domingo F. Sarmiento (1811-1888)

¹⁴ Para no remontarnos a ejemplos paradigmáticos del siglo XIX, se ve una expresión contemporánea de ello en los ensayos que Octavio Paz publicó en la primera etapa de *Plural* y que siguen apareciendo regularmente en *Vuelta*; también en ese recodo el caso puntual que ofrece el texto de Enrique Krauze, “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”, detonante de una furiosa polémica en los medios intelectuales de su país, publicado en *Vuelta*, XII, 139 (1988), pp. 15-27.

¹⁵ Véase al respecto, JAMESON, F., *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1981. En la p. 12 dice: “The political, in the widest sense given by Marxism, provides the absolute horizon of textual interpretation in the way that Marxism does for theoretical work in general”. Si bien es obvio que Jameson habla desde categorías marxistas, su dictamen es aplicable a toda aproximación ideológica.

y José Martí– fue, en muchos casos, proponer e implementar proyectos de construcción de una nación –proyectos que ahora también leemos como “literatura”,¹⁶ Durante la formación de las nuevas repúblicas americanas, la literatura era integral e ideológicamente definitoria de los propósitos políticos de sus fundadores. Estaba concebida explícitamente como poseedora de una función política y moral normativa para los habitantes de las nuevas naciones.¹⁷ Tenía a su cargo, además, la estructuración y ejemplificación de los mitos que establecerían un sentido de identidad nacional tendiente, entre otras cosas, a forjar un sentido armónico entre las clases sociales que integraban los nuevos países; tarea para la cual no siempre era beneficiosa la explicitación de las metas políticas.

Si bien la primera instancia en el diseño y constitución de una tradición literaria responde a la conformación de sus forjadores, su reconocimiento posterior depende de los lectores que los identificarán en sus orígenes. Cada imagen y cada encadenamiento denotan una proyección ideológica que se ramifica hacia la formación de una cultura nacional y, en términos más amplios, de una imagen continental. En este sentido (como veremos más adelante), la discusión en torno a la crítica y a la definición del canon literario pierde todo cariz de superficialidad académica y se incorpora al recinto más amplio en el que se dirimen los destinos materiales de todo pueblo. Este argumento obviamente posee resabios decimonónicos en cuanto al papel que la literatura debía jugar en la formación de las repúblicas liberales. Si bien los términos han cambiado, el interrogante sobre ese papel no es menos urgente en estos días. Forjar una tradición es formular un legado. Este alto grado de compromiso con la historia y los futuros no es ajeno a la empresa de

¹⁶ Un excelente ejemplo en el estudio y la selección de Tulio Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

¹⁷ Bernardo Subercaseaux S. lo ha estudiado ejemplarmente para el caso de Lastarria en su *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*, Santiago, Aconcagua, 1981.

la crítica. Proyectar esta dimensión sobre la crítica implica un sentido de continuidad con las etapas fundacionales de lo americano y recuperar, asimismo, el sentido histórico profundo de esas páginas leyéndolas en función de una tradición literaria e interpretándolas en constante diálogo con el presente.

En otra escala, hay sectores de la crítica contemporánea que reflexionan sobre la constitución de este campo y sobre su propia responsabilidad en su diseño. Instalados en el espacio latinoamericano se vuelve necesario interrogar por qué un núcleo selecto de autores y obras ha sido privilegiado con el manto de la representación de un amplio mosaico letrado. También, a qué gustos y a qué expresión de la moda responden y, a partir de ella, qué imagen del mundo latinoamericano –conflictiva, seductora, complaciente, ratificadora de prejuicios y sabores– ofrece el corpus escogido dentro y fuera de las zonas de producción literaria. El texto literario es un modo de persuasión que genera una amplia gama de reacciones que va desde la indiferencia y el momentáneo placer del encuentro hasta el apasionamiento que puede impulsar algún tipo de acción material. Análogamente, la crítica literaria adopta ese componente de persuasión desde el instante mismo en que comienza a delinear su propia versión estética de aquello que merece la rúbrica “literatura”. En este sentido, entonces, tanto la literatura como esta faceta de la crítica implican un desplazamiento a partir de una primera actividad cognitiva –el enriquecimiento obtenido mediante un mayor conocimiento de la realidad– hacia el plano que involucra una toma de posición ética y política.

Son numerosas las razones que motivan una ceñida selección de autores como figuras representativas de un todo. En el plano más simple puede obedecer a la capacidad limitada de un programa de estudios para absorber la complejidad latinoamericana. La concentración en algunas figuras señeras de la nación también puede apuntar a una genuina exaltación de lo propio, así como a la defensa del patrimonio nacional ante una desvalorización promovida por el mismo auge e importación de letras

extranjerías (término que incluye a las repúblicas americanas entre sí). Cuando se desmerece el valor de lo contemporáneo, sólo queda el refugio de los incuestionables o la rendición ante la (falsa pero creída) nulidad. En otro contexto, sin embargo, esta actitud corresponde a la reducción de la heterogeneidad latinoamericana a unos cuantos epígonos. Se ha llegado a decir que mediante el culto de “los maestros” el lector captará “la esencia” de la literatura latinoamericana y hasta una dimensión más generosa de su cultura. Quizá sin proponérselo programáticamente, esta estrategia recupera para un muy reducido segmento contemporáneo, pero sin su énfasis original, lo adelantado por Pedro Henríquez Ureña al elaborar *Las corrientes literarias en la América hispana* y que adelantara en “El descontento y la promesa”: “la historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó”.¹⁸

El riesgo implícito en toda reducción no es insignificante. Al hablar de los “genios” de la literatura se exaltan sus logros; sin problematizar más allá de matices diferenciales que endosan la singularidad, se promueven áreas de confluencia armónica; también se rumia una deshistorización siempre propia de “estados de excepción”. Esta reducción puede llevar, por un lado, a la desmesurada concentración en un autor quien, al margen de su real o impuesta significación, sólo podrá aspirar a ser el falso aleph de una tradición; por otro, y mediante una selección tendenciosa de materiales, a la imposición de una ideología como versión dominante de la historia.

La reducción a figuras centrales de la literatura también ha cumplido otros propósitos, generalmente ajenos a la voluntad

¹⁸ Ver el prólogo a la ya citada versión española de *Las corrientes literarias en la América hispana*. “El descontento y la promesa” ha sido incluido en Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, prologado por Rafael Gutiérrez Girardot, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 33-45. Junto a la obra fundacional de Henríquez Ureña, se impone la mención de Alfonso Reyes, cuyo *El deslinde. Prolegómeno a la teoría literaria* (México, FCE, 1983; 1a. ed., 1944), inició una sistematización teórica en lengua castellana.

del escritor. Un ejemplo: la dictadura argentina iniciada en 1976 utilizó el reconocimiento internacional de Borges, así como el campeonato de fútbol y la siniestra transformación de consignas humanitarias, en una inteligente operación de mercadeo tendiente a lavar la justa imagen que los generales supieron merecer. Borges fue transformado en ícono, en la figura estelar que requiere la atención de numerosos lectores (más bien, de televidentes), en un “Borges para millones”.¹⁹ Su popularización sirvió para una doble y paradójica operación que, a la vez que lo mitificó, también generó una provisoria vulgarización de su figura. Los lectores de acápites e imágenes habían adquirido un nuevo ídolo. Bastaba verlo en tapa, nombrarlo, recordar una frase ingeniosa de la perpetua entrevista o citarlo como se cita a otras figuras estelares. Seguía siendo innecesario leerlo. Para el “gran público”, la versión descartable, la de un Borges ajeno a sus letras, había sido reducida al tamaño de una sonrisa con un bastón de pantalla chica. La patria de los generales se había apropiado de una imagen prestigiada para insertarla, junto a otros campeones, en los avatares del consumo internacional. En las librerías escaseaban muchos nombres, pero el saber extranjero del bestsellerato llenaba las vidrieras: así desmentían la ausencia de la palabra y el silencio de los cuerpos.

Junto a la compleja relación “literatura-política” –eje nuclear de innumerables discusiones y mesas redondas que proliferaron a partir de los años 60– cabe hablar de “crítica y política”, máxime cuando además de ejercer sus funciones a través de los medios de comunicación, la crítica contribuye desde el magisterio a diseñar versiones alternativas de la historia. Cuando algunos sectores de la crítica académica aceptaron que no hay lectura inocente (ni juiciosa objetividad en la descripción) y que toda interpretación se dirime en un orden de apropiación, la virulencia del debate asumió su cariz verdadero:

¹⁹ El texto de *Borges para millones* (Buenos Aires, Corregidor, 1978) fue utilizado como base para el guión de la película homónima dirigida por Ricardo Wulicher, con Jorge Luis Borges como protagonista.

como en toda instancia de la historia, más que la transacción del verbo estaba en juego una módica cuota de poder. Era la época en que se delimitaban y apropiaban los campos, en que se percibía la necesidad de fijar la autoridad tanto a través de la mostración de un deslumbrante aparato crítico como mediante su denostación. El transcurso de los años obraría a favor de una reducción de la puesta en escena de dicho aparato y de una mayor atención a lo que el texto, en efecto, *dice*.²⁰

Si bien, como veremos, alguna crítica ha adoptado una función re-creativa del texto y la ha ejercido como ‘divertimento’ o incitación para redactar nuevas páginas literarias, es importante recordar su acepción cognoscitiva y valorativa, su capacidad para colaborar en el diseño y montaje de tradiciones literarias, así como su función orientadora. En su momento, Enrique Anderson Imbert recuperó para el crítico la acepción griega de “juez de literatura” y afirmó: “la misión específica que debe cumplir la crítica es la de juzgar el valor estético de una obra en todas las fases de su realización. El crítico lee, examina, toma posición frente al texto y enuncia un juicio, afirmativo o negativo”. Y agregó: “Yo definiría así la crítica literaria: es la comprensión sistemática de todo lo que entra en el proceso de la expresión escrita y el enjuiciamiento de un texto particular”.²¹ Por su parte, José Antonio Portuondo escribía en 1951: “La crítica parte siempre de principios firmemente establecidos o, al menos, de una precisa actitud estética del juzgador que aplica al objeto juzgado una determinada tabla de valores.

²⁰ La expresión “el texto dice” –asimilada aun por la crítica que estudia el texto a partir de su relación con las ciencias sociales– señala un cambio en los paradigmas. Al sustituir categorías como “autor” o “narrador” se subrayó la legitimidad y la autoridad del texto como ente que se desea autónomo.

La exaltación de una firma también produjo cambios en el enunciado y en el sistema de argumentación de la crítica. El “como diría...” o “a lo...” insinúa la garantía de un nombre consagrado por la moda y evita la corroboración de las fuentes. Se trata, después de todo, de esgrimir argumentos con el poder del estilo.

²¹ Enrique Anderson Imbert en la citada encuesta sobre “La crítica literaria, hoy”, p. 6.

Es obra de aliento y de responsabilidad (...). “La crítica es obra de creación, a costa de las obras juzgadas, y tiende siempre a expresar la concepción del mundo del sujeto que critica”.²² En una severa nota sobre el estado de la crítica hispanoamericana, Octavio Paz consideró que el espacio de la crítica

es el lugar de encuentro con las otras obras, la posibilidad del diálogo entre ellas. La crítica es lo que constituye eso que llamamos una literatura y que no es tanto la suma de las obras como el sistema de las relaciones: un campo de afinidades y oposiciones. (...) Crítica y creación viven en perpetua simbiosis. La primera se alimenta de poemas y novelas pero a su vez es el agua, el pan y el aire de la creación. (...) La misión de la crítica, claro está, no es inventar obras sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto y de acuerdo con las predisposiciones y tendencias de cada una. En este sentido, la crítica tiene una función creadora: inventa una literatura (una perspectiva, un orden) a partir de las obras. Esto es lo que no ha hecho nuestra crítica.

Paz concluye que la misión de la crítica

no es tanto transmitir informaciones como filtrarlas, transmutarlas y ordenarlas. La crítica opera por negaciones y por asociaciones: define, aísla y, después, relaciona. Diré más: en nuestra época la crítica funda la literatura. En tanto que esta última se constituye como crítica de la palabra y del mundo, como una pregunta sobre sí misma, la crítica concibe a la literatura como un mundo de palabras, como un universo verbal. La creación es crítica y la crítica creación. Así, a nuestra literatura le falta rigor crítico y a nuestra crítica imaginación.²³

A pesar de los ponderados conceptos de Paz (o precisamente a raíz de ellos), se puede insistir en que la tarea crítica, que para nada enmascara el propósito didáctico, es portadora de un sentido de la humildad –valioso atributo para matizar los logros de una empresa que ocasionalmente se quiere

²² PORTUONDO, J., “Crisis de la crítica literaria hispanoamericana”, en *El heroísmo intelectual*, México, Tezontle, 1955, p. 112.

²³ PAZ, O., “Sobre la crítica”, *Corriente alterna*, México, Siglo XXI, 1967, pp. 39-44.

todopoderosa y omnipotente para imponer gustos y modas duraderas, e igualmente infalible cuando lanza estrellas y relativiza el valor de textos ajenos a su esquema ideológico.

No es desmesurado suponer que por lo general sabemos en qué consiste nuestra tarea como críticos y que estamos conscientes de las motivaciones que nos conducen a ella. Si bien podemos dar fe de algún impacto inmediato como resultado de un curso o un ensayo feliz, son menos evidentes las repercusiones que nuestros esfuerzos podrán alcanzar a mediano o largo plazo. Es evidente que las múltiples manifestaciones de la actividad crítica están íntimamente ligadas a una función social en tanto constituyen una expresión política.²⁴ Por lo tanto, una vez superado el nivel de la descripción (y aun entonces con serios reparos a toda pretensión de objetividad), el enunciado neutral es inadmisibles como rector de un acto interpretativo. Si bien es imprescindible asimilar los adelantos teóricos de las últimas décadas, no es menos crucial recuperar para la tarea crítica el enunciado de juicios de valor, pues estos permiten problematizar las relaciones de fuerza que afectan la producción cultural y hacer más efectivo el traslado del análisis literario a una mejor comprensión de la esfera pública. En este nivel,

²⁴ Cf. con el dictamen de Northrop Frye en *Anatomy of Criticism: Four Essays* (Nueva York, Atheneum, 1965, p. 25): "Criticism has no business to react against things, but should show a steady advance toward indiscriminating catholicity". La extrema "objetividad" de sus propuestas y el modelo que permitía incorporar toda expresión literaria a una de sus categorías míticas, tuvo un gran auge en el medio universitario estadounidense durante los años 60. Me ocupé de esta vertiente en "Apuntes sobre lecturas míticas de textos hispanoamericanos contemporáneos", *Escritura*, VI, 11 (1981), pp. 75-92.

En su excelente análisis del caso de Frye, Gene H. Bell-Villada señala, entre otros reparos, que en Frye está notablemente ausente "the sense of literature as process, as change, as a system being ever modified by the efforts of new authors, movements and centers of production". "Northrop Frye, Modern Fantasy, Centrist Liberalism, Antimarxism, Passing Time, and Other Limits of American Academic Criticism", en Bell Gale Chevigny & Gari Laguardia, eds., *Reinventing the Americas. Comparative Studies of Literature of the United States and Spanish America*, Nueva York, Cambridge University Press, 1986, p. 281.

la crítica no sólo adquiere una densidad política sino también una dimensión ética, y acarrea una mayor responsabilidad en el acto de definir, interpretar y hacer inteligibles las versiones de realidad mediatizadas en la obra literaria.²⁵

Como en última instancia la literatura es un bien social, toda actividad relacionada con ella debe ser interpretada, tan siquiera en algunas de sus facetas, en relación con esta dimensión social. Ello es ineludible para la crítica cuya existencia se define desde la trama que entreteje con el objeto de su estudio. En casos óptimos esta (inter)dependencia –que no tiene por qué ser entendida como parasitaria– se traduce en un diálogo abierto y enriquecedor entre textos, en una co-existencia en tanto escritura ficcional, o en la mutua y jamás neutra articulación interpretativa de un mundo. Algunas propuestas narrativas de los años 60 así lo acentuarían.

²⁵ En “Poderes de la literatura y literaturas del poder: trabajadores, burocratas y francotiradores”, David Viñas declara: “...en mi criterio– lo específico de la literatura no se agota en la especificidad de lo literario. Eso implica varias cosas. Por ejemplo, que el criterio de neutralidad en la crítica literaria define a una ideología de profesores. Que la exaltación de una crítica inmanente, que pone entre paréntesis al texto, al desconocer los contextos y los niveles englobantes, lo único que hace es privilegiar un momento del circuito y de la producción literaria. Que esa actitud, al enfatizar una sola flexión, ideologiza la crítica despojándola de su posibilidad dialéctica. Quiero decir: que la mutila respecto de la dimensión globalizadora que debe tener una crítica rigurosa. La palabra ‘globalizadora’ quizá no sea la más adecuada. O la más eficaz. Podría decir ‘crítica totalizadora’”. Y más adelante: “(...) La totalización se verifica, en último análisis, en el espacio político. Lo demás son elusiones que encubren el escamoteo del riesgo. Del riesgo crítico. (...) No por nada los esfuerzos de despolitización masiva caracterizan a todos los regímenes reaccionarios o represivos. Y también a los hombres coagulados sobre sus propias e inmutables certezas. Hombres que, por definición, dicen de sí mismos que son ‘apolíticos’”. *Caravelle*, 25 (1975), pp. 153 y 154. Dada la confluencia de datos que proporciona su nota, conviene recordar que las lecturas críticas de Viñas –reunidas en libros como *Literatura argentina y realidad política* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964)– constituyen un modelo de crítica heterodoxa y que su impacto fue notable en la siguiente generación de críticos argentinos a la que pertenece, por ejemplo, Beatriz Sarlo.

La novela latinoamericana en escena

La poesía de vanguardia, al igual que algunas novelas singulares, vaticinaron lo que décadas más tarde sería visto como una deslumbrante innovación de la narrativa hispanoamericana. Reiterando en una escala de mayor difusión lo que se había dado anteriormente con la poesía, “la nueva novela hispanoamericana” sería exaltada por las diferencias formales que marcaron instancias de ruptura y la re-creación de una tradición literaria; también, por haber intentado la conquista de otras realidades desde las fronteras mismas de la letra. Si bien para este prólogo me he centrado en la novela, ello no implica que la crítica haya relegado a la poesía a un plano secundario. Que no ha sido así es evidente cuando se examinan las publicaciones de este período. Mi énfasis responde, sobre todo, tanto al auge de la narrativa desde los 60 como a su efecto en el sistema de diseminación de las letras americanas.

Periódicamente la historia confirma el dictamen de Nebrija en el prólogo a su diccionario publicado en 1492: la lengua es compañera del imperio. Su fortuna –lo seguimos constatando– está íntimamente ligada al poder que le confiere la posesión de nuevos territorios. Que la literatura de una región considerada hasta fines de los años 50 como de interés marginal por los centros culturales de occidente haya alcanzado poco después una proyección internacional, subraya los vínculos de la lengua con el poder. En el caso latinoamericano, sin embargo, tal expansión se produjo a raíz de un singular acto de resistencia que contó, siquiera por un tiempo, con la adhesión de amplios sectores. Considero útil, por ello, detenernos en la situación paradigmática de la “nueva novela hispanoamericana”, novela de avanzada que se percibe como parte integral y constitutiva de una igualmente “nueva” etapa en la historia americana.

Como ya lo indicara anteriormente, es inconcebible plantear este fenómeno sin tener en cuenta la conjunción de hechos que alteraron el mapa político de la región junto con el rápido

desarrollo de teorías literarias y su adaptación a lecturas críticas de esa misma narrativa. Que algunos textos de esta época hayan *textualizado* una reflexión teórica subraya la porosidad de los límites genéricos y el trasvasamiento de los lenguajes.

Postular la realidad es enunciar versiones del término “realidad”;²⁶ considerar el manejo del término “crisis” no es ajeno a esta misma ecuación. “Crisis” describe instancias de diversa intensidad y duración en cada década del siglo XX; en los años 60 surgió como definición de un estado de vida.²⁷ Bajo un régimen de inestables fluctuaciones, éstas han sido décadas de triunfos parciales, de calamitosas derrotas y de decepcionantes o inestables retornos, de ansiedad y vacío, de alucinaciones y memoriosas recuperaciones de la historia, de mitificaciones y ensueños, de gestos y poses alternativas, de desafíos ante toda ilusión de realidad, de constantes e insatisfactorias re-definiciones de discursos y mundos referenciales.

Ante las prácticas, esquemas y utopías revolucionarias que emanaron de la Revolución cubana y se expandieron por el continente a través de experiencias guerrilleras, resultaba inevitable una alta y explícita ideologización del campo literario. Este era uno de los escenarios visibles para dirimir la capacidad de transformación de la literatura; por consiguiente, a través de ella, del escritor y de sus lectores y, eventualmente, como confiaban los más optimistas, de la sociedad. Y ello implica un nuevo pacto en las relaciones que se negocian en torno a los textos. Eran años en que el derecho a residir fuera de América Latina era tema de debate –como si una tierra santificara y la otra generara contagios de primer mundo– y de mesas redondas sobre la función social

²⁶ Cf. el ejercicio de Borges: “la eternidad es una imagen hecha con sustancia de tiempo. Esa imagen, esa burda palabra enriquecida por los desacuerdos humanos, es lo que me propongo historiar”. “Historia de la eternidad”, en el libro homónimo, Buenos Aires, Emecé, 1953, p. 11.

²⁷ El término aparece en numerosos estudios, mesas redondas, encuestas y polémicas. Que una muy difundida e importante revista de la época se llamara precisamente *Crisis* –en su primera etapa, iniciada a mediados de 1973, fue dirigida por Federico Vogelius y Eduardo Galeano– también refleja un estado de transformaciones posibles que no fue siempre nocivo.

y el compromiso del novelista; eran años de minuciosas elaboraciones en torno al poder y la responsabilidad de la palabra, de lecturas particularmente apasionadas, de polémicas cuyos ecos aún no se han disipado.²⁸ Eran, asimismo, los años en que algunos escritores contribuían a la organización del espacio crítico con una guía “autor-izada”. Si Morelli se planteaba los interrogantes existenciales y literarios de una época desde los “capítulos prescindibles” de *Rayuela*, Fuentes orquestaba la comprensión de fenómenos inéditos con *La nueva novela hispanoamericana*.²⁹ De este modo se capacitaba al lector para que pasara –previo descarte de ciertos gustos y hábitos– del deleite ante “lo tradicional” a una mayor comprensión de la novedad y a ser cómplice de los interrogantes. Eran –lo siguen siendo– días en que la política convocaba alianzas solidarias y desavenencias, proclamas y distanciamientos. El caso de Mario Vargas Llosa ilustra el recorrido que va desde sus simpatías y adhesiones socialistas a la plataforma conservadora de su candidatura presidencial. Eran años en que las citas y la imagen del Che endilgaban pintadas políticas, pero también mercancías. Un nostálgico hijo de los 60 musitó para esos días (y desde entonces): ya son parte del pasado los

²⁸ Cf. RAMA, A., comp., *Más allá del boom: Literatura y mercado*, México, Marcha Editores, 1981. Sobre este tema son de especial interés los textos de David Viñas, “Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana”; Ángel Rama, “El ‘boom’ en perspectiva”, y Tulio Halperín Donghi, “Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta”.

²⁹ De *Rayuela* (Buenos Aires, Sudamericana, 1963) ver en este sentido los “capítulos prescindibles” 62, 71, 73, 79, 95, 99, 112, 145.

En momentos en que la crítica buscaba un instrumental apropiado para dar cuenta de esta literatura, las propuestas de Fuentes en *La nueva novela hispanoamericana* (México, Joaquín Mortiz, 1969) sirvieron de brújula condicionada para numerosas aproximaciones académicas. Su *Cervantes o la crítica de la lectura* (México, Joaquín Mortiz, 1976) cumplió una función análoga para *Terra nostra*.

Historia secreta de una novela (Barcelona, Tusquets, 1971), escrito por Vargas Llosa a propósito de *La casa verde*, permite acceder a la cocina del escritor cuando sus dependencias habían pasado a ser motivo de atracción para un creciente sector del público. Una mirada interior en José Donoso, *Historia personal del “boom”*, Barcelona, Anagrama, 1972.

tiempos en que se hablaba de “revolución”; hoy sólo se oye hablar de “democracia”.

Una vez apaciguado el ímpetu juvenil ante la novedad, el placer que acompañaba todo paradigma de experimentación y la fe en la aptitud para perfeccionar algunas realidades (y no pocas esperanzas), es posible observar la decantación de numerosas páginas. Un balance preliminar permite constatar qué ha sobrevivido de tanta fogosidad política y fe literaria, y ver cuántas páginas aún toleran el paso de las letras y de los años. Junto a estas consideraciones también nos atañe plantear hasta qué punto es posible verificar los límites de una nueva tendencia literaria y precisar sus líneas de fuerza. En este contexto, la crítica subraya cómo leer, cuáles son las categorías de análisis en tanto condicionante central y previo al qué leer y a la indagación de procesos de transformación y composición textual. Se trata que todo interrogante apunte a entender la producción literaria elegida como objeto de análisis (y ojalá que también de goce) –tarea consciente, a la vez, de su propia ideologización y momento histórico-social.

La crítica como re-escritura de la literatura y, por lo tanto, como reordenación de textos, tiene a su cargo el trazado que hilvana las obras y las incorpora a un diseño histórico. En otras palabras, diseña y construye el *corpus*, la institución “literatura”. Por ello mismo se pueden señalar las fechas de edición de *Facundo* (1845) o de *Azul...*(1888), por ejemplo, como instancias de cambio. Para nuestros días y para la novela contemporánea, consideramos que *Rayuela* (1963) y *Cien años de soledad* (1967), corresponden a esa categoría definatoria en que los epígonos apuntan logros e inauguran opciones para sus innumerables lectores.³⁰

³⁰ Un ejemplo de las reacciones iniciales ante las propuestas suscitadas por la nueva narrativa en Ivan A. Schulman, Manuel Pedro González, Juan Loveluck & Fernando Alegría, *Coloquio sobre la novela hispanoamericana*, México, FCE-Tezontle, 1967.

El cuestionamiento que ha caracterizado a la “nueva narrativa” y a sus mejores secuelas fue logrado rechazando convenciones literarias; ejerciendo una crítica constante de la representación; interpellando realidades en todo plano discursivo; cultivando aperturas para múltiples narradores; dando cabida a monólogos interiores, ambigüedades y múltiples puntos de vista y significados; e interrogando los límites mismos de la expresión literaria. Junto a la producción de otros autores, las obras perdurables han logrado incomodar y, siquiera en parte, interpellar toda proclama que explícita o implícitamente asumía el sentido de que la verdad residía en la versión oficial de una historia que las capas medias y altas o “la gran costumbre” habían hecho suyas. Conscientes del valor asignado a la “diferencia” y a la “novedad”, los textos mejor logrados también se dejan leer como revisión de la historia y de la tradición literaria. En tales textos, innovar es enfrentarse a otra percepción de lo verosímil. Es, asimismo, rechazar la existencia *a priori* de la perfección ya que nombrar –acto que metafóricamente convoca el poder adánico–, también define la imperfección y lo inacabado de todo lo sujeto a un nombre. Por ello, los afanes totalizadores de numerosas empresas literarias de décadas recientes pueden ser contemplados no ya como propuestas para cubrir toda faceta de lo real sino, más bien, como intentos por denunciar la imposibilidad de obtenerlo.

Este diseño, con el que ya se habían enfrentado en décadas anteriores algunos proyectos de la vanguardia poética,³¹

³¹ Ver, por ejemplo, los materiales recogidos en Hugo J. Verani, *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica (Manifiestos, proclamas y otros escritos)*, Roma, Bulzoni, 1986; los lúcidos estudios de Jorge Schwartz, *Vanguardia e cosmopolitismo na década de 20. Oliverio Girondo e Oswald de Andrade*, São Paulo, Perspectiva, 1983, y el fundamental análisis y recopilación publicado como *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra, 1991; Tamara Kamenszain, *El texto silencioso: Tradición y vanguardia en la poesía sudamericana*, México, UNAM, 1983; de Nelson Osorio, *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (antecedentes y documentos)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1985 y el valioso aporte de *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, Caracas,

se fundamentaba en obras que aisladamente habían comenzado a proponer aquello que será norma a partir de mediados de este siglo. Según Ángel Rama, la vanguardia es ruptura y responde al desajuste entre la tradición recibida y la sociedad latinoamericana.³² De ser así, quedaría establecida una homologación entre fractura literaria y quiebre social. Por su parte, los vanguardistas preferían hacer hincapié en el ser nuevos, en aparecer distintos a lo que los había precedido y a toda otra anticipación. La convocatoria a la novedad y a la diferencia volvió a surgir como un tópico definitorio en la narrativa del *boom* y sus aledaños. Esta ‘coincidencia’ me lleva a interrogar si no serán estas situaciones de fractura, de deslinde frente a lo heredado, de culto a la novedad, algunas de las razones por las cuales a partir del auge de la narrativa de los 60 la crítica también ha hecho hincapié en la vanguardia.

Borges ha recordado para siempre que los precursores emergen como resultado de una obra que repercute hacia el pasado.³³ La novela hispanoamericana producida a partir de la década del 50, aquella identificada como “nueva narrativa” y, en un régimen más ceñido, con el momento de eclosión del *boom* en los 60, remite a las obras de autores que se definieron por su destreza para interpelar todo estatuto de realidad, por su anticipatoria marginalidad, y por su reconocimiento como autores para iniciados. A esta categoría pertenecen Macedonio Fernández (1874-1952) y Felisberto Hernández (1902-1964), Pablo Palacio (1906-1947) y Juan Emar (1893-1964); Roberto

Biblioteca Ayacucho, 1988; y el excelente análisis de Francine Masiello, *Lenguaje e ideología. Las escuelas argentinas de vanguardia*, Buenos Aires, Hachette, 1986. Por la integración continental, es particularmente significativo el trabajo organizado por Ana María de Moraes Belluzzo, *Modernidade: Vanguardas artísticas na América Latina*, São Paulo, Memorial da América Latina & UNESP, 1990.

³² En el ya citado *La novela latinoamericana*, p. 11.

³³ “Kafka y sus precursores”, *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1960, pp. 145-48. En la p. 148, dice: “(...) cada escritor *crea* a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro”.

Arlt (1900-1942), Leopoldo Marechal (1900-1970) y Juan Carlos Onetti (1909-[1994]).³⁴ Sus obras ofrecen claras opciones literarias. Sin menoscabar múltiples matices, es posible reconocer dos propuestas que no siempre resultaron antagónicas. Por un lado, la que planteó desde la continuidad de una tradición crítica una revisión de las letras modernas y que acusó, siquiera parcialmente, el impacto de la modernidad narrati-

³⁴ Como se constata fácilmente, es desmesurada la atención recibida por los autores del *boom* en desmedro de otros narradores, poetas, dramaturgos y ensayistas. Sobre el *boom*, es importante revisar las páginas de Emir Rodríguez Monegal, uno de sus mayores promotores, en *El boom de la novela latinoamericana*, Caracas, Monte Ávila, 1972 y *Narradores de esta América*, Buenos Aires, Alfa, 1974. Rodríguez Monegal también desempeñó un papel fundamental en la difusión de las nuevas voces latinoamericanas a través de la revista *Mundo nuevo*, que dirigió en su primera etapa (1966-69). Aun por las polémicas generadas a raíz de diferentes versiones sobre su independencia y apoyo financiero, *Mundo nuevo* porta las pulsiones, ímpetus, marcas y cicatrices de esa década. El popularísimo *Los nuestros*, de Luis Harss (Buenos Aires, Sudamericana, 1966), reúne a Carpentier, Asturias, Borges, Guimarães Rosa, Onetti, Cortázar, Rulfo, Fuentes, García Márquez y Vargas Llosa. Ver también Hernán Vidal, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: Surgimiento y crisis (Una problemática sobre la dependencia en torno a la narrativa del 'boom')*, Buenos Aires, Ediciones Hispamérica, 1976; Jean Franco, "Modernización, resistencia y revolución. La producción literaria de los años sesenta", *Escritura*, II, 3 (1977), pp. 3-19, y "Narrador, autor, superestrella: La narrativa latinoamericana en la época de cultura de masas", *Revista Iberoamericana*, 114-115 (1981), pp. 129-48. En *Nueva narrativa hispanoamericana* (Madrid, Cátedra, 1981), Donald Shaw desglosa un "boom I" con Cortázar, Fuentes, García Márquez y Vargas Llosa; un "boom II" con Rulfo, Roa Bastos, Donoso, Lezama Lima y Cabrera Infante, y un "boom junior" integrado por Del Paso, Sáinz, Elizondo, Sarduy, Arenas, Garmendia, González León, Congrains Martín, Bryce Echenique, Viñas, Puig, Néstor Sánchez y Edwards. Ver también: Jaime Mejía Duque, "El boom en la narrativa latinoamericana, en su *Narrativa y neocolonización en América Latina*, Buenos Aires, Crisis, 1972, pp. 109-45; el número especial organizado por Yvette Miller y Raymond L. Williams, "The Boom in Retrospect: A Reconsideration", *Latin American Literary Review* [Pittsburgh, PA] XV, 29 (1987); Tomás G. Escajadillo, "La novela hispanoamericana re-visitada", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XIII, 25 (1987), pp. 139-54, y "La novela hispanoamericana de nuevo re-visitada", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XIII, 26 (1987), pp. 185-200. Una magnífica lectura en Gerald Martin, *Journeys through the Labyrinth. Latin American Fiction in the Twentieth Century*, Londres, Verso, 1989.

va. Por otro, aquélla que siguiendo modalidades heredadas de otras latitudes se pronunció rotundamente por una ardua experimentación. Sería reduccionista sostener el trazado de una oposición fundamental entre “escritura” y “realismo crítico” cuando estos mismos términos apuntan a un vasto y multiforme abanico literario. Sin embargo, el manejo de esta terminología insinúa que el pronunciado énfasis en la experimentación narrativa sirvió para deslindar prácticas literarias y para proponer “modernidad” frente a “tradicición”. La adopción de nuevos recursos narrativos toleraba la incorporación de versiones más flexibles del tiempo y del espacio como alternativas a una cotidianeidad que se percibía aplastante. La historia se hacía más maleable con la intervención del mito; el paso del tiempo se hacía menos penoso y más tolerable con su circularidad y con claves de acceso a otras dimensiones. En un registro combinatorio, Carpentier afirmaba: “La nueva novela latinoamericana no puede ser diacrónica sino sincrónica, es decir, debe llevar planos paralelos, acciones paralelas, y debe tener al individuo siempre relacionado con la masa que lo circunda, con el mundo en gestación que lo esculpe, le da razón de ser, vigor, savia y los medios de expresión en todos los dominios de la creación, sea plástica, sea musical, sea verbal”.³⁵

La capacidad de abandonar lo heredado, un sentimiento de total liberación que se deslizaba por la lengua, la revolución, el sexo, la droga, la música, y la adhesión de un público cada vez más amplio, iban compaginando el acceso a lo que muchos entusiastas consideraban una utopía literaria. En la página se desplegaba la imaginación que re-inventaba mundos; también el juego gratuito que llamaba la atención sobre el ingenio y sobre percederas edificaciones de papel. Si algunos textos postulaban el universo, otros sólo expresaban la simple pero ponderada felicidad de “jugar a las palabras”.

³⁵ En “Problemática del tiempo y del idioma en la moderna novela latinoamericana”, *Escritura*, I, 2 (1976), p. 206. El texto reproduce la conferencia dictada en mayo de 1975 en la Universidad Central de Venezuela.

Que el aleph aún sea propiedad de un triste versificador podría explicar por qué la obra de narradores que anunciaron la conquista final del universo en (y a través de) sus textos, no ha excedido el tamaño de su esperanza. Ante profundos cambios históricos y ante el desarrollo narrativo de las últimas décadas, la tan codiciada “novela del lenguaje” es un testimonio elocuente de valiosas pero relativamente trucas aventuras; también de anuncios para otro porvenir. Cabe recordar, sin embargo, que el énfasis en el lenguaje como definitorio de la “nueva novela hispanoamericana” está asociado con una actitud que en su momento fue “revolucionaria”.³⁶ Posteriormente, si por un lado algunas obras lograron centrar la atención en el malabarismo de la lengua, textos como los de Néstor Sánchez cifraron una de sus cimas y, a la vez, el agotamiento de una vía experimental.³⁷ No hay buena intención que haya logrado un proyecto totalizador ni que haya abarcado en sucesivas y parciales fórmulas lo que hasta desde la historia algunos perciben como la magia contradictoria del mundo americano. Que los lectores le confieran a ciertos textos la calidad de aleph, es un indicio de que páginas recientes han merecido ser leídas como clásicas –o tan siquiera como reveladoras de un mundo que ansiaba ser representado. Sugieren, además, que un público nuevo requería letras que plasmaran las innumerables realidades de un mundo cada vez más conflictivo y violent(ad)o.

³⁶ Carlos Fuentes lo articula del siguiente modo: “La corrupción del lenguaje latinoamericano [!] es tal, que todo acto de lenguaje verdadero es en sí mismo revolucionario. En América Latina, como en ninguna parte del mundo, todo escritor auténtico pone en crisis las certidumbres complacientes porque remueve la raíz de algo que es anterior a ellas: un lenguaje intocado, increado”. Más adelante: “...la literatura asegura la circulación vital que la estructura requiere para no petrificarse y que el cambio necesita para tener conciencia de sí mismo. Ambos movimientos se conjugan de nuevo en uno solo: afirmar en el lenguaje la vigencia de todos los niveles de lo real”. *La nueva novela hispanoamericana*, p. 94.

³⁷ En *Cómico de la lengua* (Barcelona, Seix Barral, 1973) Néstor Sánchez exploró hasta el desgaste lo propuesto por Cortázar en *62. Modelo para armar* (Buenos Aires, Sudamericana, 1968).

Cien años de soledad ha sido considerada, y proclamada en avisos publicitarios, como la novela “en la que se identificó Latinoamérica”. En esta doble acepción, creo, está centrada la dinámica de la narrativa reciente, tanto en la posibilidad del auto(re)conocimiento continental de los latinoamericanos como en su proyección internacional. Ésta se logró precisamente cuando, al enfrentarse con verdaderas alternativas históricas, América Latina le volvía a ofrecer al viejo espacio hegemónico una dimensión imaginaria que ampliaba sensiblemente sus códigos culturales.

Para Europa, la novedad no ha dejado de ser la seña de identidad de “su Nuevo Mundo”. El mundo americano la ha deslumbrado desde que se instaló para siempre en la mirada de Colón. Los cronistas debieron apelar a la maravilla literaria para describir lo que se extendía más allá de un horizonte palpable o hijo de la fe. Un imperecedero deslumbramiento ha subrayado lo inédito y lo sorprendente como signo de estas tierras y de su materia artística. Ésta es una de las razones que permite comprender la presencia de una fuerte corriente regionalista y el recurso a escenarios desafiantes aun cuando la geografía física pareciera estar supeditada a lo “puramente experimental”. De ello se deriva que si bien es cierto que la apropiación de lo americano adquirió un nuevo impulso dentro de la región, no lo es menos que la nueva narrativa, también la instalada en el referente americano, no ha estado exenta de fuertes vínculos con el sistema literario occidental, vínculos que, a su vez, también han repercutido desde su apropiación y transformación latinoamericana sobre la producción literaria occidental. La creciente “interdependencia cultural” ya fue indicada por Antonio Cándido en “Literatura y subdesarrollo”:

A partir de los movimientos estéticos del decenio de 1920, de la intensa conciencia estético social de los años 30 y 40; de la crisis de desarrollo económico y de experimentalismo técnico de los años más recientes, empezamos a sentir que la dependencia se dirige hacia una interdependencia cultural (si es posible utilizar sin equívocos este término, que

recientemente adquirió sentidos tan desagradables en el vocabulario político). Esto no sólo les dará a los escritores de Latinoamérica la conciencia de su unidad en la diversidad, sino también favorecerá obras maduras originales, que serán lentamente asimiladas por otros pueblos, incluso los de los países metropolitanos e imperialistas. El camino de la reflexión sobre el subdesarrollo lleva, en el terreno de la cultura, al de la integración transnacional, puesto que lo que era imitación va cambiándose cada vez más en asimilación recíproca.³⁸

Uno de los rasgos definitorios de la nueva narrativa ha sido su (auto)percepción como empresa de ‘conquista de la realidad’. Con el ímpetu del re-descubrimiento nada podía frenar el embate de sus propias fuerzas ni la grandilocuencia de sus proyectos. Más que consignar las superficies del mundo americano –tarea cumplida por narraciones que serían abandonadas en un galope sostenido– era imprescindible reducir “La Realidad” a lo propio, a la comodidad solariega de un patio interior. Se trataba de tomar posesión de los tropos que habían sido frecuentados en las metrópolis occidentales universalizándolos desde el americanismo. Como toda otra empresa, también ésta tenía un costo declarado: a cambio de tecnología, se compartía con el mundo un imaginario americano capaz de suplir las ausencias y los detritos del desarrollo.

En “La tecnificación narrativa” –título que unifica el nuevo lenguaje narrativo con su “homólogo” crítico en la era tecnológica– Rama puntualizó que la acrecentada complejidad, tensiones y conflictos de la nueva sociedad latinoamericana aparecen en la nueva narrativa como signo “que se traduce en una pluralidad de estéticas que compiten entre sí. (...) La cosmovisión realista y la fantástica, la atención referencial a la historia y su negación, el manejo de la lengua culta y la recuperación del habla popular, la expresividad existencial y la impasibilidad objetivante, esos opuestos convivirán dentro del movimiento

³⁸ “Literatura y subdesarrollo”, en *América Latina en su literatura*, p. 347. Cándido ofrece el caso de Vargas Llosa como uno de varios ejemplos posibles.

en variadísimas dosificaciones, por lo cual singularizan parcialidades”. Toda esta estructura, agrega, funciona entre los polos opuestos que se hallan en América Latina desde sus orígenes: “el internacionalista, que registra las sucesivas pulsiones externas que se distinguen por su variabilidad, y el nacionalista, que capitaliza las fuerzas integradoras y las tradiciones, ya autóctonas, ya acriolladas de larga data”.³⁹

Al margen de evidentes variaciones que responden a las características propias de las respectivas zonas culturales y a los polos anotados por Rama, cabe considerar lo siguiente. Si por un lado, lo transnacional, en un eje que atravesaba el Atlántico Norte desde Europa hacia EE.UU., fascinaba por sus adelantos técnicos y tecnológicos y por el vasto alcance de sus medios de comunicación, ante la ineludible necesidad de ver el mundo desde lo americano, surgía ese incómodo cosquilleo que confirmaba la fascinación de la mentira o, tan siquiera, de lo extraño. Ese cosquilleo bastaba para ratificar una íntima pertenencia a los orígenes –pertenencia que permite atravesar fronteras y construir el espacio de la memoria en un territorio que se sabe fértil y propicio para ella.

Este último componente resulta particularmente útil para considerar expresiones literarias de grupos étnicos minoritarios, así como para reflexionar en torno a textos producidos en exilios más recientes y considerar su imbricación en las respectivas literaturas nacionales. No está de más recordar que una extensa franja de la nueva narrativa ha sido producida fuera de Latinoamérica, si bien inicialmente bajo tensiones menos dramáticas que las ocasionadas por las dictaduras militares. En cuanto a estos últimos casos, y en un arco que también se extiende hacia múltiples pertenencias y exilios, considero igualmente significativo que el acto mismo de escribir en el exilio acarrea el deseo de recuperar el territorio abandonado y alterado por la historia y por las ausencias. Este deseo es matizado

³⁹ “La tecnificación narrativa”, en *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*, Bogotá, Procultura, 1982, p. 295.

por el anhelo de reordenar el territorio originario –anhelo por cierto supeditado a pautas ideológicas. Por ello, no toda nostalgia evoca espacios utópicos o calles rendidas en el pasado. Como se puede comprobar en numerosas obras de estas décadas, tanto en las que abogan explícitamente por cambios históricos radicales como en las que comparten esa meta pero se ciñen más a lo lúdico y lo experimental, lo fundamental es el acto de transformar para volver a ser.

En cuanto a los críticos exiliados –la mayoría de los cuales ha estado ejerciendo su profesión en instituciones académicas– es justo recordar que, más allá de lo negativo y dramático de todo exilio forzado, para muchos la salida de sus respectivos países amplió miras que hasta entonces habían estado circunscritas casi exclusivamente a sus literaturas nacionales. Ante la pérdida de su espacio original, los receptores inmediatos de sus trabajos pasaron a ser los del país adoptivo y a tener intereses y, frecuentemente, exigencias distintas a las de los claustros de origen. Una vez iniciados los procesos de re-democratización, junto a la lenta recuperación del saber y de los años perdidos, en el mejor de los casos se produjo tanto la expansión del público lector como la incorporación de una dimensión latinoamericana al lugar que previamente habían ocupado intereses más inmediatos.

Frente al restringido y marcado esquema de alusiones que identifica a las obras regionales, una mayor internacionalización en la dosificación misma de elementos técnicos, así como el aumento de un público sintonizado con el cambio, promovió un diálogo inter-americano e internacional cada vez más fluido. La moda(lidad) contemporánea de lo experimental junto a páginas desafiantes pero “más tradicionales” –por designar así a los textos que señalan menos que los primeros el sentido de ruptura– sugiere un puente formado por lenguas y heredades compartidas. Habilitados por una de las provocaciones de *Rayuela*, podríamos decir que se trataba de una apuesta a lectores cómplices, una invitación para los que saben o desean

jugar. Una vez incitados a participar en la re-creación y recuperación del texto, estos lectores lo harían con plena conciencia de que el juego y el goce varían según el grado de disponibilidad y apertura de cada participante. Aunque esta noción ya fue anticipada por Borges en su primer libro (1923),⁴⁰ *Rayuela* –singular divisoria de aguas de estos años– torna convención literaria el pacto interpretativo que atraviesa la página y une a todo fortuito “redactor” con su afortunado lector.

No es casual que se hable de juego. Los años 60, generosamente mitificados en parte, quizá, por la decadencia posterior, son los años de la revolución política, sexual, cultural. Individuo y sociedad constituyen el sitio de la transformación; son el espacio liberado al que serán reintegrados los poderes reprimidos por una moral burguesa⁴¹ y por gobiernos nefastos. Abrir la puerta para ir a jugar es volver a la promisorio niñez, es “tomar la calle” para instaurar el signo mismo de la búsqueda que, en su sentido político más lato, es tomar el poder.

La literatura es fuego, dijo uno de los contemporáneos mayores, y es también juego; es incitación a quebrar los moldes de todo ídolo y también responsabilidad ante el poder de su palabra y ante esa otra realidad cotidiana y metafísica que se desmorona y se erige sobre sus propios escombros. Es la solitaria, traumática, intimidad y el desencuentro con un mestizaje cultural que en José María Arguedas (1911-1969) se ansía armónico;⁴² es la revolución defraudada en Juan Rulfo (1917-

⁴⁰ *Fervor de Buenos Aires* (1923) tiene este llamado de atención: “A quien leyere. Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, perdóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo, previamente. Nuestras nadas poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor”.

⁴¹ Cf. ROZITCHNER, L., *Moral burguesa y revolución*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 3a. ed., 1969; en otro sentido, véase el minucioso estudio de Víctor Fariás *Los Manuscritos de Melquiades. ‘Cien años de soledad’, burguesía latinoamericana y dialéctica de la reproducción ampliada de negación*, Frankfurt-am-Main, Klaus Dieter Vervuert, 1981.

⁴² Aludo al recorrido que va desde *Los ríos profundos* (Buenos Aires, Losada, 1958) hasta la traumática fragmentación de *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (Buenos Aires, Losada, 1971).

1986); la agria decadencia en la Santa María de Onetti y la meticulosamente programada destrucción del Macondo condeñado en García Márquez. Y todo ello, paradójicamente, como parte de un gesto utópico (¿acaso ya no lo es el acto de tomar la palabra?) que también apuesta a una máxima especulación con la historia y a los inciertos futuros americanos. Al mismo tiempo, y en una etapa en que convergían sentidos de liberación con fuerzas represivas sancionadas por el Estado, se fundaron dinastías y espacios en que la magia comulgaba con la razón como si ante el cataclismo su mera imposición contribuyera a impedir que la historia acabe por desgajarse en el vacío.

Obras tan universalizadas como las de García Márquez, pero también *Yo el Supremo* (1974) de Roa Bastos, por citar una de las novelas más complejas de estas décadas, han reforzado no sólo la evidente “originalidad” de América Latina sino el hecho mucho más trascendente que pauta dicha originalidad como acto de resistencia frente a siglos de dominación imperial y como mediación de dictaduras más recientes.⁴³ Precisamente porque el territorio americano no atravesó las mismas etapas que marcaron el desarrollo cultural de Europa sino que recibió desde ese “viejo mundo” los resultados de varios siglos de decantación cultural y

⁴³ La confluencia de tres novelas sobre el dictador en un mismo año, dio lugar a varios análisis de conjunto. Cf. por ejemplo, Ángela B. Dellepiane, “Tres novelas de la dictadura: *El recurso del método*, *El otoño del patriarca*, *Yo el Supremo*”, *Caravelle*, 29 (1977), pp. 65-87. Otra perspectiva en Carlos Pacheco, *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1987. También, Martha L. Canfield, *El ‘Patriarca’ de García Márquez. Arquetipo literario del dictador hispanoamericano*, Firenze, Opus Libri, 1984; Juan Antonio Ramos, *Hacia ‘El otoño del patriarca’: La novela del dictador en Hispanoamérica*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1983; Julio Calviño, *La novela del dictador en Hispanoamérica*, Madrid, Cultura Hispánica, 1985; Francisco Tovar, *Las historias del dictador. ‘Yo el Supremo’, de Augusto Roa Bastos*, Barcelona, Edicions del Mall, 1987; Adriana Sandoval, *Los dictadores y dictadura en la novela hispanoamericana (1851-1978)*, México, UNAM, 1989. Por su planteo en “The Dictatorship of Rhetoric / The Rhetoric of Dictatorship”, al igual que por las ramificaciones que sustenta, ver Roberto González Echevarría, *The Voice of the Masters. Writing and Authority in Modern Latin American Literature*, Austin, University of Texas Press, 1985.

los yuxtapuso y asimiló a su propio desarrollo cultural interno, América ha podido producir obras que deslumbran, enceguecen y hacen enmudecer a quienes rinden culto al racionalismo y a la administración rigurosa del saber y del capital. Así como la modernización en América se ha dado a empujones, su producción literaria tampoco ha respondido a planes prescritos sino a la conjunción de esos empujones. El rechazo de modelos propios o foráneos, el conocimiento de la tradición y de la historia y la resistencia a la adopción de fórmulas prescritas –resistencia cada vez menos evidente en las políticas nacionales a raíz del embate actual de las políticas de mercado– es un signo del cuño que define a las grandes obras americanas. La maravilla americana es el rechazo en sí, el no someterse a lo anticipado ni responder a las demandas de metrópolis con perfiles cada vez más difusos y con banderas transnacionales cada vez más nítidas que exigen materia prima para que nuevamente ésta sea moldeada y acuñada por manos ajenas. La necesidad de hablar de lo “real maravilloso” es un ancla para que no se niegue ni se esfume el imperio histórico de la imaginación creadora. Lo maravilloso es que la resistencia aún sea posible; que haya un discurso que aún apueste a una liberación posible en una época en que el vocablo mismo “liberación” se esfuma en la nostalgia y en la derrota; que todavía sea posible enunciar la restauración de lo humano.⁴⁴

Las comunidades literarias que surgen en Comala, Macondo y Santa María, por ejemplo, apuntan a la constitución y al reconocimiento de comunidades sociales y políticas. Ni réplica a la realidad ni prescripción de lo imaginario, el hecho de imponerlas desde el espacio literario apuesta a un diálogo de lo posible, a la interpretación de una visión política ausente en otros discursos. En épocas turbulentas, de descomposición

⁴⁴ Mario Benedetti es uno de los autores que aporta líneas demarcatorias de una época y un estilo. En este sentido, entre sus libros de ensayos cabe recordar *Letras del continente mestizo* (Montevideo, Arca, 1967, que incluye “El boom entre dos libertades”, pp. 31-48), *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, Buenos Aires, Alfa, 1974, y *Crítica cómplice*, Madrid, Alianza, 1988.

y de eventual re-constitución, en épocas en que se insistía en el “hombre nuevo” (no tanto en la “mujer nueva”), en el (re) nacimiento latinoamericano, la construcción de mundos que respondían a una visión mítica y a una legislación literaria no menos mítica resultaba una respuesta eficaz para un espacio que renegaba del sometimiento a la rigidez de los sistemas.

Por esos años, institucionalizada la modernidad narrativa, también comenzará a ser reconocida una “literatura alternativa” escrita a contrapelo, una paraliteratura que recuperará materiales que la “alta literatura” considerara desdeñables y que hará suyo el mundo del folletín, del cine, la radio y la televisión. Se trata de escritores que luego se autodefinirán como “novísimos”.⁴⁵ La coexistencia y frecuente cruce de poesía y prosa, junto a la disolución de las fronteras entre los géneros literarios, pasaron a ser un lugar común de la época. Al debilitar el rigor formal de los límites, la búsqueda como acceso a otras realidades definió la existencia misma de los textos. Como lo hiciera Morelli, se reflexionaba sobre la marcha y se disecaba el trazado que rasgaba el papel; el tecleo decía (se cuestionaba: ¿decía?) e implantaba la duda; se escribía e interrogaba el sentido, el alcance, y el acto de la enunciación. De la novela se pasa-

⁴⁵ La filiación cine-literatura tiene antecedentes memorables. Entre ellos se encuentran las páginas de Borges y, en una proyección más amplia, *La invención de Morel* (1941) de Adolfo Bioy Casares (novela prologada por Borges). Cabrera Infante, Cortázar, Fuentes, García Márquez, Roa Bastos, Viñas, y más recientemente Piglia, Saer y Skármeta, son algunos de los que están asociados a diversos aspectos de la producción cinematográfica y que van desde la adaptación de sus obras a la preparación de guiones y la publicación de comentarios críticos.

Sobre las relaciones literatura/paraliteratura, ver Myrna Solotorevsky, *Literatura<-->Paraliteratura. Puig, Borges, Donoso, Cortázar, Vargas Llosa*, Gaithersburg, MD, Ediciones Hispamérica, 1988.

Sobre los “novísimos”, ver Antonio Skármeta en el ya citado *Más allá del boom: Literatura y mercado*, pp. 263-85; Ángel Rama, “Los contestatarios del poder”, prólogo a su *Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha, 1964-1980*, México, Marcha, 1981. Quizá por carecer aún de un perfil definitivo, o para establecer un marco propio, algunos narradores se han definido como pertenecientes al “*posboom*”, término que ya encierra la caducidad a corto plazo.

ba a la anti-novela⁴⁶ –como antes se había pasado a la anti-poesía– ironizando la linearidad y el mimetismo de antepasados realistas, forcejeando el lenguaje fosilizado y promoviendo la “obra abierta” como estatuto de la modernización literaria. Dicha obra prescindiría de entregas descriptivas y de cargas prescriptivas, y se rendiría al armado y pulido de cada lector en un pretendido estado de escasa plenitud. De este modo, el escritor deseoso (la figura deseante) de imponer a la realidad un mundo autónomo, así como su lector, viéndose en la antesala de la era tecnológica o, un tanto más cerca, en los resabios de una furtiva posmodernidad, se regocijarían al paladear ‘adánicamente’ la escritura.

En este ejercicio confluían dos aproximaciones a la producción textual: por un lado se evocaba la nostalgia de ser un pequeño dios; por otro, se explicitaban las teorías narrativas que organizaban el texto. De este modo se diluía el misterio: más que creación, el texto es fruto de una ardua labor combinatoria que conjuga múltiples fuerzas montándolas en la página que se sueña memorable. En un plano más simple, se ponían en circulación (o se reciclaban) aspectos teóricos que ya paladeaban su cotidianeidad. En este orden, el ‘lector cómplice’ había pasado a ser una nueva categoría del relato. Esta designación, como bien lo sabe todo perseguidor, acarrea responsabilidades; en este caso, no sólo por el acto mismo de leer, sino también por sus eventuales repercusiones. Sin embargo, el minucioso llamado de atención sobre la opacidad del lenguaje y sobre la calidad de artificio de toda figura de papel, cedería paso a otras supervivencias. También, a incorporaciones cada vez más aceleradas en consonancia con la urgencia de la historia y con las demandas de rápidas entregas por parte de editores y consumidores. Hay numerosos

⁴⁶ “Todas las grandes novelas de nuestra época comenzaron por hacer exclamar al lector: “¡Esto no es una novela!”. Alejo Carpentier, “Problemática de la actual novela latinoamericana”, en *Literatura y conciencia política en América Latina*, Madrid, Alberto Corazón Editor, 1969, p. 17.

ejemplos que demuestran que la publicación estuvo motivada por la necesidad de abastecer la demanda, desde libros-álbumes como *La vuelta al día en ochenta mundos* o *Último round*, de Cortázar, y *La ciudad de las columnas*, de Carpentier, a novelas como *La cabeza de la hidra*, de Fuentes, y algunas obras de Vargas Llosa.⁴⁷ Son más escasos los ejemplos que reflejan que la urgencia de la hora política aceleraba su edición. En este sentido, *Libro de Manuel*, de Cortázar, cumple con varios cometidos; entre ellos, entrelazar literatura e historia a medida que ambas avanzan, y ofrecer una documentación gráfica por medio de la incorporación de noticias a la densidad misma de la narración.⁴⁸ Ensayo intermedio, éste, como veremos, frente al desarrollo de una importante literatura-testimonio. Habiendo mencionado el cruce de historia y ficción, conviene recordar que tanto éste como la disolución de fronteras genéricas, aparecen en las letras americanas desde que la conciencia europea comenzó a incorporar un mundo que sólo cabría en su imaginación mediante alusiones literarias. Durante los años que nos ocupan, el proyecto de crear “obras totalizadoras” llevó a la publicación de novelas de envergadura como las de Fernando del Paso (1935) –José Trigo (1966), *Palinuro de México* (1977) y *Noticias del imperio* (1987)– *Terra nostra* (1975) de Fuentes, *Yo el Supremo* de Roa Bastos, y *La guerra del fin del mundo* (1981) de Vargas Llosa.

⁴⁷ Cortázar, *La vuelta al día en ochenta mundos*, México, Siglo XXI, 1967, y *Último round*, México, Siglo XXI, 1969; Carpentier, *La ciudad de las columnas*, Barcelona, Lumen, 1970; Fuentes, *La cabeza de la hidra*, México, Joaquín Mortiz, 1978; obras de teatro de Vargas Llosa como la exitosa *La señorita de Tacna*, Barcelona, Seix Barral, 1981 y, frente a sus obras mayores, aún *La tía Julia y el escribidor*, Barcelona, Seix Barral, 1977.

⁴⁸ *Libro de Manuel*, Buenos Aires, Sudamericana, 1973. Es valiosa la explicitación de sus propósitos en el prólogo a la novela, como lo es su posdata del 7 de setiembre de 1972 que señala la máxima cobertura periodística sobre el asesinato de los atletas israelíes en los juegos olímpicos de Munich y el silencio absoluto en torno a Trelew. Es coherente con el compromiso político que articula esta novela la publicación de la “utopía realizable” *Fantomas contra los vampiros multinacionales* (México, Excélsior, 1975) y el destino que Cortázar le otorgara a las regalías de ambas obras.

El vértigo de lo novedoso, al igual que la canonización crítica que será tratada más adelante, no demoró en integrar la alternativa paraliteraria y la vertiente popular a una nueva arruga del *establishment*. Así envejecerían rápidamente los textos-*gadget* y los que hacían uso de los estimulantes tecnología-droga-sexo-rock-tipografía, como lo demuestran, por ejemplo, los textos iniciáticos de Gustavo Sainz y de José Agustín.⁴⁹ Ese vértigo también arrastró textos “críticos” que con un alarde de fantasmiosa imitación anhelaron obtener el status de la “originalidad” creativa.

En los años 60 el éxito solía ir uncido al uso sofisticado (y ocasionalmente desmesurado) de recursos técnicos. Frente al creciente y ya poco deslumbrante despliegue del artificio, la crítica reconoció una vertiente alternativa en la obra de Manuel Puig (1932-1990). La recuperación de la cotidianeidad mundana y de voces aplastadas por una pequeñez pueblerina, emergerían de ella, además, como contrapartida a normas autoritarias. Ya desde su primera obra, *La traición de Rita Hayworth* (1968), Puig evitó la señal identificatoria de esos años. En vez de centrarse explícita e insistentemente en los procedimientos del relato –que tanto aportaron a un nuevo hermetismo, a la “literatura de la incomunicación”, como la denominara Onetti– Puig buscó los efectos que lo narrado ejerce sobre los lectores. Sus novelas presentan, asimismo, el encuentro de lenguajes literarios con aquéllos que provienen de los *mass media* y que posteriormente también se resguardarán bajo la cobertura del lenguaje sicoanalítico.

Frente a proyectos contemporáneos que se cifran como ruptura, los textos de Puig proponen el placer. En su lectura, como

⁴⁹ Ver, por ejemplo, *Gazapo* (1964) y *Obsesivos días circulares* (1969) de Gustavo Sainz; de la ya larga y fructífera obra de José Agustín, *De perfil* (1966) y *Se está haciendo tarde (final en laguna)* (1973), todas ellas publicadas en México por Joaquín Mortiz. Para el fenómeno de “la onda” mexicana: ver GLANTZ, M., *Onda y escritura en México*, México, Siglo XXI, 1971 y su “La onda diez años después: ¿epitafio o revalorización?”, *Texto crítico*, II, 5 (1976), pp. 88-102.

lo precisa gráficamente *El beso de la mujer araña* (1976), este placer devendrá en otras requisitorias al articular represión sexual y represión política. Para el caso de Puig es significativo el accionar de la crítica. Si por un lado, el uso de “material desechable”, así como la imposición del folletín y el cruce de lenguajes literarios con el que proviene de los medios de comunicación masiva, le sirvieron a Puig para articular una opción literaria que rechazaba la constitución exclusiva de una “alta literatura”, la crítica jibarizó sus propuestas para incorporarlo a un canon académico totalmente ajeno a su práctica inicial.⁵⁰ La apropiación de su literatura permitió poner en tela de juicio el rigor de “lo estrictamente literario”. De este modo contribuyó a una mayor elastización del canon y también permitió que se transparentaran las alarmas de Juan José Saer sobre la funcionalidad de los *mass media*.⁵¹

El culto a la innovación y al ingenio también se reconoce en las lúcidas propuestas de Severo Sarduy.⁵² Sus ensayos incitan a la mirada oblicua como clave de acceso a la sugerencia recóndita de algunas instancias mayores de los años 60. Su propia elaboración y práctica del “neo-barroco”, con líneas íntimamente relacionadas con el diseño cultural de Lezama Lima, aporta, además, una importante reflexión sobre el Barroco.⁵³ La transgresión de normas y códigos establecidos que registra

⁵⁰ Uno de los estudios más completos hasta la fecha ha sido realizado por Lucille Kerr, *Suspended Fictions: Reading Novels by Manuel Puig*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1987.

⁵¹ Saer señaló la injerencia nociva de los *mass media* en la literatura: “(...) no obstante la interacción continua de la literatura y los *mass-media*, que produce un enriquecimiento mutuo en un plano superficial, los *media* cumplen también una función ideológica respecto de la literatura, la función precisa de apropiarse de ella, institucionalizarla y retardar su evolución. Representan una fuerza de *detención*”. “La literatura y los nuevos lenguajes”, en *América Latina en su literatura*, p. 313.

⁵² Un ‘diálogo’ Puig-Sarduy en Severo Sarduy, “Notas a las notas a las notas... a propósito de Manuel Puig”, *Revista iberoamericana*, 76-77 (julio-diciembre 1971), pp. 555-67.

⁵³ Para el caso de Lezama, remito, entre otros, a los ensayos reunidos en *La expresión americana*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969, y a *Tratados en La Habana*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1969.

la marca de Lezama también define, aunque a su manera, la práctica de Sarduy. Minando la inagotable veta barroca, ve su escritura (también la fase crítica) como escenario de toda des- y re-composición del universo. Consciente de la capacidad de renovación del arte, habiendo aceptado que el logos es incapaz de suplir toda ausencia, pero con la inefable ambición (barroca) de cubrir cada resquicio de espacio, la enunciación misma se establece como ejercicio de totalidad.⁵⁴ Haroldo de Campos visualiza el barroco como el campo que propicia una mayor apertura de límites: “Barroco en la literatura brasileña y en diversas literaturas latinoamericanas, significa, al mismo tiempo, hibridismo y traducción creativa. Traducción entendida como apropiación transgresiva e hibridismo (o mestizaje) como práctica dialógica y capacidad de expresar al otro y expresarse a sí mismo a través del otro, bajo la égida de la diferencia”.⁵⁵ Es esta misma actitud que le permitirá decir, luego de invocar a Lezama Lima y a Valéry,

Escribir, hoy, en las Américas como en Europa, significará cada vez más, pienso, reescribir, remasticar. Los escritores de mentalidad monológica, “logocéntrica” –si es que aún existen y persisten en esa mentalidad– deben darse cuenta de que, también cada vez más, resultará imposible escribir la “prosa del mundo”, sin considerar, por lo menos como punto de referencia, las diferencias de esos “ex-céntricos”, al mismo tiempo “bárbaros” (por pertenecer a un periférico “mundo subdesarrollado”) y “alejandrinos” (por practicar incursiones de “guerrilla” en el corazón mismo de la Biblioteca de Babel) llamados Borges, Lezama Lima,

⁵⁴ Cf. SARDUY, S., “El barroco y el neobarroco”, en *América Latina en su literatura*, pp. 167-84; *Barroco*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974; y sus ensayos de crítica, *Escrito sobre un cuerpo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969. Ver también *Cobra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972. Sobre Sarduy: ver MÉNDEZ RÓDENAS, A., *Severo Sarduy: El neobarroco de la transgresión*, México, UNAM, 1983; GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, R., *La ruta de Severo Sarduy*, Hanover, NH, Ediciones del Norte, 1987.

⁵⁵ Haroldo de Campos, “Tradición, traducción, transculturación: Historiografía y ex-centricidad”, Néstor Perlongher, trad., *Filología*, XXII, 2 (1989), p. 47.

Guimarães Rosa, Clarice Lispector, por mencionar apenas estos ejemplos significativos... (pp. 51-2).

Al margen de una máxima apertura al mundo, con la consiguiente dispersión de voces y géneros, y una máxima disponibilidad receptiva, Alejo Carpentier focaliza funciones específicas. En el ya citado “Problemática de la actual novela latinoamericana”, contrapone las obras nativistas a la gran tarea del novelista americano de hoy: “inscribir la fisonomía de las ciudades en la literatura universal, olvidándose de tipicismos y costumbrismos” (p. 17), logro que según él explica la creciente circulación mundial de la literatura latinoamericana. Conviene recordar, sin embargo, que el cosmopolitismo no es menos latinoamericano que otras prácticas literarias más apegadas al suelo. Carpentier afirma más adelante: “Nuestro arte siempre fue barroco (...) No temamos al barroquismo, arte nuestro (...) barroquismo creado por la necesidad de *nombrar las cosas*, aunque con ello nos alejemos de las técnicas en boga (...) El legítimo estilo del novelista latinoamericano actual es el barroco” (pp. 43-4). Esta amplia acepción del barroco, surgida por el requerimiento genésico de “nombrar las cosas”, puede ser vista como una elaboración adicional del enfrentamiento con la realidad americana, encuentro que condujera a Carpentier al planteo de “lo real maravilloso” como prólogo a *El reino de este mundo* (1949) y a su exclamación: “¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real maravilloso?”⁵⁶

⁵⁶ Prólogo a *El reino de este mundo*, Montevideo, Arca, 1966 (1a. ed., 1949), p. 13. Ver su *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*, México, Siglo XXI, 1981.

En “Problemática del tiempo y del idioma en la moderna novela latinoamericana”, Carpentier sostuvo: “...por lo mismo que el verdadero futuro político de nuestro continente está en gestación, puede decirse que en nuestra vida presente conviven las tres realidades temporales agustinianas: el tiempo pasado –tiempo de la memoria–, el tiempo presente –tiempo de la visión o de la intuición–, el tiempo futuro o tiempo de espera. Y esto, en *simultaneidad*” (p. 204). Más adelante: “(...) Ante esta presencia del pasado en nuestro presente, viviendo en un hoy donde ya se perciben los palpitos del futuro, el novelista latinoamericano ha de quebrar las reglas de una temporalidad tradicional en el relato para

Como lo indicara anteriormente, el desafío propuesto en las novelas se vio acompañado por llamados a la crítica para que también ésta se “pusiera al día” con los avances de la narrativa. “A nueva narrativa” –solía decirse– “nueva crítica”. La necesidad de encontrar algún método, algún sistema de ordenación que diera cuenta de expresiones inéditas hasta entonces, se refleja en ensayos publicados a fines de la década del 50 y ya bien entrados los 60. El afán didáctico estaba íntimamente ligado a estos esfuerzos, de tal modo que la feliz expresión de Carpentier, “lo real maravilloso”, con sus raíces en el arte, resultó sumamente útil para la incorporación de un nuevo régimen clasificatorio en torno a las variantes del “realismo mágico”. Esta yuxtaposición terminológica se acomodaría a la necesidad de describir el estado de las letras americanas que daban cuenta de un continente que rehusaba someterse a otras categorías formales.

El término “realismo mágico” posee el encanto de una sugerente etiqueta, una marca que vende, una postal turística que rápidamente informa al extranjero que lo americano sigue siendo tierra ignota, tierra de maravilla que rechaza toda categoría exclusivamente racional. En las tierras de América todo sigue siendo posible; sólo de este lado de los mares el lector podrá recuperar lo que otros pueblos ya ni siquiera albergan en la memoria. En el circuito universitario, el término ha resultado apto para asir un estilo escurridizo y furtivo y para asomarse a un contenido desafiante. Esa misma contradictoria conjunción ha implicado que los textos fueran extrapolados tanto de la tradición y de los cambios literarios como de la historia.⁵⁷

inventar la que mejor le convenga a la materia tratada, o valerse –las técnicas se toman donde se encuentran– de otras que se ajusten a sus enfoques de la realidad. (...) Es la materia virgen que nuestra América ofrece al novelista, las posibilidades que tiene de manejar el tiempo sin salirse de una realidad, sin forzar los elementos constitutivos del *epos*, sin infinitos” (p. 205).

⁵⁷ Algunos textos definitorios del “realismo mágico”: Ángel Flores, “Magical Realism in Spanish-American Fiction”, *Hispania*, XXXVIII, 1 (1955), pp. 187-92, reproducido luego como “El realismo mágico en la

Si bien el debate que generó en su momento el “realismo mágico” fue superado en poco tiempo, conviene consignar, sin embargo, que las oscilaciones en torno a lo mágico y lo maravilloso –y en otra dimensión a “lo fantástico”– denotan la conjunción de varios factores.⁵⁸ Entre ellos, la recuperación de la dimensión mítica americana –como lo manifiesta el fuerte

narrativa hispanoamericana”, en Ángel Flores, comp., *El realismo mágico en el cuento hispanoamericano*, México, Premiá, 1985, pp. 17-24; Luis Leal, “El realismo mágico en la literatura hispanoamericana”, *Cuadernos americanos*, CLIII, 4 (1967), pp. 230-35; Enrique Anderson Imbert, *El realismo mágico y otros ensayos*, Caracas, Monte Ávila, 1976; Arturo Uslar Pietri, “Realismo mágico”, en su *Godos, insurgentes y visionarios*, Barcelona, Seix Barral, 1986, pp. 133-40. Un barómetro del auge que tuvo esta aproximación en Donald A. Yates, comp., *Otros mundos, otros fuegos: Fantasía y realismo mágico en Iberoamérica*, East Lansing, Michigan State University, 1975; un balance en Eileen M. Zeitz y Richard A. Seybolt, “Hacia una bibliografía sobre el realismo mágico”, *Hispanic Journal*, III, 1 (1981), pp. 159-67, y en Antonio Planells, “La polémica sobre el realismo mágico en Hispanoamérica”, *Revista interamericana de bibliografía*, XXXVII (1987), pp. 517-29. Ver de Seymour Menton, *Magic Realism Rediscovered, 1918-1981*, Filadelfia, PA, The Art Alliance Press, 1983, y de Alicia Llarena, *Realismo Mágico y lo Real Maravilloso: una cuestión de verosimilitud*, Gaithersburg, MD, Ediciones Hispamérica, 1997. Otra perspectiva en J. Michael Dash, “Marvellous Realism: The Way Out of Negritude”, *Caribbean Studies* [Universidad de Puerto Rico], XIII, 4 (1974), pp. 57-70, publicado como “Negritude - The Anatomizing of the Past”, African Studies Association University of the West Indies, *Bulletin* No. 7 (1974), pp. 54-67.

Para el caso de Carpentier, por ejemplo, Alexis Márquez Rodríguez, *Lo barroco y lo maravilloso en la obra de Alejo Carpentier*, México, Siglo XXI, 1983; Emil Volek, “Realismo mágico: Notas sobre su génesis y naturaleza en Alejo Carpentier”, *Nueva narrativa hispanoamericana*, III, 2 (1973), pp. 257-74. Irlemar Chiampi, *El realismo maravilloso: Forma e ideología en la novela hispanoamericana*, pról. de Emir Rodríguez Monegal, Caracas, Monte Ávila, 1983 (publicado originalmente como *O realismo maravilloso. Forma e Ideología no Romancé Hispano-Americano*, São Paulo, Perspectiva, 1980) articula diversas instancias y expresiones de la narrativa hispanoamericana bajo “realismo maravilloso”. Ver al respecto, Gari Laguardia, “Marvelous Realism / Marvelous Criticism”, en el ya citado *Reinventing the Americas. Comparative Studies of Literature of the United States and Spanish America*, pp. 298-318.

⁵⁸ La fascinación por “lo fantástico”, y aún más por la habilidad clasificatoria, tiende a explicar el éxito de Tzvetan Todorov, *Introduction a la littérature fantastique*, París, Seuil, 1970. Algunas de sus propuestas fueron ajustadas para la literatura hispanoamericana por Ana María Barrenechea, “Ensayo de una tipología de la literatura fantástica”, en su *Textos*

sustrato del *Popol Vuh* en *Hombres de maíz* (1949) y *Mulata de tal* (1963) de Miguel Ángel Asturias (1899-1974)–, el impacto de la experiencia surrealista y aceptar que el dominio del logos marcaba las carencias que deberían ser cubiertas por otros medios de conocimiento. Otro factor decisivo fue el acto de develar un continente y una historia que requerían modalidades para las cuales la rápida adopción de fórmulas importadas resultó inadecuada. Como ya se ha sugerido, este último elemento ha resultado crucial para reconocer las diversas entonaciones de la crítica que diseña las literaturas americanas, particularmente de aquella crítica que no se parapeta tras una inexistente “neutralidad” o tras las grandes figuras de turno.

La poderosa gravitación de la moda contribuyó a que se generara una nómina de obras que continúa sometida a la depuración del olvido y a la decantación de criterios de valor tan fluctuantes como el gusto. Ha permanecido constante, sin embargo, la fuerza de una tradición que ya es parte integral de la cultura americana y que, a su vez, continúa sirviendo como polo de atracción para quienes comparten su herencia. Esta comunidad de intereses puede ser verificada en la onda experimental que ha caracterizado a un amplio sector de la narrativa hispanoamericana como extensión de prácticas similares en centros europeos. Si bien ésta sirve como indicio de ruptura dentro de la tradición literaria hispanoamericana, es decir, como voluntad expresa de ser diferente, no deja de ser llamativo que la ruptura esté basada en reflejos condicionados ante modelos provenientes de estados de producción disímiles. La adecuación de tales obras a situaciones diferentes –máxime cuando se tiene en cuenta que la moda literaria afecta a un sector cada vez mayor de la población, si bien en una escala relativamente reducida– podría servir para medir su aceptación y radio de influencia en diversos círculos de lectores.

hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy, Caracas, Monte Ávila, 1978, pp. 87-103.

Como ya se había dado unas décadas antes para la poesía, ‘innovación’ y ‘ruptura’ han sido institucionalizadas como normas de la narrativa reciente. Lo experimental como expresión definitoria presupone un sentido de libertad en el comportamiento y construcción del relato a pesar de haber sido socavado por su canonización. Como en tantos otros niveles, más que la permanente insistencia en el hallazgo, es el proceso de búsqueda el que traza caminos. Por ello, más que la reiteración en lo andado, el retorno después de haber contemplado el ‘kibbutz del deseo’ es el que marcará huellas para otras travesías. Son numerosas las obras que pautan caminos y renovadas opciones narrativas. Algunas han cancelado toda imitación al alcanzar el reconocimiento reservado a los clásicos; ello no ha impedido, sin embargo, el éxito de algunas variaciones sobre motivos similares. Otras se proponen como modelo en el cual una máxima exploración lingüística y narrativa coexiste junto a la revisión de la historia y de las fuerzas que han impuesto una versión oficial. A esta dinámica, propia de proyectos narrativos con un fuerte arraigo nacional, como los que animan la producción de Carlos Fuentes para México, José Donoso (1924[-1996]) para Chile, David Viñas (1929[-2011]) para Argentina, Carlos Martínez Moreno (1917-1986) para Uruguay o Salvador Garmendía (1928[-2001]) para Venezuela, se suma el factor específico de la puesta en escena de las lenguas americanas.

Si bien Asturias recuperó para la narrativa contemporánea el legado y la sonoridad del *Popol Vuh*, y Rulfo los silencios de su región, son José María Arguedas –que se veía cultor de una actividad sagrada– y Roa Bastos quienes, a mi parecer, mejor ejemplifican la transculturación que caracteriza a una amplia zona del territorio americano. En sus respectivas obras, el quechua y el guaraní no están relegados a letras cursivas o a notas explicativas que denotan simbólicamente la sumisión de los vencidos sino que, al contrario, rigen desde la centralidad del

texto con la fuerza vital de los sobrevivientes.⁵⁹ Las novelas de Arguedas y Roa Bastos no se proponen ni, evidentemente, niegan la vigencia dominante de la lengua del conquistador –su prosa, en efecto, la revitaliza– pero tampoco cancelan la presencia de otros sustratos culturales, igualmente vigentes, que matizan su sintaxis y proponen visiones de mundo arraigadas en lo prehispánico.

Varias de las categorías utilizadas para aludir a las literaturas americanas están basadas en perspectivas europeas. Por razones que remiten a su historia colonial y a un correspondiente pero multifacético desarrollo cultural, las inflexiones literarias están caracterizadas como movimientos que definen a sus modelos. De tal modo, por ejemplo, se habla de neoclasicismo, romanticismo, realismo y naturalismo, siendo el modernismo la propuesta americana que transformó radicalmente el patrimonio de las letras hispánicas. Apelando a modelos ajenos al lugar de origen, y frecuentemente por intereses que respondían a transformaciones económicas más que a un humanismo desinteresado y altruista, en el siglo XIX surgió en el Caribe una fuerte corriente antiesclavista.⁶⁰ Hacia mediados del siglo XX,

⁵⁹ Cf. ROA BASTOS, A., “El texto cautivo (Apuntes de un narrador sobre la producción y la lectura de textos bajo el signo del poder cultural)”, *Hispamérica*, X, 30 (1981), pp. 3-28. Una muestra de sus trabajos fuera del contexto estrictamente literario: Augusto Roa Bastos, comp., *Las culturas condenadas*, México, Siglo XXI, 1980; los textos de José María Arguedas recogidos por Ángel Rama en *Formación de una cultura nacional indoa-mericana*, México, Siglo XXI, 1975, y en *Señores e indios. Acerca de la cultura quechua*, Montevideo, Arca / Calicanto, 1976.

⁶⁰ Cf. PIEDRA, J., “Literary Whiteness and the Afro-Hispanic Difference”, *New Literary History*, XVIII, 2 (1987), pp. 303-32. También: Roger Bastide, *Las Américas negras*, Madrid, Alianza, 1969; Samuel Feijóo et al., *Africa in Latin America: Essays on History, Culture and Socialization*, Nueva York, Holmes & Meier / UNESCO, 1984; Richard L. Jackson, *Black Writers in Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1979, y *The Afro-Spanish American Author: An Annotated Bibliography of Criticism*, Nueva York, Garland, 1980; Marvin A. Lewis, *Afro-Hispanic Poetry, 1940-1980: From Slavery to Negritude in South American Verse*, Columbia, University of Missouri Press, 1983; William Luis, *Literary Bondage: Slavery in Cuban Narrative*, Austin, University of Texas Press,

aún circulaban en la región andina novelas de corte realista que abogaban por los derechos de las comunidades indígenas. En ambos casos, las novelas cumplían con un claro propósito didáctico que era una elocuente denuncia de violaciones y al mismo tiempo un llamado a la acción pública. Tanto el negro como el indio, sin embargo, estaban supeditados a una benevolente mirada matri/patriarcal ajena a las pulsiones sociales y culturales originarias de los sometidos.⁶¹

Los textos de Arguedas y Roa Bastos, por el contrario, articulan precisamente la dinámica del impacto mutuo y la confluencia de culturas inicialmente –y quizá para siempre– antagónicas. No es casual, en este sentido, la respectiva formación antropológica y el fundado interés lingüístico de estos autores; como tampoco lo es, particularmente en *Yo el supremo*, que el texto reprodujera tanto la estructura del relato indígena como la tonalidad de su lengua en un marco formal innovador. Frente a la dicotomía Europa-América, propone Europa y América. El escritor abierto al continente no sólo es dueño de occidente y de las tradiciones que definen su destino inmediato, sino también, y cada vez más, de las múltiples expresiones que hacen a una permanente renovación del mosaico cultural americano.⁶² La atención cada vez mayor que la crítica ha prodigado a estos autores puede ser comprendida precisamente desde ese aporte. Si en el caso de Arguedas ello se da mediante la dramática supervivencia y defensa del mundo indígena, la voz de los que se niegan a ser vencidos se remonta desde las páginas de Roa Bastos por medio de la complejidad narrativa y de un sistema de figuraciones que el “lector transnacional” ya reconoce como propio de la contemporaneidad americana. Cabe notar

1990 y William Luis, ed., *Voices from Under: The Black Narrative in Latin America and the Caribbean*, Westport, CT, Greenwood Press, 1984.

⁶¹ Se hallan ejemplos de estas tendencias en algunas novelas clásicas del género: *Sab* (1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873); en *Huasipungo* (1934), de Jorge Icaza (1906-1978), y en *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría (1909-1967).

⁶² Esta amplia heredad ya había sido señalada por Borges en “El escritor argentino y la tradición”, *Discusión*, Buenos Aires, Emecé, 1957, pp. 151-62.

que en ambos casos su reconocimiento internacional ha sido posterior a las figuras centrales del *boom* y que ambos fueron fuertemente cuestionados por algunos de los arquitectos ideológicos que contribuyeron a ese fenómeno editorial.

Frente a las opiniones que justifican el éxito internacional de la literatura latinoamericana mediante el “ascenso a patrones técnicos universales en el mismo momento en que se produciría un presunto decaimiento de la novelística de otras regiones europeas”, Ángel Rama considera que “el relativo éxito de la narrativa latinoamericana no está sólo en su modernización evidente, sino también, paradójicamente, en el presuntivo arcaísmo de su cosmovisión, de sus asuntos y de sus modos operativos”.⁶³ Es decir que un amplio sector del público se siente atraído por elementos que evocan un fácil reconocimiento de su propia realidad más que por malabarismos técnicos que desafían y fascinan al lector profesional. Dicha identificación está más cerca de una aceptación nacional que de una percepción continental. Sin embargo, dista del pronunciado regionalismo de décadas pasadas al articular lo próximo a la medida de una anticipada escala internacional. En este delicado balance los múltiples lectores ven su cultura (y pueden llegar a identificar sus prejuicios) con el regocijo que produce el reconocimiento; fascinados por lo extraño, lo examinan (se examinan) como si se enfrentaran a algo ajeno. Esta dinámica de apertura y cerrazón de la definición de lo nacional y lo latinoamericano se corresponde con momentos históricos específicos en que el indio, el mestizo, el negro o el inmigrante son tematizados, revalorizados y, en algunos casos, incorporados a una comprensión más generosa de lo americano.

Tanto en ecuaciones políticas como en las mediatizaciones culturales, centro y periferia han connotado las relaciones de América Latina frente a Europa y EE.UU. Así como la Revolución cubana desplazó la marginalidad política de la región,

⁶³ “La tecnificación narrativa”, en *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*, p. 333.

el reconocimiento de una gran narrativa latinoamericana re-orientó las relaciones culturales del mundo occidental. Para gran parte de América Latina fue necesaria esa legitimación internacional para que la originalidad comenzara a ocupar su lugar en la cultura nacional. Más que como indicio de lo novedoso o recuperación de lo ancestral, esta originalidad debe ser entendida como apropiación de señas de identidad. A partir de los años 60 los autores de otros países latinoamericanos son más leídos en la región, si bien no por ello ha disminuido la popularidad de las respectivas expresiones nacionales. Los cruces entre diferentes zonas lingüísticas y culturales (Brasil y el Caribe no-hispano como casos emblemáticos) siguen siendo reducidos; también son escasos los ejercicios críticos que se proponen cruzar y superar esos límites. En todo caso, y sin que las aristas fronterizas y los nacionalismos hayan sido limados, a partir de los 60 se registró un *ansia* creciente de latinoamericanidad claramente relacionado con la diseminación de un ideal o, por lo menos, de una retórica revolucionaria. Por esos años, el ser humano, el arte, la literatura, estaban animados por proyectos de transformación; se confiaba que la humanidad y sus letras finalmente podrían ingresar a un sistema en que el goce y la ausencia de toda enajenación definirían el futuro. La utopía, sin embargo, estaba contaminada de incertidumbres; el sueño estaba condenado por una supuesta inestabilidad histórica, por la represión que hacía antesala en Tlatelolco y proseguía su programa de golpes al sur.

Habiendo accedido al centro literario, sin embargo, la nueva narrativa siguió “pensando en voz alta” y acusando los cambios de estas décadas. Se oscilaba entre la historia –como el Carpentier de *El siglo de las luces* (1962) y el Viñas de *Los hombres de a caballo* (1967)– y la crónica de un instante, especulando como *Farabeuf* (1965) de Salvador Elizondo (1932-[2006]), o *Cobra* (1972) de Sarduy, sobre el derrame del placer y la producción del texto; se cosechaba, como lo hizo Fuentes, la especularidad erótica de la innovación (*Cambio de piel*, 1967)

y la re-invencción de historias fundacionales (*Terra nostra*, 1975); se recomponían críticamente sagas familiares como en las novelas de José Donoso o en *Un mundo para Julius* (1970) de Alfredo Bryce Echenique (1939); se ensalzaba la mítica traspasada habanera en *Tres tristes tigres* (1967) de Guillermo Cabrera Infante y se fundaban los mundos que iban al muere en *Los recuerdos del porvenir* (1963) de Elena Garro (1920- [1998]), o en la agotadora Santa María de Onetti. Dentro de ese mismo aluvión que ratificaba la centralidad de la narrativa hispanoamericana se seguían operando los desplazamientos internos que acercarían lo social y culturalmente marginado hacia el centro, tarea que aún deben realizar los autores de regiones marginadas por la desmesura cosmopolita y los relegados por causas ajenas a la geografía.

Es tautológica la corta duración del rotundo y aptamente ruidoso monosílabo “boom”. Pero que el *boom* no fue una fur-tiva eclosión lo prueban la sostenida producción de los elencos iniciales y el interés duradero del público. Una de sus mayores repercusiones, sin embargo, debe ser vista en el hecho de que también irradiaron interés por otros autores americanos dentro y fuera de América Latina y que esa proyección también se dio hacia atrás, hacia la recuperación de los precursores.

Los escritores que por largo tiempo serían vistos como los arquitectos de “la nueva narrativa” aprendieron y heredaron de sus mayores, tanto de los poetas de vanguardia y de aquellos que ellos mismos contribuyeron a rescatar de la marginalidad, el desconocimiento o el anonimato (Arlt, Macedonio, Felis-berto Hernández...), así como de sus más contemporáneos (Borges, Paz, Onetti...), el poder del lenguaje para penetrar realidades, para re-ordenar la historia, para re-crear universos, o para comenzar a mirar su universo desde ángulos inéditos. Este optimismo ante la página, esta certidumbre –diría: este acto de fe– en la capacidad de transformación de la literatura, sólo es comprensible en momentos en que la realidad misma parecía ceder a la imperiosa voluntad de alterar los signos bajo

los que había sido organizada la historia americana desde su violenta incorporación al mundo del conquistador europeo. Y aun viéndolo de este modo, estos mismos términos incitan a otros interrogantes sobre las diversas interpretaciones de las organizaciones sociales y políticas que en última instancia no cedieron, sobre las aventuras del lenguaje que creaban mundos y horadaban falsas percepciones mientras promovían re-encuentros con el yo como etapa previa al descubrimiento del nos-otros.

Este postulado conjuga dos vertientes de las letras (así como de su homólogo crítico) y de los ya acallados debates en torno a su función: la literatura como goce en el repliegue del “yo-tú”; la literatura como un bien social que alcanza a poseer funciones utilitarias en el “yo-nosotros”. Lo cual, al margen de sustratos eróticos y políticos (que por cierto *no* son incompatibles, como lo demuestran numerosos ejemplos de este período), también apunta a una comprensión de la literatura que excede otras fronteras. Además de la reconocida filiación con sus respectivas culturas nacionales y con América Latina, los “nuevos narradores” se afianzaron en la literatura como si ésta constituyera una primera (y final) patria con claras exigencias de adhesión, lealtad e íntimo compromiso. El “sé fiel a ti mismo” portaba una alta carga de responsabilidad profesional y ética tanto hacia la literatura como hacia los destinatarios de sus palabras. La fe en la autonomía literaria también puede ser leída, entonces, como parte de un compromiso implícito con anhelos de libertad individual, nacional y continental.

Si se acepta que es posible dirimir opciones literarias que se extienden desde una acentuación en la vía experimental hasta la incorporación explícita de referentes históricos y sociales, cabe reflexionar sobre sus respectivos cambios y posible continuidad –insisto en que estas opciones no son necesariamente antagónicas ni se excluyen mutuamente. La apuesta a una pretendida y absoluta objetividad que reduce al máximo la participación del yo, ha podido perdurar porque respondió a una

flexibilidad y a una permeabilidad de planos de la que carecían los patrones del *nouveau roman* y sus legatarios más inmediatos. En última instancia, las reducciones experimentales acabaron por ser lecciones parciales más que metas a ser alcanzadas. Cuando en lugar de limitarse a ser ejercicio llegaba a texto impreso, dicho alcance significaba la caída en la reiteración de formulaciones ya logradas. El cultivo heterodoxo del debate teórico en torno al discurso literario sugería, en cambio, que las letras adquieren su por siempre variable sentido a través de la igualmente fluctuante subjetividad y de sus condicionantes históricos. Es precisamente desde ese estadio que se construyeron, a mi parecer, las obras más perdurables de esta época.

El signo del perseguidor, altamente definido por una galería de personajes de Cortázar, debe ser extendido a una importante nómina de autores que siguen ejerciendo para la literatura latinoamericana una capacidad de concertación inédita en su historia. Existe un consenso sobre los diversos hechos editoriales e históricos que señalan el inicio de este proceso. Son mayores los interrogantes sobre su fin.

Como sabemos, los esquemas de periodización, falibles para el pasado, son aún más cuestionables para estos días. La plenitud de “los 60”⁶⁴ podría estar enmarcada por el segmen-

⁶⁴ Los sesenta son años de plenitud narrativa. Hasta 1967, fecha de publicación de *Cien años de soledad*, se editan, entre otras, las siguientes novelas: *Los premios*, de Cortázar, en 1960; *El astillero*, de Juan Carlos Onetti y *El coronel no tiene quien le escriba*, de García Márquez, en 1961; *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato, *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, y *Oficio de tinieblas*, de Rosario Castellanos, en 1962; *Rayuela*, de Cortázar, *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, *Mulata de tal*, de Miguel Ángel Asturias, y *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro, en 1963; *Todas las sangres*, de José María Arguedas, y *Juntacadáveres*, de Onetti, en 1964; *La casa verde*, de Vargas Llosa, y *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, en 1965; *Paradiso*, de José Lezama Lima, *Este domingo*, de José Donoso, y *José Trigo*, de Fernando del Paso, en 1966; *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante, *De donde son los cantantes*, de Severo Sarduy, *Morirás lejos*, de José Emilio Pacheco, *Cambio de piel* y *Zona sagrada*, de Fuentes, en 1967. Esta misma nómina es un llamado de atención sobre el número reducido de escritoras incorporadas a este primer reconocimiento, fenómeno

to histórico que va de 1959 a 1973, es decir, desde triunfo de la Revolución cubana hasta la caída de la democracia chilena –trágico marcador, ‘por debajo’ del precoz militarismo brasileño y del longevo autoritarismo paraguayo de las dictaduras que azotaron a la región. También resulta funcional recuperar el arco más amplio (retóricamente, quizá más eficaz) que va desde las estrategias revolucionarias por la liberación de América Latina y la vertiginosa caída en la represión estatal hasta llegar a los procesos actuales de redemocratización. Sin embargo, en los años que lleva decir “de la revolución a la democracia”, también se han desarrollado lineamientos literarios que dificultan un trazado uniforme de la topografía de las letras. Para un proceso de largo aliento como el que tiene a su cargo la historia literaria, esta revisión preliminar permite vislumbrar los epígonos y soslayar propuestas que han sido importantes pero contingentes; permite recordar, asimismo, que una de sus tareas centrales es el rescate de las voces ausentes.

Si una de las facetas primordiales de la nueva narrativa ha sido su apuesta a la recuperación de una realidad menos enajenante, esta constante tarea de cartógrafos, exploradores

que ha sido atendido por la crítica con mayor eficacia en los años siguientes a este período en obras como: Gabriela Mora y Karen S. Van Hooff, eds., *Theory and Practice of Feminist Literary Criticism*, Ypsilanti, MI, Bilingual Press, 1982; Beth Miller, ed., *Women in Hispanic Literature: Icons and Fallen Idols*, Berkeley, University of California Press, 1983; Rose S. Minc, comp., *Escritoras de la América Hispánica*, número especial de *Revista iberoamericana*, LI, 132-33 (1985); Mary Louise Pratt y Marta Morello Frosch, coords., *Nuevo texto crítico*, II, 4 (1989), número especial dedicado a “América Latina: Mujer, escritura, praxis”; Helena Araújo, *La Scherezada Criolla. Ensayos sobre escritura femenina latinoamericana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1989; Jean Franco, *Plotting Women: Gender and Representation in Mexico*, Nueva York, Columbia University Press, 1989; Patricia Elena González y Eliana Ortega, comps., *La sartén por el mango: Encuentro de escritoras latinoamericanas*, San Juan, Huracán, 1984. Varias bibliografías aportan un valioso inventario; entre ellas: Doris Meyer y Margarita Fernández Olmos, eds., *Contemporary Women Authors of Latin America*, 2 vols., Brooklyn, Brooklyn College Press, 1983; Diane E. Marting, ed., *Women Writers of Spanish America: An Annotated Bio-Bibliographical Guide*, Nueva York, Greenwood, 1987.

e intérpretes, propia de cierta crítica literaria, quizá no sea del todo ajena a ese modesto fin literario que celebra la ausencia de los vacíos y la fundación de nuevas tradiciones. Es evidente que si bien la narrativa de los años 60 ha sido primordialmente una divisoria de aguas para la novela, también ha servido –por algunas de las condiciones ya señaladas y por otras que se verán a continuación– para marcar los parámetros de la atención crítica a la producción americana.⁶⁵

⁶⁵ Es llamativo que el análisis del teatro aún no haya tenido una difusión similar a la lograda desde hace ya varias décadas por el estudio de la narrativa y la poesía. Las revistas *Latin American Theater Review* [Lawrence, KS] y *Gestos* [Irvine, CA], así como *Conjunto* [La Habana], son las más especializadas. Un balance de los estudios sobre teatro en Diógenes. *Anuario crítico del teatro latinoamericano*, publicación iniciada en Ottawa en 1985. Otros significativos aportes: Grínor Rojo, *Orígenes del teatro hispanoamericano contemporáneo*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972, y *Muerte y resurrección del teatro chileno, 1973-1983*, Madrid, Michay, 1985; Leon F. Lyday y George Woodyard, eds., *Dramatists in Revolt*, Austin, TX, University of Texas Press, 1976; Claudia Kaiser-Lenoir, *El grotesco criollo: Estilo teatral de una época*, La Habana, Casa de las Américas, 1977; Pedro Bravo-Elizondo, *Teatro hispanoamericano de crítica social*, Madrid, Playor, 1985; Fernando de Toro, *Brecht en el teatro hispanoamericano contemporáneo*, Buenos Aires, Galerna, 1987; Beatriz J. Rizk, *El nuevo teatro latinoamericano: Una lectura histórica*, Minneapolis, MN, Institute for the Study of Ideologies and Literature / The Prisma Institute, 1987; Juan Villegas, *Ideología y discurso crítico sobre el teatro de España y América Latina*, Minneapolis, MN, Institute for the Study of Ideologies and Literature / The Prisma Institute, 1988.

La amplitud de estudios está registrada en bibliografías como las compiladas por Fernando de Toro, *Bibliografía del teatro hispanoamericano contemporáneo, 1900-1980*, 2 vols., Frankfurt-am-Main, Klaus Dieter Vervuert, 1985; Duane Rhoades, *The Independent Monologue in Latin American Theater: A Primary Bibliography with Selective Secondary Sources*, Westport, CT, Greenwood Press, 1986; Richard F. Allen, *Teatro hispanoamericano: Una bibliografía anotada / Spanish American Theater: An Annotated Bibliography*, Boston, G.K. Hall, 1987; para un caso nacional: Gerardo Luzuriaga, *Bibliografía del teatro ecuatoriano, 1900-1982*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1984.

Pasos y pautas de la crítica literaria latinoamericana

La modernización de la crítica literaria se afianzó desde la década del 50 gracias a la difusión de lo ya logrado años antes por el formalismo ruso, por escuelas que, como la de Praga, impulsaron reformulaciones de la lingüística, y por el New Criticism angloestadounidense. Tal modernización se reconoce, por ejemplo, en la capacidad de discernir entre “textualidad” e “individualidad”. Al marcar las distancias que separan al “sujeto biográfico” del “sujeto textual”, se logró dejar de lado la relación más esquemática de “vida y obra”. Las propuestas de la estilística, de la filología y de la fenomenología sirvieron, asimismo, para detener tanto la expansión de la crítica impresionista como la vulgarización de un sociologismo empobrecido.

Estos cambios se aceleraron velozmente a partir de los 60 a raíz de la incorporación de las ciencias sociales al análisis del fenómeno literario y, más enfáticamente aún, como resultado de la rápida adopción del estructuralismo y sus secuelas y de otros lineamientos teóricos que surgieron en Europa y EE.UU. Como resultado de esta diseminación teórica, por un lado se mantendría la especificidad analítica, la interpretación y la obtención del sentido de las obras literarias; por otro, las disciplinas confluían hacia la constitución de una ciencia, de un nuevo modo de conocimiento cuyo propósito ha sido dar cuenta de la estructura, del sistema de convenciones discursivas que subyace al texto como objeto de análisis. El paso del sistema al análisis de una o más obras específicas marcó la transición de un asentamiento en la poética a la faceta interpretativa de la crítica. La oscilación se pronunciaba, entonces, entre la teoría en cuanto ciencia, y el análisis, la búsqueda de los sentidos plurales de un texto, como vuelco sobre una acepción más raigal de la crítica literaria.

Los procesos revolucionarios de los años 60 tuvieron una consecuencia inmediata en la ideologización explícita de todo discurso. Para el análisis del más amplio régimen literario im-

plicó trazar relaciones entre el texto y los factores y sistemas que hacen a su comprensión. Vivas voces demandaban una militancia política en la literatura,⁶⁶ requisito que también fue homologado para la actividad crítica. El lugar de residencia del escritor preocupaba a algunos sectores de la izquierda y señalaba la exigencia de un compromiso personal y físico con ideologías revolucionarias. Señalaba, asimismo, que la politización había alcanzado a las mediatizadas representaciones, a las innovaciones técnicas de los textos, así como a la ubicación política del cuerpo del escritor. El debate era prescriptivo ya que definía cuáles eran las estrategias discursivas más aptas para promover y afianzar causas políticas. Mientras las modelizaciones teóricas privilegiaban el texto como única realidad, estas demandas suponían que en última instancia –a pesar del reconocimiento obtenido por medio de las letras– importaba más la puesta en escena del cuerpo que la estructura interna del texto. Dejando de lado los elementos que hacen al derecho y a la comodidad individual, a la solidaridad ideológica y al lugar de máxima eficacia literaria y política, importa subrayar que la misma tematización de la presencia del escritor en su país o región involucraba una responsabilidad colectiva en torno a la tan ansiada y ponderada ‘nueva sociedad’. Los reclamos a favor de un retorno evocaban una concepción restringida de la nacionalidad; también, la tácita noción que sólo viviendo en su espacio originario el escritor retendría el sabor matizado de

⁶⁶ Véanse como paradigma de esa discusión las opiniones adelantadas por Julio Cortázar, Oscar Collazos y Mario Vargas Llosa en *Literatura en la revolución / Revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970; de Ángel Rama y Vargas Llosa, *García Márquez y la problemática de la novela*, Buenos Aires / Montevideo, Corregidor / Marcha, 1973. Cf. las propuestas de Rama en *Diez problemas para el narrador latinoamericano*, Caracas, Síntesis Dosmil, 1972, de Mario Benedetti en *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, Buenos Aires, Alfa, 1974, y de Roberto Fernández Retamar en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, Casa de las Américas, 1975. Cf. el intercambio de opiniones entre Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Fernández Retamar, Ambrosio Fornet y Carlos María Gutiérrez en *El intelectual y la sociedad*, México, Siglo XXI, 1969.

la lengua y obtendría “la savia nutricia” necesaria para no distanciarse de su pueblo, para mantener lazos inextricables con sus aspiraciones –noción que sería tristemente retomada apenas unos años más tarde frente a los exiliados de las dictaduras del sur. En otro plano, más íntimo quizá, también sugerían una soledad que quería ser abandonada; un temor ante la seducción que ejercían los centros europeos; una fragmentación de ideales y realidades que ansiaba ser recogida en la bienvenida algarabía de los aeropuertos. Es decir, se reponía para el intelectual latinoamericano la articulación de su responsabilidad individual en cuanto artista junto a las obligaciones contraídas con la sociedad en tanto ciudadano de una nación o un continente; se reponía la función de liderazgo letrado y político que había desempeñado en el siglo XIX durante la formación de las repúblicas liberales. Las réplicas de los escritores, por supuesto, aparecen consignadas tanto en inagotables mesas redondas como en algunos textos ejemplares que delinear sus respectivas posiciones.⁶⁷

A la crítica latinoamericana también se le exigía que participara en la “afirmación popular” y la “liberación del continente”, lo cual la pondría en sintonía con una narrativa latinoamericana de avanzada. Para tal caso, y en función de los textos sobre los que manufacturaba su propia versión, el crítico volvía a asumir las funciones de intérprete, traductor y productor de sentidos; de sentidos ligados, íntima e ineludiblemente, a la especificidad de su momento histórico. De este modo se afirmaba para la literatura y para la crítica una función política

⁶⁷ Cortázar fue particularmente vehemente sobre este tema. Así lo demuestra su conocida carta a Roberto Fernández Retamar de mayo de 1967 publicada como “Acerca de la situación del intelectual latinoamericano”, incluida en *Último round*, México, Siglo XXI, 1969; también su respuesta a los reparos que le hiciera David Viñas, publicada en *Hispanamérica*, I, 2 (1972), pp. 55-8 (los comentarios de Viñas aparecieron en la entrevista que le hiciera Mario Szichman para *Hispanamérica*, I, 1 (1972), pp. 61-7). Hubo planteos similares en las islas del Caribe; un caso: Patricia Ismond, “Walcott versus Brathwaite”, *Caribbean Quarterly*, XVII, 3-4 (1971), pp. 55-71.

explícitamente normativa. A ambas se les imponía la dimensión fundacional de una identidad; sus marcadores políticos serían evidentemente diferentes a los sustentados para las letras, y para sus respectivos países, por las elites que ostentaban la representación de sus culturas nacionales.

Ante estos cambios, en otros círculos se produjo una reacción diferente: si a la literatura le correspondía 'la autonomía' como categoría definitoria, la práctica de las letras que se define como crítica no podía ser menos. Este razonamiento motivó que el anhelo por obtener una máxima adhesión a la renovación teórica y crítica generara discursos literarios asépticos y voluntariamente internacionalistas. Entonces se medía el impacto de 'lo teórico' en sus diversas acepciones y matices, no sólo por sus alcances científicos y su institucionalización en los marcos académicos, sino también (¿paradojalmente?) por sus contribuciones a la politización del análisis literario. La llamada 'crítica ideológica', vista en una gama de orígenes y propósitos que abarcaba tanto a las aproximaciones de raigambre marxista como a las propuestas feministas, se fortaleció en tanto resistencia al énfasis excluyente en 'lo teórico'. Por su parte, la fragmentación del propio campo teórico canceló toda pretensión de homogeneidad.⁶⁸ Es así que una vez señalado este

⁶⁸ Los siguientes son algunos estudios que desde diferentes perspectivas –afincadas en su vasta mayoría en EE.UU.– apuntan a una serie de disyuntivas y a sus ramificaciones: Derek Attridge, Geoff Bennington y Robert Young, eds., *Post-Structuralism and the Question of History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Francis Barker et al., *Literature, Politics and Theory*, Londres y Nueva York, Methuen, 1986; Morton W. Bloomfield, ed., *In Search of Literary Theory*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1972; David Carroll, ed., *The States of Theory*, Nueva York, Columbia University Press, 1989; Peter Demetz, Thomas Green y Lowry Nelson, Jr., eds., *The Disciplines of Criticism: Essays in Literary Interpretation and History*, New Haven, CT, Yale University Press, 1968; Howard Felperin, *Beyond Deconstruction. The Uses and Abuses of Literary Theory*, Nueva York, Oxford University Press, 1987; Stanley E. Fish, *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1980; Michel Foucault, *Language, Counter-Memory, Practice*, Donald F. Bouchard, ed., Ithaca, NY, Cornell University Press, 1977; Giles Gunn, *The Culture of Criticism*

primer pantallazo de dos grandes bloques en pugna, conviene hacer hincapié en escuelas y matices que se siguen disputando parcelas de poder en el plano de la representación simbólica.

Estas opciones se dirimieron, a su vez, en una matizada bifurcación hacia análisis centrados en problemáticas nacionales o hacia reflexiones teóricas que frecuentemente prescindieron de toda asignación local. He apelado al verbo 'dirimir' precisamente porque tales reflexiones están íntimamente ligadas a posiciones ideológicas que no siempre comparten un mismo discurso, aun cuando sus alegatos pueden estar sintonizados

and the Criticism of Culture, Nueva York, Oxford University Press, 1987; Geoffrey H. Hartman, *Criticism in the Wilderness: The Study of Literature Today*, New Haven, CT, Yale University Press, 1983; Linda Hutcheon, *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*, Nueva York, Routledge, 1988; Fredric Jameson, *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1981; Bruce Robbins, "The Politics of Theory", *Social Text*, 18 (Winter 1987/88), pp. 3-18; Edward W. Said, *The World, the Text, and the Critic*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1983; Gayatri Chakravorty Spivak, *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Nueva York, Methuen, 1987; Susan Suleiman e Inge Crossman, eds., *The Readers in the Text: Essays on Audience and Participation*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1980; Jane P. Tompkins, ed., *Reader-Response Criticism. From Formalism to Post-Structuralism*, Baltimore, MD, The Johns Hopkins University Press, 1980.

Algunas obras que, habiendo ya asimilado los aportes fundacionales de la crítica feminista francesa, señalan otros senderos: Elizabeth Abel, ed., *Writing and Sexual Difference*, Chicago, University of Chicago Press, 1982; Teresa de Lauretis, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 1987; Josephine Donovan, ed., *Feminist Literary Criticism: Explorations in Theory*, Lexington, KY, University Press of Kentucky, 1975; Sandra Gilbert y Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*, New Haven, CT, Yale University Press, 1979; Nancy K. Miller, ed., *The Poetics of Gender*, Nueva York, Columbia University Press, 1986; Toril Moi, *Sexual / Textual Politics. Feminist Literary Theory*, Nueva York, Methuen, 1985; Linda J. Nicholson, ed., *Feminism / Postmodernism*, Nueva York, Routledge, 1990; Elaine Showalter, *A Literature of Their Own*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1977; Elaine Showalter, ed., *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature, and Theory*, Nueva York, Pantheon, 1985.

A las ya citadas puntualizaciones americanas, hay que agregar los aportes de revistas como *Fem* [México] y *Feminaria* [Buenos Aires].

en una misma frecuencia.⁶⁹ En parte por programas políticos claramente diferenciados –como es el caso de la crítica feminista en sus diversos y avanzados estadios– o por el resguardo que exige todo advenimiento, cada feudo (o pálido minifundio) sigue ejerciendo su propia hegemonía discursiva. En este sentido es necesario tener presente que al margen de cualquier adhesión, las múltiples teorizaciones en torno al texto literario, así como el impulso para establecer una poética sobre bases científicas, ha consolidado un mayor rigor metodológico en la práctica crítica. Su riqueza impone, además, una toma de posición, implícita o explícitamente, ante ellas y ante el texto. Otros efectos incluyen el ya citado debate sobre el canon literario y lo adelantado, por ejemplo, por la estética de la recepción en cuanto a posibles acercamientos entre la serie literaria y la no-literaria para así cancelar reduccionismos mecánicos en las relaciones literatura-historia.⁷⁰ Esta última alienta un renovado

⁶⁹ Un ejemplo estadounidense en los estudios de Jonathan Culler: *Structuralist Poetics: Structuralism, Linguistics, and the Study of Literature* (1975); *The Pursuit of Signs: Semiotics, Literature, Deconstruction* (1981); *On Deconstruction: Theory and Criticism after Structuralism* (1982), todos ellos publicados por Cornell University Press (Ithaca, NY). En este último título Culler aboga precisamente por una búsqueda mancomunada, por una mayor síntesis que debería ser derivada de las propuestas del desconstruccionismo, del feminismo y de la teoría de la recepción. Ver también su “Criticism and Institutions: The American University”, en el citado *Post-Structuralism and the Question of History*, pp. 82-98, y *Framing the Sign. Criticism and Its Institutions*, Norman, OK, University of Oklahoma Press, 1988. Quizá no esté de más recordar cuánto le debe la crítica anglo-estadounidense a *Theory of Literature*, de René Wellek y Austin Warren, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1962 (1a. ed., 1948). Versiones críticas de otro signo en Peter Dews, *Logics of Disintegration: Post-Structuralist Thought and the Claims of Critical Theory*, Londres, Verso, 1987; en los incisivos recorridos de Terry Eagleton, *Literary Theory. An Introduction*, Minneapolis, MN, Minnesota University Press, 1983, y *The Functions of Criticism: From ‘The Spectator’ to Post-Structuralism*, Londres, Verso, 1984. Raymond Williams realizó una valiosa sistematización en *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*, Londres, Fontana, 1983.

⁷⁰ Cf., entre otros, Wolfgang Iser, *The Act of Reading: A Theory of Aesthetic Response*, Baltimore, MD, The Johns Hopkins University Press, 1978; Hans Robert Jauss, *Toward an Aesthetic of Reception*, Timothy Bahti, trans., Minneapolis, MN, Minnesota University Press, 1982; Um-

enaltecimiento de la capacidad de transformación social que pueden ejercer la literatura y la crítica.

Hace apenas unas décadas los devotos de las ‘fuerzas espirituales’ que animan a la literatura contemplaban las aproximaciones teóricas como una amenaza a la sensibilidad artística. Bajo el influjo de modelos provenientes de otras disciplinas, particularmente de las ciencias sociales, y de incipientes formulaciones teóricas, algunos críticos dieron comienzo a una primera serie de interrogantes para aproximarse al objeto de estudio. Desde hacía tiempo, la crítica había asumido su función como modo de conocimiento y no como mera descripción contenidista y de estados de alma. Un creciente núcleo de críticos reflejaba el anhelo de la precisión; el instrumental teórico que se abalanzaba sobre la sed de ciencia, facilitaba el encuentro con conclusiones cada vez más rigurosas. No obstante esta inserción modélica que alienta la incorporación de las series literarias a sus respectivos contextos, se habría de privilegiar –precisamente como reacción a la ya mencionada causalidad esquemática– el perfil crítico que erige su autonomía en torno a textos abstraídos de toda otra relación. De este modo, el lenguaje de la crítica –distanciado, objetivo y enun-ciado en frío– respondía a dos finalidades: proyectaba una retórica e imponía una práctica segura de sus objetivos y de la confianza que esperaba merecer de sus lectores; eludía, asimismo, el compromiso implícito en la primera persona.

Las diferencias en la concepción misma de esta actividad sugieren la demarcación de campos críticos: por un lado, se hallan quienes optan por una aproximación inmanentista a la literatura; por otro, quienes adquieren y adjudican sentidos en la contextualización histórica y social, proyectándose de este

berto Eco, *The Role of the Reader: Explorations in the Semiotics of Texts*, Bloomington, Indiana University Press, 1979. Propuestas latinoamericanas en: Luis H. Antezana J., *Teorías de la lectura*, La Paz, Altiplano, 1983; Diana Sorensen Goodrich, *The Reader and the Text: Interpretative Strategies for Latin American Literatures*, Amsterdam, John Benjamins, 1986.

modo hacia una crítica cultural. Al respecto opina Antonio Cornejo Polar:

el imperio de los métodos del inmanentismo implica una arbitraria limitación del hecho literario a sus dimensiones posibles de conocimiento bajo los términos y condiciones de esa metodología, de suerte que quedan iluminados ciertos aspectos textuales, a veces los menos interesantes, y se eluden reiteradamente, una y otra vez, aquellos factores que determinan que la literatura sea materia de pasión y de estudio.

Se olvida que la literatura es signo y que inevitablemente remite a categorías que la exceden: al hombre, la sociedad, la historia; se olvida, al mismo tiempo, que la literatura es producción social, parte integrante de una realidad y de una historia nunca neutrales, y tal vez por eso se omite toda referencia contextual y todo discernimiento de valores.⁷¹

En algunas aproximaciones tecnocráticas a la literatura que han dominado un amplio sector del espacio académico desde los años 60, se puede constatar no sólo el carácter mecánico de las transferencias sino también la arrogancia de quien no duda, la falsedad de una incuestionable certidum-

⁷¹ CORNEJO POLAR, A., en la citada encuesta “La crítica literaria, hoy”, pp. 9-10. Ver también “Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana: Diseño preliminar”, en su *Sobre literatura y crítica latinoamericana*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1982, pp. 33-41.

Cf. SANTÍ, E.: “Mi planteamiento es sencillo –que no necesitamos, y de hecho no debemos, abandonar una aproximación a cambio de la otra– la historia por la historia literaria, la literatura por la vida o vice-versa, precisamente porque para el texto literario, para la literatura, y para el escritor mismo, no hay diferencia alguna entre las dos. En el ámbito de la literatura, lo que suele pasar como mensaje ideológico o planteamiento político suele ser una construcción ficticia que está sujeta a los límites retóricos que impone el texto y la lectura; al mismo tiempo, lo que suele pasar como pura ‘meta-ficción’, o teoría de la novela o del lenguaje, es casi siempre una exploración de temas existenciales –como nos han demostrado los maestros de la meta-ficción: Cervantes, Unamuno y, desde luego, el propio Borges. El comentario que un texto realiza sobre sí mismo es algo más que un comentario sobre la literatura: es una glosa al carácter ficticio de nuestras vidas y una toma de conciencia de la temporalidad que la constituye”. En su ya citado “Historia e historia literaria en América Latina”, pp. 109-10.

bre que se define en actitudes autoritarias y en un insuperable desdén por la amplia gama de elementos que entran en juego en la producción literaria. Como en otras ramas del saber, cuando se apela al encanto cifrado, a recintos para iniciados, a un lenguaje formulaico que enmascara el vacío, se prescinde de la función comunicativa del lenguaje y en su lugar se promueve la mirada atónita, el desconcierto o el descarte entre lectores que no comparten esas mismas claves de paso. En el clima enrarecido de pequeños claustros y devotos cenáculos, ha llegado a importar más la proyección de un vocabulario que se presume científico que las consideraciones que deben contribuir al pensamiento crítico. En lugar de cultivar la transparencia del lenguaje y hacer uso de la precisión para acceder a una mayor elucidación del texto, el culto de la nomenclatura cumple la función adversa del alambre de púa: señala las zonas limítrofes, el acceso vedado a una propiedad que se ansía privada. Es notable por ello que esa misma rigurosa construcción que logró expulsar de sus dominios a una sensible franja de la historia, haya resultado útil para que en zonas amenazadas por la violencia estatal su hábito científico extendiera cierta protección ante toda sospecha que pudiera emanar del empleo de conceptos o propuestas contestatarias.

Subrayo: el estructuralismo y sus secuelas han sido cruciales en estas décadas, como siguen siendo las expansiones generadas desde aproximaciones semióticas; no ha sido igualmente productiva, sin embargo, la cerrazón adoptada por algunos de sus máximos (y mínimos) exponentes en el campo de la literatura latinoamericana. Es evidente que el desarrollo de las ciencias del lenguaje ha sido fundamental y sumamente beneficioso para la organización metódica de los estudios literarios;⁷² pero no responden a esas mismas pautas los estudios

⁷² Ya en 1960 Félix Martínez Bonati publicó en Santiago de Chile (Editorial Universitaria) *La estructura de la obra literaria. Una investigación de filosofía del lenguaje y estética*; hay una segunda edición revisada (Barcelona, Seix Barral, 1972). Por supuesto, ya se habían dado en el continente obras precursoras como las de Amado Alonso, Pedro Henríquez

cuya mera razón de ser ha sido la prestidigitación con giros y respuntes de la moda, con páginas cuyo fin se agota en ese mismo malabarismo o en conclusiones que denuncian su propia ausencia.

Las primeras modalidades del estructuralismo, así como poco antes el formalismo ruso y los modelos lingüísticos de Saussure, cundieron, en parte gracias a su racionalidad y sistematización, como teoría de la interpretación.⁷³ En diversos contextos tenían a su favor el rigor apolítico que se le suele conferir al pensamiento y al lenguaje científico –atributos que han facilitado su desplazamiento y asimilación a través de historias radicalmente diferentes. Por otro lado, el creciente én-

Ureña y Alfonso Reyes. Y, por supuesto, del Borges que también es fundacional para la lucidez crítica. Por diversas razones y, entre otros aspectos, por la oposición entre crítica académica y no-académica, véase “Las alarmas del doctor Américo Castro” [a propósito de *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (Buenos Aires, Losada, 1941)], *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1960, pp. 43-49. Extraigo de su p. 45: “No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de probar las sucesivas jerigonzas que inventan”.

⁷³ Parecía ineludible, por ejemplo, citar insistentemente el número 8 de *Communications: L'analyse structurale du récit* (1966; *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, 1970), así como los sucesivos títulos de Barthes. Cunden hasta la fecha algunas meritorias especializaciones en *S/Z*.

Otro cultivo en Enrique Ballón Aguirre, “La escritura poetológica: César Vallejo, cronista”, *Lexis*, VI, 1 (1982), pp. 57-98, además de su *Vallejo como paradigma: Un caso especial de escritura*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1974.

Tzvetan Todorov contribuyó a la difusión de los formalistas rusos por medio de *Théorie de la littérature*, Paris, Editions du Seuil, 1965 (publicado como *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Signos, 1970). Una sucinta sistematización del nuevo saber teórico fue obtenida gracias al *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage* (París, Editions du Seuil, 1972) de Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov (*Diccionario de las ciencias del lenguaje*, Enrique Pezzoni, trad., Buenos Aires, Siglo XXI, 1974). Véanse, asimismo, los útiles manuales de Desiderio Blanco y Raúl Bueno, *Metodología de análisis semiótico*, Lima, Universidad de Lima, 1980; Nicolás Bratosevich, *Métodos de análisis literario aplicados a textos hispánicos*, Buenos Aires, Hachette, 1980; Emilio Bejel y Ramiro Fernández, *La subversión de la semiótica. Análisis estructural de textos hispánicos*, Gaithersburg, MD, Hispamérica, 1988.

fasis en teoría frente a literatura-ciencias sociales –planteado esto como si la primera fuera un modelo de pureza frente a la contaminación ideológica de la segunda– omitía que la teoría misma está historizada y condicionada por la transferencia de conocimientos de otras disciplinas igualmente inscriptas en sus respectivos procesos históricos.

Es importante recordar aquí que si bien el pensamiento de Barthes, Foucault, Derrida, Bakhtin y Lacan, entre otros, se desarrolló en Europa a lo largo de varios lustros y sobre la base de una sólida tradición filosófica, su traslado al hemisferio occidental se produjo casi en bloque. Esta casi simultaneidad hizo más difícil una asimilación paulatina de sus orígenes, múltiples sugerencias e implicaciones. En algunos casos su irrupción llevó a la adopción mecánica del instrumental; en otros, al cuestionamiento de la rigidez (no del rigor) analítica, al enriquecimiento conceptual y a la inscripción del debate local en una dimensión internacional. Los avatares de la posmodernidad en América Latina ponen en escena una dinámica similar.⁷⁴

Luego de varios años de adhesión programática a una de las variantes del estructuralismo, el debate avanzaría hacia expresiones derivadas de esta primera etapa.⁷⁵ Se explayaría por

⁷⁴ Ver, por ejemplo, las presentaciones y debates en torno a la posmodernidad latinoamericana en *Revista de crítica cultural*, dirigida desde Chile por Nelly Richard, autora, entre otros textos, del importante ensayo *La estratificación de los márgenes*, Santiago, Francisco Zegers, 1989.

⁷⁵ Las revistas especializadas *Dispositio* (University of Michigan), *Semiosis* (Universidad Veracruzana) y *Lexis* (Pontificia Universidad Católica del Perú) dan cuenta de algunas de estas líneas. Ver: MIGNOLO, W., “La teoría en el campo de los estudios literarios”, *Dispositio*, III, 7-8 (1978), pp. 145-56. También los ejemplos que ofrecen sus *Elementos para una teoría del texto literario*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1978 y *Teoría del texto e interpretación de textos*, México, UNAM, 1986. Cf. REISZ DE RIVAROLA, S., *Teoría literaria. Una propuesta*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1986; Raúl Dorra, *Hablar de literatura*, México, FCE, 1989; Lisa Block de Behar, *Una retórica del silencio: Funciones del lector y procedimientos de la lectura literaria*, México, Siglo XXI, 1984, y el seminario que organizó en Montevideo con la participación de Jacques Derrida, Emir Rodríguez Monegal, Haroldo de Campos, J. Hillis Miller y Geoffrey H. Hartman, publicado como *Diseminario. La deconstrucción, otro descubrimiento de América*, Montevideo, XYZ, 1987.

medio de introducciones semióticas y posestructuralistas –y en otra vertiente, si bien con una difusión sorprendentemente menor, por el cauce sicoanalítico– hasta alcanzar el abarcador modelo de la desconstrucción como acceso a una reflexión y a una constante reformulación sobre la capacidad misma de teorizar y producir conocimiento. En otras instancias adelantaría teorías sobre la producción cultural claramente arraigadas en un paradigma socio-histórico que conduciría, a su vez, a un renovado interés en problemas historiográficos. Dicho interés se puede constatar mediante proyectos que formulan nuevas historias de las literaturas americanas.

Toda historia de la literatura se enfrenta con múltiples dificultades al organizar criterios, diseño, periodización y los consiguientes recortes y exclusiones.⁷⁶ Si ello ya es un grave problema

⁷⁶ Para analizar estos y otros múltiples aspectos son singularmente enriquecedores los volúmenes coordinados por Ana Pizarro; reproducen los materiales presentados y discutidos durante dos reuniones organizadas para diseñar una historia de la literatura latinoamericana (Caracas 1982 y Campinas 1983). En *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* (México, El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar, 1987) se encuentran textos de Ana Pizarro, Mario Valdés, Franco Meregalli, Rafael Gutiérrez Girardot, Domingo Miliani, Antonio Cornejo Polar, Kenneth Ramchand, Jacques Leenhardt y Antonio Cándido. *La literatura latinoamericana como proceso* (Buenos Aires, CEDAL, 1985) presenta las opiniones de Cándido, Gutiérrez Girardot, José Luis Martínez, Miliani, Carlos Pacheco, Pizarro, Ángel Rama, Leenhardt, Beatriz Sarlo y Roberto Schwarz. Múltiples dificultades llevaron a que el proyecto de una historia, actualmente en prensa, recogiera en tres volúmenes múltiples aportes y estudios puntuales que ya señalan su futura organización. Otro esfuerzo integrador para realizar una historia social de la literatura latinoamericana había sido impulsado por Alejandro Losada (1936-1985). Ver su bibliografía comentada por José Morales Saravia, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XI, 24 (1986), pp. 209-42. También, Tania Franco Carvalhal, coord., *1o. Seminário Latino-Americano de Literatura Comparada*, 2 vols., Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 1987.

Para un análisis de las historias de la literatura de Enrique Anderson Imbert (1961), Luis Leal (1971) y Cedomil Goić (1980), ver GALLO, M., “Historiografía e historias de la literatura hispanoamericanas”, *Filología*, XXII, 2 (1987), pp. 55-73. En ese mismo número Ana María Zubieta analiza en “La historia de la literatura. Dos historias diferentes”, la *Historia de la Literatura Argentina*, de Ricardo Rojas, y *Literatura argentina y*

en la preparación de una historia nacional, enfrentarse con la producción literaria de toda América Latina lo es aún más pues implica partir de una conformación étnica y social disímil, de desarrollos históricos que no responden a un mismo cronograma, de expresiones culturales que laten al ritmo de sus propias exigencias. Como lo señala Susana Zanetti, a estos factores se suma la igualmente asincronizada recepción de la producción cultural, tanto extranjera como americana, en la región, “produciéndose así una simultaneidad impensable en literaturas con una tradición consolidada” que complica “el desarrollo lineal de la historia literaria latinoamericana”.⁷⁷ Otro aspecto que ha sido y deberá ser considerado en todo planteo de envergadura incluye el hecho que la redacción misma de una historia presupone establecer una continuidad en el tiempo. Primer problema, entonces, ya que aún una primera revisión de las letras americanas señala un régimen de rupturas, de discontinuidades, de la ubicación en espacios contiguos de diversos estadios históricos que se enuncian en lenguas diferentes y se articulan como culturas diferentes. Más que hacer *una* historia, entonces, el fenómeno mismo del objeto a ser historiado se proyecta como una superposición, como un ensamblaje de series literarias y de versiones que en algunos momentos se rozan e integran (o no) a un mismo plano. Si en efecto resulta imposible obtener una totalidad, es evidente que se impone una selección –y, por lo tanto, una

realidad política. De Sarmiento a Cortázar, de David Viñas (pp. 191-213). Rafael Gutiérrez Girardot puntualizó aspectos cruciales que hacen a una historia social de la literatura en una serie de conferencias publicadas como *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*, Bogotá, Cave Canem, 1989.

⁷⁷ Zanetti advierte, además, que “Muchas veces el esfuerzo por articular cortes sincrónicos totalizadores, a partir casi siempre de la escritura de las obras, ha descuidado la necesaria consideración de la recepción y lectura también desde esa perspectiva global; o bien la aplicación de esquemas generacionales se desbarata ante el ritmo diverso de las distintas literaturas nacionales y de las diversas áreas y centros. Una perspectiva más rica pareciera residir en la investigación de los sistemas que se van tejiendo, justamente, desde esos ritmos diversos y atendiendo a ejes claves”. “La lectura en la literatura latinoamericana. Algunas consideraciones”, *Filología*, XXII, 2 (1987), p. 189.

omisión– que en sí reproducirá un sistema de valores y la ideología de quien selecciona los segmentos que urdirán esa historia. De modo que quien elige se inserta como participante activo en el mapa que diseña –¿variante del lector cómplice que interpreta y así configura su propia página?⁷⁸ El texto elegido, como el que aparece en una muestra antológica, es legitimado en su representación.

En este sentido es útil acotar que entre los componentes que definen la producción textual, y precisamente para la revisión actualizada del canon, es un factor crucial la relación ‘literatura-público lector’ en tanto inscribe a la literatura en la historia. Así como todo texto re-produce en la abundancia intertextual, y desde la infinita concatenación de palimpsestos culturales, aquello que ya ha sido enunciado, desde su lugar el lector resemantiza todo texto a su propia imagen. No es casual que el ya aludido ‘lector cómplice’ se haya transformado en un estatuto básico de la literatura concebida en términos pragmáticos como relación dinámica y fluida entre todos sus elementos constitutivos. De este modo se da como alternativa a las propuestas que remiten exclusivamente a la ‘esencia’ del texto y supera, a la vez, lecturas circunscriptas a ‘lo literario’ frente a los más amplios registros que exige toda historia de la literatura y toda comprensión del texto literario en su esfera de producción.

En casos extremos, la tecnocracia crítica llegó a contemplar una cuestionable fidelidad a sus propias fronteras; no la atravesaba un compromiso con ‘el decir’ del texto, tampoco el

⁷⁸ Cf.: “Entre dos espacios, con procedimientos diferentes y propósitos semejantes, el autor, el lector, el traductor, el estudioso, detiene el discurso, combina textos, repite fragmentos que coinciden y hacen juego: con cada trazo descubre el sentido de una comunicación intersticial, procurando salvar en el espacio abierto entre palabras, los trozos dispersos, la inadecuación entre las cosas y las palabras que también son cosas. Por medio de su interpretación, cada uno intenta una crítica de *reparación*: cumpliendo con un gesto múltiple, *repara*: observa u compone, dispuesto a aclarar una voz por otra, un texto por otro, una lengua por otra, restituye, en cada caso, partes de un conocimiento anterior al que otra vez accede”. Lisa Block de Behar, *Dos medios entre dos medios (Sobre la representación y sus dualidades)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1990, p. 12.

fervor de las negaciones o alejamientos de los cauces que ella misma eligió. No propongo frente a esta postura la exaltación adjetivada de otros tiempos como sustituto a la reflexión y al análisis; sí abogo por una crítica que perciba su práctica como una actividad vital. Interrogo, además, el sentido de las críticas acotadas, de aquéllas que mutilan su actividad y la marginan de los elementos que conforman la producción textual. Evidentemente, estas consideraciones afectan al campo de la crítica literaria en general y no están circunscriptas sólo al campo latinoamericano. Sin embargo, en este caso específico y por una serie de factores que veremos más adelante, su efecto tiene repercusiones particularmente sensibles.

La preocupación por el estado de la crítica de la literatura latinoamericana y su funcionamiento dentro del mundo académico estadounidense no es reciente; ya a fines de 1969 rigió las discusiones de una mesa redonda reunida en la Universidad de Texas que convocó a once profesores inscriptos en las diversas manifestaciones de la “crítica formalista” y la “crítica sociológica”.⁷⁹ Las discrepancias abundaron en torno a la función política y a la relación dialéctica de la literatura con la sociedad, a la utilización de la literatura como “arma de combate” y a la nece-

⁷⁹ Joseph Sommers, coord., “Research in Latin American Literature: The State of the Art (A Round Table)”, *Latin American Research Review*, VI, 2 (1971), pp. 85-124. La reunión fue patrocinada por el Joint Committee on Latin American Studies (SSRC-ACLS): “An effort was made to invite men [!] with different backgrounds, whether academic or personal, representing varied critical persuasions about literature” (p. 85). Participaron Fernando Alegría, José Juan Arrom, Carlos Blanco Aguinaga, Frank Dauster, Fred Ellison, Ricardo Gullón, Juan Loveluck, Seymour Menton, Allen Phillips, Ivan A. Schulman y Joseph Sommers. La reunión propuso dos planes referidos a la crítica literaria y aprobó dos resoluciones, una en inglés, para que fuera publicada en EE.UU., que abogaba por una mayor atención a grupos minoritarios y por la formación de programas de estudios chicanos, y otra en castellano dirigida al presidente de México, que protestaba “por la ignominiosa persecución política de que son víctimas profesores, escritores y estudiantes en varios países de América”; declaraba la voluntad expresa de ayudar a las víctimas de estos atropellos, y exigía la libertad de José Revueltas (pp. 122-23).

sidad de superar rápidamente la moda impuesta por la entonces nueva narrativa hispanoamericana –Ricardo Gullón propuso en dicha ocasión que el “grupo recomendase una *moratoria* sobre novela y poesía recientes” (p. 105). Por su parte, Carlos Blanco Aguinaga insistió en esa ocasión que

(...) si se trata de ir a la busca de una teoría de la literatura... me parece que lo primero que hay que tener en cuenta es qué está pasando en la sociedad. Sólo si atendemos a eso podemos ir descubriendo cómo debemos hacer la crítica literaria, aunque sea como hipótesis, no como dogma (p. 87).

Y subrayó: “cultura sí, pero cultura-historia” (p. 96), porque “cualquier texto importante de una cultura nos provoca las preguntas que no podemos contestar sin el conocimiento de esa cultura” (p. 120). Las opciones críticas que se deslindan de estas declaraciones se mantendrían constantes a lo largo de todos estos años, como lo demuestran los índices de publicaciones periódicas y la gradual polarización de estas prácticas en circuitos generalmente cerrados.⁸⁰

Una muestra de este proceso se verifica no sólo mediante la selección de textos que representan perfiles ideológicos claramente definidos, sino también por el hecho de que en el mundo académico existen enclaves en los cuales la teoría ha reducido o sustituido el análisis integral de la literatura. En tal ámbito, leer un conjunto ya preparado de teoría y crítica y optar por alguna(s) de sus manifestaciones, equivale a obtener una cédula de identidad que faculta al lector para interpretar las letras. Este reconocimiento restringido equivale, asimismo, a encasillarse en una pertenencia reductora y, hasta cierto punto, a obviar la búsqueda a la que incita toda eficaz página literaria. En casos extremos, el aprendizaje teórico de cualquier signo, así como la reiteración de fórmulas que aún se pretenden universales rige, condiciona y ajusta la elección, descripción e interpretación de

⁸⁰ Un debate posterior en el contexto estadounidense no-latinoamericano, en *Critical Inquiry*, IX, 1 (1989), número dedicado a “The Politics of Interpretation”.

los textos a las presuntas necesidades de tal o cual franja teórica. Ello implica que a cambio de un orden pre-fijado, de una experiencia ya digerida, se renuncia precisamente a una de las expresiones fundamentales de toda literatura perdurable: la incitación al viaje, la recuperación de dimensiones ignoradas y la construcción de un nuevo imaginario.

Tener acceso a la escritura ha sido (lo sigue siendo en zonas aún relegadas al analfabetismo) un privilegio y un acto de poder. Tanto la posesión de la tierra como la misiva amorosa pasan por el escriba que consigna datos, interpreta deseos y traduce aspiraciones (estas últimas son algunas de las funciones de los poetas que aparecen en las novelas de Arguedas y Vargas Llosa, por ejemplo). Ser propietario de la palabra ha sido poseer (y restringir) las claves de paso hacia todos los tiempos. Esto evoca la franja que opta por una codificación gratuita en vez de utilizar una lengua compartida y expulsar al resto de la comunidad interpretativa fuera de los límites asignados a la crítica, a la teoría y, por ende, a la literatura.

La crítica elevada a sacerdocio, y entendida en su función mediadora entre el lector/feligrés y 'la verdad', ha conducido a una exaltación que equipara crítica con literatura. Ello implica que sus prácticas en nada difieren pues 'autor' y 'crítico' aparecen montados sobre un mismo texto original y primario en el infinito palimpsesto de las letras. Una vez asimilada la autonomía literaria, al magnificar el poder de la escritura, se proclama a la vez la autonomía de la crítica. Más aún, se elogia su primacía adjudicándole un lugar privilegiado en la constante competencia por la posesión del mundo que se cifra en los textos. Al margen de las singulares páginas de Borges, abundan ejemplos que señalan la mutua alimentación entre literatura y crítica, tanto intertextualizada como desglosada en volúmenes paralelos que, sin inocencia alguna, se proponen como guía mínima para reciénllegados y perplejos.⁸¹ En este contexto

⁸¹ Otros casos, además de los ejemplos ya citados de Fuentes, en las lecturas propuestas por Vargas Llosa en *La orgía perpetua: Flaubert y*

cabe recordar que los autores reconocidos por ambas prácticas apuestan a su obra narrativa y no a su crítica como pasaporte a la memoria y a los premios consagratorios. Por otro lado, no es ocioso mencionar que es la crítica como conocimiento relativamente emancipado del campo cultural la que dispone el diseño histórico de esa memoria.

Literatura y crítica –para el caso hispanoamericano del período que nos ocupa, particularmente “nueva narrativa” y crítica– se articulan en un diálogo montado sobre el éxito de la primera y las expresiones plurales de la segunda, entre cuyas tareas se cuenta la articulación global de los textos. Más allá de otros factores, la dimensión fundamental de la crítica vista como proceso histórico y en sus múltiples y variadas acepciones e interpretaciones, es ofrecer un mapa de las letras. A través de ellas se verán (o no) las condiciones de producción y la materialidad, el espacio real denotado por el reordenamiento y el juego de las cifras que conforman el imaginario latinoamericano.

Los encasillamientos se han vuelto menos rígidos a medida que se ha ido obteniendo el reconocimiento de las grandes metrópolis culturales de occidente. Si al comienzo –particularmente fuera de América Latina– el referente obligatorio fueron los autores del *boom*, actualmente éstos permanecen como garantía del éxito para facilitar la incorporación, ya sin requisitos previos, de autores más jóvenes. Del exotismo y la novedad como claves de paso durante las primeras décadas de

Madame Bovary (Barcelona, Seix Barral, 1975) y en los ensayos recogidos en su *Entre Sartre y Camus* (Río Piedras, Huracán, 1981), además de esa otra función de apoyo que ejemplifica doctoralmente su *Gabriel García Márquez: Historia de un deicidio* (Barcelona, Barral, 1971). Cf. las reflexiones que habitan a los personajes de *Rayuela*, o las interpretaciones que surgen de los planteos de *Respiración artificial* de Ricardo Piglia (Buenos Aires, Pomaire, 1980), de su “Homenaje a Roberto Arlt”, incluido en *Prisión perpetua* (Buenos Aires, Sudamericana, 1988, pp. 135-85), y de la reflexión crítica que Piglia elabora a través de múltiples entrevistas; por ejemplo, las reunidas bajo *Crítica y ficción* (Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral-Cuadernos de Extensión Universitaria, 1986; edición ampliada posteriormente y publicada en Buenos Aires, Siglo Veinte, 1990).

este siglo –es decir, de la extranjería tolerada– se ha pasado a la incorporación plena de la literatura latinoamericana a los foros internacionales. Tal consagración ha repercutido dentro de la región al otorgarle una cohesión continental y al promover un orgullo compartido. También, y quizá a largo plazo esto sea de mayor importancia, la producción contemporánea ha sido adoptada en los países de América Latina como una extensión de las aún obligadas concentraciones en las respectivas literaturas nacionales. Si recordamos lo propuesto por Borges en “Sobre los clásicos”,⁸² y la fuerza de los nacionalismos, es comprensible que cada país mitifique algunos de sus textos y promueva la exaltación de páginas que ofrecen una máxima adecuación a los requerimientos ideológicos de sus dirigentes. Con el correr de los años, las obras que sobreviven el olvido o el abandono de sus lectores han ido adquiriendo esa aureola de *corpus* fundamental que cada pueblo percibe como si, en efecto, en sus letras estuvieran cifrados sus orígenes y ansias de futuro. También, como si ninguna otra versión fuera posible.

La revisión del canon

El canon es tranquilidad, es garantía de solvencia y seguridad, de esa firmeza propia de los vencedores que redactan su versión de la historia. Es saber que hay un ‘adentro’ y un ‘afuera’ ya estructurados. Como lo indican sus ecos teológicos, la noción misma del canon está íntimamente ligada a un acto de fe. Responder al dictamen del canon es sentir el respaldo de una versión autorizada de la historia. Someterse al canon es, asimismo, no arriesgarse a la duda y al error; es no incurrir en transgresiones. Lo heredado es ley y la ley existe para ser obedecida.

⁸² “Clásico no es un libro (lo repito) que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad”. “Sobre los clásicos”, *Nueva antología personal*, Buenos Aires, Emecé, 1971, p. 305.

Cuestionar el canon presupone interrogar las premisas sobre las cuales ha sido montada esa misma versión; es resistir su embate. A partir de esta actividad inicial se deriva que sus componentes no son infalibles y que el transcurso mismo de la historia exige su recomposición. Es evidente, entonces, que ni 'texto' ni 'lector' son categorías inmutables. Por lo tanto, tampoco lo es la actividad interpretativa que debe su origen precisamente a las diversas relaciones que se establecen entre estas categorías. Si bien todo canon responde a condiciones históricas y culturales muy precisas, con lo cual también corporiza su eventual transformación y reemplazo, un sector de la literatura se mantendrá constante por responder al poder de una tradición y a la constancia de una perdurable, si bien cuestionada, concepción estética. Otro sector, instalado provisoriamente en un terreno más poroso para las exclusiones y los agregados, será sometido a un cuidadoso escrutinio. En este campo de batalla se jugará la relativización ideológica de las tradiciones literarias. Allí caerán algunos ídolos y en su lugar serán erigidas las fuerzas alternativas que apostarán a su capacidad anticipatoria y a su propia perduración. Actualmente –y de modo análogo a otros tiempos que quizá hayan sido menos vociferantes– nos encontramos en esta etapa.

Se insiste cada vez más en la necesidad de revisar y ampliar el canon para dar cuenta de nuevas voces y para incorporar a los que han sido marginados por una visión privilegiada de la literatura. Se cuestionan presencias, ausencias, límites y definiciones; no se cuestionan, sin embargo, los valores relativos, o 'El valor', ni tampoco la institución misma de la literatura. El debate sobre el canon habla de sus alcances, con lo cual también ensalza la existencia formal de su objeto de estudio. Se habla de flexibilidad y corrección; jamás de la destrucción de aquello que anima el debate, del objeto que justifica y alimenta su privilegio.

Si bien las batallas del canon cundieron con modalidades propias por toda la región, en EE.UU. se centraron especial-

mente en torno a los programas didácticos haciéndose eco de diversas políticas culturales. Por supuesto, ni los términos del debate ni sus consecuencias pudieron estar al margen de América Latina ni a la visión de mundo que se extrae y proyecta sobre la región. Algo análogo se da en las discusiones sobre los estudios culturales al ser propuestos como alternativa multidisciplinaria a la ajenidad de una teorización ejercida en el vacío si bien con claros propósitos de apropiación. Al margen de los factores sociales y políticos que impulsan su actividad –resultado de cambios demográficos y del acceso a la ‘zona de combate’ de sectores e interrogantes previamente marginados o soslayados– cabe preguntar si esta tarea no responde, siquiera en parte, al status que la crítica ha asumido como intérprete autorizado de la literatura. Por extensión, cabría indagar, además, la función que desempeña el área de las humanidades en el diseño definitorio de una cultura nacional; área que por un lado se perfila como respaldo de una concepción ideológica singular y, por otro, como refractaria a todo intento por suprimir la pluralidad. En un contexto que reniega de la pureza aislada del acto crítico, el hecho de tomar conciencia y de hacerse cargo de las dimensiones de esta actividad altera las dimensiones de toda lectura. Un corolario inevitable de esta responsabilidad parecería conducir al crítico poroso a estos dominios a expandir su función hacia un análisis cultural, de modo que el segmento relativamente restringido del análisis literario se proyectará hacia una historia cultural y desde allí hacia la historia intelectual. Esto se puede constatar, por ejemplo, en las prácticas americanistas desarrolladas por Ángel Rama y Antonio Cándido.⁸³

Postular la revisión periódica del canon puede sustentar una propuesta más amplia. Si el canon representa una versión exclusiva y elitista de la literatura, lo cual implica una escala

⁸³ Desde la historia y apuntando hacia una singular competencia integradora, se imponen los múltiples aportes de Tulio Halperín Donghi y de Richard M. Morse.

de privilegios sociales y estéticos, la incorporación al *corpus* literario de materiales menos prestigiados constituye en sí una democratización de la práctica crítica.⁸⁴ Es útil tener en cuenta, sin embargo, que adoptar el impacto público de un texto como medida de valor literario (“valor” que responde a fluctuaciones ideológicas), involucra criterios políticos de persuasión y sometimiento a las presiones de mercadeo del libro en tanto material de consumo. La politización de esta actividad puede conducir a la crítica a idealizar, a exaltar, y aún a santificar a la literatura que emana del marginado o del oprimido. Como resultado de un respetable deseo por enmendar las lamentables ausencias del pasado, a veces se ha vuelto necesario enfrentar presencias no menos lamentables. Cuando por la vía solidaria se le asignan a textos con los que uno simpatiza virtudes especiales, o una condescendencia sentimental que, dicho sea de paso, es de una profunda raigambre paternalista, se crean categorías de segundo orden que distorsionan toda posibilidad de analizarlos como parte de un solo estamento literario. Cuando se adopta esta actitud se afirma que sólo mediante categorías especiales tendrán cabida textos que de todos modos deberían ser incorporados al canon literario. Si por un lado se podrá argüir que este mismo enunciado emana de un deslinde previo entre “alta literatura” y aquella que no es tal, deberá considerarse que desde el otro punto de vista se incurre precisamente en lo que debe ser evitado: un renovado ejercicio de poder que es lo que en última instancia determina relaciones de opresión, marginación y exclusión.

⁸⁴ Ver WATKINS, E., *The Critical Act: Criticism and Community*, New Haven, CT, Yale University Press, 1978; “The Politics of Literary Criticism”, *boundary 2*, 8 (1979), pp. 31-8; “Conflict and Consensus in the History of Recent Criticism”, *New Literary History*, 12 (1980-81), pp. 345-65. Como indica Watkins, esta noción parte de Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 1977, pp. 49-53 y 154. Ver también: ADAMS, H., “Canons: Literary Criteria/Power Criteria”, *Critical Inquiry*, 14 (1988), pp. 748-64; HERRNSTEIN SMITH, B., “Contingencies of Value”, *Critical Inquiry*, X, no. 1 (1983), pp. 1-35 (número especial dedicado a “Canons”).

Elastizar el canon es aceptar que éste no es inmutable y que responde al mismo entretejido histórico que mediatizan las obras literarias. Si inicialmente sólo cabían bajo su cobertura oficial las manifestaciones de una elite (masculina, blanca, europeizante) que se manejaba con comodidad con géneros largamente establecidos, su ampliación ahora también abarca al testimonio. Su incorporación –impuesta contra la resistencia, siquiera inicial, de sus propios practicantes a transformarlos en literatura– hace más maleable la definición de un *corpus*. Por ello, la “literatura testimonio” también se perfila como uno de los segmentos fundamentales para la revisión del canon literario.⁸⁵ Frente a los altos grados de experimentación practicados durante las últimas décadas, la literatura testimonio apuesta a la transparencia del lenguaje y a una mínima mediatización narrativa para ceder paso a los sectores marginados o ignorados por el canon literario. La politización de estos textos, sus orígenes en zonas de conflicto, sea éste la violencia del en-

⁸⁵ Ver JARA, R., y VIDAL, H., comps., *Testimonio y literatura*, Minneapolis, MN, Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986 (incluye el texto sumamente revelador de Miguel Barnet, “La novela testimonio. Socio-literatura”, pp. 12-42); RIVERO, E., “Acerca del género ‘testimonio’: Textos, narradores y ‘artefactos’”, *Hispanamérica*, XVI, 46-47 (1987), pp. 41-56; BEVERLEY, J., “Anatomía del testimonio”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XIII, 25 (1987), pp. 7-16; PRADA OROPEZA, R., “Constitución y configuración del sujeto en el discurso-testimonio”, *Casa de las Américas*, XXX, 180 (1990), pp. 29-44.

Unos ejemplos clásicos de esta vertiente: Rodolfo Walsh (1927-1977), Miguel Barnet (1940) y Elena Poniatowska (1932). La amplitud de este ejercicio literario se registra, por ejemplo, en la incorporación de textos montados a partir de las declaraciones de Domitila Barrios de Chungara en la versión editada por Moemma Viezzer, *Si me permiten hablar. Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, México, Siglo XXI, 1977, o de Rigoberta Menchú a través de Elisabeth Burgos Debray, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Barcelona, Argos Vergara, 1983. No es casual que las “marginadas” sólo puedan proyectar su voz hacia el exterior gracias a otras voces y que su enunciado se dé mediante el género testimonio –acceso, éste, que también entronca con análisis formulados desde la crítica feminista.

El crecimiento y *utilidad* de esta manifestación literaria llevó a Casa de las Américas a establecer (y de este modo también a promover) la categoría “testimonio” como género diferenciado para sus concursos.

frentamiento militar o el no menos dramático de la represión institucionalizada en jerarquías clasistas, es evidente tanto en su formulación narrativa como en el circuito específico que recorren sus mejores ejemplos. Estas mismas características, que tácita y explícitamente se ofrecen como alternativa a los géneros literarios más formales, han servido, o bien para excluir a la literatura testimonio de los claustros en que sólo se privilegia el enunciado de la alta literatura, o bien para incorporarla bajo estatutos estéticos ampliamente reconocidos. Como ya lo señaláramos para el caso de Puig, estas maniobras discursivas permiten la aceptación de 'elementos desviacionistas'.⁸⁶

La revisión del canon también abarca a las literaturas orales. Cuando el culto de la oralidad se equipara al poder escriturario entran en juego nuevos cuestionamientos del canon, así como de las relaciones de poder entre letrados y aquellos que no han tenido acceso a la escritura, que han optado por preservar sus culturas orales o que inicialmente fueron forzados a enfrentarse a su propio mundo y al de sus conquistadores con un instrumental que les era ajeno.⁸⁷ Este examen impone

⁸⁶ Dice Hugo Achugar: "Los aparatos ideológico-culturales en que se produce el discurso testimonial presuponen el rompimiento con la noción de la autonomía del arte propio de la burguesía. Precisamente, el destino histórico del discurso testimonial latinoamericano sufre en estos momentos de finales de la década del ochenta de una suerte peculiar. Por un lado ha logrado unir arte y vida, y, por el otro, el museo y la academia proceden a su absorción en el espacio letrado del canon. El estrato letrado latinoamericano –tomado como una totalidad homogénea– que recibe el discurso testimonial parecería operar de modo esquizofrénico: por un lado, aspira a recibirlo como una praxis sociopolítica debilitando su funcionamiento estético y, por el otro, lo asimila a una tradición artística". "Notas sobre el discurso testimonial latinoamericano", en *La historia en la literatura iberoamericana*; XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Hanover, NH, Ediciones del Norte, 1989, p. 288.

⁸⁷ Como ya lo indicara en otro momento, Roa Bastos y Arguedas son casos paradigmáticos. Cf. ARGUEDAS, J., "La soledad cósmica en la poesía quechua", *Casa de las Américas*, II, nos. 15-16 (1962-1963), pp. 15-25, "La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú", en *Yawar Fiesta*, Santiago, Editorial Universitaria, 1973, y el ya citado *Señores e indios. Acerca de la cultura quechua*. Sobre el impacto que ha tenido en Arguedas, Regina Harrison, "José María Arguedas: El substrato quechua",

consideraciones sobre las determinaciones de toda expresión lingüística, de etnia, clase y género –tarea que ha sido emprendida asiduamente por antropólogos y lingüistas y que, como lo ha demostrado Cornejo Polar para el indigenismo, por su confluencia también define a las literaturas heterogéneas.⁸⁸ Resulta evidente, además, que al plantear manifestaciones que no se circunscriben sólo a lo escriturario, se reformula el sistema literario y se replantea el mundo que denota, lo cual indudablemente repercutirá en futuras miradas críticas sobre las series literarias.

Al llevar a cabo este ejercicio también conviene plantear en qué consiste la gama relativamente amplia de la actividad crítica. Ello se hace aún más necesario si recordamos que su prontuario incluye algunos debates sobre el dominio de la crítica que se llevaron a cabo con la ferocidad propia de batallas campales. Sin ánimo prescriptivo, considero que pasada la primera instancia de la descripción, ‘hacer crítica’ es interrogar incesantemente y seguir preguntando en el recodo de todas las respuestas; es urdir textos que dialogan con otros textos, conscientes de la pugna ideológica y retórica que se desplaza por la página, de las afinidades y gustos que condicionan nuestra propia práctica y toda pretensión de objetividad; es estar consciente de las transformaciones a las que está sometida la propia crítica en el instante mismo en que se pasa de la investigación a la escritura. Hacer crítica es marcar y luego unir los puntos que trazan el mapa de una poblada geografía; es redimensionar y coordinar los segmentos de la institución literaria para constituir ‘el obje-

Revista iberoamericana, XLIX, 122 (1983), pp. 111-32; John V. Murra, “José María Arguedas: Dos imágenes”, *Revista iberoamericana*, XLIX, 122 (1983), pp. 43-54; Martin Lienhard, “Tradición oral y novela: Los ‘zorros’ en la última novela de José María Arguedas”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, III, 6 (1977), pp. 81-92, y su *Cultura popular andina y forma novelesca: Zorros y danzantes en la última novela de Arguedas*, Lima, Latinoamericana, 1981; William Rowe, “Arguedas: El narrador y el antropólogo frente al lenguaje”, *Revista iberoamericana*, XLIX, 122 (1983), pp. 97-109.

De Augusto Roa Bastos, ver “Una cultura oral”, *Hispanérica*, XVI, 46-47 (1985), pp. 85-112, y su ya citada compilación, *Las culturas condenadas*.

⁸⁸ Antonio Cornejo Polar, “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: Su doble estatuto sociocultural”, en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1982, pp. 67-85.

to'; es recomponer una versión actualizada (hija de nuestros días) de la historia a partir de las que nos han sido legadas. Es hacer uso de la palabra y revertir ese uso a través de los textos sobre la misma comunidad que le adjudica sentido a la palabra y a su uso.

La diversidad de las lecturas críticas radica en que no todos los puntos coinciden (ni todos ellos afloran) para todo cartógrafo, y es así que la crítica adopta ese aire de contagiosa ficcionalidad ante el objeto de sus ansiedades. Frente a lo cual también se debe preguntar si en última instancia el ejercicio crítico no es un sistema de vindicaciones. Pienso, obviamente, en los términos con que Borges interrogó a la Cábala, al falso Basíldes o a Bouvard y Pécuchet.⁸⁹ La existencia misma de la “vindicación” presupone que nada puede ser casual o arbitrario y que sospecharlo sólo puede responder a que su función o su sentido nos han sido ocultados o vedados. En tal caso se debe aceptar la ineludible versión final de cada página para entonces hurgar sus recónditas motivaciones y justificaciones con la entonación propia de cada uno de nuestros tiempos. Esta actitud presupone, a la vez, una medida en el uso de palabras que no siempre responden a una sola economía, como se puede ver al confrontar a Borges con textos de Asturias o Carpentier. Si, en efecto, el mundo está cifrado en el texto, es tarea crítica descifrarlo para luego re-organizarlo según el orden que se estima apropiado en un discurso diferente al inicial. Leer críticamente es interpretar códigos y sabemos que interpretar ha sido siempre tarea de desciframiento y montaje, de dilucidación y recomposición.

La crítica funciona asimismo como planteo analítico e interpretativo del mundo literario, como juicio valorativo y también, según Noé Jitrik, como “pensamiento estructurado”.⁹⁰

⁸⁹ “Una vindicación de la cábala”, “Una vindicación del falso Basíldes” y “Vindicación de Bouvard et Pécuchet”, en *Discusión*, Buenos Aires, Emecé, 1957.

⁹⁰ JITRIK, N., *Producción literaria y producción social*, Buenos Aires, Sudamericana, 1975, p. 49.

Otra de sus funciones –ya indicada– consiste en ampliar las tramas discursivas para articular, siempre a partir del análisis literario, la recomposición de una historia intelectual. A una mayor apertura en su radio de acción, corresponderá una esfera de interés más amplia. Se puede suponer, entonces, que esta crítica logrará salir del clima enrarecido que produce el dirigirse a sí misma –para algunos el máximo radio de influencia al que debe aspirar– para ejercer la función social que le compete también fuera del espacio académico. Estas decisiones se traducen en opciones muy claras entre la transparencia o la opacidad del discurso crítico; entre el ejercicio de una función intelectual orientadora –que se pronunciaría en contra de una reducción de lo específicamente local a un patrón de análisis universal–, y la resistencia a toda actividad que implique un mayor contacto con la esfera pública. Si bien el debate sobre los enunciados, objetivos y verdades de la crítica puede producir un máximo grado de placer para los contrincantes, pienso que éste no debe circunscribirse a esa esfera interna, sino que debe derivar en un ‘test de eficacia’ que sólo es verificable al acceder a la circulación social. Un elemento adicional: es precisamente al pasar a esa dimensión que el texto empieza a ejercer su función didáctica entre un público no especializado –público que a mediano y largo plazo también se verá afectado por una revisión de lo que constituye su tradición literaria.

Ya se han extendido los límites propios de la función más estricta de la crítica literaria al incorporar al canon la cultura popular –tiras cómicas, radioteatros y teleteatros, cine y televisión– y al considerar expresiones artesanales como áreas de interés inmediato.⁹¹ Este mismo proceso problematiza aún

⁹¹ A las excelentes contribuciones de Néstor García Canclini en esta área –*Arte popular y sociedad en América Latina*, México, Grijalbo, 1977– hay que agregar su *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990. Una buena muestra de las múltiples expresiones de la cultura popular se encuentra en el anuario *Journal of Latin American Popular Culture*. Ver también el lúcido estudio de William Rowe y Vivian Schelling, *Memory and Modernity. Popular Culture in Latin America*, Londres, Verso, 1991.

más la definición de criterios estéticos como ordenadores de un canon. Si todo es literatura, si todo debe ser incorporado al canon, éste deja de existir. Decir “canon” es invocar privilegio, selección y encumbramiento, rigor (eclesiástico, por cierto), y marcar, asimismo, una autoridad –colegiada en este caso– que fija criterios de exclusión. En esta dinámica son justamente los excluidos quienes se proponen como la etapa siguiente, como alternativa al predominio de una estética privilegiada.

Cabe agregar, entonces, que si por un lado la elastización del canon responde al cuestionamiento de una estética, por otro también le provee a la crítica un campo de actividades más amplio que el circunscripto a la alta literatura. Es decir que se producen simultáneamente la impugnación de versiones elitistas y la creación de nuevas y renovables fuentes de trabajo.⁹² Porque tal actividad conlleva el análisis de una vasta matriz cultural, esta crítica se ve habilitada para proclamar una mayor ‘democratización’ de su campo y, a la vez, extender su autoridad a otras zonas de producción cultural. En este sentido no sería desmesurado (pero quizá sí irónico) concebir la demanda de una excesiva especialización, con la consiguiente atomización de los estudios literarios en detrimento de planteos más orgánicos, no sólo como una problemática del saber sino también como una herramienta más de esta expansión.

Como lo sugiriera anteriormente, el debate teórico también arroja veleidades de omnipotencia que se reciclan desde una esfera más íntima. Cuando el crítico se abandera como la voz interpretativa para un público del que se distancia mediante una jerga especiosa, se adscribe a una distorsionada visión romántica que arroja sobre él la capacidad de transformar mundos a través de la palabra. Así se pasa del poeta como pequeño dios al pequeño sacerdote que, estando a su servicio, se aprovecha de

⁹² Raymond Williams desarrolla algunas de estas nociones en su *Marxism and Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 1977. Cf. sus entrevistas en *New Left Review* recogidas como WILLIAMS, R., *Politics and Letters*, Londres, Verso, 1979.

un campo disponible, frágil, y aún inocente, para construir su propia ínsula con ‘la teórica del poder’.

Los críticos que postulan una mistificación del texto –ya que no de la creación– parecerían sostener que así lo protegen de la penetración de las ciencias sociales, cuyos análisis tenderían a desmerecer el culto incondicional del valor estético o a cuestionar el poder absoluto con el que se pretende tomar posesión de la palabra. Por otro lado, particularmente cuando las teorías políticas se han enfrentado a una crisis vertiginosa, abogar contra posiciones dogmáticas y a favor de actitudes más tolerantes aparece como el legítimo correlato de un necesario pluralismo político, sin que eso implique renunciar al derecho personal a identificar una verdad, a optar por cierto punto de vista o a regirse por un sistema de valores determinado. En un ambiente propicio a las discusiones más amplias –es decir, allí donde el poder hegemónico es de tal magnitud que hasta su más acerba impugnación puede ser asimilada– se proponen la heterogeneidad (no el eclecticismo) y los interrogantes como signos permanentes de búsqueda, como una opción viable para dar cuenta del abanico de voces que se dan cita bajo las fluctuantes acepciones “literatura” / “escritura”. Insisto: esto no significa equiparar toda aproximación crítica ni reducir toda actividad a un mismo juicio de valor ni a una obligada función mediadora y conciliadora. Sí implica la posibilidad de ejercerlas para reflexionar y teorizar sobre y desde la literatura, para que sea factible plantear diversos grados de mostración y así ejercer una función didáctica con miras a una inserción en lo social.

Por ello es útil recordar periódicamente quiénes están (estamos) involucrados en esta tarea, desde qué espacio se pronuncian, cuál es su posicionalidad y a quiénes afectan; en última instancia, en nombre de qué (valga el principio de autoridad ya implícito en este enunciado), para qué y para quiénes se practica la crítica literaria. Dependiendo del espacio de producción y de los órganos de difusión, ésta puede responder a la necesidad de satisfacer requisitos profesionales; puede estar dirigida

a profesores y estudiantes de literatura y cultura latinoamericana, a un público que desea mantenerse informado, a quienes comparten un mismo espacio político y a interlocutores reales y virtuales; también puede estar diseñada para los encargados de formular planes educacionales y políticas culturales.

Cuando aún en el microcosmos académico, la crítica se erige en un núcleo privilegiado capaz de afectar de múltiples modos –entre ellos, el silencio– la constitución de valores estéticos, cuestionar tal privilegio también atañe a los valores que sustenta. Tanto el cuestionamiento y rechazo de valores y voceros, así como su relevo, se producen simultáneamente. Las vicisitudes sobre el dominio del canon no son ajenas a esta dinámica. El rechazo del corpus de las “grandes obras de la literatura nacional / universal” impugna normas heredadas y juicios estéticos que subyacen a la constitución del canon. Diluirlo o sustituirlo es ejercer una política que responde a la ideologización del campo literario, siendo éste un escenario más que simbólico de otras pugnas y enfrentamientos por el poder. Por ello la discusión sobre los criterios de selección (en sí un principio de autoridad) y sobre los textos que pueden (¿deben?) ser incluidos en un canon alternativo, se lleva a cabo en un campo minado.

Como ya lo he subrayado, tanto la formación como la revisión del canon constituyen actos políticos ya que ambos se desarrollan ejerciendo mecanismos de exclusión. Ello no es menos cierto cuando la revisión se efectúa sobre la base de la dispersión de todo centro unificador y consensual. Contemplado desde el proscenio del orden establecido, el cuestionamiento y la alteración del canon son actos subversivos en tanto atentan contra una estética consagrada por el “imperio de las generaciones”, el culto del “buen gusto” y un sistema de valores erigido en patrón universal. La existencia de cualquier orden se constituye sobre la base de restricciones y, por consiguiente, en tanto orden represivo. Al abogar por su transgresión, por un abrir la puerta para salir a jugar, o aún más, por echar abajo el marco de la ventana que organiza la mirada –el borde que

separa arte de realidad–, se declara en un gesto posestructuralista (¿y posmoderno?) que a partir de su liberación todo es igualmente válido. Y sin embargo no se aboga por la total erradicación del canon. Al operar en un marco institucional –que puede ser la universidad, como en otro orden la literatura– su eliminación permanece al margen de lo funcional.

Por otra parte, todo puede llegar a ser incluido en el canon si se plantea la co-existencia de pluralidades no jerarquizadas y se mantiene abierta la inscripción. Así se proyecta sobre esta empresa la clausura del concepto de ‘obra cerrada’ y se lo incorpora a la ilimitada expansión de la escritura. Orientada de otra manera, la disolución de los límites propone el igualmente perpetuo culto a la heterogeneidad, el enfrentamiento perenne con la noción de centro, de organicidad, de coherencia. El problema radica, en fin, en que la mera existencia del término ‘canon’ presupone una ordenación jerárquica. Para resolverlo, es decir, para eliminarlo, habría que pasar a la disolución de valor literario. Si además se acepta la constante expansión del campo de los estudios literarios, se llegará a la suspensión del uso restringido de ‘literatura’ para pasar, como propone Derrida, a la utilización de “escritura literaria” para designar toda escritura.

Al margen de todo sentido político propio de la discusión en torno al canon, resulta particularmente positiva la serie de interrogantes que aporta al debate sobre las teorías literarias que cuestionan la existencia de una tradición literaria, así como los conceptos con los cuales se ha constituido y organizado la crítica literaria en tanto disciplina. Para acercar estas reflexiones al territorio latinoamericano me permito acotar que, aparte de lo obtenido en el campo artístico y cultural, la marginalidad nos sigue definiendo frente a los países desarrollados. Como resultado de los coeficientes de pauperización y desarraigo, esta marginalidad también nos define cada vez más dentro de las fronteras americanas. Por otra parte, instalados dentro de estos límites, los interrogantes que nos interesan se basan en el (re)conocimiento de la diferencia, pues sólo al marcar lo di-

ferencial es posible preguntar sobre la definición y sentido de una cultura formada por múltiples aportes –cultura que, precisamente por su ubicación, se halla en un estado de dramática y constante fluidez. Tomar posesión del saber es apropiarse de los elementos constitutivos del ser y del yo en tanto ser social; es conocer límites propios y ajenos; es tomar conciencia de las relaciones de poder y, en la medida de lo posible, actuar sobre ellas transformándolas, subvirtiéndolas, mejorándolas.

Al trasladar este argumento a la discusión sobre el canon, se puede entender que la marginalidad hace posible un conocimiento raigal (y hasta adánico) de la literatura latinoamericana. Justamente porque se lee de modo diferente la obra del autor canonizado frente a la del no-canonizado, el hecho de incorporar al predio de la crítica a la literatura marginal –la manifestación que en términos generales aún sigue siendo la más distante dentro del circuito académico– amplía el espacio alternativo a la racionalidad ya canonizada. En este contexto, y porque el conocimiento que se puede obtener de las otras franjas literarias desde una ubicación hegemónica es reducido, el margen hace posible que se constituya un canon más generoso para responder al espacio desde el cual se enuncian sus textos y se dejan oír sus voces.

Cuando hablo de conocimiento y proyección evidentemente no abogo por un folklorismo abigarrado ni apunto a una pátina *for export*; aludo, más bien, al diseño interiorizado de las pulsiones que hacen eclosión en las letras. En lugar de invocar la integración de nuestros múltiples componentes en un solo bloque latinoamericano, que en última instancia exalta una señera hegemonía, propongo un distanciamiento estratégico para elaborar el balance de las discrepancias. Señalar la diversidad no es apuntalar la desintegración; es otro modo de leer la riqueza cultural americana y de plantear su unidad a partir del conocimiento y aceptación de las partes; es abrirse al mundo, a las voces que revitalizan lo propio al deslizar la marca de la extranjería. Creo que sólo mostrando las fisuras

de bloques falsamente homogéneos será posible comprender la pluralidad de prácticas discursivas que habitan diferentes áreas lingüístico-culturales y apreciar las distancias que median entre sus espacios simbólicos. Ello permitirá considerar los desafíos que la historia y la geografía humana le imponen a toda noción trasplantada e impuesta a nuestros antiguos suburbios latinoamericanos para entonces emprender la recomposición de nuestras perdurables y renovadas letras.

Otra apertura y coda

El diálogo que las mejores páginas de la crítica sostienen con la literatura demuestra que, al igual que ésta, también la crítica escribe su versión de la realidad inscribiéndose en ella. Cuando toma conciencia de la larga residencia de la tradición, la función crítica se enfrenta a una disyuntiva: puede optar por definirse en una relación de continuidad con legados históricos, o por una perenne marca de ruptura. En caso de optar por la convención de una ruptura total, se verá obligada a simular la novedad y el culto de la originalidad, puesto que siempre seremos los herederos de alguna tradición –aún de la que persiste en ambicionar los quiebres como rúbrica identitaria. Por ello, y al margen de otros factores que ya han sido señalados, quizá no debemos sorprendernos ante la abundante producción en torno a la literatura colonial y su estamento fundacional, ni ante el creciente interés por las vanguardias. Sabemos, por otra parte –particularmente a raíz de la demanda generada por los “Quinientos años del (des)encuentro de dos mundos”– que no toda búsqueda de los orígenes presupone una (re)construcción y que no todo cambio es ruptura y modernización. Conocemos, asimismo, los mecanismos de adaptación y apropiación que rigen las dinámicas culturales. Como críticos conscientes de nuestro quehacer, este conocimiento nos lleva a indagar los

alcances de nuestra práctica y, a la vez, a aprovechar la vigilia que induce todo cuestionamiento.

*

Al desarrollar los criterios que determinaron la selección de los textos que integran esta *Lectura crítica de la literatura americana* me propuse dos objetivos. El primero –si hubiera sido el único hubiera dado como resultado un índice mucho más acotado– era ofrecer una muestra de las diversas entonaciones que configuran el campo de la crítica en la segunda mitad del siglo XX. El segundo fue organizar los análisis que parcelaron los siglos y los textos para que estos tomos también puedan ser leídos como una historia literaria conjunta e ineludiblemente signada por estos tiempos; una versión, claro está, supeditada a múltiples aproximaciones, a inevitables recortes y ausencias. No ha sido mi intención proveer un solo punto de vista ni homogeneizar el estado de la crítica; tampoco, por consiguiente, privilegiar una versión única de las literaturas americanas. Al contrario, esta propuesta se fundamenta en el hecho de que poseemos un variado mosaico de aproximaciones críticas y que éstas, a su vez, generan versiones diferentes de las literaturas que estudian. Ello se nota en algunos vacíos inevitables y en cierta discontinuidad en el tránsito que va de un texto a otro. Los cortes que marcan la división en cuatro volúmenes, ha obedecido a razones de producción. Por eso mismo, y sin perder una esencial coherencia, los títulos de cada volumen esbozan el recorrido impuesto a cada uno de ellos por la relativa arbitrariedad de pliegos y pastas.

La vasta y compleja heterogeneidad americana me ha obligado a prescindir de la crítica producida sobre literatura brasileña –si bien he incluido textos de críticos brasileños– y sobre el Caribe no-hispano. Su incorporación, que desde todo punto de vista es deseable e imperiosa, hubiera aumentado sensiblemente el caudal de los materiales a ser incluidos en esta selección. Con estas importantes salvedades que indican una tarea pendiente, me permito enfatizar que he intentado reflejar

la definitoria heterogeneidad americana para que a partir de ella se deslinden sus múltiples versiones y sea posible obtener un registro múltiple de cómo la crítica, desde 1951 –fecha del texto más antiguo– hasta la fecha, ha leído e interpretado la literatura de esta región.

Es evidente que desde diferentes geografías cada época redacta su propia historia y organiza su propia cultura. Los textos que he convocado provienen de diferentes latitudes, se originan en posiciones ideológicas y teóricas diferentes, responden a diversos impulsos y motivaciones y, por lo tanto, producen una multiplicidad de versiones literarias. El índice de estos volúmenes marca, además, a veces por su misma ausencia, problemas en el circuito de producción y distribución de libros y revistas y, en alguna rara ocasión, la decisión de permanecer fuera de esta composición de lugar.

Forjar una tradición es formular una herencia o, cuanto menos, dejar constancia testimonial del paso del tiempo. Más allá de las condiciones fortuitas que conducen al estudio de autores o instancias específicas del amplio abanico que diseña la literatura americana, más allá del régimen de inclusión-exclusión, los textos que organizan esta lectura y que atendiendo a diferentes razones consideramos perdurables, participan de un grado de compromiso con la historia y los futuros al que no es ajena la empresa de la crítica literaria.

Son abundantes los espejos y miradores que pueblan la casa de las letras. Instalados en ella no podremos dejar de recordar otros momentos cuando, por ejemplo, el romanticismo hizo de la literatura un paradigma de libertad a la vez creador y disolvente; cuando desde el caos promovió las aventuras que abarcaban el deseo y la posibilidad de crear una nación. Ya estamos lejos (pero no alejados) de esos tiempos, pero no por ello hemos dejado de estar marcados por ese dejo de ilusión y utopía que con un dulce cosquilleo susurra que aún es posible participar, aunque más no sea que apenas, en ese saber que ya

es una toma de conciencia de nuestro espacio y de nuestro ser en tierras americanas.

En cuanto practicantes, los críticos participamos de una constante recomposición de sistemas de expresión. En días vertiginosos que se definen por la fracturación de los esquemas, en que se perciben ritmos pulsantes en expresiones de un arte que se quiere efímero, que se construye con materia visiblemente descartable para promover su rápida descomposición; en días en que alguna 'nueva sensibilidad posmoderna' puede llegar a apostar a una literatura sin causa, la revisión de la producción crítica de nuestros años ofrece un estado más pausado de la cuestión, un cierto balance frente a la rápida expansión y al veloz agotamiento de los términos de moda. Ojalá también responda a esa otra ambición colectiva de los cartógrafos: redimensionar límites, rastrear y trazar rumbos, incitar a una próxima salida.



Cábala, fantasía, ideología: apostillas diacríticas*

Toda búsqueda se inicia a partir de un sentido de carencia, de una vaga sospecha, o de la certidumbre, de que el estado de plenitud –en sus múltiples acepciones y manifestaciones– aún no ha sido alcanzado. A este ansia de encuentro aluden el amor y la devoción; una palabra afortunada y un verso esclarecedor; la imagen soñada de otro ser y la sed de poder; el anhelo de comprender y la imperiosa urgencia de crear o, tan siquiera, de reproducir. A éstas, y a otras, motivaciones, responden las más altas expresiones de la literatura y las experiencias de aquellos que parten hacia un re-encuentro con categorías esenciales. En planos más humildes, quizá, también responden a estas fuerzas algunos ejercicios de la crítica literaria.

Todo postulado crítico puede (¿debe?) ser inscripto en el rubro de las vindicaciones; es decir, debe justificar su propia práctica y régimen de interrogantes. La inscripción en este rubro sugiere que la lectura se inicie con preguntas básicas tendientes a resolver incógnitas fundamentales tales como ¿por qué y para qué se enuncia? y, junto a éstas, ¿qué es lo que se enuncia? Éstas constituirían una etapa previa a la formulación de interpretaciones cada vez más complejas sobre un texto. Sin reservar tal exigencia a elucubraciones teológicas, cabe

* “Cábala, fantasía, ideología: Apostillas diacríticas”, en Enriqueta Morillas Ventura, ed., *El relato fantástico en España e Hispanoamérica*, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1991, pp. 83-91. Reproducido en *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* [Santiago de Chile], 32 (1992), pp. 85-93.

suponer que la producción de los hombres también amerita que se interroge la causa primera de sus textos.

Es un despropósito leer “Borges” como si sus textos fueran poseedores de toda verdad y encubridores de los designios del universo; es un despropósito análogo no plantearse esa posibilidad literaria. *Discusión*¹ recoge tres “vindicaciones”: “Una vindicación de la cábala”, “Una vindicación del falso Basíledes” y, ya instalado en el predio netamente estético, el título más rotundo “Vindicación de ‘Bouvard et Pécuchet’”. La existencia misma de la “vindicación” presupone que nada puede ser casual o arbitrario y que tal sospecha sólo puede responder a que su función o sentido han sido vedados. A esta categoría también pertenecen las páginas de “El arte narrativo y la magia”. Dicho texto comienza: “El análisis de los procedimientos de la novela ha conocido escasa publicidad. La causa histórica de esta continua reserva es la prioridad de otros géneros; la causa fundamental, la casi inextricable complejidad de los artificios novelescos, que es laborioso desprender de la trama” (p. 81). Las páginas siguientes elaboran sus “verificaciones” y la “larga repercusión” de las palabras. Borges lee las ramificaciones de la causalidad, “problema central de la novelística”, y considera que “la magia es la coronación o pesadilla de lo causal, no su contradicción. El milagro no es menos forastero en ese universo que en el de los astrónomos. Todas las leyes naturales lo rigen, y otras imaginarias” (p. 89). Y así resume estas páginas de 1932, alarmadas por el vaticinio del *Ulises* de Joyce: “He distinguido dos procesos causales: el natural, que es el resultado incesante de incontrolables e infinitas operaciones; el mágico, donde profetizan los pormenores, lúcido y limitado. En la novela, pienso que la única honradez está con el segundo. Quede el primero para la simulación psicológica” (p. 91).

Esta propuesta mantiene cierta semejanza con las páginas que Borges le dedica a la Cábala, ya que éstas se proponen comprender los mecanismos que organizan un texto y aqué-

¹ Buenos Aires, Emecé, 1957.

llos otros que se filtran por sus intersticios en aras de un recóndito secreto. En ambos casos, creo, postula la riqueza de un universo lúcida y rigurosamente organizado, de un universo poblado, a la vez, por una sutil incitación al juego. Es evidente, como ya lo demostrara ampliamente en mi *Borges y la Cábala: La búsqueda del verbo*,² que no propongo en modo alguno la equiparación de las propuestas cabalísticas con aventuras literarias, ni la equivalencia de los textos sobre la que operan ambos proyectos. Para una instancia en que se articula la veneración teológica con la desacralización literaria interesa, más bien, el sentido crítico que obliga a no desmerecer componente alguno de la economía del relato.

Más que vindicar la doctrina, como reza en “Una vindicación de la Cábala”, a Borges le intrigan “los procedimientos hermenéuticos o creptográficos [*sic*] que a ella conducen” (p. 55). Más que defender a la teología –que considerara una rama de la literatura fantástica– le interesa amparar la estética. Así lo verifican sus “Tres versiones de Judas” y el deseo de Nils Runeberg de “vindicar” sus actos.³ Junto a las páginas que le dedica a la Cábala, Borges ubica su vindicación paralela del falso Basíledes. Las líneas finales sobre los “dos sujetos grotescos” de Flaubert ratifican la conocida estrategia de las cancelaciones mutuas. Dice: “Evidentemente, si la historia universal es la historia de Bouvard y de Pécuchet, todo lo que la integra es ridículo y deleznable” (p. 143). Es decir, la clave que propone para estos personajes se opone doctrinalmente a la creencia en un Dios que no consentiría a la creación de un mundo ridículo y deleznable. Ni ‘judaizante’, entonces –riesgo que le acarrearía la muerte al autor del inconcluso drama “Los enemigos”–, ni seguidor ortodoxo de doctrinas cristianas; el imperio de la invención cabe bajo una amplia cobertura literaria. Por un lado pronuncia que nada es fortuito en un mundo que emana de una inteligencia infinita, inteligencia que desconoce “el vago

² Buenos Aires, Pardés, 1986 (2a. ed. rev.; 1a. ed., 1976).

³ *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1956, pp. 169-76.

concepto de azar”; por otro pondera la “admirable idea” que surge de las invenciones oscuras del falso Basílides: “el mundo imaginado como un proceso esencialmente fútil, como un reflejo lateral y perdido de viejos episodios celestes. La creación como hecho casual” (p. 65).

En ambos casos el énfasis está puesto en el “imaginemos”; en la imposición de credos, ritos y exhaustivos mecanismos exegéticos y místicos que surgen del deseo de poseer y ser poseído por una fuerza superior; de venerar y aprehender un sentido para lo fortuito y pasajero. Deseo que en un pueblo letrado revierte sobre el texto absoluto conjugando un lenguaje que es a la vez artículo de fe y participación en lo divino –riesgosa oscilación, para otros, entre la devoción y el miedo, entre el deseo de ser y la infinita pena del ya-no-ser.

Es también en este espacio donde la duda comienza a definir el acceso a lo fantástico. Pero ya no sólo la oscilante duda del lector ante posibles interpretaciones de lo inaudito, como sugiere el tan citado Todorov,⁴ sino el temblor existencial ante toda percepción y definición de lo real que prescindiera de la comodidad racional. Reflexionando precisamente sobre la trinidad, Borges considera “que todo objeto cuyo fin ignoramos, es provisoriamente monstruoso. Esa observación general se ve agravada aquí por el misterio profesional del objeto” (pp. 56-7). Es decir, no es en sí monstruoso sino aquello a lo que aún no ha accedido el conocimiento, saber que no está restringido exclusivamente a pautas racionales. Más aún, cada objeto, incluso el imaginado, tiene un propósito; sólo lo gratuito es inaudito. Por lo tanto, el mundo como texto (toda página al igual que el mundo) sólo requiere ser explorado para ceder su calidad de engendro y transformarse en un componente integral de lo inteligible. Este vaivén entre la razón y la magia, entre el goce de la sabiduría y la felicidad de otras aprehensiones organiza

⁴ TODOROV, T., *Introducción a la literatura fantástica*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972.

el mundo de Tzinacán en “La escritura del dios”.⁵ El sacerdote encarcelado se repliega sobre sí mismo habiendo decidido pecar en su maltrecha figura y no alterar el devenir histórico.

“El ejercicio de las letras –anuncian las primeras palabras de ‘Nota sobre Walt Whitman’– puede promover la ambición de construir un libro absoluto, un libro de libros que incluya a todos como un arquetipo platónico, un objeto cuya virtud no aminoren los años”.⁶ El cabalista, por supuesto, no comparte esa ambición. Su libro, la *Torah*, es el texto absoluto por siempre al margen de toda contingencia y voluntad humana, por siempre sometido a exhaustivas exégesis. Cabría parafrasear, sin embargo, que el desmenuzamiento y recomposición formulaica de sus letras ha promovido en algunos cabalistas la ambición de participar en el acto mismo de la creación, como lo constatan algunas crónicas y lo recupera el poema “El golem” (1958).⁷ Si para los cultores de la razón la carencia de sentido de ciertos actos y conductas promueve otras búsquedas, para el cabalista el interrogante se plantea en torno a los senderos que deberá seguir para alcanzar su objetivo. Utilizo el término genérico “cabalista” sin pasar a una elaboración más precisa sobre las diversas gamas que caben bajo la tradición mística judía. Sobre estos aspectos existe ya una vasta bibliografía en la que se destacan los doctos estudios pioneros de Gershom Scholem.⁸

⁵ “¡Oh dicha de entender, mayor que la de imaginar o la de sentir!”: Tzinacán en “La escritura del Dios”, *El aleph*, Buenos Aires, Emecé, 1957, p. 120.

⁶ *Discusión*, p.121.

⁷ En *El otro, el mismo*, incorporado a *Obra poética*, Buenos Aires, Emecé, 9a. ed., 1972, pp. 171-74.

⁸ Sus estudios más conocidos e influyentes incluyen: *Major Trends in Jewish Mysticism*, Nueva York, Schocken, 1967 (1a. ed. 1941); *On the Kabbalah and its Symbolism*, Nueva York, Schocken, 1969 (1a. ed. 1960; versión esp. *La Cábala y su simbolismo*, José Antonio Pardo, trad., Madrid, Siglo XXI, 1978); *Jewish Gnosticism, Merkabah Mysticism, and Talmudic Tradition*, Nueva York, The Jewish Theological Seminary of America, 1965 (1a. ed. 1960), y su estudio general basado en las entradas correspondientes a la *Encyclopaedia Judaica*, titulado *Kabbalah*, Nueva York, Quadrangle/The New York Times Book Co., 1974. Cito fuentes adicionales y nuevos estudios sobre Borges y la Cábala en mi libro, supra.

El cabalista opera sobre un sistema de certidumbres; la empresa literaria, por otro lado, se inicia sobre el enunciado mismo de interrogantes e incertidumbres. Posteriormente la crítica tendrá a su cargo el diseño coherente de configuraciones literarias a partir de la organización de múltiples textos y tendencias. De este modo, se puede decir que el mapa literario se configura a partir de un viaje *hacia* el texto, mientras que la práctica mística se erige *desde* el texto. Si bien la crítica puede iniciar su tarea mediante la reducción de una página a sus estructuras básicas y luego trazar los lineamientos que pautan el objeto de análisis, en el recorrido de la Cábala, el texto es atomizado en sus componentes, como lo demuestran algunas prácticas hermenéuticas del Rabí Abraham Abulafia.⁹ De tal modo que a mayor ininteligibilidad corresponde un mayor poder de acceso al espacio en que la razón cede su control a una fuerza más poderosa. Los polos de gravitación y distensión frente a la razón como ordenadora central de la escritura se desplazan conforme a múltiples factores. En la medida en que la literatura fantástica se propone como alternativa al predominio de la lógica, la intervención mediadora será menor, pero jamás nula, ya que el propio ángulo de distanciamiento y la imperiosa necesidad de comunicar tales desvíos mediante un lenguaje compartido, impide una reducción total.

Ni la necesidad de compartir mundos, ni la de ceñirse a los vestigios de la razón, son fundamentales para la experiencia cabalística. Ésta está restringida a un reducido número de iniciados; además, los procedimientos hermenéuticos exigen que los parámetros de la razón sean superados. La fascinación literaria que ejercen algunas variantes de la Cábala está en su postulación de otras dimensiones existenciales, en la posibilidad de acceder a ellas mediante un riguroso entrenamiento que presupone una fe absoluta y una creciente y exclusiva de-

⁹ Ver en el excelente estudio de Moshe Idel, *Kabbalah. New Perspectives* (New Haven, Yale University Press, 1988), el capítulo dedicado a "Kabbalistic Hermeneutics", pp. 200-49.

dicación a la tradición, en la proyección del hombre hacia lo Divino. Y, al mismo tiempo, se plantea desde la paradoja de un mundo ignoto pero rigurosamente organizado para articular ese tironeo cósmico al que está sometido todo aquél que anhele un mayor contacto con el Dios de la Creación.

Este planteo presupone un alejamiento de la filosofía racional –como bien lo notara Maimónides– pero dista de los argumentos laicos y literarios que reaccionan ante la ascendencia de la razón esgrimiendo un manual de conducta y criaturas fantásticas para denotar otras alternativas ante las fisuras de una doctrina reductora o para retornar al placer del relato. En efecto, en la “Postdata” al prólogo de *Antología de la literatura fantástica*, Adolfo Bioy Casares la contrapone a una “literatura más grave, que traiga alguna respuesta a las perplejidades del hombre –no se detenga aquí mi pluma, estampe la prestigiosa palabra–: moderno”, alegando:

A un anhelo del hombre menos obsesivo, más permanente a lo largo de la vida y de la historia, corresponde el cuento fantástico: al inmarcesible anhelo de oír cuentos; lo satisface mejor que ninguno, porque es el cuento de cuentos, el de las colecciones orientales y antiguas y, como decía Palmerín de Inglaterra, el fruto de oro de la imaginación.¹⁰

Salvando rigurosas distancias, esta ansia de placer, de una estética de la satisfacción literaria, puede ser relacionada con proyectos cabalísticos sólo en la medida en que el acceso por los senderos de la sabiduría también convoca el íntimo goce del acercamiento a lo Divino. Dada la magnitud de lo ansiado, sin embargo, este goce posee, en (y por) principio, un signo mucho más perdurable y de mayor repercusión que el evocado por la imagen literaria. El cabalista se sabe parte de un vasto universo cuyo sentido está otorgado por la existencia misma del Dios creador que le concede la posibilidad de ascender hacia Su venerado estadio siempre que se muestre capaz de

¹⁰ Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, comps., *Antología de la literatura fantástica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, p. 17.

adquirir las claves de acceso ya prescriptas por los maestros de la letra. Dichas claves incluyen, por supuesto, una metódica y fervorosa preparación religiosa y ejercicios de creciente complejidad que se fundan en el poder de las letras y los jamás minimizados signos diacríticos. Se conjuga, de tal modo, la fuerza de la tradición oral (es tal el riesgo que implica esta materia que frecuentemente sólo la voz toleraba la transmisión del secreto) con la recóndita energía transcrita en los selectos enunciados de la creación.

“Cábala” o “Kabbaláh” es una forma sustantivada del verbo que significa ‘recibir’ y alude medularmente al concepto de “tradición”; es decir, se define por la transmisión generacional de una concepción de orden regido por normas primordiales. Si bien la diáspora del pueblo judío ha impuesto variantes sobre la expresión de este orden, ha sobrevivido un sistema básico inalterable definido por artículos de fe. Uno de estos principios, ya mencionado anteriormente, remite a la omnisciencia del Dios creador. Dicho atributo implica un orden universal, si bien éste no siempre es esclarecido en términos accesibles a la sabiduría humana; como lo demuestran algunos de los argumentos esgrimidos por Isaías, Jeremías y Ezequiel –para nombrar sólo a los mayores– ni siquiera las requisitorias y prédicas de los profetas son privilegiadas con respuestas capaces de aplacar todos sus temores y amarguras. Ante la demanda ocasional de los Rabíes para comprender destinos aciagos, Dios exige obediencia ya que los designios del universo son inaccesibles al humano entendimiento. Se impone, pues, por sobre todo sufrimiento la seguridad de un orden y, para los elegidos, por lo tanto, la posibilidad de acceder a los secretos, de vislumbrar *El Secreto*. A lo cual se agregan garantías eternas que incluyen el pacto fundacional de Dios con los Patriarcas y la entrega de la *Torah*, cuya posesión es, para quien sabe leer, el portal que se abre hacia los infinitos.

El universo se justifica, pues, en una coherencia divina que los heresiarcas de Tlön intentaron construir reduciéndolo a

una dimensión humana.¹¹ Borges también lo entendió así al justificar breves páginas para ponderar el poder de la imaginación y vindicar algunos de los procedimientos cabalísticos que se derivan de los atributos asignados a la *Torah*. Considera que “la sola concepción misma de ese documento un prodigio superior a cuantos registran sus páginas”, y concluye: “Un libro impenetrable a la contingencia, un mecanismo de infinitos propósitos, de variaciones infalibles, de revelaciones que acechan, de superposiciones de luz ¿cómo no interrogarlo hasta lo absurdo, hasta lo prolijo numérico, según hizo la cábala?” (pp. 59-60) Es evidente que, dados ciertos axiomas, ni el universo ni su absoluta formulación verbal toleran el azar.

Pero son otros los presupuestos sobre los que se erigen las páginas literarias cuya ventura es horadar el asombro. La literatura fantástica reacciona contra el empobrecimiento literario ejercido por el canon realista ante una realidad que se percibe profundamente más rica. Define un nuevo estatuto para lo verosímil. Incorpora, asimismo, estratos vivenciales que desafían las restricciones de la lógica para responder a una visión de mundo que privilegia el dominio de la razón. De este modo, y participando del temor ante lo desconocido y lo insólito, también señala las fisuras de un sistema inadecuado y fallido. Ante el saber categórico y razonado de la lógica, la literatura fantástica propone el reino de la incertidumbre. Todorov afirma que “(L) o fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce sino las leyes naturales y se enfrenta, de pronto, con un acontecimiento de apariencia sobrenatural” (p. 29). Más que la temporaria vacilación del lector que Todorov le exige a “lo fantástico”, para no caer en “lo extraño” o “lo maravilloso”, importaría destacar que la mera formulación de una propuesta de lo fantástico implica una reacción contra los encasillamientos, si bien quizá primaria, precisamente porque se postula una permeabilidad de lo real que abarca a cada una de estas imprecisiones. El

¹¹ Me refiero, es obvio, a ese proyecto ‘humanamente fundacional’ que Borges diseña en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, *Ficciones*, pp. 13-34.

énfasis, entonces, está centrado en la reacción provocada por el relato. Por cierto, el asombro, la extrañeza, el estupor o el terror, como toda otra emoción, jamás dejarán de estar condicionados por cada registro individual. Es llamativo, sin embargo, que mientras se encara una renovada y más generosa versión de la realidad, al focalizar la recepción como categoría definitoria de un género o variante literaria, se reincide en una perspectiva antropocéntrica. En otras palabras, la categoría determinante “lector” es ineludiblemente subjetiva; es la que produce y renueva el texto con cada lectura pues su mundo, en última instancia, está cifrado en la enunciación de lo ya propuesto.

Esta versión, inmortalizada por el *Quijote* de Pierre Menard, exalta al lector que desglosa y ordena las letras; poco dice del texto que pre-existe a la Creación y cuyo desciframiento sigue poblando las jornadas de los cabalistas. Si la vertiente literaria está arraigada en la duda, al igual que en la certidumbre de que lo apariencial es sólo una faceta recortada de lo real, la Cábala, por otro lado, se afianza en la convicción fundacional de que ya todo está dado y que a algunos hombres les atañe que El Secreto sea desentrañado –vocablo, éste, que remite a orígenes más inmediatos.

Estamos contemplando, obviamente, visiones de mundo y prácticas radicalmente diferentes pero que, salvando las distancias, se tocan en algunos puntos que hacen a esta confluencia. No es insignificante la exaltación de un texto como clave de acceso, sea éste el acercamiento a lo Divino, o el resquemor ante lo apariencial; tampoco lo es que la búsqueda o mostración de otros niveles de realidad prescindan, o pretendan prescindir, de los rigores de la razón. En ambos casos la exégesis ronda los límites de la transgresión.

La literatura fantástica participa de cierto dejo utópico al ampliar el código de lo verosímil. Se aprecia como alternativa a una percepción unívoca y restringida de lo real, como recuperación de estratos reprimidos por exigencias sociales y sus correspondientes mediatizaciones culturales. Para inaugurar

una franja más amplia de lo cotidiano, la literatura fantástica impone el diseño de lo supuestamente inverosímil; como lo explicitaran tantos textos de Julio Cortázar, se aleja de lo racionalmente normativo en aras de un enriquecimiento ontológico. En este sentido, la transgresión puede ser una recuperación de lo perdido, un retorno a un estado primigenio; también, como lo demuestran las páginas de Horacio Quiroga, la caída en el horror y el refugio en la locura.

La historia judía consigna las disputas filosóficas y teológicas entre las corrientes místicas de la Cábala y la ortodoxia que tenía a su cargo la escrupulosa preservación del canon. La formalidad rabínica tolera una amplia práctica exegética; es menos paciente, sin embargo, con audaces prácticas hermenéuticas como las que caracterizaron a ciertas corrientes cabalísticas. La vigilancia estaba sustentada, por un lado, por el temor teológico a interpretaciones heréticas; por otro, a la necesidad de promover una cohesión espiritual en un pueblo que carecía de un territorio nacional y que estaba definido por una experiencia diaspórica. Quizá uno de los ejemplos más elocuentes de este peligro se halla en prácticas antinómicas y en movimientos mesiánicos como el que iniciara Shabbetai Sevi en el siglo XVII en momentos de gravísimo peligro para un amplio sector de las comunidades judías.¹² Cuando el sustento cultural y religioso constituye el único lazo comunitario de un pueblo disperso, la exaltación individual, aun cuando ésta estuviera motivada por el fervor místico, no deja de transformarse en motivo de aprehensión. Que la Cábala es materia de elegidos es un axioma que se verifica por la cautela con que su materia puede ser tratada y por las restricciones codificadas a su acceso. Ello sugiere que no se trata solamente de la proyección del individuo frente a poderes Divinos, sino también

¹² Gershom Scholem analizó este caso en su monumental *Sabbatai Sevi: The Mystical Messiah (1626-1676)*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1973. Ver también su *The Messianic Idea in Judaism and Other Essays on Jewish Spirituality*, Nueva York, Schocken, 1971.

de salvaguardar a la comunidad ante empresas místicas que pueden incitar a la escisión y a la pérdida de una fracción del pueblo.

Al incorporar la dimensión histórica al mundo de la Cábala, es decir, al no reducirlo a sus componentes más folklóricos, se vislumbran algunas de las líneas de fuerza que reflejan el campo ideológico. Quizá sea inmoderado ver manifestaciones cabalísticas, que cundieron con particular ahínco y en diferentes períodos en algunas ciudades de España y en Safed, por ejemplo, como expresiones de un movimiento de liberación. Por lo menos lo es si las interpretamos en una acepción social en vez de recortarlas a una expresión que, dada la materia que operan, debe ser indefectiblemente individual. Cabe recordar, sin embargo, que un núcleo selecto de cabalistas ejerció el liderazgo de sus seguidores.

El cumplimiento de los 613 mandamientos (*mitzvot*) que aparecen en la *Torah* está diseñado no sólo para cumplir con lo pactado inicialmente por Dios con los patriarcas, y corroborado en el Monte Sinaí, sino primordialmente para servir como una constitución nacional que la *responsa* rabínica ha interpretado y ajustado con el correr de los siglos. La exégesis en sí es el cumplimiento de una de las obligaciones contraídas; el agotamiento interpretativo de los signos diacríticos y de cada uno de los rasgos que se diseñan sobre el pergamino, privilegio de seres elegidos y superiores. Nada hay en el universo que no se halle en el Texto, pues la *Torah*, así lo sostiene una antigua tradición, antecede al mundo y, aún más, fue a través de su enunciado que se articuló la creación. Todos los futuros se encuentran en alguna de sus explícitas pero recónditas formulaciones y aguarda, quizá, al lector apropiado que sabrá descifrarlos.

La asociación con “El aleph”¹³ no es casual, como no lo es que su posesión le fuera deparada al correcto versificador Carlos Argentino Daneri, ni que su fugaz descubridor agradeciera

¹³ En *El Aleph*, Buenos Aires, Emecé, 1957, pp. 151-69.

que “(N)uestra mente es porosa para el olvido” (p. 169). Hay objetos y experiencias cuya acumulación excede la capacidad de aprehensión de la mayoría de los hombres; hay lenguajes cuya simultaneidad es intraducible a la sucesión; hay una letra, aleph, que significa “el En Soph, la ilimitada y pura divinidad” (p. 168). Ante la inaudible letra se puede iniciar el diseño de los mundos que señala, o ansiar su traducción a las voces humanas que permiten ser oídas y seguir por el sendero de este mundo. La primera opción, creo, obliga al perseguidor místico a claudicar, tan siquiera durante sus etapas de preparación y acceso, a una máxima concentración en el yo y su proyección hacia el mundo superior. Tan solo luego de vislumbrar ese reino podrá retornar para cumplir con ese mandato inherente a la búsqueda: el diálogo, el magisterio, la indoctrinación.

Si bien este proceso es transferible a otros actos de responsabilidad social que no atraviesan estadios teológicos, los destinos que se barajan en una y otra experiencia son radicalmente diferentes. Y, sin embargo, la sistematización cabalística y la obediencia a las leyes de un género, o su sorprendente alteración, se ejecutan sobre la base de una constante transformación. Todo enunciado es búsqueda de refugio, anhelo de encuentro –sea éste pronunciado con el rigor de lo sacro o convocado por sensaciones que la imposición racional ha reprimido. Son, evidentemente, prácticas distanciadas pero que comparten la exaltación del individuo y su capacidad de extenderse fuera de los límites de su propio cuerpo. Sin explicitar programas políticos se percibe un énfasis rotundo en la liberación del individuo como etapa previa a todo otro accionar. La literatura fantástica postula el acceso a niveles de realidad posibles, si bien inicialmente inverosímiles, más que como evasión de una realidad restringida por la necesidad de obedecer a criterios positivistas. El tránsito del cabalista por el mundo es más afortunado, si bien esencialmente más arriesgado. Sus fórmulas no conciben la fuga sino la compenetración de un yo hacia los más recónditos escondrijos del acto mismo de la

creación. Por ese ineludible sendero –como lo experimentaron los cuatro que entraron al Pardés / Paradiso– podrá hallar el ser y la sabiduría, el alejamiento, la locura o la muerte.¹⁴

No es disímil el camino de las letras cuando del juego y el goce inicial (¿iniciático?) se transita hacia las requisitorias, hacia la duda sistemática y los signos de interrogación como etapas que recuperan la inserción de expresiones estéticas en una de las tantas versiones de la realidad. La ampliación de lo perceptible puede darse por una máxima expansión del imaginario –y es allí donde se instala la literatura fantástica– o por la reducción de todas las fuerzas hacia la unificación del ser consigo mismo. Que las respuestas últimas son disímiles, es un axioma de toda comparación fortuita; que las búsquedas pueden llegar a ser paralelas, es un claro indicio que toda empresa que invoca y convoca a las letras estará supeditada a la experiencia –ese otro nombre del saber limitado– y al imaginario –ese otro nombre del saber que ansía ser poseído. Pues lo que resta de la fantasía no es sino mero material computable en realidades que aguardan otras lecturas.

¹⁴ *Talmud, Hagigah, 14b.*

Políticas de la memoria y el olvido*

Si bien algunos de estos lineamientos son aplicables a otras regiones americanas, las siguientes páginas se concentrarán en el impacto que ejerció la represión cultural en el Cono Sur así como en el papel que desempeñaron, y pueden desempeñar, las diversas agencias culturales en el proceso de redemocratización.

Las divisiones culturales de Latinoamérica suelen hablar del Cono Sur como una unidad funcional que abarca a Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y, según el caso, también a Brasil. En el contexto que nos ocupa, es importante recordar que el Cono Sur ha sido una inflexión pertinente desde el punto de vista geopolítico –como lo demostraron siniestramente los servicios de inteligencia durante sus respectivas dictaduras–, pero que no es tal desde una perspectiva cultural. Los integrantes del Mercosur –en el que Chile figura como miembro asociado– consideran que además de proyectos económicos mancomunados se irá gestando, desde un énfasis inicial en iniciativas en el área de educación, una “cultura Mercosur”. Entre otros aspectos, ésta fortalecería valores que a mediano y largo plazo podrían contribuir al fortalecimiento de instituciones democráticas.

La conjunción cultura-democracia surge por una imposición histórica. Resulta de la derrota de otras opciones e instaura un tono menos estridente, si bien no menos urgente, en los debates

* “Políticas de la memoria y del olvido”, en BERGERO A., y REATI, F., comps., *Memoria colectiva y políticas de olvido. Argentina y Uruguay, 1970-1990*, Rosario, Argentina, Beatriz Viterbo, 1997, pp. 43-58. Reproducido en *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales* [México], XLII, 167 (1997), pp. 111-25.

políticos. Indica la aceptación de reglas del juego que en principio se presentan como similares para todos los participantes; implica, además, trabajar sobre consensos y acuerdos básicos, con metas sometidas a una retórica que se supone debe prescindir de la violencia –excepto la ‘normal’ del mercado– para imponer su visión del mundo.

En poco más de tres décadas hemos pasado en casi toda América Latina (con la notable excepción de Brasil, cuya dictadura, iniciada en 1964, reprimió su participación en estas polémicas) por planteamientos, propios de paneles y publicaciones, sobre “literatura / cultura y revolución”, “la función social del intelectual / escritor / artista”, “literatura / cultura / arte y sociedad” y otras variantes análogas. Estos títulos rubricaban una pragmática de la figura del intelectual y de su producción. Apuntaban, por otra parte, al “compromiso” como clave de una responsabilidad asumida a partir del reconocimiento de la marca por parte de un público consumidor, de un público que se sentía con derecho a reclamar por la conducta de los demás. Como solía decirse entonces, la literatura estaba en la calle y no sólo en gabinetes y recintos universitarios.

Desde los exaltados años de una revolución lograda, de otras conquistas más efímeras y de otros intentos que quedaron en lo escasamente realizable, se produjeron sensibles pérdidas y la caída de toda una región en dimensiones inéditas de represión dictatorial. La salida de los regímenes autoritarios, así como las negociaciones políticas en países que han ejercido otras muestras del poder, se han dado –cada una a su manera, como lo documentan abundantes análisis sobre mutaciones y diferencias– bajo el signo de la democratización. Si bien actualmente sólo se habla en términos de consolidación y continuidad, un caso como el de Paraguay sirve para alertar sobre posibles reincidencias en la práctica autoritaria. Por su parte, la retórica política enuncia el pasaje que va de la invocación al “pueblo” al fortalecimiento de la “sociedad civil” como antídoto-

to a la permanente amenaza de un retorno a regímenes disfrazados (o no) de democracia.

Junto a la vigencia formal del estado de derecho, y como condición de su retorno, la democracia latinoamericana se ha visto uncida a la desenfrenada privatización y a la reducción del Estado y de sus responsabilidades ante la ciudadanía. En los momentos inaugurales de este orden se llegó a creer que el ímpetu propio de la centralidad financiera de la región podría desplazar a selectos países latinoamericanos –poseedores de índices que justificaban todo arrebato macro-optimista– de su condición periférica con respecto al mundo desarrollado. Si bien el sueño primermundista no se ha disipado en algunas latitudes sureñas, la ilusión tiende a desvanecerse rápidamente cuando, junto al deseo, se cotejan los correlatos del nuevo orden económico: sus gravámenes, altos costos sociales y un proceso de desajuste financiero que segrega a sectores de la población cada vez mayores y los relega a los márgenes de cualquier mecanismo de integración socioeconómica. Por encima de otros considerandos –que van desde el agotamiento de opciones gubernamentales y derrotas militares al autorreconocimiento de los cometidos alcanzados y, en todos los casos, de una estrepitosa bancarrota ética con secuelas demasiado notorias en algunos sectores de la ciudadanía–, es evidente que la implantación de la economía de mercado es el eje primordial (y hasta cabría suponer, causal) en la redemocratización de los países del Cono Sur. Esta política económica ha sido, a su vez, una de las directrices en los mecanismos propios de la unificación nacional, regional e interregional de los países americanos. Es, pues, una clave ineludible cuando se analizan las relaciones entre el Estado y sus instituciones culturales, así como su relación con la producción cultural formal e informal de la sociedad civil.

Tanto en los sectores progresistas como en la izquierda más radicalizada, la función de la cultura ha sido tema de debate y aun de afinación en los propósitos que organizaron la agenda

política de los años 60 y 70. Durante el período de las dictaduras, cuando no se callaba, además de sobrevivir dentro como fuera posible y de repensar lo fundacional con miras al futuro, se denunciaba, documentaba e impugnaba la violación de los derechos humanos. El breve período de redemocratización permitió algunos ejercicios para recuperar la memoria y para incorporar lo acaecido a la conciencia nacional. Es curioso, sin embargo, que con pocas excepciones ello no se ha transformado en un motivo recurrente en las artes y las letras si bien los aniversarios de los golpes han sido ocasiones propicias para el recuerdo. Es como si también el área cultural respondiera al frenesí de la posmodernidad, a la velocidad y al vértigo de otros centros para los cuales el olvido y la desnacionalización han sido cuotas de acceso. O quizá, conocedores de las leyes de la oferta y la demanda, se adecuaron a la escasa exigencia del público que estaba, o quería estar, en otra.

Algunos de los primeros debates que tuvieron lugar durante las etapas iniciales de la redemocratización argentina, trataron la escisión creada en la comunidad intelectual entre quienes permanecieron en el país durante los años de la dictadura y aquéllos que optaron o fueron obligados a salir al extranjero. Como respuesta a un enfrentamiento similar, si bien menos dramático en sus definiciones, los intelectuales uruguayos acuñaron el término *insilio* para designar al exilio interior de los primeros. Con un tono menos estridente que el argentino, los chilenos también tuvieron que enfrentar la integración de una comunidad intelectual que, a pesar de las distancias geográficas y de altos grados de politización, no sufrió la fracturación que definió a la Argentina de estos (y tantos otros) años. Por otra parte, el hecho de haber forjado un frente común en oposición a la dictadura de Pinochet no impidió que se desarrollaran respuestas y estrategias diferentes frente a la misma, ni que en un gesto propio de los alegatos en aras de la supervivencia de la civilidad recuperada se negociaran respuestas para acomodar la presencia del general en la democracia.

En cuanto al ejercicio específicamente literario, los escritores exiliados pudieron representar la situación que aquejaba a sus países de origen sin temor a represalias, mientras que aquéllos que vivían bajo regímenes dictatoriales tuvieron que refugiarse en formas alternativas para responder a la censura y a la amenaza de perdurables silencios. Una de estas opciones consistió en escribir sobre el siglo XIX y sobre otras instancias a partir de las cuales era posible articular filiaciones con su propio momento histórico. Al reflexionar sobre los episodios históricos que diseñaron los inicios de la nación, se apeló a la memoria histórica para interpretar realidades más recientes y avizorar la construcción de una nación posdictatorial. De este modo, la resistencia propia del acto mismo de escribir bajo condiciones de represión constituyó una representación del pasado más inmediato y, a la vez, una contribución a largo plazo para la construcción de una cultura para la democracia.

En tales circunstancias, el compromiso con la memoria aparece directamente ligado al saber así como a la acción que puede emanar de tal conocimiento. El compromiso en sí ya es una decisión acuciante y fundamental a la hora de entender el verdadero potencial de las fuerzas que se dirimen durante los procesos de redemocratización, particularmente en países donde el término “fragilidad” se asocia (al parecer significativa y automáticamente) a los gobiernos civiles electos luego de dictaduras como las vividas en el Cono Sur. Recordemos que la “fragilidad” se esgrimió para justificar pactos civiles, negociaciones y capitulaciones frente a las fuerzas armadas. En términos efectivos, sirvió para imponer el maquillado silencio oficial del estadista que piensa en la reconciliación y el futuro. Visto desde las perspectivas de la ley y de la ética, las variaciones nacionales en torno al punto final cancelaron la posibilidad de llevar a su término la acción legal que se imponía para quienes ejercieron sistemáticamente el terror de Estado y la violación de los derechos humanos.

El desarrollo político seguido por los países del Cono Sur marcó en sus respectivos momentos el fin de la fase transicional de la redemocratización y dio paso a sus correspondientes etapas de consolidación. Sin embargo, los pronunciamientos de un acaudillado sector del ejército paraguayo, la guerra limítrofe entre Perú y Ecuador, los retrocesos en Haití, Perú y Guatemala y las graves crisis constitucionales que pudieron ser superadas en Brasil y Venezuela sin una intervención militar directa resaltan la precariedad de estas democracias, así como la de sus reformas más recientes. Aunque desde el actual frenesí de la desmemoria y de la satisfacción inmediatista parezcan distantes, estos hechos deben ser tenidos en cuenta para seguir la trayectoria de la participación política de aquellos sectores que intentaron derrocar gobiernos civiles y que, por último, consiguieron demostrar que los militares no se habían retirado a sus cuarteles de invierno. Las amenazas de un retorno a sistemas autoritarios no se han disipado, ni éstos han cesado emblemáticamente por el hecho (sin duda valioso) de haber reemplazado una figura militar por un presidente civil. Es en el terreno de los valores democráticos donde se libra la nueva batalla por ese futuro que, con una leve pátina primermundista, se anuncia como un dechado de progreso.

Una de las lecciones que los países del Cono Sur debieron haber aprendido como consecuencia de los años en que estuvieron sometidos a regímenes dictatoriales es que su respectiva excepcionalidad, cultivada en aras de la identidad nacional o de una ideología partidista, no siempre es aplicable al análisis de la esfera política. Bajo la “Doctrina de la Seguridad Nacional”, por ejemplo, fueron percibidos como una unidad; muy poco tiempo después la abultada deuda externa –contraída precisamente durante los gobiernos militares– les adosaría el semblante del empobrecimiento irresponsable de sus pueblos.

A partir de los años 80, la región se acogió al calor de la redemocratización con un discurso que enfatizaba la libertad política por encima de cualquier otro derecho y reivindicación

económica y social. En los 90 reina la causa subyacente que motivara la depredación, el encarcelamiento y las masacres comunes a toda la región –actos perpetrados para instaurar y afianzar un nuevo orden económico. El énfasis en réditos económicos, con el consecuente viraje en la escala de valores, así como las relaciones cada vez más íntimas con los círculos paradigmáticos de la inversión extranjera, han relegado o vaciado otros componentes que son centrales para la identidad y la cultura de la nación.

En este contexto, y entre otros ejemplos, se puede mencionar el notorio malestar que despliega una vasta mayoría de la población ante libros y películas que tratan la violencia de esta historia compartida. Es la misma actitud de rechazo y deseado olvido que han enfrentado las Madres de Plaza de Mayo en sus marchas semanales frente a la Casa Rosada. Si bien esta reacción puede ser sólo parcial y sintomática, apunta a una zona deteriorada que es ignorada o, cuanto más, soslayada en nombre de un bien mayor y de lo ya obtenido. Sin lugar a dudas, es comprensible el regocijo por la formalización de los procesos electorales, así como la interpretación de los juicios llevados a cabo en Argentina contra los líderes de las juntas militares de la última dictadura como un triunfo político y ético, o incluso el hallar ponderable el retiro negociado de los militares uruguayos mediante el plebiscito; sin embargo, estos avances no bastan para proclamar el advenimiento definitivo de una nueva era.

En estos tiempos de “democracias consolidadas”, los gobiernos han privilegiado el desarrollo económico –y, por consiguiente, de su propio asentamiento político– por encima de transformaciones institucionales. Los nomencladores dominantes enuncian “economía de mercado”-“privatización”-“reducción del Estado” como única opción. Y ello aun cuando –como lo demostrara el colapso mexicano y como se ha comprobado reiteradamente en las explosiones sociales en diferentes países latinoamericanos–, una transición no se puede llevar

a cabo sin considerar el elevado costo social de un programa político que limita los réditos de estas versiones de la democracia a sólo un porcentaje reducido de la población. La consolidación democrática será incompleta si no se desarrolla una integración regional y si no se diseña e instaura una cultura para la democracia. A tal efecto, y más allá del cumplimiento de las estructuradas normas políticas de la democracia, cada país deberá fortalecer el hábito ciudadano que se afianza en la legalidad y en la comprensión internalizada y cabal del concepto de derechos humanos; deberá, asimismo, incentivar la incorporación de sectores marginados de la población por medio de su inclusión en los procesos políticos y en economías de crecimiento real. Estas premisas aluden tanto a aquellos sectores que nunca compartieron, o que nunca tuvieron acceso a los círculos de decisión, como a los miembros de las fuerzas armadas en tanto integrantes del orden civil.

En tales condiciones, quienes practican las artes y las letras, junto a quienes se dedican a la educación y a los medios de comunicación masiva, deben asumir un papel preponderante en la restauración de los valores éticos subvertidos por el terrorismo de Estado. Los regímenes militares han cedido (o perdido) el gobierno; su legado, sin embargo, no ha desaparecido. Éste se registra, inclusive, en estrategias discursivas –y en estructuras de pensamiento– que aún siguen vigentes. Dichas prácticas manipularon y resemantizaron el sentido originario de ciertos vocablos, como aconteció con “asesinados” por “desaparecidos” –posiblemente la más aterradora contribución léxica de la dictadura a la lengua castellana–; u optaron, para apelar a otro ejemplo argentino, por la amenazante “zona de detención” en vez de “parada de ómnibus”. También de este modo las dictaduras alteraron la vida cotidiana. En lo que ya se vislumbra como un efecto de largo plazo, lograron vaciar de sentido el discurso político con el objeto de allanar el camino para que políticas económicas (fallidas para la mayoría pero efectivamente estabilizadoras y deslumbrantes en su rendimiento ma-

croeconómico) pudieran tomar el poder con la asunción del mando por parte de los gobiernos democráticos.

En el marco de este proceso, y en relación directa con el futuro de las democracias en los países de la región, es importante analizar las políticas del olvido, el impacto de la pérdida de la memoria colectiva –tanto la voluntaria como la inducida– así como el papel que la cultura puede y debe desempeñar para fortalecer las instituciones democráticas y asegurar la continuidad del deseo consensual de vivir en democracia. Creo que la sensación de pérdida periódica de la memoria se debe a que la violencia ejercida desde el Estado –tanto bajo regímenes dictatoriales como desde los marcos de gobiernos electos a perpetuidad institucional– no ha sido, ni es, percibida como una catástrofe. Parecería, más bien, que se tratara de un componente propio, si bien el más siniestro, del ciclo dictadura-democracia al que aparentemente estarían condenadas las tierras americanas. Quizá también por ello la última ronda dictatorial no produjo una radicalización del discurso literario, como tampoco cabe esperar que la produzca la democracia con su libertad de ejercer la palabra.

En la era massmediática de los *sound bites* –valgan éstos como pobre excusa–, el público se ha acostumbrado a la brevedad informativa, al rápido recorte del goce y, por supuesto, del sufrimiento. Se existe por los medios: se ha pasado de la práctica de lo exclusivo y del ejercicio solitario de la escritura a la promoción de la imagen. Todo llega a ser imagen; del correr de las páginas a los pantallazos del zapping. Nada decanta, todo fluye. Se vuelve imprescindible, entonces, producir la instantánea memorable como legado de una época o pasar al consumo rápido sin mayores expectativas. Estamos ante los límites de la representación: no sólo de aquello que desafía la magnitud de lo comprensible sino de todo lo que exige penetrar más allá de la imagen que se maneja en los medios a flor de piel.

Heridos y muertos ubicados entre historias más amenas y con cortes publicitarios de limpiadores y sonrisas de pasta

dentífica no conducen a que perdure la memoria. Precisamente porque es dudoso que alcance a tenerlo en otro lugar, algunos esperamos que el sufrimiento que no tolera el olvido (que no debe tolerarlo) tenga su espacio en la literatura y en otras expresiones del arte. Sin llegar a transformar al texto en un artefacto histórico, no es desmesurado pensar en una literatura para ver y no solamente para ser vista, en una que transa con el cómo fue y cómo es posible, y no sólo con el deslumbramiento de la pirotecnia o con los reactivos de la moda.

A John Wilkins, personaje de Borges (“El idioma analítico de John Wilkins”), le atormentaba la imprecisión del lenguaje; a Funes (“Funes el memorioso”), su falibilidad representacional. Y fueron precisamente las mismas juntas militares argentinas las que convirtieron la imagen de Borges en producto de exportación, las que promovieron lógicas y prácticas discursivas aberrantes en una dirección diametralmente opuesta a las profundas inquisiciones de una figura textual que, por cierto, no les interesaría dilucidar. La perversión del lenguaje les permitía vestir a los desaparecidos como turistas que abandonaron el país sin previo aviso; la frase solidaria “¿sabe dónde están sus hijos?” adquirió el tono de una amenaza; “por algo será” fue una justificación inapelable de las desapariciones. Cuando “por algo será” fue adoptado por el grueso de la ciudadanía para acatar la lógica del terrorismo de Estado, el siniestro despliegue de las juntas pudo celebrar otra victoria. Para quienes se beneficiaron de las medidas adoptadas durante la dictadura, así como para quienes declaran no haber sido afectados por la ausencia del orden constitucional, esas tres palabras significan hasta el día de hoy el punto final de toda discusión y de todo cuestionamiento de la violencia.

Tanto durante el conflicto limítrofe entre Chile y Argentina, como durante las medidas que acabaron en la guerra de las Malvinas, los habitantes de Argentina y Chile y, en menor grado, los de otros países involucrados directa o indirectamente en el conflicto, vivieron bajo un clima que fomentó ignominio-

sas formas del nacionalismo y reducciones banales y cínicas sobre la lucha contra el imperialismo. Y ello se dio mientras continuaba el desmantelamiento de la vida institucional por medio de una represión ‘venida a menos’ cuando se la compara con los primeros años de las respectivas dictaduras. Cabe señalar, siquiera de paso, que para Argentina este dato es particularmente llamativo cuando se analizan las manifestaciones de quienes, pocos días antes de la proclama dictatorial sobre la soberanía de las islas, fueron apaleados por las ‘fuerzas del orden’, así como las declaraciones de los exiliados en favor de la posición argentina, representada en esos momentos por los causantes del terror y de su propio exilio.

En un espacio de porosas memorias, quizá no deba sorprender que algunos sectores de la población evidenciaran rápidas señas de cansancio y saturación ante el tema de los desaparecidos, ni que se alentaran las estrategias del olvido mientras se estaban llevando a cabo los históricos juicios a los miembros de las juntas militares; y tampoco que en la trastienda, y en aras de la reconciliación y la pervivencia de la democracia, se estuvieran negociando amnistías y la continuidad privilegiada de las fuerzas armadas tanto en Argentina como en los países vecinos.

La memoria se ha convertido en una responsabilidad ciudadana. La noción misma de “nunca más” está arraigada en la memoria. El pasado inmediato tampoco ha sido incorporado en la reformulación de la retórica democrática como un factor central en la (re)construcción de nuestras identidades regionales y nacionales. Por el contrario, parecería que todo futuro promisorio exigiera la anulación de aquellos oscuros años. En algunos países, inclusive, el discurso fundacional de los militares ha sido adoptado por políticos que apelan a términos mesiánicos para obtener un voto de confianza en gestiones que –si bien investidas de una simbología nacional– apuntan a promover intereses personales y sectoriales. En estos casos la construcción de una cultura democrática se ve menoscabada por la despolitización

de segmentos de la sociedad recientemente incorporados al proceso electoral, así como de aquéllos capaces de recordar la ineficiencia de una democracia limitada al ejercicio periódico de la voluntad ciudadana. Estamos atravesando un territorio donde tanto el estruendo oficial de lo promisorio como las resplandecientes estadísticas de crecimiento económico no alcanzan para encubrir el empobrecimiento real de amplios sectores de la región ni la fragmentación de la ciudadanía. Es imposible construir una verdadera democracia sin educación, sin historia, sin un asentamiento en la memoria. Ésta requiere el sentido de una comunidad afianzada por mitos nacionales, por vínculos de solidaridad, por una lengua común.

Cuando se desplaza el imperio de la ley y se instala la arbitrariedad de los edictos y las conductas autoritarias, ciertas nociones y expresiones clave adquieren una resonancia histórica que va más allá de su acepción semántica. En el marco de los derechos humanos, es el caso de los términos *supervivencia* y *justicia*. Mi énfasis en estas palabras no es casual. Insisto en el nivel discursivo porque, al margen de toda manipulación, la lengua permanece como el artificio de lo posible, la zona en que la imaginación puede diseñar alternativas a la imposición monolítica de la mentalidad autoritaria que sólo se reconoce en su propia versión de la realidad. Cuando la ciudadanía toma posesión de una dimensión ética, su lengua puede articular una respuesta a la violación del cuerpo, al silencio de la muerte y, seguidamente, a la perversión de la justicia. Entonces podrá hacerse cargo, además, de los objetivos más importantes de la sociedad civil.

Los regímenes totalitarios propician el silencio. Acatarlo frecuentemente implica la supervivencia; también puede aludir a un acto de complicidad. En muchos casos, el rechazo de imposiciones normativas, así como la frustración ante la reiterada violación de la vida institucional por medio de la represión armada, no tiene otra salida que el silencio y la autocensura, y ello precisamente porque la disidencia conlleva los riesgos del

exilio, de la desaparición, de la muerte. Cuando un país está habitado por la cultura del miedo, es comprensible que se opte por una supervivencia circunscrita a las restricciones autoritarias. Sin embargo, ya en democracia es inaceptable la continuidad de un paradigma en el que se renuncia a la vida en nombre de la supervivencia, así como tampoco es tolerable que se haga caso omiso de la responsabilidad ciudadana en la (re)construcción de la sociedad.

La réplica a la opresión está arraigada en el rechazo a la mentalidad autoritaria que imparte desde arriba el poder político y económico. Frente a la verticalidad unidireccional, la imagen de una verdadera democracia se perfila como carente de un solo centro: éste está en todas partes y desde cada una de ellas irradia propuestas ajenas a todo sometimiento al arbitrio del autoritarismo. En una verdadera democracia, la pluralidad como valor –y no sólo en su sentido estadístico– constituye la fuerza necesaria para construir una nación. La unidad de una nación a partir del reconocimiento de la diversidad de sus componentes implica rechazar la versión racial del “crisol de razas” optando, a cambio, por un concepto que se basa en los múltiples aportes propios de una sociedad heterogénea. Estos principios, sin embargo, no son suficientes para afianzar un sistema democrático. Particularmente en países que han emergido de experiencias represivas, la democracia perdurará si logra demostrar beneficios tangibles en la vida cotidiana de los habitantes. A ellos se sumará un sistema de valores basado en la justicia social y la dignidad humana; es decir, se recuperará –y esta vez apostando a la capacidad de los gobiernos democráticos en ser eficaces– el ideario que en el siglo XIX sirvió de base para construir las naciones americanas. Por ello mismo no es sorprendente –como lo indicara anteriormente– que algunos escritores, restringidos por la represión para hablar explícitamente de sus días, hayan vuelto la mirada hacia las etapas fundacionales de la nación. Esta práctica fue, en sí misma, un ejercicio de memoria histórica.

La consolidación de las instituciones democráticas, el acceso a las vías que hacen posible la democratización, posibilita no sólo que se traten temas censurados o soslayados bajo los regímenes dictatoriales sino que también se produzca una mayor apertura hacia sectores marginados y hacia grupos minoritarios que padecen medidas discriminatorias, tanto debido a sus “tradiciones y prácticas culturales” como a las que caen bajo el peso de las leyes del mercado. El caso de los migrantes no es ajeno a este sistema. El orgullo por lo nacional, el reconocimiento de lo propio como valor superior –un acto de fe instalado en la raíz misma de la xenofobia y las secuelas de violencia que genera– implica la ajenidad y, en casos extremos, afecta la democratización de los otros. El otro es aquel que no es como uno; es extranjero, extraño, extra; es lo sobrante de las fibras articuladas en torno a una cultura que no abandona el deseo irracional y perverso de creerse homogénea. Y sabemos que no hay democracia posible mientras no se reconozca el derecho a la diferencia, mientras el ser diferente provoque el resurgimiento de la barbarie.

Se escribe para enunciar en una voz propia aquello que pronto pasará a la esfera pública. En el mejor de los casos, la singularidad es la marca diferencial de un nombre, de una cultura, de una nación. Con lo cual, una literatura que señala su propio espacio, y que lo hace mediante cualquier mancha temática, puede ser leída como un ejercicio de democracia. En la medida en que se siga ampliando el alcance de lo marginal, del sentirse marginado, fuera del juego e impotente ante el goce de la corrupción, también las letras –sin que ello implique una simple relación de causa y efecto– irradian y se proyectan hacia áreas que no responden, ni tienen por qué responder, a patrones preestablecidos.

Cuando me refiero a las proyecciones de la historia y hablo de la memoria aludo a ella en tanto que posee la capacidad de preservar el pasado pero, además, de ejercer actos de recuperación tendientes a regenerar una nación. El poder de dicha

memoria no puede ser menospreciado, y así lo han comprobado los gobiernos civiles al cancelar los recursos legales disponibles por parte de las víctimas de las familias afectadas por la represión. En este marco propongo que la cultura –entendida en una amplia acepción que abarca la educación y las artes–, junto a la gestión de la sociedad civil tendiente al desarrollo y el cumplimiento de los valores democráticos y de los derechos humanos, asuma la tarea fundamental de desmantelar las políticas de la desmemoria y del olvido.

*

El 8 de enero de 1914, Kafka apuntó en su diario: “¿Qué tengo en común con los judíos? Apenas si tengo algo en común conmigo mismo”. Del extrañamiento ante el ser, ser uno mismo, ser desde allí uno con los demás, surge la interrogante sobre la figura que urde los textos. Se transita del ser a la nación, a ser-uno-con-los-otros, a una cultura que trascienda los intereses y señas de identidad más próximos. ¿Acaso todo discurso, en uno de sus andariveles no postula en el enunciado mismo la existencia de lo otro, del otro? ¿Y esta apertura no está acaso implícita en la práctica literaria? Jamás se deja de escribir una biografía personal, una mitología nacional; siempre se monta un imaginario para la época que nos ha tocado (sobre)vivir, aun cuando ésta sólo alcanza a expresarse mediante los silencios. Quizá parezca un desvarío proponer la existencia de una literatura de la tristeza, máxime cuando tantos círculos celebran el goce triunfal de la victoria (posible pero aún no obtenida) contra el autoritarismo y los logros de la iniciativa privada. Quizá no lo sea tanto pensar en una literatura en la que se produzca la mesurada, exigente, responsable celebración de la supervivencia.

Ser parte del primer mundo, de la internacional democrática, garantiza la pronta o eventual aceptación y el abandono de la culpa por pecados ajenos: el crimen fue de un estado de excepción –arguyen– y ya nada será comparable a esos años.

Quizá también por ello es desmesurada la tolerancia ante la perversión de la justicia y la corrupción financiera. Todo parecería ser ahora un problema de administración: se administra el pasado de la represión y la corrupción así como el éxito del libre mercado y sus cuotas de segura pobreza e inequidad con la retórica de la democracia.

Las experiencias límite marcan un deslizamiento de las fronteras de la representación tanto en el arte como en el discurso de la historia. En el campo de batalla del imaginario de una nación, los crímenes son depurados o magnificados según convenga a la reconstrucción de un pueblo y así aparecerá definida por su liderazgo político. Hay matanzas que se desvanecen, pueblos que jamás han existido, exageraciones que se granjean la piedad de olvidadizos perdonavidas.

También hay puntos de partida en una nueva historia que son ineludibles. Entre ellos está el simple hecho de que sin memoria –y, en el peor de los casos, incluso de una memoria distorsionada al servicio de un partido político– no hay democracia posible. Sin la resemantización de la historia y de la memoria histórica, la cultura participa en este proceso sólo por el hecho de ejercer la libertad de expresarse en cuanto tal en las diversas instancias de consolidación del Estado democrático. Es posible que algunos claudiquen ante la posibilidad de reescribir historias lejanas, pero aún hay culpas históricas al alcance de la mano que no pueden ser soslayadas.

¿Prescripción temática? De ninguna manera. Todo participará, o no, en estas mismas instancias en la medida en que sea enunciado desde una condición que se sabe componente integral de días y noches de transformación y, cabe esperar, de avance. Reconozco el dejo utópico de estas palabras, pero éste sólo se da en la medida en que lo utópico se entienda como la posibilidad de apostar a un territorio material regido por el Estado de Derecho.

Es posible que en democracia, les corresponda a algunas manifestaciones de la cultura la mediación del rescate. Sin

propósitos didácticos manifiestos, es imprescindible que nos interroguemos cómo podemos contribuir a la memoria y a la reconstrucción democrática desde cada una de nuestras instancias. Más que historias formales y monumentos oficiales, en el plazo histórico importa cómo se redactan la versión y el legado de estos años; cómo se crea en democracia y, cabe esperar, para la democracia. En estos años, ello significa cómo hablar desde este terriblemente fallido y recuperable espacio para construir un imaginario que no se reduzca a cumplir otro segmento de un ciclo que merecemos haber superado.



Voces y diferencias: un espacio compartido para las letras americanas*

“(...) Si nuestras previsiones no erran, de aquí [a] cien años alguien descubrirá los cien tomos de la Segunda Enciclopedia de Tlön. Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español. El mundo será Tlön. Yo no hago caso, yo sigo revisando en los quietos días del hotel de Adrogué una indecisa traducción quevediana (que no pienso dar a la imprenta) del Urn Burial de Browne”.¹

Así concluye la posdata de 1947 de un texto fechado en 1940 e incluido en *El jardín de senderos que se bifurcan* de 1941. Si despejamos el siniestro referente a lo que sería el mundo bajo el régimen que en 1940 avanzaba sobre Europa, la alegoría de Borges bien puede servir para contemplar el impacto de un mundo uniformado por una lengua, por un pensamiento, por un único orden. La resistencia del narrador se da en dos sentidos: ejercer la traducción –es decir, preservar el valor de las lenguas y de las culturas que éstas portan– y evitar la práctica utilitaria que en este caso es simplemente publicar el texto. El primer acto es encomiable; ante el embate de estos días, el segundo no lo es tanto. La defensa de lenguas y de culturas y, más aún, de la idiosincrasia de los pueblos que éstas habitan,

* “Voces y diferencias: un espacio compartido para las letras americanas”, en GARRETÓN, M., coord., *América Latina: Un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas*, Santafé de Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999, pp. 156-73.

¹ BORGES, J. L., “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1956, p. 34.

será mucho menos efectiva si se recorta el espacio ocupado por un individuo y si se prescinde de una política que tienda a imponer sus valores en el mercado.

Ello me lleva a proponer que desde el comienzo pluralicemos toda consideración de la cultura, que no pensemos sólo en términos de *un* espacio cultural latinoamericano en el contexto de la globalización, sino, más bien, en identidades colectivas y multiculturalidad intrarregional. América Latina es una construcción que problematiza y organiza sus propios espacios culturales para otorgarle esa singular dimensión.² Si bien es comprensible el deseo de proponer un enfrentamiento en grandes bloques, homogeneizar en aras de una táctica defensiva no generará las soluciones que ansiamos compartir. Toda respuesta debe ser formulada a partir de la diversidad como característica identitaria; toda estrategia debe considerar, asimismo, la diferencia en tanto componente integral de aquello que sí compartimos (lenguas, historias, tradiciones, etc.). La identidad, además, no es sólo lo que somos sino también lo que *no* queremos ser. En este sentido, el uso del singular es sintomático; deja de serlo al pasar al nivel de la multiplicidad que nos sigue definiendo.

La globalización sugiere interdependencia y la disolución de las fronteras aprendidas en clases de geografía e historia. Más que la solidaridad propia de intereses y metas compartidas que encabezan múltiples proclamas de organismos internacionales, representa un acercamiento mayor en el ejercicio de políticas económicas por parte de sectores financieros que izan sus propias banderas. Sus programas exigen una máxima disponibilidad para que economías, políticas y territorios nacionales sean elementos de una compartida doctrina transnacional. El subtexto implica la entrega de culturas diferenciadas –máxime en la medida en que sean contestatarias–, así como

² Un análisis eficaz en George Yúdice, Jean Franco y Juan Flores, eds., *On Edge. The Crisis of Contemporary Latin American Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992.

la adopción de una *lingua franca* cuya difusión y aceptación proclama el triunfo del imperio.

Más que difundir y promover las múltiples versiones generadas en tierras americanas que responden a la diversidad regional³ y que incluyen –por sólo mencionar algunos referentes ineludibles del siglo XIX– autores de páginas y proyectos fundacionales como Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, José Victorino Lastarria y José Martí, el pensamiento globalizado tamiza, reordena y homogeneiza imágenes de América Latina para el consumo general. Este ejercicio produce una constante reconfiguración de culturas y promueve su acercamiento, así como un intercambio de expresiones identitarias cada vez más acelerado.⁴ Teniendo en cuenta la creciente fluidez del debate en torno a los aspectos cohesivos de la cultura en el contexto de una mayor polarización en la distribución de la riqueza, los argumentos que aboguen por la preservación y el fortalecimiento de las actuales identidades americanas no deberían apelar a un estadio previo supuestamente “incontaminado”. Recordemos –como fue necesario hacerlo a raíz de las polémicas producidas en torno al quinto centenario de la empresa de Colón– que las culturas dominantes en el hemisferio occidental que se enfrentaron a Europa también eran

³ Sobre la idea y el concepto de “América Latina”, véase Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos ‘Rómulo Gallegos’- Ministerio de la Secretaría de la Presidencia de la República, 1980. En el plano literario cabe recordar el trabajo pionero de Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispana*, México, FCE, 1949; véase también el *volumen La utopía de América*, prologado por Rafael Gutiérrez Girardot, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978. Asimismo, de Alfonso Reyes, *El deslinde. Prolegómeno a la teoría literaria* (1994), México, FCE, 1983.

⁴ “Mestizaje”, “transculturación” e “hibridez” son términos que en diferentes momentos han sido utilizados para dar cuenta de estos procesos. Véanse al respecto: Antonio Cornejo Polar, *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*, Caracas, UCV, 1982; *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*, Lima, Horizonte, 1994; Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982; Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990.

productos híbridos; que fueron el resultado de la dinámica propia de conquistas y posteriores asimilaciones. Y recordemos, asimismo, que en el proceso de formación de las repúblicas liberales, aun las culturas de élite volcadas hacia Europa no pudieron prescindir de su asentamiento local. Ni rendición o entrega, entonces, ni fundamentalismo ante los constantes intercambios de las expresiones culturales. No se trata, pues, de abogar por la preservación de culturas en estado de inmaculada pureza (concepto propio del pensamiento autoritario), sino, más bien, de hacer un llamado de atención en torno a la disolución de las identidades en aras de intereses que sólo ven la dimensión cultural como un obstáculo para la inversión financiera.

A raíz de los adelantos comunicacionales, en los últimos años se ha vuelto un lugar común apelar a la imagen de un planeta cada vez más reducido al tamaño de sus habitantes. Sin embargo, sólo basta considerar políticas arancelarias –a pesar de lo avanzado de tratados en algunos rubros y en diferentes regiones⁵ o la legislación sobre inmigraciones (precisamente el proceso que porta elocuentemente el sello de lo nacional y lo diferente)– para disipar toda impresión acerca de la unidad entre las naciones. Evidentemente, la dimensión económica que acerca a los sectores financieros no es suficiente para unificar una región y mucho menos al mundo. Es precisamente por ello que en sus consideraciones sobre la creciente inequidad en la distribución y sobre el aumento de la indigencia, organismos como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo han considerado a fines de los 90 el impacto de la dimensión cultural en el desarrollo sustentable.⁶ Ello hace aún más

⁵ Sobre el rubro del libro, cf. Afinsa, F., “Las políticas del libro en América Latina”, *América*, 23 (1999), pp. 17-36.

⁶ En efecto, el Banco Mundial y Unesco copatrocinaron (Washington, 28-29 de septiembre de 1998) una conferencia sobre “Culture in Sustainable Development” y el BID ha adoptado “Cultura y Desarrollo” como tema para su Asamblea de Gobernadores (París, mayo de 1999).

propicio y necesario que en esta coyuntura trabajemos sobre nuestras compartidas identidades.

No deja de ser paradójico (otros dirán irónico o cínico) que precisamente cuando las entidades financieras consideran la especificidad cultural junto al impacto ambiental y social en la concesión de préstamos y apoyos, haya académicos que desde las letras y otras expresiones culturales expresen en la lengua de la globalización el sometimiento a un sistema que se desea unificado.

En la práctica de ciertos circuitos críticos filoestadounidenses, por ejemplo, ello significa definir lo latinoamericano por el filtro de esa academia: enunciarse en inglés para poder verse en un contexto cada vez más desterritorializado; pretender que el cruce de lenguas es enunciación de un futuro integrado por las migraciones y desconocer el origen mismo de las fuerzas que ejerce la migración.⁷ En la variante más cínica, es optar por la lengua que asegura un acceso mayor al mercado local haciendo uso de máscaras y entonaciones reconocibles en la diferencia. Tal variante suele ser exitosa en circuitos estadounidenses, precisamente porque responde a las tácticas propias de quienes ejercen una de las estrategias culturales de la globalización: promover la renuncia a la identidad que se expresa en la lengua materna. Subrayo: no sugiero que en aras de un purismo absurdo e inexistente se prescindiera de un idioma funcional, ni de la circulación internacional, ni del diálogo compartido, ni de brindar a colegas monolingües el acceso a una versión de las letras latinoamericanas. Sí me resulta lamentable el escritor que se define como latinoamericano pero se siente legitimado a través del inglés, el individuo que adopta la identidad de quienes por razones históricas legítimamente enuncian su ser en inglés y en español (como los chicanos y niuricans), aquél

⁷ En este sentido, Antonio Cornejo Polar enunció algunas repercusiones en el llamado de alerta titulado “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXIV, 47 (1998), pp. 7-11.

que se calza la máscara del latino cuando tras ella –sospecho que para su enorme alivio y felicidad– ya sólo se halla la fragmentada y difusa imagen de quien ha puesto su identidad en el escalafón burocrático y en las mesas de dinero.

En nombre de un reconocimiento internacional se solicita la entrega de la identidad constitutiva del ser. El ejercicio no es novedoso excepto en su magnitud; es, después de todo, una modalidad de las tácticas ejercidas por toda empresa imperial: el dios triunfante se impone al derrotado; una lengua unifica la dispersión; la nueva comunidad se reconoce en su sometimiento a un orden que vislumbra superior o tan siquiera victorioso. Es, a la vez, la dinámica que se percibe en las relaciones de las minorías ante una cultura dominante. La clave radica en hallar la medida apropiada para sostener un diálogo fluido con estas nuevas fuerzas, en no pasar de la integración a la asimilación –instancia final en que el ser cede, se entrega, desaparece en tanto diferencia originaria, y se transforma en otro.

Cabe tener en cuenta que la identidad no es una categoría inmutable, absoluta; es una construcción social que se transforma a partir de su inserción en la historia. Inclusive el considerarla disminuida dentro del proceso de globalización es un elemento definitorio de estos tiempos. Sin embargo, ello no significa que, si bien bajo rúbricas quizá menos ofensivas, haya que aceptar ser un “colonizado”. Y mucho menos cuando ese mismo proceso de globalización –que de hecho significa la hegemonía estadounidense o, si se prefiere, occidental– actúa simultáneamente en varias direcciones. Tampoco se trata de volverse nostálgico ante mundos perdidos o en constante mutación, tanto como de medir los cambios y responder a sus propuestas. En la dinámica propia de los intercambios culturales no hay elementos pasivos; América Latina (y valgan como ejemplos cotidianos, la creciente inserción en otros países de sabores latinos en la música y la comida) es un factor que afecta los términos y contenidos del proceso de globalización. En las complejas relaciones de toda colonización, también el

colonizador es colonizado; de este modo, por lo menos desde una perspectiva cultural, se cancela toda pretensión de pureza y superioridad. Es significativo, además, que la acentuada globalización en algunos sectores se traduce en otros en un mayor énfasis en la diferencia étnica y en la exaltación nacionalista, con consecuencias frecuentemente sangrientas. Sin alcanzar las dimensiones públicas de lo que acaeció en la ex Yugoslavia o en Estados que integraron la Unión Soviética, la represión de comunidades indígenas americanas ejercida por fuerzas paramilitares o como parte de una política nacional, así como la xenofobia ante migrantes rurales e inmigrantes de países pobres, no es ajena a una dinámica nacionalista entrelazada con prejuicios raciales, sociales y económicos.

Sabemos que en lo literario –el impacto televisivo y de otros medios de comunicación masiva ya ha sido motivo de numerosos estudios–, la producción latinoamericana está acechada por la vasta circulación de los *best sellers* internacionales (*fast book literature* en muchos casos) y por estrategias de mercadeo que se disputan un mismo espacio y que, por lo tanto, afectan la circulación de obras locales. Se registra, por cierto, una venta masiva de las novedades de autores latinoamericanos consagrados (de García Márquez a Isabel Allende o Vargas Llosa en un plano continental, o de otros que se han hecho acreedores a un reconocimiento más localizado por diversas razones, a las cuales no es ajeno el mérito literario), así como de textos coyunturales que develan, por ejemplo, lo acaecido durante la última ola dictatorial en el Cono Sur, o la corrupción gubernamental, o que responden al auge –transitorio como toda moda– de las novelas históricas. A la vez que se privilegia la novedad puntual (y pasajera) y la garantía de una firma, se reconocen letras nacionales y regionales que no se pliegan al consumo masivo; éstas pasan a una zona alternativa, de resistencia, de lecturas y reconocimientos más restringidos. Los circuitos son simultáneos pero de diferente alcance y recorrido; por ello, precisamente en una era que equipara nivel de ventas con calidad

de marca, no corresponde asignar valores, sin duda maleables, a la porosa escala que a largo plazo decantará en la historia literaria. En cuanto a su difusión, y vista desde una distancia mayor, la literatura crea, en efecto, un capital cultural; en el ámbito internacional, su impacto es mayor cuando emerge de un enlatado regional más que de un mapa exclusivamente nacional. Es decir, y aun para los premios Nobel, fuera del país de origen, lo continental prima por sobre la etiqueta nacional.

Más allá de toda propiedad local, un fenómeno que excede nuestras fronteras es la presencia del *best seller* que desplaza al libro nacional. Los cambios en la industria editorial –las transferencias de editoriales tradicionales que hasta hace poco portaban el nombre y la garantía de sus fundadores, que luego pasaron a ser reconocidas por el país de origen de los capitales y ahora están supeditadas cada vez más al régimen de las transacciones– no son ajenos a la globalización financiera. Al carecer de un proyecto que exceda la rentabilidad del producto, es inconsecuente anticipar cualquier interés por la producción nacional en tanto representante de una cultura local.

Las nóminas de “los más vendidos” indefectiblemente registran en “ficción” y “no ficción” una fuerte cuota de libros de otras culturas que subrayan las sutilezas de un orden que uniforma al público lector. Dirigiéndose a determinados segmentos de la sociedad, organiza una “internacional del parecido” que comparte ambiciones e ideologías, gustos y metas. Ante esta transnacionalización prevalece el desconocimiento de las regiones culturales americanas. Éste es un hecho que se registra, por ejemplo, entre los propios países de Centroamérica, del Caribe y de la región andina y, por cierto, entre éstos y el resto de los países americanos. La excepción se dará en el caso de los premios Nobel y de premios institucionales, o cuando editoriales de proyección multinacional promueven a uno o más de sus autores.⁸ Hecha esta salvedad y la de los autores

⁸ Un ejemplo: Sergio Ramírez, ganador del premio Alfaguara 1998 con *Margarita, está linda la mar* realiza giras por toda América Latina y es

consagrados hace ya varias décadas o unos lustros, la mayor parte de la región ignora lo producido en zonas contiguas del continente. A raíz del Mercosur,⁹ sin embargo, se ha avanzado en un mayor conocimiento de las letras de los países que lo constituyen, así como en el estudio respectivo del castellano y el portugués.

El ejemplo apunta a una estrategia que se ha llevado a cabo en múltiples instancias a lo largo de la historia y que merece ser considerada para su posible expansión continental: el acercamiento político y económico tiende (debería tender) a un mejor conocimiento de las culturas representadas por los países-miembros de un mismo mercado. Lo que el temor, el azoro y la incompreensión promovieron en países occidentales a partir de la Revolución cubana, bien pueden promover los beneficios a futuro de las organizaciones regionales. En el ejercicio de intereses compartidos en la esfera económica también yace la posibilidad de acentuar un mayor conocimiento, precisamente para mantener las diferencias culturales.

El paquete accionario del *boom* a partir de los años sesenta ofrece un ejemplo tangible.¹⁰ Al margen del papel que

presentado en Buenos Aires por Carlos Fuentes. Evidentemente, premios institucionales (Rómulo Gallegos, Juan Rulfo, José Hernández, entre otros), así como los promovidos por grupos editoriales (desde, entre otros, los españoles Seix Barral, Nadal, Planeta y el ya citado Alfaguara, o los argentinos *Clarín* y *La Nación*) han contribuido a un reconocimiento y promoción fuera de las fronteras nacionales, pero no se proponen ni alcanzan a cubrir la demanda educativa que en muchos casos aún debe ser generada: la de un mayor conocimiento de la diversidad americana. La supervivencia de las editoriales nacionales frente a las multinacionales –tema para otro estudio– reviste enormes repercusiones para la difusión de la literatura de nuestros países, tanto por la dinámica del mercado del libro, como por la imposición de tirajes que exceden el nivel de consumo de la mayoría de los textos literarios.

⁹ Véase REDONDO, G., comp., *Mercosur: la dimensión cultural de la integración*, Buenos Aires, Ciccus, 1997.

¹⁰ Mucho se ha escrito al respecto y sobre la marcha, inclusive por parte de sus propios autores. Señalo sólo algunos de los textos críticos o testimonios perdurables en torno a este ‘fenómeno’: Carlos Fuentes, *La nueva narrativa hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1969; Emir Rodríguez Monegal, *El boom de la novela latinoamericana*, Caracas, Monte Ávila,

desempeñó la Revolución cubana al impulsar el interés occidental por América Latina, para los fines de estas deliberaciones, recordemos que fue Barcelona desde donde se proyectó una constelación de autores latinoamericanos cuya marca era continental y no nacional. Esa política resultó exitosa dentro de los propios países americanos, como se constata mediante la incorporación al canon escolar de textos de otros países a lo que aún sigue siendo el predominio de las correspondientes letras nacionales. También fue exitosa en el mercado internacional, donde los autores continúan vendiendo como latinoamericanos más que como poseedores de una identidad nacional. De algún modo, si bien limitado, lo que no pudo obtener el sueño bolivariano, lo ha estado surtiendo el mercado mediante la proyección de una literatura que se sustrae a especificidades nacionales. Para subrayarlo de otro modo: es más desde fuera que desde la misma región como se reconoce ‘lo latinoamericano’ como objeto de estudio; instalados en la zona, el énfasis sigue puesto en ‘lo nacional’, a lo cual se agrega ‘lo latinoamericano’ como signo de pertenencia, pero siempre diferente de ‘lo propio’.

Obras definitorias de lo latinoamericano como *Cien años de soledad* (1967) reforzaron para el resto de occidente la ‘originalidad’ –otro nombre para la diferencia– de la región. Precisamente porque América no desarrolló su cultura del mismo modo que Europa, pero sí recibió de ésta los resultados de varios siglos de decantación cultural y los yuxtapuso y asimiló a su propio desarrollo cultural interno, ha podido producir obras que deslumbran, que literalmente enceguecen y hacen

1972, y *Narradores de esta América*, Buenos Aires, Alfa, 1974; Ángel Rama, comp., *Más allá del boom: literatura y mercado*, México, Marcha, 1981; Mario Benedetti, “El boom entre dos libertades”, en su obra *Letras del continente mestizo*, Montevideo, Arca, 1967, pp. 31-48; José Donoso, *Historia personal del boom*, Barcelona, Anagrama, 1972 (reeditado por Seix Barral, 1983, incluye un apéndice de María Pilar Serrano, “El boom doméstico”, y una puesta al día de José Donoso, “Diez años después”).

enmudecer a quienes rinden culto al racionalismo, a la administración rigurosa del saber y al capital.

Así como la modernización en América se ha dado a empujones, su producción literaria no ha obedecido a planes prescritos, sino a la conjunción y a la simultaneidad de diversos empujones. El rechazo de modelos propios o foráneos, el conocimiento de la tradición y de la historia y la resistencia a la adopción de fórmulas prescritas definen las grandes obras americanas. El rechazo en sí, el no someterse a lo anticipado ni responder a exigencias metropolitanas (de metrópolis con perfiles cada vez más difusos y con banderas transnacionales cada vez más nítidas) de una materia prima que va a ser moldeada por otras fuerzas es la maravilla. La incorporación de “lo real maravilloso” al predio de la crítica surgió de la lectura histórica que Carpentier instaló como prólogo a *El reino de este mundo* (1949); sus variantes se remontaron a una mirada europea sobre el arte y se proyectaron hacia el “realismo mágico” como definición continental *for export*. Visto desde sus inicios, “lo real maravilloso” es un ancla para que no se niegue ni se esfume el imperio histórico de la imaginación creadora. Lo maravilloso es que hoy la resistencia aún sea posible; que exista un discurso que apuesta a una liberación posible en una época en que el propio vocablo “liberación” se ha esfumado en la nostalgia y en la derrota; que todavía se pueda enunciar la restauración de lo humano.

Las comunidades literarias que surgen de la Comala de Rulfo o de la Santa María de Onetti, apuntan a la constitución y al reconocimiento de comunidades sociales y políticas. Ni réplica a la realidad ni prescripción de lo imaginario, el hecho de formar tales comunidades en el espacio de la literatura apuesta a un diálogo de lo posible, a la interpretación de una visión política ausente en otros discursos. En épocas turbulentas de descomposición y de eventual (re)construcción, en el (re)nacimiento latinoamericano, la propuesta de mundos que respondían a una visión mítica y a una legislación literaria no

menos mítica resultaba una respuesta eficaz para un espacio que renegaba del sometimiento a la rigidez de los sistemas, que entonces los reconocía en el dictamen dictatorial como ahora lo hace en las figuras autoritarias que rigen la democracia.

Entre los cambios más recientes se constata, por otra parte, una “cultura de los centros comerciales” que prescinde de toda ubicación geográfica y connotación local. Si bien el culto de la nación no se ha disipado (el himno, la bandera, las efemérides patrias rigen el calendario escolar así como el estatal), en otro orden hemos pasado de las metrópolis del Estado-nación a la ciudad-que-es-todas-las-ciudades. En muchos de nuestros países se ha erigido la ciudad-mundo (o el micromundo barrial) que responde a las necesidades del orden global. Allí, la cultura de los medios, más que la prensa escrita, moviliza el orden comunicacional; la instantánea información satelital rige el circuito de noticias financieras que comparten los habitantes de toda megalópolis. Su propia identidad se da precisamente en un lenguaje codificado y compartido que consolida los intereses transnacionales.¹¹

Esta nueva cultura dista de las letras identificadas como marcas del cosmopolitismo en la vanguardia cuando la ciudad era vista como polo del eje “civilización-barbarie” (urbanamente) codificado desde el siglo XIX. Sin tematizarla de modo explícito, la ciudad era el emergente de transformaciones que respondían a una acelerada industrialización y a procesos inmigratorios que redefinían la ideología de los patriarcas de la nación. La ciudad estaba consumida por demandas internas, por una mirada a su propio crecimiento y a las marcas deca-

¹¹ *La ciudad letrada*, de Ángel Rama (Hanover, NH, Ediciones del Norte, 1984), es uno de los estudios más lúcidos e influyentes sobre la ciudad como centro y signo de procesos de transculturación en el recorrido que lo lleva desde “la ciudad ordenada” de México-Tenochtitlán hasta “la ciudad revolucionada” de las primeras décadas del siglo XX. En este contexto, véase también ROMERO, J., *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976. Para condiciones de desarrollo urbano y comunicacional más recientes, véanse los estudios de Néstor García Canclini y Jesús Martín-Barbero.

denes, por aspiraciones de grandeza modelada en capitales europeas y ambiciones estadounidenses, por la conciencia de su crecimiento y proyección. Ya en otro orden, y en el vértigo de los años sesenta, aun la internacional del deslumbramiento, ante la tríada rock-droga-sexo, portaba la marca de lo local porque se trataba precisamente de instaurar esa onda en el espacio más próximo al cuerpo y no de diluirlo en las esferas de lo geográficamente irreconocible. La diferencia aún tenía color de nación.

Frente a la asimilación de una identidad globalizada pero, insisto, restringida, se reconocen identidades plurales que no se limitan a categorizaciones raciales y étnicas ni tampoco a mapas políticos, para establecer filiaciones internacionales. Es decir que el propio fenómeno de la globalización ha generado una serie de anticuerpos que subrayan los perfiles constitutivos de múltiples culturas. Creo que es justamente allí donde se inserta nuestra función: no tanto en buscar *un* denominador común para nuestras culturas, sino en lanzar como tal denominador la simultánea diversidad americana. Es precisamente la diversidad, y no la búsqueda, por demás inútil, de paradigmas de homogeneidad, lo que define la capacidad de integración latinoamericana.

En esta estrategia subyace otro interrogante. En condiciones de crecientes migraciones y en la reproducción de las múltiples identidades que definen a un individuo, ¿en qué medida el lugar de la nación afecta la identidad? ¿Acaso la globalización ha logrado prescindir de las relaciones nación-Estado-territorio? Una rápida mirada sobre diferendos fronterizos (Ecuador-Perú, Colombia-Venezuela, Venezuela-Belice, Chile-Argentina, por ejemplo) es suficiente para constatar no sólo el factor de los recursos naturales, sino, particularmente, la densidad de filiaciones nacionales y la permanencia de un mosaico cultural que, por otra parte, puede ser un agente eficaz para la resolución de conflictos. Al salir de la circunscrita e internacionalizada ciudad global, de la ciudad/barrio-mundo, estamos ante la

materialidad de expresiones que se resisten o que simplemente son ajenas al vértigo de otras transacciones. El desafío radica allí no tanto en cómo acelerar esos procesos, sino en adecuar las industrias culturales a la capacidad y necesidad de expresión de múltiples identidades; en hallar su representación a través de la cultura, sea ésta “alta” o “popular”.¹² Es precisamente en estas instancias donde, como siempre, la literatura sale al cruce de la historia, anticipando –desde la posterior lectura de sus cartógrafos– los puntos de encuentro de las diversas culturas que se dirimen en el territorio americano. Y lo hará, conforme a la sincronía de las respectivas zonas, mediante instancias de acumulación y de ruptura; por la mediatización del barroco en un caso, y por el modernismo y la vanguardia en otro.¹³ En tiempos más próximos, el imaginario americano halla su cifra en un mosaico de estéticas que representan la heterogeneidad de la región: mezcla de apego terrenal al canon realista y el ejercicio de formas avanzadas, desde la experimentación de los sesenta y setenta a la venta de novelas con disco compacto; el sometimiento a lo fantástico y el goce erótico junto a la historia y las versiones más recientes de la violencia; la proliferación de novelas históricas junto al recorte minimalista de la narrativa más joven; el retorno a instancias fundacionales y patriarcales con la articulación de nuevas identidades de género; el culto (escrito) de la “literatura oral” junto a la voz de los migrantes y de nuevas o viejas minorías. Aspectos, todos ellos, que producen en las lenguas dominantes nuevas franjas literarias transnacionales y que, como tales, atraviesan líneas de demarcación política.

¹² Para un análisis de diversas expresiones de la cultura popular y su función en el Estado, William Rowe y Vivian Schelling, *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin América*, Londres, Verso, 1991.

¹³ Para esta última, véase SCHWARTZ, J., *Vanguardas Latino-Americanas. Polêmicas, manifestos e textos críticos*, São Paulo, Edusp-Iluminuras-Fapesp, 1995. No es casual que, como instancia de ruptura e innovación, la vanguardia haya suscitado el interés de numerosos críticos y la edición de los textos que certifican esos momentos privilegiados de la historia literaria y cultural del continente.

Si bien hallamos novelas históricas desde los inicios latinoamericanos, su resurgimiento luego del hiato experimental de la narrativa sugiere que escritores y editores han apostado a un lector más interesado en lo documentable que en la “dimensión puramente imaginaria” que ha caracterizado a otras notables obras de este período. Sin establecer un sistema esquemático de oposiciones, se podría argumentar que ante la exacerbación de un “fantástico experimental” y su instauración en “lo real” de la minucia cotidiana, estas novelas recuperan la historia como otro modo de leer “lo real” americano. En este sentido, el asentamiento en la memoria para reconstruir lo perdido por violencias más o menos cercanas –desde la institucionalizada contra el indígena en textos andinos, a la literatura antiesclavista del Caribe, al terrorismo de Estado de reciente cuño–, o para recuperar datos y seres de la historia nacional o para integrar a ella los aportes de otras filiaciones apuntan a una renovada toma de conciencia de los orígenes. El dato es sintomático: mientras, por un lado, se abunda en lo universal,¹⁴ por otro se acentúa la memoria y ésta sólo es factible en un lugar determinado, en una geografía con fronteras y con ausencias.

Quizá no sea sólo la proximidad temporal lo que dificulta bosquejar qué ha ocurrido luego del *boom* o de la “nueva narrativa”. Algunos escritores han optado por identificarse como novísimos o miembros del *posboom* pero, al igual que “lo nuevo”, estas etiquetas son poco duraderas. Los hacedores de solapas para el mercado internacional siguen vendiendo “realismo mágico” y prescinden del contexto que dio lugar a la comodidad de su uso; así también, salvando las distancias, se borraron masacres para que perduren la levitación y las mariposas amarillas. Pero eso no es todo. Evidentemente, la literatura latinoamericana ha ingresado al predio internacional

¹⁴ La lectura de Beatriz Sarlo lo subraya para Buenos Aires en *Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

con un amplio registro de motivos y autores y lo ha hecho con tal éxito que muchos lectores (y espectadores) no alcanzan a percibir qué hay detrás del éxito multimediático de *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig, o de la abundancia de boleros y tangos y salsa y recetas de cocina en la nueva ola de éxitos latinoamericanos.

Pero ello es puertas afuera. Mientras allí se habla de “literatura latinoamericana”, en nuestros propios países el sector letrado –excepción hecha de un circuito académico especializado así como de lectores profesionales– desconoce a quienes no han accedido al panteón continental y continúa abasteciéndose de autores nacionales, cuando no con los recomendados por *The New York Times*. Subrayo el sector letrado puesto que todo este ejercicio se basa en una minoría proporcionalmente cada vez más reducida ante índices crecientes de analfabetismo funcional, ante la disociación entre centros urbanos con adecuada infraestructura y poblaciones marginales, así como ante la injerencia de los medios. En la circulación de los bienes simbólicos, quedará relegada al interés académico, y particularmente al circuito internacional, la relación de estas letras con la cultura oral.¹⁵ Y ésta sólo será parte de un programa desarrollado en regiones con mayoría o con fuerte presencia indígena, si se impone a las voluntades europeizantes que han definido los cánones locales, o si pervive como una acotada preocupación académica. Por ello, siquiera en parte, estas mayorías –habitantes de comunidades indígenas en remotas zonas rurales así como en poblaciones formadas en torno a grandes centros ur-

¹⁵ Véase en este sentido el valioso estudio de Martín Lienhard, *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina 1492-1988*, Hanover, NH, Ediciones del Norte, 1991. Entre los propios autores, son conocidas las reflexiones de José María Arguedas, Juan Rulfo y Augusto Roa Bastos. Entre otros, Augusto Roa Bastos, comp., *Las culturas condenadas*, México, Siglo XXI, 1980; los textos de José María Arguedas recogidos por Ángel Rama en *Formación de una cultura nacional indioamericana*, México, Siglo XXI, 1975, y en *Señores e indios. Acerca de la cultura quechua*, Montevideo, Arca/Calicanto, 1976.

banos– se reconocerán en las expresiones de la cultura popular más que en el diseño de otras narrativas.¹⁶

Si se parte de la consideración de “identidad” para redactar una historia literaria nacional, cabe asignar los límites de toda definición de nación a partir de las categorías de clase, raza, género y etnicidad, particularmente allí donde la diferencia ha sido negada. Se impone integrar, asimismo, las voces ausentes y considerar hasta qué punto la construcción de una historia literaria no ha sido la suma de epígonos que, tautológicamente, se encumbran como identidad nacional. Frente a lo que en su momento pudo fraguar Ricardo Rojas con su desmesurada *Historia de la literatura argentina* (8 tomos en la edición de 1924-1925), hoy sabemos que la articulación de grandes macroentidades, y aun la definición territorial, ceden paso a “comunidades” y “circuitos” formados por áreas de interés más puntuales. Las comunidades interpretativas adoptan una versión literaria cuyas fronteras rara vez coinciden con otras líneas de demarcación. El surgimiento de la literatura testimonial¹⁷ –desde Rodolfo Walsh en Argentina, a Miguel Barnet en Cuba, a Elena Poniatowska en México, por citar referentes de esta franja– hasta la inicialmente debatida incorporación de Rigoberta Menchú a la literatura respondió no solamente a intereses políticos, sino a un reconocimiento de fragmentaciones identitarias (raza, etnicidad, género) y al aporte de alternativas a los grandes relatos. Hasta

¹⁶ Si bien su estudio se centra en el Ecuador, Sarah Radcliffe y Sallie Westwood contextualizan esta dinámica para toda la región. Cf. “Imagining the Nation. Rethinking National Identities”, en su *Remaking the Nation. Place, Identity and Politics in Latin America*, Londres, Routledge, 1996, pp. 9-28. Al respecto, y en cuanto a Ecuador, véanse también las sucesivas declaraciones del CONAIE publicadas en Quito desde 1989 por Abya-Yala. Las obras de Nelson Estupiñán Bas y de Argentina Chiriboga apuntan, por su parte, a la dimensión afroecuatoriana frecuentemente marginada en la construcción de la identidad literaria nacional.

¹⁷ Entre otros: BARNET, M., “La novela testimonio. Socio-literatura”, *La fuente viva*, La Habana, Letras Cubanas, 1983, pp. 12-42; JARA, R. y VIDAL, H., eds., *Testimonio y literatura*, Minneapolis, MN, Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986; JOHN BEVERLEY, J., y ACHUGAR, H., comps., *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, Lima-Pittsburgh, Latinoamericana, 1992.

su propia incorporación al canon literario, estos textos testimoniales funcionaron, además, como textos contestatarios; aún pueden ser leídos como impugnaciones, pero también como enmiendas a la historia oficial y hasta como propuestas de integración a la gran cultura de la nación. La estrategia discursiva y política fue incorporar lo marginal para ampliar el espacio alternativo que se dirime en el sistema literario, ya que lo marginal subvierte desde el acto mismo de negarse a la asimilación, aun a ser “literatura” y, mucho más, a ser “canon”. Pero como se pudo constatar en el caso más convencional de las primeras obras de Puig, la incorporación misma al espacio literario mitiga la impugnación de sus cuestionamientos.

En cuanto rúbrica formal y en sus propuestas puntuales, lo que entendemos por “literatura testimonio”, así como las historias de vida, que desde la antropología se acercan al predio de la literatura, y las autobiografías de sobrevivientes y de quebradas en épocas de la dictadura comparten la búsqueda del reconocimiento, de la aceptación, de la incorporación a la historia. En este sentido, reclamar el derecho a lo diferenciado anticipa en la literatura la recomposición de un entramado social que es indefinible desde las grandes estructuras.

A comienzos del siglo XIX fue posible hablar de identidad nacional, regional o bolivarianamente continental, porque ésta venía pautada por una victoria militar que contribuía a pensar desde la diferencia que marca todo proceso independentista. La literatura de esos años sabía que una de sus funciones primordiales era producir mitos de cohesión nacional; no se dudaba sobre la relación entre literatura y esfera pública. Pensar la patria desde el triunfo era responder a un ideario criollo europeizante. La grandeza tenía su propia medida y ésta se hallaba en los países que reconocerían y brindarían su apoyo a las nuevas repúblicas. Con algunas excepciones que llamaban a la caridad y a un trato más humanitario, la violencia ejercida contra indios y negros, contra obreros socialistas y anarquistas y contra ciertos inmigrantes no era motivo de preocupación

sino “política de Estado”. Ahora es imposible obviar no sólo esa ya varias veces centenaria y prolongada violencia, sino la que atravesó al Cono Sur en los años setenta y ochenta, la que genera el narcotráfico y la corrupción, la que se produce por los más altos índices de inequidad en la historia de la región, la que también se deriva de la globalización de la pobreza. Y la literatura, que ya no se articula en las funciones que dieron lugar a obras de tesis como las que definieron al indigenismo, ejerce, conforme a su lugar en el sistema, las variaciones de su enunciado.

Ahora ya no hay un solo modo de ser nacional; todo está atravesado por múltiples pertenencias, por un entreverado de deseos y teorías que supera los océanos. Me pregunto: ¿habrá en algunos circuitos académicos, embarcados en lo subalterno y en una restringida comprensión de los estudios culturales, una nueva confusión sobre dónde se encuentran las Indias? ¿Existirá para algunos la posibilidad de reconocerse en el espejo y ver que desde allí lo contempla una lengua ajena? En la comprensión de nuestros tiempos (como en todo tiempo) leemos simultáneamente las letras americanas ya conformadas en una tradición, junto a la producción cotidiana de países originarios, de filiación y de residencia, y lo hacemos bajo la óptica de teorizaciones globales. También de la historia, y ésta no puede (no debe) ser depurada en aras de un suave paso a la integración (o al sometimiento).¹⁸ Y también de las persistentes fronteras erigidas por mecanismos de distribución insuficientes e inadecuados.

Una vez más, el cuadro general, que incluye la producción de autores latinoamericanos radicados en otros países, se vislumbra desde fuera de la región. Es registrado en términos generales, más que con la densidad que se daría *in situ*, mediante

¹⁸ Si bien en su momento lo intentó el ex presidente Carlos Salinas de Gortari al promover una nueva versión de la historia nacional que limaba las asperezas producidas por la pérdida de gran parte del territorio mexicano frente a EE.UU. como consecuencia de la guerra de 1848.

identidades que marcarán, por ejemplo, el género como estrategia de estudio. Es así como Diamela Eltit será más conocida en Chile y EE.UU. que en otros países americanos; que Griselda Gambaro o Abelardo Castillo –por citar dos ejemplos mayores y disimiles de reconocimiento argentino– lo serán más en su país que en los países vecinos, como lo será Cristina Peri Rossi para el Uruguay; como el dominicano Pedro Mir y el salvadoreño Manlio Argueta en sus respectivos países. Y hay latinoamericanos que son más leídos en sus lugares de residencia que en sus propios países, habiendo sido incorporados, como en Francia lo ha sido el argentino Héctor Bianciotti, al canon y a las palmas de otras tradiciones.

Se están realizando esfuerzos por superar esta fragmentación, pero la falta de conocimiento mutuo, particularmente notoria cuando se trata de las voces más jóvenes, aún no ha sido resuelta. Mucho se publica, poco se intercambia, menos se conoce. Las miras siguen puestas en lo nacional (a veces, en la propia metrópoli), y si bien se ha ampliado la nómina de figuras estelares y reconocidas internacionalmente desde los años del *boom*, es muy difícil demostrar que en cierto nivel se ha superado la marca de identidad más próxima. La solución para América Latina no está en nuevas publicaciones en inglés editadas en EE.UU. ni en ninguna otra traducción –por más que ello, en efecto, amplía el radio de acción de las letras americanas en el exterior y beneficia a autores y editores–, sino en el incremento de la circulación de libros y publicaciones periódicas en el continente; en la reforma de planes de educación que reduzcan el afán nacionalista y den cabida a las letras de otros países; en el reconocimiento de tradiciones compartidas más que en políticas de exclusión; en la aceptación informada de la diferencia como legado.

Como a lo largo de toda la historia latinoamericana, vivimos en regiones cuyos tiempos no están sincronizados y, crecientemente, en una disociación entre escenarios reconocibles en su filiación internacional y espacios apeados a otras formas

culturales. Las instituciones interpretativas (desde institutos y universidades a publicaciones periódicas) no son ajenas a estas condiciones. Se comparte una misma galaxia pero con distintas trayectorias y a diferentes velocidades. Estamos en un circuito en que se debaten las posmodernidades. Estamos también ante literaturas de frontera, de genealogías, de reconstrucciones destinadas a producir un rostro reconocible y cercano que en círculos concéntricos cada vez más lejanos apunten a la confirmación de ese algo compartido por un territorio, un color, un sabor diferente. Algunos lo hallarán en sus orígenes; otros en lo adquirido (y valorado por ajeno).

Hoy menos que nunca, ya no alcanza una palabra, un término, para dar cuenta de nuestras múltiples identidades. Las migraciones obligan al diseño de indecisos mapas, mientras que al mismo tiempo se postula la globalización como factor y poder igualador. En tales condiciones, definirse mediante la suma de guiones en tanto señas de identidad constituye un desafío a lo monolítico, a lo homogéneo, a lo falsamente único. Se podrá renunciar a ella, pero la primera identidad está marcada por una lengua, por una pertenencia y posesión territorial, por orígenes tan propios como la raza, la etnia, el género, por los desplazamientos de una clase. Finalmente, por el deseo de ser quien se es.¹⁹

La literatura no tiene por qué crear un consenso para una nación o para el continente; más bien lo contrario. Las páginas que perduran son las contestatarias, las que interrogan y promueven el disenso ante un discurso hegemónico, las que permiten leer los tiempos en un tiempo, las que vislumbran y anticipan alternativas, las que se gozan en su enunciación. Allí están las letras y las voces americanas y ello, me permito

¹⁹ Las versiones del libro de Ariel Dorfman, un autor cómodamente instalado en la cultura chileno-latinoamericana y en la estadounidense, son elocuentes. Sin que medie otro traductor que él en tanto autor, eligió *Rumbo al Sur, deseando el Norte. Un romance bilingüe* (Barcelona, Planeta, 1998), frente a *Heading South, Looking North. A Bilingual Journey* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1998).

sugerir, es lo que constituye el espacio común que las define en el concierto de las naciones. En el mundo globalizado, que no llegará a ser Tlön, sabremos reconocer en la disidencia la definición de nuestro propio ser.

Cortázar crítico: la razón del deseo*

*Para mi tocayo, el entrañable Yurkievich de los heptabrazos;
in memoriam*

En julio de 1961, T. S. Eliot pronunció en la Universidad de Leeds su célebre “To Criticize the Critic”. Preguntándose para qué sirve la crítica literaria, apeló al comentario de F. H. Bradley sobre la metafísica: “La crítica puede ser ‘hallar malas razones para lo que creemos por instinto, pero hallar esas razones no deja de ser también un instinto’”.¹ Luego de una sobria retrospectiva sobre su propia actividad, y habiendo deslindado tres tipos de críticos, reiteró que la crítica literaria es “una actividad instintiva de la mente civilizada” (p. 19).

La conjunción de “instinto” y “razón” es particularmente afortunada para leer la obra crítica de Julio Cortázar. Si bien con otro discurso, otro público y otros fines, la crítica de Cortázar articula, al igual que su narrativa, las múltiples dimensiones que constituyen lo que se suele definir como “hombre occidental”. La “lóg(ica)” ya no como único y privilegiado modo de posesión de la realidad, sino como *un* instrumento entre varios para emprender la aventura de lo perdido a lo largo de varios siglos. La empresa es suma de razón y magia, de instinto y logos.

* “Cortázar crítico: la razón del deseo”, prólogo a Julio Cortázar, *Obra crítica*, Vol. VI de Julio Cortázar, *Obras completas*, Barcelona, Círculo de lectores-Galaxia Gutenberg, 2006, pp. 9-37.

¹ ELIOT, T. S., *To Criticize the Critic and Other Writings*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1965, p. 11 (mi traducción).

Por esos mismos años en que Eliot consideraba que quizá la mejor crítica podría ser la que deriva de la actividad creativa como reflexión sobre sus mismos resultados, varios de los más renombrados autores latinoamericanos ejercían, precisamente, tareas paralelas en tanto narradores, ensayistas, poetas y críticos. Solían participar, además, en mesas redondas y congresos sobre “el papel del escritor en la sociedad”, “literatura y política”, “el compromiso del escritor”, “el intelectual y la revolución”... Eran las exigencias de la hora, las jornadas del *boom* latinoamericano y de sus secuelas más próximas. Se yuxtaponían los diferentes modos de narrar, de leer y de distribuir libros con la Revolución cubana y otras movilizaciones (armadas o no) en varias regiones del continente, y hasta de luchas contra el colonialismo en Asia y África. En los 60, los esquemas aún funcionaban sobre la base del enfrentamiento de dos grandes bloques junto a intentos, generalmente infructuosos, por fijar una tercera vía.

Aunque desempeñaron múltiples funciones intelectuales, ninguno de los escritores que conformaron el cuarteto inicial del *boom* (Cortázar, Fuentes, García Márquez y Vargas Llosa), ni los allegados a ese núcleo como Donoso, ni predecesores como Carpentier, Arguedas y Roa Bastos, fueron críticos profesionales. La merecida fama que en diversos grados de ventas y empatías coronó a cada uno de ellos, tampoco se debió a esa actividad. Las bibliografías de estos autores incluyen textos de diversa índole y extensión; reflejan, sin lugar a dudas, aunque a veces con criterios cuestionables, un profundo conocimiento de las letras y culturas de la región y de occidente en general. Al mismo tiempo, proyectan niveles de erudición que inquietan, sosiegan o apabullan a más de un contador de notas al pie y a los teólogos de la nada que aún abundan en los claustros. Sin embargo, al margen de su importancia como catalizadores para precisar el pensamiento de una época, ampliar la comprensión de un texto, definir el recorrido trazado por un autor o servir de guía para perplejos en los primeros movimientos

de la entonces “nueva narrativa latinoamericana”, la mayoría de estos materiales han sido rescatados, citados y analizados precisamente por y a partir de la impronta de su obra narrativa. Esos materiales –notables en el caso de Cortázar– incluyen el rescate de autores que habían sido ignorados o soslayados así como los que le abrieron juego a la siguiente generación de narradores y poetas.

Los análisis y las propuestas de estos escritores se suman a una tradición latinoamericana con raíces en las etapas previas a la formación de las repúblicas americanas: la del escritor que interpreta su mundo mediante el discurso ensayístico y propone planes de acción y no sólo de imaginaria evasión. De este modo su pensamiento rubrica una noción que está siendo recuperada en estos años –si bien no unánimemente por la generación del ‘todo vale’ y aires posmodernos. Me refiero al “compromiso”, a asumir responsabilidades que no se reducen ni acaban en la página literaria ni con el goce erótico y lúdico; se trata, en todo y con todo, de una conducta ética.

Este componente atraviesa la narrativa de Cortázar, particularmente a partir de “El perseguidor” y, en lo propiamente personal, desde su adhesión a los principios de la Revolución cubana. La relación entre sus textos críticos y los ecos que se dejan oír en su narrativa (o viceversa) no es casual. Él mismo así lo entendió y la prueba más fehaciente es la incorporación de textos críticos y ensayos, junto a poemas y textos de varia invención, en *La vuelta al día en ochenta mundos* (1968) y *Último round* (1969), así como, sumando a la ficción la categoría “realidad”, de recortes de periódicos en *Libro de Manuel* (1973).

En más de un caso, la relación crítica-narrativa ha respondido, salvando las distancias y los mecanismos propios de cada texto y de cada autor, a lo planteado por Borges en “Kafka y sus precursores”.² En el caso de Cortázar se dio una variante:

² *Otras inquisiciones* (1952) en *Obra completa*, Buenos Aires, Emecé, 1974, pp. 710-12.

fue su propio precursor durante los años en que se dedicó a la docencia y se centró en la crítica literaria.³ La suma de ensayos y notas de variado tenor (aquí reunidos) devendría, junto a sus cuentos y novelas, en un diálogo armónico, en la cercanía de discursos, en el entrelazado de metas compartidas.

Por eso mismo, y por la coherencia de los puentes que diseñó y cruzó a lo largo de su vida, merece una atención especial el texto emblemático que planteó algunas de las opciones medulares que enfrentarían tantos de sus personajes: se trata de *Teoría del túnel. Notas para una ubicación del surrealismo y el existencialismo* (1947).⁴ En sus páginas se dirime, junto a opciones filosófico-literarias, la búsqueda de una zona de coexistencia para las diferentes expresiones del ser. Su redacción coincide con la época en que Cortázar escribía los cuentos de *Bestiario* –“Casa tomada” fue publicado en 1946, “Bestiario” en 1947. Puestos los textos en posiciones refractarias, y para subrayar el sentido de lecturas simultáneas, cabe señalar, por ejemplo, que el análisis de “Casa tomada” como alegoría del peronismo es correcta y a la vez limitada. De este túnel surgen apuestas a un humanismo integral, responsable. Cortázar aboga por definiciones más generosas de lo humano ante la mezquindad de quienes han cultivado la negación de su entorno, la inacción y el miedo, y ante quienes no han logrado entender que “la vie humaine commence de l’autre coté du désespoir”.⁵ Contra los

³ Su vena crítica no acabó en la década del 40, como se constata, por ejemplo, en un texto de 1975: “Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata”, en su presentación sobre “El estado actual de la narrativa en Hispanoamérica” (1983), en notas más “literarias” sobre Roger Caillois (“Pour un intercesseur. Hommage à Roger Caillois”, 1979) y Martínez Estrada (“Recordación de Don Ezequiel”, 1980), en páginas sensibles e incisivas sobre *La vida entera* de Martini y sobre su entrañable Osvaldo Soriano, además de otros textos a los que me referiré más adelante.

⁴ Permaneció inédito hasta su publicación póstuma en una edición a cargo de Saúl Yurkievich (Alfaguara, 1994). El prólogo de Yurkievich (“Un encuentro del hombre con su reino”) contextualiza y analiza sus propuestas y comienza a marcar las huellas del humanismo anhelado por “el inconformista” Cortázar.

⁵ Oreste en *Les mouches*, de Sartre, epígrafe de Cortázar a “Teoría del túnel”.

prisioneros del yo, apeló ya desde entonces a la eventual liberación del ser, desde el ser, y hacia dimensiones otras.

Puede ser un tanto desmesurado (aunque no del todo descabellado) concebir *Teoría del túnel* como *aleph* de la obra de Cortázar y acceso anticipatorio al taller del escritor. Hacerlo implicaría una lectura retroactiva de más de medio siglo con la correspondiente cancelación de contextos, tiempos y distancias. Cabe afirmar, sin embargo, que varios de los ejes sobre los que está montada su obra narrativa se vislumbran en su análisis y contraposición del surrealismo y el existencialismo, y en los interrogantes que plantea a partir de sus respectivas proclamas y ambiciones. Por ese entonces –años de peronismo en lo nacional y de actividad contestataria en lo cultural desde las páginas y ediciones de *Sur*– Cortázar también pronunció artículos de fe literaria sobre la literatura como “expresión total”, sobre “la validez de la literatura como *modo verbal del ser del hombre*” y de lo “literario” como instrumento para barrear hacia lo más profundo de lo humano; sobre el modo de calar más allá del “idioma estético” de cada escuela literaria y sobre la guerra necesaria al gramático que se erige contra toda posible trasgresión; sobre la diferencia entre “el que existe para escribir y el que escribe para existir”, sobre la eficacia relativa del verbo para comunicar frente a formas analógicas como la danza y la música, y la capacidad de lo “literario” para acceder a las profundidades de lo humano.

Con un entusiasmo mayor ante las apuestas iniciales del surrealismo como “concepción del universo” que ante sus eventuales reducciones, Cortázar señaló la que sería una de sus propias marcas literarias y motivo de más de una morelliana: la “liquidación del distingo genérico Novela-Poema”, la aceptación de la novela como “monstruo”, como “mezcla de heterogeneidades, grifo convertido en animal doméstico”, y el surgimiento de los “poetistas”. Como aclara en una nota al pie, “*Poetista* mentaría al escritor contemporáneo que se vuelca en la expresión poética pero persiste en sostener una *literatura*”

–término que aplicará, según corresponda, tanto a surrealistas como a existencialistas. En ese sentido, por la fusión de lo poético y lo existencial, para Cortázar perduran *Los cantos de Maldoror*, de Lautreamont, y *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud. A partir de la inseparable conjunción que respiran esos textos, se siente (y lo sabe quien puede y debe saberlo) que la literatura es clave de acceso a la realidad, llave de paso, y no simple y minuciosa representación de trozos y rastros de vida.

A medida que avanza su lectura de textos, actitudes y apuestas, así como de las posibles repercusiones que podrían ejercer las visiones de mundo que han sostenido surrealistas y existencialistas, Cortázar va tendiendo un puente hacia el hombre, recupera para él las fuerzas de la magia y de la poesía, su capacidad para lanzarse a la conquista de la realidad para finalmente obtener, en su propio reino, la renovada posibilidad de ser. Desde la literatura como clave de acceso e íntima posesión, subraya los actos de responsabilidad individual y comunitaria –ajenos a los *best sellers* tanto de esos años como a los de hoy– y la dimensión humanista que ya anticipa al “Nuevo hombre” que aparecerá en textos narrativos y ensayísticos posteriores. *Teoría del túnel* termina con una conjunción de fuerzas y un tono optimista que deriva de la actitud romántica del rebelde que lucha por la reforma social y espiritual. “El poetismo de estas décadas –dice– es siempre diario de viaje al paraíso; con frecuencia, también, noticia de extravío, mapas errados, retorno melancólico”. Y acaba: “Pero surrealistas y existencialistas –poetistas– reafirman con amargo orgullo que el paraíso está aquí abajo, aunque no coincidan en el dónde ni en el cómo, y rechazan la promesa trascendente, como rechaza el héroe el corcel para la fuga”.

El aquí abajo lo dibujará con tiza y tendrá forma de rayuela; será letra de molde y convocará a miles dispuestos a jugar(se). Rechazar la fuga es comprometerse; persistir en el compromiso es lanzarse a búsquedas desesperadas por los ascensores del tiempo, por escalas y oscuros corredores, por las formas de

una guitarra, por los sueños que se deshilachan en la vigilia del terror que aún no cabía anticipar en la Argentina que ya se descolgaba por el lado peronista de la historia.

La insistencia en esta lectura de 1947 responde, en gran parte, a los interrogantes que plantea y a las expectativas que cifra para el hombre. A partir de su lectura de las letras europeas y, primordialmente, de la literatura francesa, Cortázar se presenta como alguien que se niega a aceptar el plano de las apariencias, que indaga en la naturaleza misma del ser y de sus capacidades para expresar lo que es y ha dejado de ser y podrá volver a ser; rechaza límites y mediaciones. Como señala puntualmente, hay diferencias en el tránsito del “Yo” al “Tú” entre el surrealismo y el existencialismo –“superrealidad mágica” y “comunidad”, respectivamente– pero es justamente la conjunción de ambos lo que Cortázar vislumbra y lo que también desarrollará en su narrativa. Como lo refleja su biografía literaria, a pesar de los cambios explícitos en su visión política del mundo, Cortázar se mantuvo fiel a la noción de responsabilidad individual y comunitaria que debería definir al hombre en cada una de sus múltiples dimensiones.

En el citado prólogo a *Teoría del túnel*, Yurkievich afirma: “La empresa novelesca de Cortázar comporta el desafuero de lo literario, una literatura fuera de sí. Para acometer esa tarea de desquiciamiento se basa en una premisa –la condición humana no se reduce a lo estético–, en una convicción –el lenguaje puede enunciar inmediata y enteramente lo humano– y en un precepto –la literatura debe manifestarse como el modo verbal de ser del hombre”. Y más adelante: “la novela debe ser para Cortázar una acción existencial que parte del hombre para retornar al hombre haciéndolo más hombre. Su poética más que en una estética consiste en una mayéutica; aspira a conjugar surrealismo (aprehensión analógica, dimensión poética, ‘diario de viaje al paraíso y noticia de extravío’) con existencialismo (combate que libra el hombre por sí mismo para alcanzarse y tender un puente sobre el hiato del yo al tú al él) y

culmina en un humanismo que no reconoce límites a la posibilidad humana”. Para Cortázar, el eje del escritor estaría puesto desde entonces en cómo conjugar escribir/existir; en cómo definir una actitud frente al mundo a partir de la entonación de esos mismos verbos hechos acción contra “los órdenes tradicionales”; en una actitud de rebeldía y de estar consciente que, al igual que para hacer un túnel, es necesario destruir para poder construir.

En 1948, un año después de haber redactado *Teoría del túnel* y, como Cortázar mismo dice, en lo que podría constituir el capítulo final de ese ensayo, escribió “Elogio del Jazz: carta enguantada a Daniel Devoto”. Consciente del jazz como fenómeno revelador de lo irracional, Cortázar optó por dejarlo fuera de *Teoría del túnel* por “razones metódicas”. Esta carta-nota crítica empieza, al igual que *Teoría del túnel*, con una cita de Jean-Paul Sartre, si bien mucho menos dramática pero no menos significativa que la anterior (“*La musique de jazz, c’est comme les bananes, ça se consomme sur place*”), y alude explícitamente a las búsquedas propias del jazz, tema al que Cortázar regresaría periódicamente en páginas como “Louis, enormísimo cronopio”, así como en sus cuentos (emblemáticamente en “El perseguidor”) y novelas (¿habría habido Club de la Serpiente sin jazz?). Las opciones e impactos le resultan evidentes: “la música culta se mueve dentro de una estética, mientras el jazz lo hace dentro de una poética. La música es un producto musical, y el jazz es un producto poético”.

Lo que le interesa (y lo que Cortázar mismo ejerció) es el “poetismo”: esa “corriente común de liberación humana” que detectó en Europa al finalizar la primera guerra en “verso, música, novela, pintura, conducta, ciencia”, coincidencia y suma de la poética del jazz y del surrealismo. Por eso mismo interroga: “¿podrá negarse, en este tiempo de aires existencialistas, que el hombre como tal tiene en el jazz uno de los caminos ciertos para ir a buscarse, acaso a encontrarse?”. Y hacia el final de su carta a Devoto: “¿Acaso el problema de la libertad no se

juega en un clarinete de jazz con la misma angustia que en el jardín botánico de *La nausée?*”. Y se responde: “Cada vez, Daniel, siento más próximos al surrealismo y al existencialismo. Cada vez comprendo mejor la *oportunidad* de la llegada del jazz negro a Francia. Por caminos sólo técnicamente distintos, el poetismo avanza hacia una superrealidad”.

Este interés se manifiesta en numerosas reseñas, notas y ensayos que redactó sobre literatura y sobre música en los años 40 y 50: las notas en *Cabalgata*; páginas en torno a Baudelaire y Rimbaud; sobre Graham Greene y Victoria Ocampo, Octavio Paz y Leopoldo Marechal; las detalladas y abundantes páginas que prologaron su traducción de las obras en prosa de Edgar Allan Poe; el eco de la urna griega que se asoma al ruiseñor de Keats para dejar oír su asombro poetista; el inestable estatuto literario de esas décadas y los cambios que se abalanzaron a partir de los años 60...

Como Julio Denis –cercano aún a la publicación de *Pre-sencia*–, habló de lo poético como “materia de conocimiento inefable” al comentar el sentir de los versos de Domingo Zerpa. También como Julio Denis escribió en “Soledad de la música”:

El poeta combate desesperadamente contra la valla de una semántica, de un cierto idioma –toda traducción de poemas pone a la Poesía en trance de vuelo– de una historia, ya que pensamientos y palabras son historia, tradición, mácula y malentendido. Decir *el Mensaje*: tal la agonía del poeta, porque la Poesía y el Mensaje son *indecibles* y sólo arriban al espíritu por obra de una intuición ajena a todo mecanismo lógico, a toda estructura discursiva...

El elogio está puesto en la “constante creación estética”, en el salto por sobre toda mediatización e intermediario, en el jazz creado por los negros (“único que merece tal nombre”) y en la “ignorante sabiduría” que les permitió soslayar toda barrera de interpretación y ser, siempre, músicos. Más adelante, entonces: Johnny vs. Bruno; Johnny y Bruno: ser y estar; tocar fondo y quedar sin aliento. O claudicar ante la gran costumbre.

Si, como recuerda en “Situación de la novela” (1950), la literatura es “una empresa de conquista verbal de la realidad” que modifica sus estrategias conforme cambian los tiempos y las latitudes, resulta evidente que su propia literatura utilizará esa convicción como trampolín hacia otras opciones que las derivadas de la fe en el predominio de lo racional. La vía analógica, entonces, frente al conocimiento científico en tanto se lo considere exclusivo; el poeta frente al técnico; la posesión de lo real frente a toda mediatización y todo supuesto ordenamiento; magia del ser/estar sin desplazamientos y sin claudicaciones. “Todo verso –escribió en “Para una poética” (1954)– es *incantación*, por más libre e inocente que se ofrezca, es creación de un *tiempo* y un *estar* fuera de lo ordinario, una *imposición* de elementos”. Es el modo de unirse, de ser uno con lo cantado, de ser, de apoderarse del paraíso en esta tierra –como quiso Baudelaire aún antes que los surrealistas.

En Cortázar lo ontológico no quita lo social; de este modo, abogar por más “ser” se traduce en otro plano en sed de justicia social. Así lo vio, por ejemplo, al leer a los *tough writers* estadounidenses en “Situación de la novela”, al afirmar allí, “con André Gide, que ‘el mundo será salvado por unos pocos’”, al reconocer en el clima de las novelas existenciales que los hombres han comenzado a tener vergüenza de sí mismos. Y al considerar, asimismo, a quienes se “precipitan por el camino poético, tiran por la borda el lenguaje mediatizador, sustituyen la fórmula por el ensalmo, la descripción por la visión, la ciencia por la magia”. Sin embargo, en lo cotidiano –como lo indicó en otras páginas– ello no ha impedido el triunfo del médico en su lucha con el curandero.

Aquí y ahora, entonces, pues tomar conciencia de los límites es ya la primera etapa de un proceso que conduce a la liberación –concepto, éste, que Cortázar revestirá con transparencia ideológica a partir de los años 60. Para ambas vías, para todo camino de acceso, será necesario un lector diferente al que se dejaba llevar por páginas decimonónicas. Aparecerá

el “lector cómplice” en tanto actor y partícipe, artífice de las letras y del entramado que no le es cedido, y que más adelante se enfrentará al tablero de dirección de *Rayuela* y a *62. Modelo para armar*, al sutil desliz de “Continuidad de los parques”, de una mano de gatita o del horror y el sueño que se hunde en las playas o salpica las veredas.

“Digamos que si soy un árbol el tronco es la literatura, pero después hay ramas que salen en todas direcciones”. “No sirvo para hacer paredes –le escribió Cortázar a Fernández Retamar en 1968–, me gusta más echarlas abajo...”. Figura romántica la del árbol que se sostiene en sus raíces mientras echa a volar sus ramas en interminable búsqueda de aire; figura liberadora la de quien sabe abrir las puertas y echar abajo muros sabiendo que sólo así es posible construir una versión alternativa de lo heredado. Como en *Teoría del túnel* siguen confluyendo hijos del deseo de ser.

Este fue un interés constante en la reflexión crítica de Cortázar, como lo sería también en su práctica narrativa. Tiene su origen en el rechazo de una versión única de la realidad y del predominio, tan pocas veces cuestionado en Occidente, de la razón como instrumento privilegiado para cifrar y descifrar el mundo. Fue este rechazo lo que lo llevó a explorar la dirección analógica del hombre y –siguiendo a Lucien Lévy-Brühl– a privilegiar la mirada del poeta y del primitivo como antídoto al imperio de la razón. “Para una poética” (1954) se centra, justamente, en esa búsqueda y en la capacidad ontológica del poeta (“mago metafísico, evocador de esencias”, “el poeta es aquel que conoce para ser...”), en la recuperación de la dimensión mágica del universo a través del poema.

Éste es uno de los motivos que rescatara unos años antes en “La urna griega en la poesía de John Keats” (1946) y que condensa la búsqueda, el constante viaje desde y hacia el poema (“tierra de nadie donde las categorías ceden y son reemplazadas por otras dimensiones”), en tanto condición de ser del poeta. Apuntando hacia su posicionamiento a partir de la década

del 60, conviene señalar siquiera de paso que ya en este temprano análisis Cortázar registra que el tema de Grecia resulta vital para los románticos “cuando advierten que *coincide* con su moderna valoración de la dignidad humana y su expresión política”. Es evidente, como lo indicara al referirme a *Teoría del túnel* –y como lo iría ampliando a lo largo de sus obras–, que su preocupación por valores como la dignidad humana es constante. Estos valores adquirirán un sentido material y de posible concreción, justamente mediante el ejercicio de la política. Cabe subrayar que en el caso de Cortázar, tal ejercicio se mantendrá, por principio y voluntad, en y desde la literatura.

La exaltación de la capacidad del individuo se expresa de diferentes modos a lo largo de su producción literaria; emana de la concepción del poeta sensible a las falencias de lo heredado. Para Cortázar, el poeta es quien percibe, siente y ansía; pero, sobre todo, es quien es capaz de nombrar esa ansia y transmitir tan siquiera la sospecha del orden alternativo que alcanza a vislumbrar. Es ése, en última instancia, el sentido de un perseguidor consciente de las fallas del sistema –aténgase éste a un circuito tan acotado, privilegiado y distante, como el de Persio en *Los premios* (1960), o a la continuación de un movimiento guerrillero, como en “Reunión” (1964). En el sistema literario de Cortázar, lo fundamental radica en la apertura que el texto le ofrece al lector y en el diálogo que suscita; en abrir la puerta para ir a jugar, en la complicidad propia de quien comparte lo leído para iniciar su propio itinerario.

Se trata, entonces, de identificar estafas (las metafísicas –mucho más perniciosas que las financieras) y suplir carencias, pero no sólo para denunciarlas y saldar deudas, sino para lanzarse desde ese reconocimiento a la búsqueda de otros órdenes posibles. Tanto el análisis crítico que Cortázar hace de las letras de otros, como la narrativa que lo define, subrayan ese proceso en que la literatura es provocación y aliento, rechazo de la sinrazón y de lo enajenante, aire y cielo para quienes se atreven a avanzar sobre esta tierra.

Por ello, tanto sus cuentos y novelas, como sus poemas y numerosos textos de varia invención que recogió en *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967) y en *Último round* (1969), se nutren del deseo y de la necesidad de sumar *homo sapiens, homo ludens, homo faber, homo eroticus...* Aun los textos más explícitamente políticos, como los dedicados a Nicaragua y Argentina y reunidos póstumamente en sendos libros (1984), participan de ese picoteo, del enfrentamiento a quienes niegan posibilidades mínimas al (sobre)vivir plenamente. Casi 40 años antes, al finalizar la séptima sección de *Teoría del túnel*, “Bifurcación del compromiso”, previa a “Existencialismo”, y luego de discutir personajes de *Les Conquerants* y aludir a Gide y D. H. Lawrence, dijo: “Entonces las palabras de la acción física y espiritual ingresan desde lo hondo en esta novelística y términos de especialidad filosófica que sólo metafórica o románticamente asomaban al vocabulario poético, se insertan con un sentido urgido y urgente, son ya los pivotes de la novela misma. Los repito porque son hermosos, oscuros y del hombre: libertad, moral, acto, acción, humanidad, dignidad, condición”.

Estos términos y estos valores no fueron patrimonio exclusivo de las novelas de los primeros 40 años del siglo XX que Cortázar analizó en *Teoría del túnel*, sino que, con acepciones varias, se han mantenido constantes en las letras que reconocen su pertenencia a mundos que exceden el tamaño de la página. Y han tenido una presencia recurrente en la obra narrativa de Cortázar. Esto nos lleva a considerar que si bien es legítimo ver como divisoria de aguas de su narrativa un cuento como “El perseguidor” (1959) y, sin lugar a dudas, un antes y un después de *Rayuela* (1963), la revisión de su obra crítica se deja leer como un *continuo de principios éticos*, de valores que informaron la responsabilidad del escritor ante su oficio, y del habitante de la tierra frente a la condición humana.

En su ficción podemos verificar cómo variaron los experimentos narrativos, las apuestas y las búsquedas, cómo logró

soldar tiempos y espacios, cómo pasó de la fuerte presencia de lo fantástico a un grado mayor de mundos referenciales, cómo conjugó ansia de futuros con el sabor de la nostalgia. Podemos verificar, asimismo, que todo ello está informado por los principios enunciados en esos términos que le parecieron tan hermosos, y a los cuales sumó solidaridad, responsabilidad, compromiso... sin por ello renunciar a percibir el mundo con sobriedad lúdica, a contrapelo, y en clave de César Bruto.

Para quienes llegaron a dudar de los límites entre literatura y política, los textos de Cortázar fueron contundentes. También lo fueron sus declaraciones públicas cuando desde perspectivas partidarias y coyunturales algunos comisarios de la cultura intentaron prescribir temas y estilos. Quien tradujo magistralmente la obra en prosa de Edgar Allan Poe y la prologó en un extenso ensayo (1950) bien supo que a los lectores se llega por vías ajenas al aburrimiento y a lo doctrinario. Esa posición, que resumió en el tan citado “Algunos aspectos del cuento” (1971) y en otras ocasiones, se hizo explícita a través de su conducta frente a lo que entonces se requería de un “escritor revolucionario”, frente a su responsabilidad como escritor y, por lo tanto, frente a los lectores.⁶

El respeto que manifestó tempranamente por “lo literario” nunca estuvo reñido con su simpatía por la Revolución cubana ni, posteriormente, por los ideales de la lucha sandinista, ni contravino sus actividades en el Tribunal Russell (antecedente moral de la justicia globalizada), ni su participación en actos de protesta que documentaron los crímenes de las dictaduras chilena y argentina. Reflejaba, más bien, una clara concepción del ejercicio literario, de su objeto –la literatura– y de su destinatario –el lector, cómplice ineludible en el circuito de las letras. Por lo tanto, Cortázar no podía aceptar nada que in-

⁶ “(...) creo que el escritor revolucionario es aquel en quien se fusionan indisolublemente la conciencia de su libre compromiso individual y colectivo, con esa otra soberana libertad cultural que confiere el pleno dominio de su oficio”.

terfiriera con esa relación. Subrayó reiteradamente que más que por obediencia doctrinaria, la verdadera revolución debía ejercerse entendiendo y aceptando las acepciones y prácticas más amplias de la libertad.⁷ En “El escritor y el lector en América Latina” (1978) siguió esa misma línea haciendo hincapié en la importancia del lector y el necesario acercamiento sin concesiones del escritor con el lector, para terminar diciendo: “el trabajo del escritor latinoamericano tiene que ser político en el sentido más alto del término, y literario en el sentido más libre y aventurero de la palabra. Sólo así llegará el día en que escritores y lectores salven por fin la distancia pavorosa que hoy los separa”.

Al calor de fines de la década del 60, tras haber pasado el movimiento del 68 sin alterar demasiado las estructuras de gobierno –si bien sí las imaginarias y las esperanzadas apuestas a lo posible– la respuesta de Cortázar a comentarios hechos por Oscar Collazos en “La encrucijada del lenguaje” constituyó una renovada declaración de principios.⁸ Retomó la noción de compromiso pero con la literatura y de cara a la realidad, no en sus más burdas acepciones partidistas. “En definitiva, dijo, lo que cuenta es la responsabilidad personal del escritor, el que sea o no un escapista de su tiempo o de su circunstancia”; lo que cuenta es cómo se incide en la realidad sin traicionar ni abandonar la relación que el verdadero escritor contrae con las letras.

(...) El signo de toda gran creación es que nace de un escritor que de alguna manera ha roto ya esas barreras y escribe desde otras ópticas, llamando a los que por múltiples y obvias

⁷ Además de los textos ya citados, véanse, entre otros de los años ‘70 y 80: “El intelectual y la política en Hispanoamérica”, “¡Qué poco revolucionario suele ser el lenguaje de los revolucionarios!”, “El escritor y su quehacer en América Latina”, “El lector y el escritor bajo las dictaduras en América Latina”, “Sobre la función del intelectual”.

⁸ Publicado originalmente en *Marcha*, 30 de agosto y 5 de setiembre de 1969, y recogido junto a las respuestas de Cortázar y Vargas Llosa en *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970. El título de la edición define una época.

razones no han podido aún franquear la valla, incitando con las armas que le son propias a acceder a esa libertad profunda que sólo puede nacer de la realización de los más altos valores de cada individuo.

Y más adelante:

(...) una literatura que merezca su nombre es aquella que incide en el hombre desde todos los ángulos (y no, por pertenecer al tercer mundo, solamente o principalmente en el ángulo sociopolítico), que lo exalta, lo incita, lo cambia, lo justifica, lo saca de sus casillas, lo hace más realidad, más hombre.

Se trata, claro está, de un proyecto de largo alcance, de conquistas parciales, letra a letra, lector por lector, para obtener una transformación profunda de aquello que denota el término 'realidad' en, desde y mediante la literatura.

Esta posición, que jamás habría podido satisfacer a los ortodoxos de la revolución (como tampoco, por el lado estético, a sus antiguos compañeros y lectores de *Sur*), era coherente con su propia disciplina literaria y actividad política, y con su simpatía por Cuba como apertura a un socialismo con cara humana. Así lo aclaró Cortázar en la conocida "Carta a Roberto Fernández Retamar (sobre 'Situación del intelectual latinoamericano')" (1967) así como en otros textos y numerosas intervenciones.⁹ Tan rigurosamente honesto y sensible a la condición de los países latinoamericanos como respetuoso de las exigencias de la literatura y de sus propias letras, era inconcebible que Cortázar optara por "O make me a mask" y renunciara a sus principios ante pasajeras demandas; respondió, más bien, a la consigna "Sé fiel hasta la muerte".¹⁰ Ello no implicó estatismo alguno sino, en su caso, más bien fidelidad a prácticas y principios literarios, una clara percepción de lo que acontecía en el continente americano y, por consiguiente,

⁹ Cf. otros ejemplos sobre su posición en textos en torno al caso Padilla y al asesinato de Roque Dalton.

¹⁰ Aludo a los epígrafes que rigen "El perseguidor".

una participación cada vez mayor en actividades destinadas a defender los derechos humanos.

Entre las pulsiones constantes en la obra de Cortázar están el cuestionamiento y el rechazo de imposiciones normativas, el combate contra órdenes y puertas cerradas, contra todo lo que tienda a recortar la máxima exploración de las dimensiones del hombre, incluido el hombre de letras. No siempre fue fácil instalarse en zonas que otros consideraban intermedias, en condiciones en que se exigía acatamiento y ciega obediencia, cuando la consigna de la revolución venía empacada con recetas y códigos de buena conducta. Compañero de ruta, y no de residencia (otro tema que ha pasado a la arqueología de los años 60 y 70), de afinidad y simpatía, junto a la no-suspensión de la crítica, Cortázar mantuvo la calidad docente de sus argumentos. Así marcó su propia posición político-literaria y, de paso, sugirió una versión más heterodoxa en el manejo de los términos “literatura” y “revolución”.

En “Algunos aspectos del cuento” (1962-1963) confesó que la mayoría de sus cuentos fueron escritos “al margen de mi voluntad, por encima o por debajo de mi conciencia razonante” –variante del “estado de trance”, del “*état second*” que invoca en “Del cuento breve y sus alrededores” (1969). Si bien sabía que la elección de la anécdota le debe servir al lector como apertura hacia algo que trasciende ese primer nivel, indicó que en otras ocasiones algunos cuentos pueden compartir un origen análogo al de la poesía.¹¹ Por eso, en “Algunos aspectos del cuento” propuso sutilmente que aquello que anima la dimensión literaria y lo que demanda el proceso revolucionario responden a dinámicas diferentes. No se debe confundir pedagogía con literatura ni exigir el sometimiento del escritor a una función que no le compete. En Cuba, escribió, “más que en ninguna

¹¹ “...no hay diferencia genética entre este tipo de cuentos [los que nacen de un estado de trance y son escritos por el autor en un ‘*état second*’] y la poesía como la entendemos a partir de Baudelaire”. En “Del cuento breve y sus alrededores”. Allí también comparte con Neruda “Mis criaturas nacen de un largo rechazo”.

otra parte, se requiere hoy una fusión total de esas dos fuerzas, la del hombre plenamente comprometido con su realidad nacional y mundial, y la del escritor lúcidamente seguro de su oficio”. Y afina poco después: “(...) creo que el escritor revolucionario es aquel en quien se fusionan indisolublemente la conciencia de su libre compromiso individual y colectivo, con esa otra soberana libertad cultural que confiere el pleno dominio de su oficio”.

“Libertad cultural”, “libertad” e “independencia” a secas, son términos y valores que subyacen a la crítica y a la obra creativa de Cortázar, así como a su conducta. Dejándole a censores e ideólogos la ausencia de contradicciones y desfases, aceptemos que a lo largo de varias décadas hay variantes en los matices de su obra crítica, en el gusto y apreciación por textos y autores, cierta desazón ante esperanzas que se deshojaron en las buenas intenciones, y una irreducible tenacidad ante momentos críticos de la historia. Los autores y obras a los que dedicó una atención mayor que a los asignados para las tempranas reseñas que publicó en *Realidad*, *Cabalgata* y *Sur* muestran que sus apuestas no obedecieron a ningún canon. Sus notas y ensayos pudieron responder a un silencio que consideró injusto (el caso de “un acontecimiento extraordinario en las letras argentinas”, *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal, que reseñó extensamente en 1949); a un navegar por la vía simpática –en el sentido de tender puentes y gozar una íntima complicidad con sus lectores–; al lanzamiento por generosidad de un texto-botella al mar; a la admiración y el respeto por un logro literario, o a ser la suma de todas estas posibilidades y otras más.

Sus intereses y preferencias por determinados autores y temas también fueron cambiando conforme cambió su mirada sobre lo latinoamericano. Sin embargo, sus textos no abandonaron la exploración de lo lúdico y lo trasgresor; tampoco el reconocimiento y la asimilación de experimentos mayores. A fines de los 40 vio en la obra de Marechal –a quien defendió, como dijera en 1984, de “un sectarismo insolente”– algo que

los jóvenes podrían utilizar “como enérgico empujón hacia lo de veras nuestro” porque “[e]stamos haciendo un idioma, mal que les pese a los necrófagos y a los profesores normales en letras que creen en su título”. Alude, claro, a los que se rigen exclusivamente por las normas del Diccionario de la Real Academia Española (el “cementerio”, como lo llamaría más adelante) anticipándose ya, sin saberlo quizá, a las condenas por la estructura de *Rayuela* y por el movimiento en glíglico que seguramente desconocerían.

Del hacer un idioma a utilizarlo para interrogar el tiempo de calendarios y relojes: es la línea que tiende de Marechal a la lectura intimista sobre Felisberto (“Felisberto Hernández: carta en mano propia” [1980]). En ese breve texto lamenta su propio desencuentro y que Felisberto no hubiera conocido a Macedonio y Lezama: “los eleatas de nuestro tiempo, los presocráticos que nada aceptan de las categorías lógicas porque la realidad no tiene nada de lógica”. Casi a medio camino entre los textos sobre Marechal y Felisberto, y luego de *Rayuela* (1963), con sus propios desafíos y exigencia de lectores cómplices, publicó “Para llegar a Lezama Lima” (1966). Fascinado por “un primitivo que todo lo sabe”, por el “preadamita”, por la “inocencia americana” de un escritor mayor, un “poetista”, como el que reclamaba desde los años 40, a quien poco le importaban las convenciones literarias (u otras), Cortázar incita al goce de *Paradiso*. Sabe que la ardua e irritante lectura de este producto hermético es para escasos y muy abiertos lectores, tanto por su lenguaje poético y el sistema de referencias, como por la distancia que lo separa de toda novela convencional. De *Paradiso*, como lo recordara en un encuentro en Poitiers en 1984, obtuvo “el deslumbramiento de una poesía capaz de abarcar no sólo el esplendor del verbo, sino la totalidad de la vida desde la más ínfima brizna hasta la inmensidad cósmica”. Quizá por eso mismo, por ver *Paradiso* como ceremonia, hizo un llamado de atención en su presentación de 1966: “El subdesarrollo tiene uno de sus índices en lo quisquillosos que somos para todo lo

que toca la corteza cultural, las apariencias y chapa en la puerta de la cultura”.¹²

Navegar por la transparencia del lenguaje, anclar ocasionalmente en la opacidad de lo nombrado y reconocer desafíos literarios (*Tristram Shandy*, *Ulises*, *Paradiso*) denotan una práctica que incluye a *Rayuela* y a unos de sus corolarios, 62. *Modelo para armar* (1968). Pero Cortázar no se enfrentó solamente a la rigidez literaria; también condenó sistemáticamente la represión de las fuerzas que construyen al ser. Lo hizo entretejiendo sutil y frecuentemente de manera innominada psicoanálisis y marxismo-línea-Groucho; avanzó por esa ruta expresando la responsabilidad del individuo y de la comunidad más inmediata mientras continuaba respondiendo a las exigencias de la literatura. Y lo hizo también a lo 68: “prohibido prohibir”. Denunció todo lo que inhibe la máxima expresión de los impulsos vitales y las coartadas del sistema. Desafió las negaciones en el cotidiano de la lengua, en lo erótico, en la sujeción del individuo y en la censura de la comunidad. Y lo reconoció no sólo en las más complejas estructuras narrativas, sino también en Roberto Arlt, un autor que habitó un mundo diametralmente opuesto al frecuentado por el imaginario de Lezama y a la tradición literaria de Borges y de otros autores asociados con *Sur*.

“Apuntes de relectura” (1981) fija la cercanía con Arlt y con su Buenos Aires, la ciudad que compartió con Elías Castelnuovo, Alvaro Yunque, Nicolás Olivari (caras al sur de *Sur*). Arlt caminó calles de una ciudad maldita sin entrar a las casas don-

¹² Recuerda en “Cuba: ausencias y presencias” (1978): “Cuando Lezama nombraba el mundo y sus criaturas, cuando simplemente convocaba lo indescible en cada imagen de su palabra y lo volvía revelación, La Habana se llenaba para mí de una transparencia que me dejaba entrever sus trasfondos más vitales, sus muchas caras superpuestas, sus estratos secretos que el poeta había descifrado en el triple ajedrez de sus poemas, de su prosa y de su conversación (trinidad casi increíble de una unidad jamás quebrada en él)”. En otro texto recordó a Lezama y a Carpentier como polos del barroco; en éste pasó a Manuel Pereira y a la entonces camada más reciente de escritores cubanos.

de se daban cita las artes y las costumbres de la burguesía; su mundo era cúmulo de miserias que impedían actitudes complacientes y sesgos de humor. Su obra no se limitó a describir el lado infame de promesas fallidas, sino que anticipó por varias décadas la decadencia y podredumbre de un orden social, cuyo vestigio más violento aún seguía instalado en el país cuando Cortázar publicó su lectura de Arlt. Como “entrañable” (frente a lo que Borges tiene de “admirable”), lo presentó ese mismo año en Francia. En “Un argentino habla de Arlt” (1981) apuntó: “Nadie tuvo tanto derecho como Arlt a escribir: ‘Mi propósito es evidenciar de qué manera busqué el conocimiento a través de una avalancha de tinieblas’”. Son las tinieblas de la dictadura que Cortázar evoca para darle paso a la “indagación moral” que a su modo hiciera Arlt y que Rodolfo Walsh –autor de *Operación masacre*– a quien Cortázar también recuerda al hablar de Jorge Cedrón (“Una tumba sin sosiego”) persiguió hasta su fin: “Arlt inventaba personajes y situaciones que eran una imagen de la frustración frente a un estado de cosas odioso; Walsh denunciará directamente a los responsables de ese estado de cosas, oligarquía, ejército, gran industria, y pagará ese coraje con su vida”.

En el mismo año que se publicaron sus páginas sobre Arlt, apareció “Reencuentros con Samuel Pickwick” (1981). Al leer a uno de sus “mejores maestros imaginarios”, a quien le “mostró el camino de la luna y el encanto de ir de un lado a otro sin la menor finalidad razonable”, Cortázar recupera las ambiciones y el tono que marcaron a más de una generación de lectores de *Rayuela* y de cuentos que comulgan con lo fantástico. “Apunto –dice sobre sí mismo– a una dialéctica de vida, una pulsación más isócrona de la búsqueda y el gusto, del conocimiento y el placer, mejor ajustada a todo eso que tenemos tan al alcance de la mano que casi no lo vemos: el gran latido cósmico, el diástole y el sístole del día y de la noche, del flujo y el reflujo del océano”.

1981 fueron Arlt y Walsh y DiBenedetto y Pickwick y un mensaje a otro encuentro de intelectuales... La suma puede

ser un bosquejo apresurado, quizá apenas un trazo de Cortázar en medio de la densidad y el espesor de ya largas tinieblas; un modo de decir que aun desde ellas podía emerger la sonrisa, el juego hedónico, la apuesta a una esperanza, el amor a “una poesía que procede por inversión de signos”; como le comentara a Juárez en 1965. Un modo de enunciar la convicción que sintió al leer a Salinas y Cernuda –a quienes considerara los mayores poetas del amor de su tiempo– “cubriendo entre los dos y sin saberlo una esfera total que tantas mutaciones, tantas quiebras de valores recibidos muestran como el dominio inalienable de ese hombre nuevo que empieza ya a asistir a su último, impostergable advenimiento” (1970).

Si Cortázar llegó a insistir en términos genéricos en el “hombre nuevo”, los textos de su temprana época, así como algunos de los que difundió como artículos, notas, cartas o conferencias, incluyen una especial fascinación por personajes o circunstancias en estado de excepción. Dicho estado se dio a través de las certidumbres patafísicas de Jarry y la locura de Artaud, del intento por descifrar los mundos de Lezama Lima y Néstor Sánchez, y también en el modo de pensar un país o la región conforme se fue haciendo más explícito su compromiso con la historia que le tocó vivir.

La bibliografía sobre Cortázar incluye anotaciones de quienes intentaron reducir el significado y el impacto de sus textos y de sus declaraciones políticas por hallarlas románticas e ingenuas. Cortázar, por su parte, jamás se declaró ideólogo o experto en temas políticos; en “De cómo la realidad está en los sueños” –título que ya denota el acceso por la “vía simpática” en el sentido que le dio en sus análisis sobre el pensamiento mítico y sobre los “poetistas”–, llegó a definirse como “utopista ingenuo”. Sin entrar a disquisiciones y polémicas que ya poco importan, corresponde señalar que sus intervenciones en el plano de lo real –hayan sido éstas relato, discusión política, conferencia sobre el cuento fantástico o sobre el exilio del intelectual latinoamericano– surgen de su convicción de

que las cosas pueden (y deben) darse de otro modo, que hay otra versión factible y menos enajenante de la realidad que la que *no* merecimos conseguir, y que la nueva versión puede ser construida a partir de una redefinición del ser.

La singular “dialéctica de vida” cortazariana se sostuvo oscilando (en un prodigioso ejercicio de simultaneidad) entre la necesaria inscripción en las pulsiones mayores del universo y la participación directa en la historia latinoamericana. Si los cuentos solían descolgarse como monos de un árbol, o eran escritos bajo condiciones de *medium*, hubo momentos en que la sintonía con lo que ocurría aquí abajo impuso relatos memorables como “Pesadillas”, y antes, “Recortes de prensa” y, aún antes, “Apocalipsis de Solentiname” –crónica que sumó una dosis de terror al diálogo de las cámaras en la acotada intervención ética de “Las babas del diablo”.¹³ Además de esos relatos mayores publicados en formato tradicional, para realzar la puesta en escena del escritor comprometido con su lugar en el mundo [“¡qué antiguo!”; dirán algunos, mientras sigo insistiendo: “¡qué tan necesario!”], también apareció *Fantomas contra los vampiros multinacionales*. Ese artefacto híbrido de ensayo, relato y tira cómica se propuso difundir, con el subtítulo de “Una utopía realizable narrada por Julio Cortázar”, las actividades y conclusiones del “Tribunal Russell II” sobre los crímenes perpetrados por las dictaduras latinoamericanas.¹⁴ *Fantomas* fue concebido como un proyecto didáctico que, al margen de sus logros, representó un balance entre compromiso con la historia e independencia literaria; balance, éste, que demostró de otro modo en torno a la publicación de *Libro de Manuel* (1973) y que hizo público en el mensaje leído a la “C.G.T. de los argentinos”. Son numerosos los textos y conferencias en torno a su

¹³ “Pesadillas”, *Deshoras*, México, Nueva Imagen, 1983, pp. 119-32; “Recortes de prensa”, *Queremos tanto a Glenda*, México, Nueva Imagen, 1980, pp. 55-69; “Apocalipsis de Solentiname”, *Alguien que anda por ahí*, México, Hermes, 1977, pp. 79-79; “Las babas del Diablo”, *Las armas secretas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1959, pp. 77-98.

¹⁴ México, Excélsior, 1975.

derecho a escribir sin recetas o prescripciones, particularmente durante los primeros años de la Revolución cubana. Lo que dijo en “La voz que no se apaga” también da cuenta, siquiera parcialmente, de su propia postura cuando recuerda que Rodolfo Walsh multiplicaba “lo real en y por la ficción, metiendo la realidad en la literatura como hay que hacerlo, es decir, metiendo la literatura en la realidad, cuerpo a cuerpo, *in-fighting* implacable que levanta a todo un estadio en ese clamoreo que es como una catarsis, la prueba de que se ha llegado al límite de la tensión y la belleza”. Se trataba siempre de esa libertad, del derecho a la heterodoxia, sobre la cual Cortázar insistió en múltiples ocasiones –y no pocas veces en ámbitos hostiles a todo lo que se saliera de madre, de lo doctrinario y del manual del “buen revolucionario”. Cortázar se adhirió tempranamente a la Revolución cubana pero no por ello se abstuvo de criticar algunas líneas directrices durante sus frecuentes viajes a la isla, ni de enfrentar argumentos contra la revolución. “La hora de la verdad”, una extensa nota escrita luego de “Entrevista ante un espejo” y de los incidentes ocurridos en 1980 en la embajada de Perú en La Habana, es un balance razonado y objetivo de su posición frente a un proceso político que alteró el mapa latinoamericano, y como reflejo de su incorporación a su propio sistema literario. Tras rastrear las motivaciones de las críticas contra Cuba junto a los logros y falencias de los cubanos, el texto concluye así: “En el fondo de todo eso hay algo muy simple: el egoísmo individualista y elitista del que antepone el *yo* al *tú*, y en última instancia lucha por su armonía definitiva entre tormentas, fracasos y dilaciones. Los que atacan al régimen cubano atacan, sin atreverse jamás a decirlo abiertamente, al socialismo como proyecto humano. Entonces ¿es que les gusta el capitalismo? Mejor no preguntarles, porque dirán que no. Pero si no les gusta ni el uno ni el otro ¿qué tienen para proponerle a Cuba, para proponernos a cada uno de nosotros? ¿Qué hacen para poner en marcha un nuevo destino de América Latina y de la humanidad?”.

Otro aspecto de su reflexión crítica, que se iría afianzando en términos de solidaridad con procesos revolucionarios y en defensa de los derechos humanos y de la democracia en los años 70 y 80, se centró en temas que afloraron durante los años 60, tanto por la expectativa inicial de la primavera revolucionaria y el fugaz optimismo del 68, como por las promesas, igualmente frustradas, de estar en el umbral de una nueva era. Los años 70, particularmente a partir del golpe militar contra Allende que acabó con la ilusión de una transición pacífica y democrática al socialismo, fueron años de violencia en toda la región (Brasil estaba bajo un régimen militar desde 1964; ya entonces era longeva la dictadura de Stroessner en Paraguay). Los 70, así como los inicios de la década del 80, fueron años en que hubo que aprender a aceptar, a analizar y a enunciar la derrota; años en que también comenzó la reconstrucción del campo intelectual como parte de una recuperación mucho más amplia y ardua de sociedades ideológicamente polarizadas y fracturadas por el terror y la desmemoria.¹⁵

Las imágenes emblemáticas de los dictadores de turno y de sus secuaces militares y civiles embarcados en una cruzada destinada a defender los respectivos “valores nacionales y cristianos” (sic) no lograron encubrir que se había instaurado el terror para dar paso a un nuevo orden económico –argumento que ahora se disputa pero que no cancela las consecuencias de los golpes. Fueron años de plomo y también de ceniza; años de contribuciones léxicas (“desaparecidos”), de ignorancia real o voluntaria y de pasivas complicidades (“por algo será”), de caídas en la ignominia y de estrategias de supervivencia; años en

¹⁵ Refiriéndose a los poemas de Juan Gelman y a las pérdidas ocasionadas por la dictadura militar argentina, Cortázar señaló: “No hemos sabido hacer las preguntas a tiempo, ésas que desnudan, que violan, que rasgan de arriba abajo las telas del conformismo y de la buena conciencia. No hemos sabido mirarnos en el espejo de nuestra verdadera realidad argentina...”. Y a partir de esos poemas, como fue pensar el exilio como una beca para enriquecer el conocimiento y reducir la insularidad nacional, acota: “Volver positividad la abominable suma del oprobio y la desgracia...”.

que exilio e insilio marcaron posibilidades y opciones; años en que mucho más que un motivo que atraviesa las letras argentinas y de otros países latinoamericanos, señalaban los hilos de la vida y de la muerte. Tonos y matices sombríos, violencia verbal que reproducía los quiebres (y quiebras) de asociaciones guerrilleras y que desconocía las fronteras y hasta diluía la definición del enemigo se filtraban en los debates de los exiliados. Y las recriminaciones perduraron mucho después de la caída de las dictaduras y el retorno de la democracia, así como continuaron y aún continúan los debates en torno a la memoria y el olvido y al papel que puede y debe desempeñar la justicia.

Durante la época de las dictaduras, y junto a su otra obra de creación, los ensayos críticos de Cortázar y su participación en congresos y foros locales e internacionales se centraron en las condiciones que regían en el Cono Sur y en Centroamérica. Demostrando en carne propia que el exilio (voluntario o no) podía hacer que los argentinos fuéramos más abiertos al mundo, escribió sobre Argentina y sobre Chile, sobre Nicaragua y sobre la situación general del continente. Las condiciones de la región impusieron, una vez más, el temario de “literatura y realidad”, “el quehacer del escritor en América Latina”, “exilio y literatura”, “literatura e identidad”... Esto le permitió a Cortázar continuar con la función docente que definió sus primeros intentos por descifrar textos y movimientos literarios y por fijar una posición filosófico-literaria desde la cual dibujar su propio mundo.

Si Cortázar, sin abandonar las veredas de Buenos Aires, había partido hacia París por el clima que había instaurado el primer peronismo en el país, sólo se sintió exiliado casi un cuarto de siglo después, en 1974, cuando la junta militar argentina prohibió *Alguien que anda por ahí*. Sintió entonces que el verdadero exiliado era el público argentino, marginado, como lo seguiría estando por varios años más, no solamente de la cultura, sino de la verdad de los crímenes (y así siguió viviendo y actuando durante la guerra de las Malvinas).

Sin desconocer los requerimientos de realidades otras –digamos, literalmente, “meta-físicas”– y del sentimiento de lo fantástico, por ejemplo, y sin dejar de pensar críticamente en la función de la literatura, las intervenciones de Cortázar se centraron con mayor sentido de urgencia en el aquí y el ahora. Lo reconoció abiertamente: lo hizo como poeta y no como politólogo. En “Realidad y literatura en América Latina” (1980) reflexionó: “(...) si en otro tiempo la literatura representaba de algún modo unas vacaciones que el lector se concedía en su cotidianeidad real, hoy en día en América Latina es una manera de explorar lo que nos ocurre, interrogarnos sobre las causas por las cuales nos ocurre, y muchas veces encontrar caminos que nos ayuden a seguir adelante cuando nos sentimos frenados por circunstancias o factores negativos”.¹⁶ Más adelante señala: “(...) cuanto más literaria es la literatura, si puedo decirlo así, más histórica y más operante se vuelve”.

Insisto en que es primordialmente a través de la práctica literaria que Cortázar ve su inserción en el mundo y su posible impacto en los lectores. No alteró su posición frente a los acontecimientos históricos ni modificó su compromiso con la literatura. Por eso pudo responder en 1980, como lo había hecho 20 años atrás, a las demandas de Cuba, de los amigos de la Revolución cubana y de los movimientos armados de ese momento.

Diría que su posición se condensa en “escritor: ¡a tus letras!”; sí, pero manteniéndose consciente del poder de esas letras, de sus potenciales ramificaciones y de la injerencia que tendrán en esos mismos momentos y cuando ya se pueda pensar y hablar sin torturados y sin tumbas anónimas, sin ruido de botas y sin sombra de charreteras. Con un gesto no siempre compartido por otros exiliados, propuso en más de una ocasión que se viera el exilio como una beca impuesta por las dictaduras. En “El escritor y su quehacer en América Latina” escribió: “...el

¹⁶ Me pregunto si al hablar de esta cotidianeidad rememoraba su “Continuidad de los parques”...

exilio enriquece a quien mantiene los ojos abiertos y la guardia en alto. Volveremos a nuestras tierras siendo menos insulares, menos nacionalistas, menos egoístas”. Consideraba, por supuesto, su propia experiencia; la de un escritor que en Francia descubre a Latinoamérica y que desde Europa se inscribe medularmente en la cotidianeidad americana. No por ello dejó de reconocer el trauma del exilio, como también lo enuncia en su “América Latina: exilio y literatura” (1978), ni de reconocer las dificultades a las que se enfrentaban quienes habían permanecido bajo la dictadura. Su énfasis estaba puesto, sin embargo, en cómo superar y capitalizar esa experiencia para que el exilio no se tradujera en silencio, en morosa nostalgia por lo perdido, en disvalor. Dejar de escribir para pasar a la acción no es lo mismo que supeditar el campo de las letras a una literatura de coyunturas y proclamas; escribir desde la nueva óptica que impone la experiencia del exilio no es lo mismo que redactar ejercicios tendientes a recuperar la imagen de lo perdido, de aquello que, en última instancia, es irrecuperable.

Mirarse bien en el espejo, re-conocerse, es un primer paso para analizar qué realidad se posee y se vive, qué se quiere lograr y qué se puede obtener. Se escribe por sentir una carencia, porque los límites son demasiado estrechos, porque uno transita y se desliza por la cartografía del deseo, porque se rechaza “la gran estafa”,¹⁷ porque debe haber otras opciones además de las impuestas como única versión del universo, porque las reglas incitan al cuestionamiento y al riesgo, porque no tiene sentido pasar desapercibido por esta vida sin haber contribuido algo, tan siquiera algo, a la inacabada suma de esfuerzos individuales por entender-amar-gozar-vivir. Y para ello hay que estar siempre cerca de puertas y ventanas para mirar a través de ellas, para salir por ellas, para voltearlas y dejar que todo

¹⁷ “... de nada valdrá seguir la senda si no empezamos por quitarnos las telarañas de la costumbre, las obstinadas categorías de la convención” –escribió prologando un libro de Juan Gelman.

quede abierto, libre: salto al vacío sin marcos y sin bisagras y sin condiciones ni límites.

Con estas últimas líneas no he dejado de escribir sobre la obra crítica de Cortázar. Trato de compartir una sensación de sumas (de la *summa literaria* de Cortázar); la experiencia que encierra lo íntimo de la lectura con el gesto público del magisterio y de la tribuna; el diálogo de discursos y prácticas y el encuentro de “autor” con “lector”; el saber que se ejerce la lengua en función de la literatura y, quebrando márgenes, se piensa en función de la historia y del presente que lo será.

Afortunadamente (considerando lo que el término ha significado y vuelve a denotar en algunos sectores solemnemente solapados de ‘la academia’), Cortázar no fue un ‘crítico literario’; tampoco fue un revolucionario de sillón. Supo leer como pocos; emitió juicios de valor cuando otros se ceñían a asepsias descriptivas, a conveniencias ideológicas, a frecuentar y a imponer el aburrimiento. Al igual que Borges, el escritor que transformó la institución literaria occidental, y que “por azar” publicó el primer cuento de Cortázar, éste también ejerció la dimensión imaginaria y la crítica; intervino en el diseño del mapa literario argentino, en su configuración latinoamericana, en la resignificación de *la* literatura y de su lugar en el sistema. Por eso Cortázar supo hablar de la locura de Artaud y en “Nuevo elogio de la locura” (1981) supo reivindicar a las Madres de Playa de Mayo: “Sigamos siendo locos, argentinos: no hay otra manera de acabar con esa razón que vociferan los slogans de orden, disciplina y patriotismo”. También supo no decir demasiado.

Entonces, como en otras ocasiones más propicias para el humor, se dejaba oír en la actividad crítica la voz del cronopio que se sabe testigo de su tiempo; del intelectual en sintonía consigo mismo y con aquellos en quienes percibe y reconoce el guiño, la mirada cómplice. En todo momento está el despertar de los juegos, de la imaginación. Al margen y, a la vez, muy dentro de lo social y de lo político, persiste la voluntad de ser (de ser más) que sólo el solitario puede buscar y obtener –para

entonces (y sólo entonces) poder preguntar y preguntarse: ¿para qué? En esta obra crítica persisten el deseo y la necesidad de ser fiel a la realidad inmediata y de trascenderla hacia otros niveles no menos reales ni menos necesarios.

A pesar de las apariencias, de esas supuestas debilidades que de uno u otro extremo le criticaron perecederas voces, el circuito no se cierra sobre su punto de partida. Puestos a diagramar, imagino el movimiento que surge de la obra crítica de Cortázar más que como un círculo, como una espiral ascendente con múltiples interlocutores e intervenciones, una figura “pérsica”, una forma más cercana al mapa cósmico que diseñó con letras y actos. En su caso, la búsqueda del latido cósmico no representó jamás una marginación de la historia, ni adentrarse en ésta marcó una renuncia a búsquedas emprendidas en el lugar de otros tiempos. Empezar la travesía del poeta y dejar los pasos en las huellas del presente, con una clara conciencia de la historia, es también, como lo dijera al reencontrarse con Samuel Pickwick, reconocer el diástole y el sístole de un mismo cuerpo.

En la nota final de *Cuaderno de Zihuatanejo. El libro. Los sueños*, Cortázar apuntó que la escritura de esos textos “obedeció a un tanteo en el no man’s land de esas atmósferas extraverbales que rondan al escritor en el umbral de un nuevo texto. Arrimos, rounds de estudio, pseudópodos lanzados a un contenido imprevisible y en todo caso irreductible a la razón, al plan, al método, a la voluntad de novelar o contra. En los fragmentos hay suficientes (y pienso que honestas) referencias a esta táctica que alguien podría llamar surrealista sin equivocarse demasiado a menos que se ponga metódico –como casi siempre los surrealistas cuando el árbol Breton no les deja ver el bosque, los cubos, la angina”¹⁸

En la comprensión de los tiempos de lectura se acercan líneas trazadas a décadas de distancia. La fascinación está siempre allí, también hacia el final de esta ronda de los tiempos, a

¹⁸ Madrid, Santillana (Alfaguara), 1997, pp. 45-6.

flor de piel, en la escritura “tañedora del silencio” (Mallarmé), en el lenguaje “que es como la piel de la literatura”, en la piel que acarició y rasgó para hallar cuerpo. Y Cortázar lo halló en esa conjunción del “tú” que es “superrealidad mágica” y “comunidad”. Cuerpo y letra, entonces; otro modelo para armar en la crónica (y desgobierno) de la crítica latinoamericana.¹⁹

¹⁹ CODA: “No way, baby” fue la reacción de la computadora al alimentarla con el glíglico. De haber recibido la obra crítica de Cortázar se hubiera iluminado ante algunos términos rectores: realidad, locura, sueños, América Latina, responsabilidad, intelectual, política, revolución, cultura, exilio, democracia, derechos humanos, lector, extrañamiento... y hubiera repetido: “a los puentes les gusta que los crucen con algo más que palabras y buenas intenciones”.



El lugar de la memoria*

–“¡Ya está...! ¡Ya pasó...! Además, vos no estabas ahí. ¡Es feo...!”

–“¿Qué te preocupás tanto por la Argentina si te fuiste de joven?”

La primera cita corresponde a una funcionaria argentina al comentarle el tema que me proponía tratar; cursó Derecho en la Universidad de Buenos Aires durante la dictadura y trabaja desde hace más de una década en un organismo internacional en Washington. La pregunta con un dejo de sorpresa y trazado de raya en el piso, fue el comentario de una reconocida figura intelectual argentina cuando vino a la Universidad de Maryland para intervenir en el seminario que organicé en 1984 sobre “Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino”. Los rápidos disparos de la primera desencadenaron otro recuerdo e instalaron el cruce de espacio y tiempo que cifro al pensar en el lugar de la memoria. Surge de una molestia, quizá de una herida que no ha cicatrizado del todo o que aún marca otras huellas: el rechazo del argentino-judío en jornadas de colegio nacional con Tacuara y Guardia Restauradora Nacionalista,¹ y la apropiación de un espacio con la consiguiente marginación de quienes se pretenden dueños exclusivos de una imagen de nación. Esos rastros se unen a la santificación del

* “El lugar de la memoria”, en JELIN, E., y LONGONI, A., eds., *Escrituras, imágenes, escenarios ante la represión*, Madrid, Siglo XXI, 2005, pp. 241-60.

¹ Organizaciones nacionalistas de corte y estilo nazi-fascista. Cf. GUTMAN, D., *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Ediciones B-Vergara, 2003.

espacio y a la legitimación de la palabra: como oímos en esas no tan lejanas jornadas en que se enfrentaron exilios e insilios, quienes estuvieron dentro y quienes estuvieron fuera se disputaron (muchos aún lo siguen haciendo) el derecho a la palabra y a la verdad; oímos también que sólo quienes fueron afectados de modo directo podían (pueden) enunciar la culpa. En esos días que ya suman casi dos décadas, llegaron a olvidar que en algún momento compartieron un mismo bando, si bien fracturado, como enemigos de la dictadura.

Entre 1984 y 1994 organicé y coordiné en la Universidad de Maryland una serie de seminarios con prominentes intelectuales (escritores y críticos, historiadores, sociólogos, politólogos y economistas, artistas y gestores, militantes y líderes de organismos de derechos humanos) de Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Paraguay para reflexionar en torno al impacto de la represión sobre la cultura y para considerar el papel que la cultura podía y debía desempeñar en la (re)democratización de sus respectivos países. Generalmente a un año del retorno de la democracia a cada uno de estos países, los seminarios se hicieron en el campus de la Universidad de Maryland en College Park porque muchos no estaban dispuestos a reunirse en sus propios países con quienes habían sostenido diferentes posturas o habían actuado en frentes encontrados durante los años de la dictadura.

Si bien los seminarios enfatizaron el eje que iba de la represión de la cultura a su papel en la reconstrucción democrática, en cada uno de ellos el trasfondo de la urgencia fue la memoria, aunque sólo el de Brasil lo hizo explícito desde su título. Dado el trauma que en diversos grados de intensidad atravesó a casi todos los participantes, los recuerdos sólo alzaron vuelo hacia los años más recientes. Los cuerpos de torturados y desaparecidos no habían sido desplazados –en Argentina, por ejemplo, las siluetas aún se asomaban bajo los afiches de las elecciones–; las demandas de aparición con vida o la certidumbre de la muerte tampoco habían sido relegados a las asociaciones de

familiares o a circuitos rutinarios; los exilios habían acabado apenas ayer; la liberación de las cárceles en esos mismos días; las voluntades de estar en otra o de vengarse por lo dicho y lo no dicho, por lo hecho y por lo que no se pudo o no se quiso hacer, flotaban en torno a miradas esquivas o cómplices.²

Al revisar los títulos de las ponencias presentadas a lo largo de una década, registro lo siguiente con respecto a la aparición explícita de la memoria (sigo la secuencia de las reuniones): en “Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino” (1984), hay un texto que se enfrenta al tema: “Pequeño recordatorio para un país sin memoria”, de Osvaldo Bayer; en “Represión, exilio y democracia: la cultura uruguaya” (1986), “El poder de la memoria. La memoria del poder”, de Carina Perelli; en “Brasil: O trânsito da memória” (1988), ninguno, excepto por mi propia presentación y otra alusión a los silencios en la ponencia de Walnice Nogueira Galvao; en “Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile” (1991), ninguno; en “Hacia una cultura para la democracia en el Paraguay” (1994), una referencia a otros silencios en la cultura paraguaya en el texto de Bartomeu Meliá. Sin embargo, los textos y numerosos comentarios durante los debates –algunos singularmente acalorados como consecuencia del tono impuesto por quienes se asumieron fiscales de conductas políticas y ciudadanas– estuvieron atravesados por memorias y condenas, así como por reclamos personales. Las convocatorias –excepto por la brasileña que ya

² Los resultados fueron publicados en los siguientes volúmenes: *La cultura uruguaya: Represión, exilio y democracia*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1987; *Argentina: Represión y reconstrucción de la cultura*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988; *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, Santiago, FCE, 1993 (con Manuel Antonio Garretón y Bernardo Subercaseaux); *Brasil: O trânsito da memória*, São Paulo, EDUSP, 1994 (con Jorge Schwartz); *Hacia una cultura para la democracia en el Paraguay*, Asunción, Dirección de Cultura, Municipalidad de Asunción y Centro de Documentación y Estudios, 1994 (con Line Bareiro y Ticio Escobar). Los resultados de una segunda reunión en Chile fueron publicados en *Cultura y sociedad: encuentros y desencuentros*, Valparaíso, Editorial Universidad de Valparaíso, 1994. El volumen uruguayo incluye los debates; en el resto de los casos se encuentra en grabaciones inéditas.

condicionaba su pasaje y apuntaba a su desfase— no solicitaban un énfasis en la memoria. Por otra parte, esas primeras instancias posdictatoriales estaban teñidas de urgencias más inmediatas: se sentía la necesidad de hacer un inventario de esos años; de tomarle la temperatura a países que habían sido fracturados o aplastados por regímenes autoritarios a lo largo de años, lustros o décadas, según el caso; de testimoniar y evaluar el impacto de insilios, exilios y retornos, y de considerar las posibilidades de saldar eficazmente algunas deudas para poder seguir hacia un rumbo abanderado por consignas democráticas (mientras, seguían sonando ecos de que “esto no se acabó aún”). Los tonos, especialmente estridentes entre los argentinos, subían en torno al afuera y al adentro y el entonces y durante; lo que escaseaba era el antes y el después y el nosotros y miradas dispuestas a encontrarse para considerar metas que trascendieran posiciones e intereses personales o partidarios. En la reunión chilena ni siquiera hubo unanimidad para admitir y enunciar “el 11 de setiembre de 1973 fue una derrota”. A pesar de la buena voluntad arrojada sobre el oleaje, las escisiones generacionales fueron particularmente palpables entre los uruguayos y hasta hubo enfrentamientos en torno a la interpretación de algunos textos literarios. Junto a ello estaba el respeto por quienes pagaron con prisión y tortura el ejercicio armado de sus convicciones; respeto aunque no necesariamente admiración por quienes legítimamente podían llamarse “sobrevivientes”.³ Porque también estaban quienes posaban con las medallas del exilio y quienes

³ Al hablar de sobrevivientes cabe considerar la relación vida-muerte-supervivencia en la conducta táctica y represiva de los estados. La práctica sistemática de asesinatos y desapariciones ejercida por la dictadura militar argentina fue numéricamente mucho mayor que la de Uruguay, donde se dio proporcionalmente el mayor número de prisioneros. Los documentos publicados en torno al “Plan Cóndor” y a otras actividades coordinadas por las dictaduras, que aparecieron años después de los seminarios, corroboraron lo que ya entonces era de conocimiento público. En el contexto general de lo que implicó la política de degradación y eliminación de quienes se opusieron a las dictaduras, resulta útil tener en cuenta lo anotado por Giorgio Agamben. Éste apunta que Foucault

se beneficiaron durante años haciendo “literatura del exilio”. En ese sentido me sigue pareciendo ejemplar lo indicado por Juan Carlos Onetti en la carta que me envió el 19 de octubre de 1985 para disculparse por su ausencia del encuentro uruguayo (viaje “demasiado largo para mi salud y mis años”): “Sobre el problema del exilio adelanto una síntesis de mi hipotética ponencia:

Lo que natura no da, el exilio no presta.

Lo que natura da, el exilio no quita.

Esta es mi experiencia, nacida de la ineludible observación de la trayectoria de escritores exiliados”.

Durante las jornadas más cercanas al fin de la dictadura –con una transición singularmente difícil e inacabada para los paraguayos– se hizo evidente que antes de poder considerar a la memoria como instrumento para el futuro, estaba el testimonio y que, en más de un caso, la evocación de lo más próximo sirvió para subrayar discrepancias, marcar distancias y desencuentros, vengarse en público o en largas sobremesas por lo dicho, lo oído o lo sospechado. Fueron días en que no del todo ingenuamente me inicié en la práctica de manejo de conflictos y en el asomo a su eventual resolución; años en que marcamos diferencias en las modalidades nacionales de cada grupo y similitudes en las prácticas de enfrentamiento y aproximación en los inicios de esta última era posdictatorial; años de ajustes en la orquestación de núcleos intelectuales y en la

define la diferencia entre el biopoder moderno y el poder soberano del viejo Estado territorial mediante el engarce de dos fórmulas simétricas. *Hacer morir y dejar vivir* compendia la divisa del viejo poder soberano, que se ejercía sobre todo como derecho de matar; *hacer vivir y dejar morir* es la enseña del biopoder, que hace de la estatalización de lo biológico y del cuidado de la vida el propio objetivo primario.

A la luz de las consideraciones precedentes, entre las dos fórmulas se insinúa una tercera, que define el carácter más específico de la biopolítica del siglo veinte: no *ya hacer morir ni hacer vivir*, sino *hacer sobrevivir*.

Y poco después: “La ambición suprema del biopoder es producir en un cuerpo humano la separación absoluta del viviente y del hablante, de la *zoe* y el *bíos*, del no-hombre y del hombre: la supervivencia”. *Lo que queda de Auschwitz, El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, Pre-textos, 2000. Traducción y notas de Antonio Gimeno Cuspiner, pp. 162-63.

búsqueda de acercamientos para aunar esfuerzos en las primeras instancias de la redemocratización. En cada una de las reuniones y en la suma de una década también fui corroborando el largo camino y los obstáculos que sería necesario superar para alcanzar la reconciliación entre quienes se opusieron a la dictadura. En efecto, habría sido imposible llevar a cabo este trabajo en los territorios donde habría sido lógico hacerlo. Se hablaba en Maryland para que se pudiera oír y seguir discrepando en el sur. Saña personal y marginación –comprensible con los culpables de colaboracionismo y complicidad con las dictaduras– más que loables principios éticos y, en otro orden, adhesiones ideológicas, junto a egos envueltos en mantos de soberbia e incapacidad de oír a los otros, no tendría fin. Aún no lo tiene.

Los testimonios abundaron en estas cinco reuniones así como, junto a análisis formales del impacto de la represión sobre las ciencias y el psicoanálisis, por ejemplo, en los foros posteriores que se llevaron a cabo en Buenos Aires en 1986, en Valparaíso en 1993 y en Asunción del Paraguay en 1994.⁴

El énfasis testimonial era, por cierto, ineludible dado que se había convocado a una reflexión que no debía ni podía omitir la primera persona –máxime teniendo en cuenta que un gran número de participantes era gente de letras y de las artes. Los análisis de la situación fueron realizados por historiadores, sociólogos, economistas, politólogos y abogados quienes encuadraron puntualmente las condiciones de cada país y de la región en general. Invirtiendo la metáfora de los dictadores que hablaban de la sociedad que debían redimir como la de un cuerpo enfermo al que sólo extirpándole de cuajo el cáncer se le devolvería la salud, en la dinámica de los seminarios se

⁴ Entre los uruguayos no hubo acuerdo sobre el espacio físico necesario para realizar una segunda reunión. Existía, se me dio a entender, una polarización generacional que lo impedía –ese quiebre ya se había manifestado dramáticamente en el seminario de 1986. En Brasil sólo se llevó a cabo una mesa redonda en la Universidad de São Paulo con motivo de la publicación del libro que reunió los textos presentados en 1988.

percibía que tanto los testimonios como los análisis miraban (se miraban) de cerca buscando identificar las señas de identidad que habían sido usurpadas o malogradas, los antidotos a las raíces del mal que se sabía estaban allí fuera, siempre muy cerca. Faltaban rondas adicionales de introspección y distanciamiento, y las recaídas de los años 90 y de fin de siglo, para que la mirada fuera más hacia adentro y hacia atrás, hacia el territorio en que la inocencia se vuelve áspera, donde ya es más difícil descartar los componentes autoritarios, racistas, chauvinistas, que reconocemos en los otros.

En las reuniones, así como en los textos que fueron publicados, se respiró urgencia e incomodidad, satisfacción por lo escrito y pronunciado en años de plomo y de “dictablandas”; la tensión de verse cara a cara con interpelados por cómo actuaron (o no) ante la represión; la voluntad expresa de liquidar –el deseo de silenciar no se limitaba a uniformados ni a grupos armados– a quien ejercía el derecho a un pensamiento alternativo; el pavoneo autosuficiente del intelectual-estrella; el recordatorio implacable de lo proclamado por los recién bañados en democracia; la capa de aceite que tendía a calmar el oleaje entre generaciones que ya jamás volverían a mirarse a los ojos; un movimiento de cintura que puntual y elegantemente desmantelaba argumentos para seguir tan amigos hasta el próximo enfrentamiento; el comienzo de una libertad condicional a sabiendas de que los valores, hábitos y conductas que rigen el vivir en democracia no surgen espontáneamente con el rito electoral.

El sistema democrático, cabe insistir en ello, sólo se inicia con la elección de autoridades representativas; toma cuerpo en las fases superiores de la democracia participativa y deliberativa. El proceso electoral, como bien lo ha demostrado la voluntad de amplios sectores de la población de estos cinco países en elecciones presidenciales y provinciales/estatales, no basta para impedir una recaída en la fascinación que ejercen figuras mesiánicas, mediáticas o autoritarias. Dado lo ocurrido desde

el retorno a las urnas –particularmente durante la década del 90 en Argentina, como en el Chile que se “benefició” del nuevo orden económico impuesto por la dictadura y continuado por sucesivos gobiernos democráticos–, gran parte de la ciudadanía asimila democracia con privatización y economía de mercado y, junto a la libertad de expresión, contabiliza sus réditos en términos de pobreza, inequidad e inseguridad.

Lo visto (y a veces aprendido) a lo largo de estos años de democracia recuperada permite concluir que si bien los antidotos políticos y sociales para dar cuenta de índices de marginación y violencia cada vez mayores se darán en función de un estado de derecho, de la gestión eficaz de un Estado que recupera sus responsabilidades, de administración y seguridad ciudadana, de combate a la pobreza, de educación, etc., para afianzar la continuidad democrática es necesario incorporar el imperio de la memoria. Pienso en una memoria que va más allá de “ni olvido, ni perdón” para transformarse, a partir de su permanencia, en una herramienta de construcción. Entonces no bastará decir “nunca más”, sino que habrá que volcarse sobre su faz positiva: a un “sí, para siempre”. No se trata –así lo entiendo a partir de lo acaecido en estos años– sólo de una inversión de términos o de actitud, sino de capitalizar lo obtenido a través de la conciencia del pasado. Es decir, no sólo es imposible tolerar, o aun concebir, el retorno a regímenes represivos y a modalidades autoritarias, sino que es imprescindible contribuir a la erradicación de las condiciones que fomentaron, permitieron y toleraron el horror. En el mapa de esas condiciones caben tanto los índices económicos y sociales como la dimensión menos mesurable, más íntima, de la relación del individuo con el mundo, del yo con el tú, de lo personal con lo que está más allá de mi piel y por lo cual también soy responsable. En última instancia se trata de que el habitante de todo espacio social se inscriba conscientemente en un plano más generoso, en un sistema montado sobre memorias, entendidas éstas también en su acepción de balance contable, y sobre

historias compartidas y jamás ajenas. En otras palabras, para salvaguardar la continuidad (o el inicio) de la vida en democracia, se impone el tejido de redes entre el saber de la historia, el ejercicio de la memoria y la práctica ética.

A este tejido hay que sumar la dimensión política, pero no aquélla que en nombre de la supuesta fragilidad de la democracia ha pactado con dictadores, que fractura o desplaza la transparencia de los juicios, que retoma el ritmo de los arremangados en una mesa de truco y en los corredores de un congreso venido a menos porque desconoce, o prefiere ignorar, que se necesitan estadistas más que políticos de partido. Tampoco se trata de ingresar a una nueva etapa de la historia anunciando que el progreso de la nación requiere borrón y cuenta nueva. Si tanto la dimensión judicial como la transacción política pueden imponer el punto final a un proceso, éste no inhibe ni al individuo ni a la sociedad de condenar los crímenes de lesa humanidad ni violaciones a los derechos humanos que no prescriben.⁵

Hay nombres emblemáticos para evocar a las víctimas del terrorismo de Estado así como las letras NN para señalar la no-identificación –otro modo de apisonar la tierra para que cuerpos y tumbas pasen más desapercibidos. Por otra parte, quienes ya han sido incorporados a la historia, voceados en consignas y homenajes, y quienes sólo son recordados por sus familiares siguen desempeñando una función histórica en la medida en que en torno a ellos se construye una versión de la historia más fidedigna y más porosa de humanidad. No se trata de demonizar ni de santificar, de polarizar o de transar, sino, más bien, de analizar y comenzar a comprender cómo se pudo llegar a cometer crímenes que habíamos imaginado (por ignorancia o adoctrinamiento escolar) ajenos a nuestras latitudes,

⁵ A pesar de ciertos rasgos y modismos puntuales, en este párrafo no aludo exclusivamente a la Argentina. Basta pensar en el plebiscito uruguayo en torno al enjuiciamiento de los militares, en la continuidad del Partido Colorado paraguayo, en los pactos de los sucesivos gobiernos chilenos con las fuerzas armadas...

si bien la verdadera historia de este hemisferio debió haber-nos preparado para ello. No es casual tanto retorno a episodios fundacionales, el interés en biografías y en crónicas de las víctimas y en el análisis de estas décadas. Si el siglo XIX pudo ser una metonimia para el presente en dictadura, la insistencia en esos años, como se verifica ante la constante producción de testimonios, novelas y filmes centrados en los años de la represión y en sus secuelas de exilios y migraciones, señala el deseo de adquirir y ordenar saberes.⁶

Conscientes de que para quienes compartieron la ideología de las dictaduras, para sus beneficiarios y cómplices activos o silentes, las crónicas de lo ocurrido en los años 70 y 80 y las ceremonias por las víctimas de la represión son hijas de una propaganda nefasta, para otros quizá sirvan no sólo como aprendizaje sino también como exorcismo y purga por no haber querido ver. Son ampliamente conocidos los mecanismos que permiten remitir a lo más recóndito de la conciencia lo que desagrada, altera la autoestima, enturbia los límites entre lo que se es y lo que se quisiera ser. Si bien cada individuo tiene derecho a optar por vivir bajo ese régimen o enfrentarse a su verdad, quien está consciente de la historia que habita deberá crear el espacio jurídico necesario para impedir que rijan la política del olvido.

Los juicios cumplen una función didáctica; no sólo revelan hechos y responsabilidades sino que también marcan (seré más preciso: deberían marcar) la memoria colectiva. Las claves están dadas en la memoria y en la enseñanza, en el aprendizaje que se deriva de la historia y de la transparencia en la gestión de la justicia. Puestos en la dimensión que excede los límites que afectan directamente a individuos y a su círculo más próximo, y sin desvirtuar en modo alguno el dolor de esos golpes

⁶ Un índice académico se da en la clasificación de lo “posdictatorial” (correlato del rubro “novela de la dictadura”) para dar cabida a decenas de novelas, cuentos, testimonios y libros de poemas que tienen esos años como eje temático.

que César Vallejo supo enunciar, consideremos el poder del recuerdo. Éste se manifiesta cuando impulsa a la acción y no cuando es solamente repositorio eterno del duelo o cuando es remitido al predio de la melancolía. Las ausencias deben ser enunciadas en función de futuro: en tanto legado para quienes compartieron esos tiempos, para quienes supieron y para quienes no supieron cómo interrogar sus días y sus noches y, más aún, para quienes todo eso “ya pasó”. Porque lo notable es que *no* ha pasado, que sigue ocurriendo, que los asesinos andan sueltos, que son mano de obra disponible, que las condiciones no estarán dadas para golpear las puertas de los cuarteles pero sí para caer, como ya ha ocurrido, en la red de figuras mesiánicas y autoritarias o discursos populistas o partidos agotados en promesas y en arengas que poco o nada tienen que ver con lo que debería ser una nación.

Y así vuelve esa molestia en el estómago, esa irritante incomodidad ante el seguir hablando y preguntando si todo habrá sido en vano. Todos los muertos y todos los desaparecidos y los mutilados y los exiliados y países que ya no serán lo que pudieron ser. Otros sostendrán que es una pregunta para el diván o la butaca o el sillón ante la ventana porque las fuerzas de la historia siguen su curso inexorable... Entonces, precisamente entonces, es cuando se impone responder con la memoria y con los monumentos y con los recordatorios y con los actos que molestan a los olvidadizos y hacen torcer la cara a los cómplices. Cómplices son también quienes abogan por el silencio.⁷

*

En enero de 1993, en Santiago de Chile, luego de una reunión en la Universidad de Valparaíso que continuó lo planteado en 1991 en Maryland, un intelectual progresista que supo ser exiliado y reincorporarse a la vida política, me dijo “¿Qué golpe?” al preguntarle qué planes estaban formulando para

⁷ Sobre la graficación tangible de la memoria, ver los ensayos recogidos en *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, JELIN, E., y LANGLAND, V., comps., Madrid, Siglo XXI, 2003.

conmemorar los 20 años del golpe militar. Fueron dos palabras que quebraron más que el silencio, un silencio voluntario ajeno a toda prescripción dictatorial; un silencio adoptado en esos momentos por todos los reunidos en torno a esa mesa, todos ellos opuestos a Pinochet y defensores de los derechos humanos de la primera hora. Lo que queremos, aclaró, es que el 11 de setiembre pase sin ruido... El resto era fácil de anticipar: la fragilidad de la democracia, lo delicado de las negociaciones con los militares, proteger lo ya logrado, la realpolitik, sumemos otro etc. A más de una década de ese episodio sabemos que la mayoría no opinó de igual modo y que las calles de Santiago, como las de Buenos Aires en su momento, y las de tantas otras ciudades, fueron eco de otra voluntad; que también hay placas recordatorias y conmemoraciones e investigaciones y búsquedas de la verdad y que no todo es silencio.⁸

Durante una reunión que se llevó a cabo en Costa Rica en 1995 sobre el papel de la sociedad civil en la consolidación de la libertad, insistí en la formulación consciente de una política de la memoria, vista, claro está, desde la perspectiva de lo ocurrido en el Cono Sur. El pensador irlandés Connor Cruise O'Brien, al considerar mi propuesta en el contexto del conflicto en Irlanda del Norte, comentó que más que de la memoria, esa región se beneficiaría de una buena dosis de olvido pues sólo de ese modo se podrían superar heridas y saldar fracturas centenarias. (Anoto rápidamente que si en Irlanda del Norte se enfrentaban católicos y protestantes, las armas militares del sur habían sido esgrimidas en nombre de una cruzada para defender los "valores cristianos" frente a doctrinas "ajenas al sentir de la nación", el comunismo, la subversión... Al igual que en las otras cruzadas, como en las más recientes e inacabadas, en

⁸ Cf., por ejemplo, en esa misma serie "Memorias de la represión", el volumen compilado por Elizabeth Jelin, *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"*, Madrid, Siglo XXI, 2002, así como su *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

nombre del cielo se sigue arrasando a los hombres de la tierra: retórica divina para un control territorial).

Insistí entonces, como lo sigo haciendo ahora, en la necesidad de dirimir la función de la memoria en tanto componente ineludible para reconstruir una nación que comenzaba a tomar nota de la destrucción, frente a cómo reducir su carga histórica en tanto estrategia de pacificación y manejo de irracionalidades, entendiendo como tales los enfrentamientos por actos de dogma religioso. Lo que se ponía en juego es si la distancia frente a los hechos que debían ser recordados (o no) podía ser el factor determinante en los usos de la memoria. Es decir, si la memoria carece de un valor intrínseco y atemporal; si es fundamentalmente, más allá de funciones individuales, un instrumento para dar cuenta de la concatenación de factores y actos realizados en diferentes circunstancias. En tal caso, las dosis de memoria y olvido podían (¿debían?) ser alteradas conforme a necesidades políticas; las historias, en tanto rompecabezas armados de huellas variables podían (¿debían?) ser escritas para responder a requerimientos ideológicos, a necesidades políticas o a las condiciones propias del momento. Así surgen, inevitablemente, las reflexiones finales de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, texto escrito cuando parecía inminente la victoria del nazismo, y que sigue siendo eficaz frente a la seducción del autoritarismo. Allí Borges enumera no sólo las transformaciones lingüísticas e históricas sino hasta los cambios científicos que inevitablemente responderían al nuevo orden.⁹

⁹ “El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y torna a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles. Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural) ‘idioma primitivo’ de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado a la que precedió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre –ni siquiera que es falso. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar...”. *Ficciones (1935-1944)*, Buenos Aires, Sur, 1944. Analicé las implicaciones de esta proyección en “Tlön, Uqbar Orbis Tertius’: historia y desplazamientos”, *Eco*, 203 (1978), pp. 156-64.

Hay, por cierto, mitos y recuerdos inventados para suplir y satisfacer carencias; episodios heroicos que sólo existen en libros escolares, crónicas sujetas a múltiples interpretaciones y olvidos intencionales para no alterar la comodidad de la historia oficial.¹⁰ En esos casos, las memorias pasan a ser herramientas cuyo uso y sentido es determinado por otros; su valor constante –en la medida en que la porosidad del tiempo lo tolere– se reduce al tamaño de quien las ha vivido y nombrado. Y ello nos lleva a interrogar el lugar de confluencia de los recuerdos y la utilidad de una memoria colectiva. ¿En qué momento el sufrimiento individual adquiere las proporciones de una estadística válida para un país o una región? ¿En qué instancia la suma pasa a ser plataforma compartida por una comunidad? ¿En qué condiciones lo que atravesó a un segmento de la población merece y debe ser asimilado por el resto? ¿Cuáles son los límites de la responsabilidad por hechos que transcurren en un espacio compartido? Más aún, ¿quién habla en nombre de quién, ante quién, para quién, para qué? Y puestos a pensar en la formación de futuras generaciones, ¿cómo representar el horror?, ¿cómo representar el vacío de muertes y desapariciones sancionadas por el terror de estado? Las respuestas a estos interrogantes se hallan en testimonios personales, en elaboraciones literarias, en cuadros que rodean el vacío con límites enhebrados en alambres de púa o en instalaciones que señalan la dispersión de migrantes y exiliados en mapas sin fronteras; en pañuelos y arpilleras emblemáticos y en banderas hechas con las fotos de los desaparecidos; en placas recordatorias y en monumentos; en la voluntad de crear museos de la memoria.¹¹

¹⁰ ¿Recordaremos la masacre que se olvida en *Cien años de soledad* o, más al sur, los interrogantes y deseos de elusiva verdad en el film de Puenzo, “La historia oficial”? Cf. en un contexto más amplio, los dos primeros ensayos de Paolo Rossi en su *El pasado, la memoria, el olvido. Ocho ensayos de historia de las ideas*, Guillermo Piro, trad., Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.

¹¹ Coda al 24 de marzo de 2004 y a la decisión del gobierno argentino de crear el Museo de la Memoria en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), uno de los más notorios símbolos de la represión. ¿Cómo

En *Lo que queda de Auschwitz*,¹² Giorgio Agamben insiste en la capacidad, y hasta cuestiona el derecho, de hablar en nombre de quienes han perecido en los campos de concentración. En esa situación límite interroga, entre otros aspectos, las dimensiones del testimonio, el sobrevivir para ser testigo del horror, los límites mismos de la palabra, de la no-lengua como único modo de testimoniar lo que no puede ser testimoniado. En días y noches de palabras devaluadas, en que se usa libremente ‘genocidio’ y ‘holocausto’ para designar conductas políticas o masacres, no corresponde polemizar en estas páginas sobre la excepcionalidad de la Shoá. Aceptemos que servirá para siempre como paradigma de la infamia, de la banalidad del mal –como la designara Hannah Arendt–, de la sistematización del odio y la exaltación de la muerte. Aceptemos, asimismo, que seguirá siendo un marco de referencia, especialmente para quienes han sido y se han visto como legatarios de su conducta e ideología. “Quien diga que lo que vivimos en la Argentina no tiene que ver con esto, no entendió nada” –le oí decir a Jorge Edwin Torlasco, uno de los camaristas que juzgó a las juntas militares, al salir de Yad VaShem, el memorial israelí a las víctimas de la Shoá.¹³

se instala físicamente “la memoria” en un edificio? ¿Con qué poblar el vacío dejado tras las torturas y los vuelos a la muerte? ¿Con qué memoria suplirán ese espacio las generaciones que no tendrán un recuerdo inmediato de esos años? ¿Quiénes organizarán ese espacio y tendrán la responsabilidad de articular la historia de esos años? ¿Será que más allá del gesto emblemático habrá la voluntad política de crear consensos entre múltiples organizaciones e individuos mediante una comisión que estudie detenidamente experiencias similares en otros países? ¿Y se sumará conocimiento a la educación formal para seguir construyendo democracia? Su eficacia dependerá, creo, del lugar que ocupe en el sistema simbólico de la nación, en conmemoraciones periódicas y en el espacio que le sea asignado en el sistema educativo nacional.

¹² *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, Pre-textos, 2000. Traducción y notas de Antonio Gimeno Cuspinera.

¹³ El contexto fue una reunión organizada en enero de 1992 por Edy Kaufman en el Truman Institute for the Advancement of Peace de la Universidad Hebrea de Jerusalén sobre la violación de los derechos humanos en Argentina y que contó con la participación de cinco de los

Las analogías son útiles para asomarse a la comprensión de actos que desafían las dimensiones de lo racionalmente posible, pero pueden desviar las conclusiones que se imponen sobre los escenarios locales. Tampoco será útil para el futuro si vemos lo ocurrido en los países del sur como una ronda más, si bien la más cruenta, en la alternancia entre democracia y dictadura. Sólo si se comprende, se acepta y se asimila que lo ocurrido ha sido una catástrofe que ha alterado la fibra misma de la sociedad, se podrá contener la pérdida periódica de memoria que afecta a la ciudadanía que se muestra más interesada en lo inmediato y en sus posibles futuros. Por otra parte, si se considera que no la ha alterado, ello en sí es un llamado de atención para insistir en el lugar de la memoria, “porque la historia es el prólogo del mundo que heredarán nuestros hijos” –como pregonaban las carpetas para coleccionar los fascículos de *El diario del juicio*.

*

La pertenencia a una nación se construye con símbolos: banderas, himnos, símbolos patrios, mitos e historias heroicas; se le suman personajes típicos y peculiaridades idiomáticas que conducirán a un sentido de diferencia y, en casos extremos, a la exaltación del nacionalismo. Lo acaecido a lo largo de la historia, y particularmente en el siglo XX, documenta cómo se alteran la convivencia y la paz –más bien, las treguas entre guerras– cuando se erige el dogma de la superioridad racial o religiosa y se lo unce a ambiciones imperiales. También documenta el precio que paga una sociedad por la intolerancia y la exclusión y cómo los estados de excepción se vuelven normas de supervi-

camaristas (sólo estuvo ausente el Dr. Arslanian, por ser entonces Ministro de Justicia), junto a otros expertos y estudiosos. Los trabajos fueron recogidos por Leonardo Senkman y Mario Sznajder, eds., en *El legado del autoritarismo. Derechos humanos y antisemitismo en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Nuevo Hacer/Grupo Editor Latinoamericano e Instituto Harry S. Truman, Universidad Hebrea de Jerusalén, 1995. Incluye los textos de los camaristas Andrés J. D'Alessio, Guillermo A. C. Ledesma, Jorge A. Valerga Aráoz y Ricardo R. Gil Lavedra.

venia; no se oye, no se ve, no se recuerda, hay una lógica y un orden que todo lo explican y justifican: por algo será.

Pasadas las dictaduras, los militares vuelven a los cuarteles y los civiles a la política. Digamos, en términos muy esquemáticos, que hay un retorno a la normalidad. Excepto que ya nada puede ser normal si no se incorpora la represión a una conciencia colectiva a través de juicios a los criminales, de actos públicos y periódicos, de monumentos que pongan en evidencia, a diario, que las ausencias no han sido relegadas al olvido. Y, lo que a largo plazo es de mayor peso, si todo ello no se incorpora al sistema educativo, a la formación ciudadana, junto a una educación en valores que impida, o tan siquiera haga menos factible, un retorno a estados de excepción. La memoria poseerá entonces una dimensión práctica, una función claramente didáctica: se recuerda para no repetir. “¿Pero hasta cuándo?” –le oigo decir a quienes siempre estuvieron cansados de tantas cosas desagradables que podían ignorar porque otros se encargaban de esas tareas. Sólo hay una respuesta: hasta siempre.

Como tantas versiones de la historia, también las memorias pueden ser manipuladas y utilizadas con fines mezquinos. Hay versiones encontradas sobre un mismo hecho, análisis pormenorizados e insistencias en el espacio reducido al diseño de un nombre, al tamaño de un cuerpo, de una silueta, de una arpillera, de un pañuelo. Siguen proliferando los volúmenes que proclaman sus verdades junto a escuetas páginas que se derraman hacia su fin. Y junto a ellos, a la palabra precisa, el derroche de pliegos que responden a la moda, al interés que rápidamente decanta en las mesas de saldos.

Los documentos incluidos en los *Nunca más* oficiales, así como los testimonios presentados en el juicio a las juntas militares y ante comisiones de la verdad, y los miles de páginas que constituyen los archivos del terror, de la delación y de la infamia, distan de las versiones literarias que se prestan con mayor facilidad a múltiples lecturas críticas y que, en el régimen de la

ficción, enuncian su propia y no menos duradera verdad. Distan por lo menos en la medida en que se respeten diferentes códigos de lectura y no se comparta ese aire del todo vale tan frecuente en demasiados circuitos intelectuales. Surge una sensación incómoda al tratar de anticipar qué perdurará una vez filtrados los textos y los tiempos y acalladas las voces que vivieron lo que nadie debió haber enfrentado o tolerado. Quienes escriben la historia, quienes testimonian, quienes construyen y diseñan obras y monumentos y, quizá aún más, quienes organizan los anaqueles del futuro, deben responder a un imperativo ético. Se me dirá que también la ética está sometida a ideologizaciones, lo cual es fácilmente verificable en la justificación de las atrocidades, entendidas por otros como medidas de seguridad necesarias para proteger a la nación. En tales casos, sin embargo, no se trata de principios éticos sino de la retórica que se emplea para enaltecer lo que carece de mérito. Quizá sea obvio decirlo pero como que aún se debe insistir en que hay –en que debería haber– derechos humanos y principios incontrovertibles en las relaciones que guían –que deberían guiar– a los hombres y a las naciones. Es ingenuo sostenerlo ante las crónicas que a diario demuestran lo contrario tanto en dimensiones globales como en el encuentro más próximo de la piel y el arma. Pero no lo es tanto creer que insistir en la memoria de lo ocurrido, en el testimonio sobre lo silenciado, en las pérdidas de múltiples generaciones –¿no es acaso cada muerto la cancelación de innumerables generaciones que le han sido vedadas?– hará alguna mella entre los desmemoriados que ejercen la ignorancia.

“Memoria” y “poder” son términos y herramientas que se conjugan de diferente manera y que toleran variantes en sus énfasis. No me refiero a la proliferación de textos sobre la memoria ni a la ya un tanto extenuada insistencia en el poder en sus múltiples acepciones. Me interesa subrayar el lugar que ocupa la memoria en los análisis más profundos de su expresión e impacto, en la materialidad de representaciones públicas, de obras de teatro y filmes, en el espacio físico cuando se la

traduce en monumentos y el espacio ético que se requiere para la construcción de la ciudadanía. No hay disociación entre estos usos de “lugar”: la preservación de la memoria requiere zonas de anclaje, eslabones que remiten al pasado en función de futuras iteraciones. Se trata de zonas asentadas en historias razonadas, verificables, humanamente objetivas, que impidan o tan siquiera dificulten el retorno a los mitos que la violencia se encargó de disipar.

*

Por razones biográficas estoy inscripto, y por opción me inscribo, en una tradición que insiste en preservar la memoria y en sostener una conciencia histórica. Uno de los calendarios que sigo todo lo enhebra en celebraciones de la vida, en conmemoraciones de lo que fue destruido y en ceremonias: nada se pierde, nada se debe perder. En los ciclos que marcan la vida de quienes están conscientes del diálogo de la historia con la memoria, es intolerable la pérdida de un solo nombre. La eternidad se enuncia sobre esta tierra en la reiteración periódica de los nombres de los antepasados. Las tumbas masivas, las solitarias señaladas NN, las que aún aguardan su momento, son una afrenta a quienes allí yacen, a quienes aún pueden visitarlas; su afrenta será mayor si caen bajo el régimen del olvido.

“Zakhor”,¹⁴ ¡Recuerda!, es un mandamiento que remite a la observación del sábado: exige memoria y exige acción. No impide, ni tampoco requiere, una memoria saturada por el sabor de la nostalgia; lo que prohíbe es el olvido. Entre las peores sanciones está la impuesta al individuo que se auto-excluye, a quien opta por la ajenidad y el olvido, a quien prescinde de contribuir a la preservación y crecimiento de su comunidad. Lo que nos ha tocado vivir (también quienes estábamos en otras fronteras lo hemos vivido) cae bajo esa misma sanción. La memoria no se negocia; quienes poseen el privilegio y el

¹⁴ Yosef Hayim Yerushalmi lo estudia en un contexto histórico en *Zakhor. Jewish History and Jewish Memory*, Seattle, University of Washington Press, 1982.

derecho a ejercerla no pueden ni deben pactar con quienes han intentado borrarla. La memoria es un instrumento ineludible del vivir en democracia y, en última instancia, es el arma más efectiva para impedir que las políticas del olvido sigan el cauce de las transacciones políticas, de las miserias que aún pueblan los corredores de la justicia. También es un modo rotundo de afirmar: hay una verdad y por eso no acato el silencio; tengo memoria y por eso no perdono. El resto quizá sea el paso de otra generación del desierto, si bien muchos de sus miembros podrán decir que supieron dejar las huellas de sus fracasos y contribuir a regenerar una nación; que adquirieron conciencia de su historia y del tránsito de su memoria.¹⁵ Lo demás será de quienes recuerden.

¹⁵ El 24 de enero de 1992 se inauguró el primer bosque “para mantener la memoria de los desaparecidos en Argentina”. Está en Israel y su nombre es “Memoria”.





Encontranos en



www.eduvim.com



[eduvim](https://www.facebook.com/eduvim)



eduvim.blogspot.com



[@eduvim](https://twitter.com/eduvim)

Buscanos en

Librería Universitaria Centro

Chile 253 - Villa María (Cba.) CP 5900

+54 (353) 4539145

Librería Universitaria Medioteca

Av. Sabattini 40 - Villa María (Cba.) CP 5900

+54 (353) 4539118

Librería Universitaria Campus

Arturo Jauretche 1555 - Villa María (Cba.) CP 5900

librecampus@gmail.com

Librería Universitaria Córdoba

Félix Frías 60 - Córdoba Capital - CP 5004

libreriauniversitaria.cba@gmail.com

+54 (351) 4265713

Librería Virtual

www.ulibros.com

Distribuidora Tramas

Piedras 575 - Planta Baja (CABA)

Contacto: Silvia Barrios - silfeba@gmail.com

+54 9 (11) 53277306 / +54 (11) 43454774

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones Independientes, Córdoba, Argentina en
el mes de marzo de 2015.
Tirada: 500 ejemplares